

PENÉLOPE ALDAYA

SOLO MI MEJOR AMIGO



SUMARIO

Capítulo 1 — La persona que siempre estuvo a mi lado

Capítulo 2 — El secreto que escondó

Capítulo 3 — El chico correcto

Capítulo 4 — La peor propuesta posible

Capítulo 5 — Nuestra selección

Capítulo 6 — Una noche en la hamburguesería

Capítulo 7 — La primera molestia

Capítulo 8 — Lo que significa los celos

Capítulo 9 — Cómo debería ser una cita

Capítulo 10 — No es tan simple

Capítulo 11 — Cuando él no está

Capítulo 12 — La persona de la que me enamoré

Capítulo 13 — La cita equivocada

Capítulo 14 — Lo que ya no puedo esconder

Capítulo 15 — El primer beso

Capítulo 16 — Siempre te elegí a ti

Capítulo 17 — La elección

Capítulo 18 — Finalmente nosotros

Epílogo — La familia que comenzó con una amistad

CAPÍTULO 1

La persona que siempre estuvo a mi lado

Me despierto antes del despertador porque Jacob está golpeando la puerta de mi habitación.

No es un golpe de verdad. Él nunca golpea como una persona normal. Da tres toques rápidos, espera dos segundos y golpea dos veces más, como si estuviera enviando algún tipo de código secreto que solo nosotros dos entendemos.

Abro los ojos con dificultad y miro el techo durante unos segundos, intentando recordar dónde estoy, qué día es y por qué alguien está intentando invadir mi habitación antes de las siete de la mañana.

Entonces vuelve a golpear.

— ¿Rose?

Cierro los ojos.

— Estoy durmiendo.

— Lo sé.

— Entonces, ¿por qué me estás llamando?

— Porque me pediste que te despertara.

— Retiro lo pedido.

— No puedes. Ya cumplí la mitad de mi función.

Me doy la vuelta y me tiro de la manta por encima de la cabeza.

Nuestro apartamento no es grande. Tiene dos habitaciones, una sala estrecha, una cocina demasiado pequeña para que dos personas cocinen al mismo tiempo y un balcón que da al estacionamiento del edificio. No es el lugar más bonito de la ciudad, pero es nuestro. O, al menos, es lo más cercano a eso que conseguimos encontrar cuando empezamos la universidad.

Jacob vive en la habitación de al lado.

Desde los quince años, él siempre está lo suficientemente cerca como para golpear mi puerta por la mañana.

— Rose, tienes clase en cuarenta minutos.

— Lo sé.

— Tu clase empieza en veintiocho.

— Yo también lo sé.

— Entonces, ¿piensas llegar tarde?

— Pienso llegar a la hora emocionalmente posible.

Oigo una risa del otro lado de la puerta.

Es una de las primeras cosas que reconozco todas las mañanas. La risa de Jacob. Ligera, baja y un poco ronca cuando acaba de

despertarse. Podría reconocerla en cualquier lugar, incluso en una sala llena de gente o en medio del ruido del campus.

— Levántate — ordena él. — Hice café.

Abro los ojos de nuevo.

— ¿Hiciste café?

— Hice.

— ¿Café de verdad?

— No sé cómo interpretar esa pregunta.

— Pasaste la noche trabajando en ese proyecto de estructuras. ¿Cuál es la probabilidad de que hayas hecho café sin olvidarte de poner el café molido?

— Puse el café molido.

— ¿Y el agua?

— Rose.

— Solo estoy intentando evaluar los riesgos.

— El café está listo. Si no te levantas ahora, voy a entrar.

Me siento en la cama.

— No harías eso.

— ¿Quieres probar?

— No tienes valor.

— Tengo la llave.

La amenaza es suficiente.

Salgo de la cama, camino hasta la puerta y la abro solo lo suficiente para sacar la cabeza. Jacob está en el pasillo sosteniendo dos tazas. Lleva una camiseta gris arrugada, un pantalón oscuro y tiene el cabello castaño completamente desordenado.

Parece haber dormido poco.

— No dormiste — digo.

— Dormí.

— Jacob.

— Dormí dos horas y media.

— Eso no cuenta.

— Para mí, cuenta.

Él me entrega una de las tazas.

La mía es azul, con una pequeña grieta cerca del asa. La de Jacob es negra. Compramos las dos en el primer semestre de la universidad porque queríamos tener tazas iguales. Después de tres meses, empezamos a usar las dos sin distinción.

Aún no sé por qué insiste en darme la azul todas las mañanas.

Tal vez porque es mi favorita.

Tal vez porque sabe que, si me da la negra, voy a quejarme.

— ¿Está horrible? — pregunto después del primer sorbo.

— Está perfecto.

Hago una mueca.

— Estás mintiendo.

— Estoy intentando ser amable.

— Eso es peor.

Él sonríe, apoya el hombro en el marco de la puerta y me observa beber el café.

Es algo simple. Una escena que ocurre tantas veces que casi ya no la noto. Jacob me despierta, yo me quejo, él me da café y empezamos el día juntos.

Es así desde los quince años.

En aquella época, no compartíamos un apartamento, ni clases, ni cuentas, ni un sofá demasiado pequeño para dos personas. Éramos solo dos adolescentes que se conocieron en el laboratorio de la escuela después de que la profesora decidiera ponernos en el mismo grupo.

Jacob había olvidado el lápiz.

Yo tenía tres.

Él pidió uno prestado y nunca más se fue.

Literalmente.

Después de aquel día, empezó a sentarse a mi lado, a compartir la merienda conmigo y a aparecer en mi casa sin avisar. En pocas semanas, ya sabía dónde mi madre guardaba los vasos, cuál era mi dibujo favorito y que yo odiaba cuando alguien tocaba mis cosas.

En pocos meses, yo ya sabía que se quedaba callado cuando estaba preocupado, que se arrancaba la piel de los dedos cuando tenía que hacer una presentación y que fingía no gustarle las películas románticas, aunque siempre supiera exactamente cómo terminaría cada historia.

La amistad simplemente ocurrió.

Sin esfuerzo. Sin anuncio. Sin un momento específico que pudiéramos señalar y decir: fue aquí donde todo empezó.

Cuando me di cuenta, Jacob ya estaba en mi rutina.

Y yo estaba en la suya.

— ¿Vas a ducharte o piensas ir así? — pregunta él.

Miro mi camiseta ancha y el short de dormir.

— ¿Así cómo?

— Como alguien que pasó la noche durmiendo.

— Es exactamente eso lo que hice.

— Tienes clase de dibujo técnico.

— El profesor ya me ha visto peor.

- El profesor también ya te vio dormir en medio de la clase.
- Fue una sola vez.
- Fueron tres.
- Dos.
- Tres.
- Estás contando aquella vez en que solo cerré los ojos para pensar.
- Roncaste.

Agarro el cojín que está en la silla y se lo tiro.

Jacob se aparta con facilidad, aún sosteniendo la taza.

- Tienes cinco minutos — dice.
- Diez.
- Siete.
- Ocho.
- Seis.
- Ocho.
- Rose.
- Ya voy.

Se va antes de que yo consiga tirar otra cosa.

Cierro la puerta y sonrío sola.

Siempre es así. Discutimos por cualquier cosa, pero nunca de verdad. Jacob sabe exactamente cuándo estoy irritada y cuándo solo estoy fingiendo estarlo. Yo también sé cuándo él está cansado, preocupado o intentando esconder algo.

Somos prácticamente una persona dividida en dos cuerpos.

Esa es la manera en que suelo explicar nuestra amistad cuando alguien pregunta.

A veces, ni siquiera necesito explicar. La gente se da cuenta.

En la universidad, ya se acostumbraron a vernos juntos. Jacob me espera a la salida de las clases. Yo le llevo comida cuando sé que está trabajando en algún proyecto. Nos mandamos mensajes durante las clases, incluso cuando estamos en el mismo edificio, y compartimos el camino entre el campus y el apartamento como si fuera imposible que uno de nosotros hiciera cualquier cosa sin el otro.

La verdad es que, durante mucho tiempo, no imaginé que la vida pudiera ser diferente.

No porque yo no quisiera conocer a otras personas.

Sino porque Jacob ya ocupaba todos los espacios importantes.

...

Llego a la universidad unos minutos tarde, con Jacob caminando a mi lado y sosteniendo mi tablero mientras intento sujetarme el pelo.

— Podrías haberte arreglado antes de salir — comenta él.

— Podría haber hecho muchas cosas. Elegí vivir peligrosamente.

— También olvidaste el estuche.

Me detengo.

— No lo olvidé.

Jacob levanta el estuche negro en la otra mano.

— Está conmigo.

— Entonces no lo olvidé.

— Lo dejaste encima de la mesa.

— Yo sabía que lo llevarías.

— Claro que lo sabías.

Me entrega el estuche y sigue caminando.

El campus está lleno esa mañana. Estudiantes cruzan los caminos entre los edificios, algunos con libros en los brazos, otros sosteniendo vasos de café y todos aparentando tener más disposición que yo.

El edificio de Ingeniería Civil queda en el lado este de la universidad. El de Ingeniería Mecánica queda unos minutos más lejos, cerca de los laboratorios. Aun así, Jacob suele acompañarme hasta mi entrada antes de ir a sus propias clases.

Dice que es porque el camino forma parte de su ruta.

Yo sé que no.

- ¿Tienes clase ahora? — pregunto.
- Tengo laboratorio dentro de veinte minutos.
- Entonces vas a llegar tarde.
- Aún tengo tiempo.
- Siempre dices eso y después corres por el campus como si estuvieras huyendo de alguien.
- Es una estrategia de desplazamiento.
- Es una falta de planificación.
- Te gusta cuando corro para llegar hasta ti.
- Me gusta cuando llegas sin parecer que vas a morir.

Jacob se ríe.

Nos detenemos delante de mi edificio.

Durante unos segundos, ninguno de los dos se mueve. Esto pasa con frecuencia. Como si, incluso después de pasar la mañana entera juntos, todavía hubiera alguna dificultad en terminar un momento.

- Tengo clase al final de la tarde — dice él. — ¿Vas a quedarte hasta más tarde?
- Probablemente. Necesito terminar el proyecto del puente.
- ¿Quieres que espere?
- Tienes ese informe.

- Puedo hacerlo después.
- Jacob, tu informe vence hoy.
- Lo sé.
- Entonces no me esperes.
- Siempre dices eso.
- Porque tú siempre insistes.
- Tal vez me guste esperar.

Lo dice como si fuera algo obvio.

Yo sonrío.

- ¿Nos vemos en el almuerzo?
- ¿Vas a comer?
- Si estás conmigo, sí.
- Entonces nos vemos al mediodía.

Me toca suavemente el hombro antes de alejarse.

Es un gesto automático. Lo hacemos todo el tiempo. Un toque rápido, casi distraído, como si necesitáramos confirmar que el otro está ahí.

Entro al edificio sin pensar mucho en eso.

La primera clase pasa despacio. El profesor habla sobre cálculos estructurales mientras yo intento seguir los apuntes e impedir que se

me cierran los ojos.

En medio de la explicación, mi celular vibra.

Jacob: ¿Estás prestando atención?

Miro hacia adelante.

Rose: Sí.

Jacob: El profesor acaba de hacer una pregunta y miraste la pizarra como si estuvieras intentando encontrar la respuesta escrita en ella.

Rose: Tal vez lo esté.

Jacob: Tal vez tengas sueño.

Rose: Tal vez deberías prestar atención a tu propia clase.

Jacob: Estoy prestando. Tengo talento para hacer dos cosas al mismo tiempo.

Rose: ¿Me estás mandando mensajes durante el laboratorio?

Jacob: Sí.

Rose: Eso explica muchas cosas.

Jacob: ¿Qué?

Rose: Por qué casi hiciste explotar aquel equipo el semestre pasado.

Tarda unos segundos en responder.

Jacob: Aquello fue una falla técnica.

Rose: Aquello fuiste tú apretando el botón equivocado.

Jacob: Una falla técnica causada por circunstancias externas.

Rose: Eres imposible.

Jacob: Y aun así sigues hablando conmigo.

Miro el mensaje durante demasiado tiempo.

Y aun así sigues hablando conmigo.

Parece una frase común. Es el tipo de cosa que Jacob diría para provocar. Aun así, algo en ella me hace sonreír.

Rose: Alguien necesita mantenerte bajo control.

Jacob: Te gusta tener esa responsabilidad.

Rose: A alguien le tiene que gustar.

Guardo el celular cuando el profesor se acerca.

No consigo evitar la sonrisa.

Jacob siempre sabe cómo distraerme.

Después de la clase, encuentro a mi amiga en el pasillo.

Emily está apoyada cerca de las ventanas, sosteniendo dos cafés y una expresión de quien ya me vio incluso antes de que yo llegara.

— Te traje el tuyo — dice, levantando el vaso.

— Eres la mejor persona de esta universidad.

— Lo sé.

Agarro el café y caminamos juntas hasta el área exterior del edificio.

Emily está en el mismo curso que yo, pero parece llevar la universidad con mucha más tranquilidad. Ella consigue entregar trabajos a tiempo, participar en las clases y aún acordarse de comer antes de las tres de la tarde.

No sé cómo hace eso.

— Estás sonriendo al celular — comenta ella.

— No lo estoy.

— Sí lo estás.

— Era un mensaje de Jacob.

— Entonces yo tenía razón.

— ¿Sobre qué?

— Sobre que estabas sonriendo.

Bebo un sorbo de café para no responder.

Emily me observa con una sonrisa divertida.

— ¿Ustedes dos ya llegaron juntos hoy?

— Sí.

— ¿Y van a almorzar juntos?

— Sí.

— Y probablemente van a volver juntos al apartamento.

— Sí.

— ¿Te das cuenta de que ustedes hacen todo juntos?

— No hacemos todo.

— ¿Qué, exactamente, no hacen juntos?

Pienso por un instante.

— No asistimos a las mismas clases.

— Porque hacen carreras diferentes.

— Y no dormimos en la misma cama.

Emily levanta las cejas.

— Eso no parece haber sido una elección tan difícil de mencionar.

— Emily.

— Solo estoy diciendo.

— Jacob es mi mejor amigo.

— Lo sé. Dices eso todo el tiempo.

— Porque es verdad.

— Yo no dije que no lo fuera.

— Entonces, ¿cuál es el problema?

— Ninguno. Solo me parece curioso que consigas hablar de él durante veinte minutos sin darte cuenta de que no hablaste de otra cosa.

— Vivimos juntos.

— Rose, ustedes viven juntos desde hace dos años. Eso no lo explica todo.

— Él es importante para mí.

— Lo sé.

— Claro que es importante. Somos amigos desde hace cinco años.

Emily apoya el vaso en la mesa y cruza los brazos.

— ¿Te interesaste en alguien desde que empezaste la universidad?

— Claro.

— ¿En quién?

Abro la boca, pero no aparece ningún nombre.

Emily inclina la cabeza.

— Exactamente.

— Me interesé en algunas personas.

— ¿Interés suficiente como para salir con ellas?

- No necesariamente.
- ¿Interés suficiente como para besar a alguien?
- Eso no es asunto tuyo.
- Entonces no.
- No es tan simple.
- Me parece bastante simple.

Miro alrededor. Algunos estudiantes pasan por el área exterior conversando, y el viento mueve las hojas de los árboles cerca del edificio.

- No estoy buscando una relación ahora — digo.
- Tú nunca lo estás.
- Tengo muchas cosas que hacer.
- Todos nosotros las tenemos.
- Ingeniería Civil no es exactamente fácil.
- Yo también hago Ingeniería Civil y aun así consigo salir a cenar.
- Tú eres más organizada.
- Tú tienes a Jacob.

La frase me hace fruncir el ceño.

- ¿Qué quiere decir eso?

— Quiere decir que tal vez no echas de menos una relación porque ya tienes a alguien que ocupa ese espacio.

— Jacob no ocupa ese espacio.

— ¿Qué espacio?

— El de un novio.

Emily me mira fijamente.

— Yo no dije que él ocupe el espacio de un novio.

— Pero fue lo que quisiste decir.

— No lo fue.

— Sí lo fue.

— Rose, yo solo dije que tal vez no busques una relación porque ya tienes a una persona con quien lo compartes todo.

— Eso no significa que él sea mi novio.

— Lo sé.

— Jacob es mi mejor amigo.

— Ya dijiste eso.

— Y no existe nada más que eso.

Emily se queda en silencio unos segundos.

— ¿Pareces muy decidida a convencerme a mí o a ti misma?

- A nadie. Solo estoy explicando.
- No necesitas explicar.
- Necesito, porque estás transformando una amistad en algo que no existe.
- Está bien.
- No existe.
- Rose.
- Hicimos una promesa.

Emily suspira, pero no parece convencida.

- ¿Qué promesa?
- Cuando teníamos quince años, decidimos que nunca dejaríamos que un romance arruinara nuestra amistad.
- ¿Ustedes hicieron un pacto?
- No fue un pacto.
- Acabas de llamarlo promesa.
- Porque fue una promesa.
- ¿Y ustedes aún siguen eso?
- Sí.
- ¿Incluso después de cinco años?

— Principalmente después de cinco años.

Emily observa mi rostro con atención.

— ¿Por qué?

La pregunta me deja incómoda.

No porque yo no sepa la respuesta.

Sino porque sé exactamente cuál es.

— Porque Jacob es la persona que estuvo conmigo en todos los momentos importantes — digo. — Yo no arriesgaría eso por una cosa que tal vez ni siquiera saliera bien.

Emily suaviza la expresión.

— ¿Y si saliera?

— ¿Qué?

— Si saliera bien.

— No va a salir.

— Ni siquiera lo intentaste.

— No necesito intentarlo.

— ¿Cómo lo sabes?

— Porque nosotros somos amigos.

La respuesta sale demasiado rápido.

Emily no discute. Solo agarra el café y mira el campus.

Yo sé que ella cree que estoy huyendo de la conversación.

Tal vez lo esté.

Pero no hay nada que discutir.

Jacob y yo somos mejores amigos. Esa es la verdad. La única verdad.

...

En el almuerzo, encuentro a Jacob sentado en una mesa cerca de la ventana de la cafetería.

Está con el portátil abierto, tres hojas esparcidas y un sándwich que claramente no pretende terminar.

— ¿Estás trabajando mientras comes? — pregunto.

— Estoy intentando hacer dos cosas al mismo tiempo.

— Ya usaste esa excusa hoy.

— Porque sigue siendo verdad.

Me siento frente a él y empujo el plato hacia su lado.

— Come.

— Voy a comer.

— Dijiste eso ayer.

— Y comí.

— A las once de la noche.

— Aún era ayer.

Agarro la mitad de mi sándwich y la pongo en su plato.

Jacob mira la comida, luego me mira a mí.

— Trajiste tu favorito.

— Lo sé.

— ¿Y me estás dando la mitad?

— No comiste nada.

— Tú tampoco.

— Estoy comiendo ahora.

— Me estás dando la mitad.

— Porque tienes hambre.

— Siempre haces eso.

— ¿Hago qué?

— Divides la comida conmigo incluso cuando quieres comértelo todo.

— Yo no quiero comérmelo todo.

— Sí quieres.

— Jacob.

— Está bien.

Él agarra el sándwich.

No da las gracias. Nunca da las gracias cuando compartimos comida. Yo tampoco doy las gracias cuando él pone la última papa en mi plato o compra el café que me gusta sin preguntar.

Hay una intimidad silenciosa en esas cosas. No necesitamos pedir. No necesitamos negociar.

La comida simplemente pasa de una mano a la otra.

— ¿Cómo fue tu clase? — pregunta él.

— Cansada.

— ¿Entendiste la parte de los cálculos?

— Entendí.

— Rose.

— Entendí casi todo.

— ¿Quieres que lo vea después?

— Tú haces Ingeniería Mecánica, no Ingeniería Civil.

— Las leyes de la física siguen existiendo en tu carrera.

— Eso no significa que sepas explicar.

— Yo sé explicar todo.

— Tú no sabes explicar por qué dejaste un calcetín en el baño durante tres días.

— Eso no formaba parte del contenido de la clase.

Sonríó y agarró una papa de su plato.

Jacob sigue el movimiento con los ojos, pero no se queja.

— ¿Y tú? — pregunto. — ¿Cómo fue el laboratorio?

— Mejor de lo esperado.

— ¿Eso significa que no rompiste nada?

— Significa que casi no rompí nada.

— Jacob.

— Estoy bromeando.

— No lo estás.

— No rompí nada importante.

— Esa frase no me tranquiliza.

Él se ríe, y yo siento que la tensión del día desaparece.

Es fácil estar con Jacob.

Incluso cuando estamos cansados. Incluso cuando tenemos trabajos atrasados, cuentas que pagar y exámenes acercándose. Incluso cuando no tenemos nada interesante que decir.

Con él, el silencio nunca parece vacío.

Después del almuerzo, vamos hacia edificios diferentes. Antes de separarnos, Jacob extiende la mano.

— Mándame un mensaje cuando termines tu clase.

— ¿Por qué?

— Para que yo sepa si vas directo a casa.

— Yo siempre voy directo a casa.

— No siempre.

— ¿Cuándo no voy?

— Cuando decides quedarte caminando por el campus sola porque estás pensando demasiado.

— Me conoces muy bien.

— Alguien tiene que conocer.

La frase me hace recordar lo que Emily dijo.

Tal vez no echas de menos una relación porque ya tienes a alguien que ocupa ese espacio.

Miro a Jacob.

Él solo me está observando, esperando mi respuesta, sin imaginar el rumbo que tomaron mis pensamientos.

— Voy a mandar un mensaje — digo.

— ¿Lo prometes?

— Lo prometo.

Él sonríe.

Yo sigo hacia la clase, pero continúo pensando en la conversación con Emily.

No sobre la posibilidad de que Jacob sea algo más que mi mejor amigo.

Eso no tiene sentido.

Pienso solo en cómo él me conoce. En cómo siempre sabe cuándo estoy cansada, cuándo estoy mintiendo, cuándo necesito espacio y cuándo necesito que alguien se quede.

Esa es la diferencia.

Jacob no necesita que yo explique.

Él simplemente sabe.

...

Mi última clase termina después de las cinco.

Cuando salgo del edificio, el cielo está empezando a cambiar de color. El campus parece diferente al final de la tarde. Menos apresurado, más silencioso. Algunas personas cruzan los caminos

con mochilas a la espalda, mientras otras ocupan los bancos cerca de los árboles.

Agarro el celular y veo tres mensajes de Jacob.

Jacob: ¿Terminaste?

Jacob: ¿Rose?

Jacob: Estoy cerca del edificio.

Miro el último mensaje y encuentro a Jacob sentado en un banco al otro lado del camino.

Podría haberse ido. Tenía trabajo para terminar y probablemente estaba tan cansado como yo.

Aun así, esperó.

Camino hacia él.

— No necesitabas venir.

— Lo sé.

— Entonces, ¿por qué viniste?

— Porque prometiste mandar un mensaje.

— Lo mandé.

— Lo mandaste después de que yo pregunté tres veces.

— Aún cuenta.

Jacob se levanta y agarra mi tablero antes de que yo pueda protestar.

— ¿Cómo fue el proyecto?

— Aún no terminé.

— ¿Quieres volver?

Miro el edificio.

Estoy cansada. Me duelen los hombros, y mi cabeza parece llena de fórmulas, dibujos y apuntes.

— No.

— Entonces vamos a casa.

Empezamos a caminar.

No conversamos durante los primeros minutos. El silencio entre nosotros encaja con facilidad, acompañado por el sonido de nuestros pasos y por el movimiento de las hojas sobre nuestras cabezas.

— Emily preguntó si ya me gustó alguien — digo.

Jacob me mira.

— ¿Y qué respondiste?

— Que no estoy buscando una relación.

— Eso no fue lo que pregunté.

— Fue lo que respondí.

— Entonces no respondiste.

— Ella cree que yo debería salir con alguien.

— Tal vez deberías.

Me detengo.

Jacob da dos pasos más antes de darse cuenta de que me quedé atrás.

— ¿Qué pasa?

— ¿Tú crees que yo debería salir con alguien?

— Creo que puedes hacer lo que quieras.

— Eso no es una respuesta.

— Es la única que tengo.

— Jacob.

Él se pasa la mano por el cabello.

— Rose, no necesitas involucrarte con alguien solo porque la gente cree que ya es hora.

— Lo sé.

— Y tampoco necesitas evitar una relación porque tengas miedo de perder tu independencia.

— Yo no tengo miedo.

— Yo no dije que lo tengas.

— Lo estás diciendo.

— Estoy diciendo que puedes esperar hasta que quieras.

— ¿Y si quiero?

Jacob mantiene los ojos en los míos.

Por algún motivo, siento que la pregunta no es solo sobre salir con alguien. Hay algo escondido en ella, algo que no sé nombrar.

— Entonces vas a encontrar a alguien — responde él.

— ¿Me ayudarías?

Su expresión cambia por un instante.

Es casi imperceptible, pero conozco a Jacob lo suficiente como para notarlo.

— Ayudaría.

— ¿De verdad?

— De verdad.

— ¿No te pondrías raro?

— ¿Por qué me pondría raro?

— No sé.

— ¿Quieres que me ponga raro?

— No.

— Entonces no me pondré.

Lo dice con tanta certeza que le creo.

Sonríó y empiezo a caminar de nuevo.

Jacob acompaña mi paso.

Unos minutos después, me roza suavemente el hombro.

— Pero yo elegiría mejor que Emily.

— Tú no conoces a los chicos que ella conoce.

— Conozco lo suficiente.

— Ni siquiera sabes lo que yo busco.

— Sí lo sé.

— Entonces dilo.

Jacob mira hacia adelante.

— Alguien que no sea un idiota.

— Un criterio excelente.

— Alguien que te haga reír.

— ¿Tú crees que eso es importante?

— Para ti, lo es.

— ¿Cómo lo sabes?

— Porque te pones imposible cuando pasas mucho tiempo sin reír.

Yo sonrío.

— ¿Algo más?

— Alguien que no intente cambiarte.

— Eso parece básico.

— Lo básico es importante.

— ¿Tienes una lista entera?

— Tal vez.

— Quiero oírla.

— No.

— ¿Por qué?

— Porque vas a criticar.

— Claro que voy a criticar.

— Entonces no voy a decir.

— Jacob.

— Rose.

Él sonrío, y me doy cuenta de que no voy a conseguir sacarle nada más.

Volvemos a caminar.

La ciudad donde crecimos queda a pocos minutos de la universidad. Fue una de las razones por las que elegimos estudiar allí. No queríamos alejarnos de nuestras familias, de los lugares conocidos o de las calles que cruzamos durante toda la adolescencia.

A veces, después de las clases, pasamos por la plaza donde solíamos sentarnos cuando teníamos quince años.

Fue allí donde hicimos la promesa.

En aquella época, los dos acabábamos de ver una discusión entre una pareja de amigos que terminó con toda la amistad. Habían empezado a salir, se pelearon unas semanas después y nunca más consiguieron conversar sin convertir todo en una acusación.

Jacob dijo que prefería no enamorarse nunca si ese era el precio.

Yo dije que el romance estaba sobrevalorado.

Entonces prometimos que nunca dejaríamos que eso nos pasara a nosotros.

Si uno de nosotros empezaba a gustar del otro, lo diría inmediatamente.

Si existía cualquier riesgo de que un romance arruinara la amistad, lo impediríamos antes de que fuera demasiado tarde.

La promesa parecía simple a los quince años.

Hoy, todavía lo parece.

— ¿Te acuerdas de aquel día? — pregunto mientras pasamos por la plaza.

— Me acuerdo.

— Éramos dramáticos.

— Tú eras dramática.

— Tú estuviste de acuerdo conmigo.

— Yo estaba intentando impresionarte.

— ¿Siempre intentas impresionarme?

Jacob mantiene la expresión seria.

— No.

— Mentiroso.

— Tal vez un poco.

Yo me río.

Él sonríe al oírme.

Es el tipo de sonrisa que me hace sentir en casa.

— ¿Aún crees que fue una buena promesa? — pregunta él.

— Creo.

— ¿Por qué?

- Porque funcionó.
- ¿Cómo lo sabes?
- Seguimos siendo amigos.
- ¿Ese era el objetivo?
- Claro.

Jacob asiente, pero no parece completamente satisfecho.

- ¿Qué pasa? — pregunto.
- Nada.
- Estás callado.
- Estoy cansado.
- Te quedas callado cuando estás preocupado.
- No estoy preocupado.
- Jacob.

Él se detiene delante del banco donde solíamos sentarnos.

- Rose, a veces no necesitas entender todo lo que estoy pensando.
- Yo siempre quiero entender.
- Lo sé.
- Entonces dímelo.

Él me mira.

Por un instante, hay algo en su rostro que no consigo descifrar. Una vacilación, tal vez. O una pregunta que no sabe cómo hacer.

Pero entonces Jacob aparta la mirada.

— Solo estaba pensando que algunas promesas son fáciles de hacer cuando todavía no sabes lo que estás prometiendo.

La frase queda entre nosotros.

— ¿Te arrepientes? — pregunto.

— ¿De qué?

— De la promesa.

Él tarda en responder.

— No.

La respuesta debería tranquilizarme.

Pero, por algún motivo, no me tranquiliza.

...

En casa, preparamos pasta juntos.

Jacob corta los tomates mientras yo intento no dejar que el agua de la pasta se desborde. Él se queja de que estoy distraída. Yo digo que él está cortando los tomates demasiado grandes.

Al final, comemos sentados en el suelo de la sala porque la mesa está cubierta por los dibujos de su proyecto y por mis planos

estructurales.

Después, vemos la mitad de una película que ya vimos tantas veces que ninguno de los dos presta atención de verdad.

Jacob ocupa un lado del sofá. Yo me siento en el otro, pero, en algún momento, nuestros pies se encuentran en el medio.

Ninguno de los dos se aparta.

Su celular vibra. Jacob mira rápidamente la pantalla y deja el aparato boca abajo.

— ¿No vas a responder? — pregunto.

— No es importante.

— ¿Y si lo es?

— Si es importante, la persona llama.

— ¿Esa es una regla tuya?

— Es una regla sensata.

— Tú nunca me llamas.

— Yo golpeo tu puerta.

— Porque vivimos juntos.

— Aun así funciona.

Vuelvo a mirar la televisión.

La sala está iluminada solo por la luz de la pantalla. El apartamento parece más pequeño por la noche, más silencioso y acogedor.

Jacob inclina la cabeza hacia atrás.

— ¿Estás cansada?

— Mucho.

— ¿Quieres ir a dormir?

— Todavía no.

— Entonces quédate.

La palabra es simple.

Aun así, siento algo cálido expandirse por el pecho.

Me quedo.

No porque la película sea buena.

No porque todavía tenga hambre.

Me quedo porque Jacob lo pidió.

Su cabeza termina apoyándose en mi hombro. Yo permanezco inmóvil para no despertarlo, aunque sé que no está durmiendo de verdad.

Después de unos minutos, me doy cuenta de que mi mano está apoyada sobre su brazo.

Es un gesto natural. Ya dormimos en el mismo sofá innumerables veces. Ya compartimos mantas, almohadas y espacio cuando uno de

nosotros estaba enfermo. Ya nos despertamos en medio de la noche con el cuello dolorido y la televisión encendida.

Nada de eso es extraño.

Jacob es mi mejor amigo.

Esa frase aparece en mi mente con tanta fuerza que casi parece una respuesta a alguna pregunta que nadie hizo.

Mi mejor amigo.

La persona que conozco desde hace cinco años.

La persona que lo sabe todo sobre mí.

La persona que elijo cuando necesito reír, quejarme, celebrar o simplemente no decir nada.

Jacob es la persona más importante de mi vida.

Pienso en la pregunta de Emily.

Tal vez no echas de menos una relación porque ya tienes a alguien que ocupa ese espacio.

No.

Ella está equivocada.

Jacob no ocupa el espacio de un novio.

Él ocupa su espacio.

El espacio de mi mejor amigo.

Y tal vez sea exactamente por eso que él sea tan importante. Porque no hay confusión entre nosotros, ni inseguridad, ni riesgo. Solo está la certeza de que, pase lo que pase, Jacob seguirá a mi lado.

Eso fue lo que prometimos.

Nunca dejar que un romance destruya nuestra amistad.

No sé por qué alguien elegiría poner algo tan seguro en peligro.

No sé por qué yo desearía transformar lo que tenemos en algo que podría terminar.

Entonces miro a Jacob dormido contra mi hombro y sonrío.

Él es la persona que siempre estuvo a mi lado.

Y creo que eso es todo.

Solo porque él es mi mejor amigo.

CAPÍTULO 2

El secreto que escondó

Sé exactamente cuánto tiempo tarda Rose en levantarse de la cama después de que suena el despertador.

Seis minutos cuando ha dormido bien.

Doce cuando se pasó la noche estudiando.

Y, cuando está demasiado cansada para recordar que tiene clase, apaga el despertador sin darse cuenta y solo se despierta cuando alguien insiste en llamar a la puerta.

Hoy, fueron siete minutos.

Lo sé porque estaba mirando el reloj mientras terminaba de preparar el café.

No debería haber dormido solo dos horas y media, pero el informe del laboratorio no iba a terminarse solo. Pasé buena parte de la madrugada revisando cálculos, corrigiendo una secuencia del proyecto e intentando descubrir por qué una de las simulaciones seguía arrojando un resultado diferente de lo esperado.

Aún no encontré el error.

Probablemente esté en algún detalle idiota.

Normalmente, soy bueno encontrando detalles idiotas.

Principalmente cuando le pertenecen a Rose.

Se olvida el móvil cargando en la sala, pierde sus propios lápices incluso cuando están delante de ella y siempre deja para terminar los trabajos en el último momento, aunque se pase la semana entera diciendo que va a organizarse.

Sé cuáles son los horarios en los que necesita comer, aunque ella nunca admita que tiene hambre.

Sé que se pone de mal humor cuando pasa más de cuatro horas sin café.

Sé que no le gusta estudiar en lugares demasiado silenciosos porque empieza a pensar demasiado.

Sé que, cuando está preocupada, se recoge el pelo tres veces y luego lo suelta, como si ninguna versión pareciera correcta.

Sé que prefiere caminar por el lado derecho del campus porque el camino tiene más árboles.

Sé que no le gusta pedir ayuda, pero le gusta cuando alguien se da cuenta de que la necesita.

Lo sé todo.

O casi todo.

El problema es que hay cosas que Rose no sabe sobre mí.

La más importante de ellas está escondida desde hace años.

Termino de preparar las dos tazas y coloco la azul cerca de la cafetera. La negra se queda en mi mano. No necesito pensar para elegir cuál pertenece a quién.

La taza azul es de Rose.

Aunque, técnicamente, ninguna de las dos sea de verdad.

Compramos las tazas juntos en el primer semestre de la universidad. Eran simples, sin dibujo, y estaban en oferta. Rose dijo que deberíamos comprar dos iguales porque, según ella, "las parejas de mejores amigos necesitan tazas a juego".

En aquella época, nos reímos de la idea.

Después, ella eligió la azul.

Yo me quedé con la negra.

Ahora, siempre que preparo café, le entrego la azul a ella.

No es gran cosa.

Al menos eso es lo que me digo a mí mismo.

Rose llama a la puerta del cuarto poco después de las siete.

O mejor, yo llamo a la puerta de ella.

Responde que está durmiendo, aun sabiendo que yo sé que no lo está.

El ritual se repite casi todas las mañanas.

Yo amenazo con entrar.

Ella dice que no tengo valor.

Yo recuerdo que tengo una llave.

Ella aparece unos minutos después con el pelo revuelto, la expresión arrugada de sueño y la certeza de que está perfectamente presentable.

No lo está.

Pero nunca digo eso.

Existe una regla silenciosa entre nosotros: no comentar sobre la apariencia del otro antes del café.

No porque Rose se ponga fea cuando se despierta.

Ella nunca se pone.

Ese es exactamente el problema.

...

Salimos del apartamento juntos.

La rutina de Rose empieza en el edificio de Ingeniería Civil. La mía continúa unos minutos después, en el laboratorio de Ingeniería Mecánica, pero yo siempre la acompaño hasta allí.

Ella cree que hago eso porque el camino forma parte de mi ruta.

No lo hace.

Podría llegar más rápido a mi edificio cruzando la plaza y siguiendo por la avenida central. En lugar de eso, doy la vuelta por el lado este

del campus porque es el camino de ella.

Rose nunca preguntó por qué empecé a hacer eso.

Tal vez porque, para ella, mi presencia sea tan natural como el café en la taza azul.

Ese pensamiento debería incomodarme.

A veces, incomoda.

La mayor parte del tiempo, lo prefiero así.

Es más fácil ser algo natural que algo deseado.

— Vas a llegar tarde — dice Rose mientras intenta recogerse el pelo.

Está sujetando la carpeta de dibujo contra el pecho, el estuche bajo el brazo y el móvil entre los dedos. Aun así, consigue caminar sin que se le caiga nada.

— Tengo veinte minutos.

— Tienes quince.

— Sigue siendo tiempo suficiente.

— Siempre dices eso antes de correr por el campus.

— Yo no corro.

— Corriste ayer.

— Caminé rápido.

- Casi atropellaste a un estudiante.
- Cruzó sin mirar.
- Le gritaste.
- Le pedí disculpas.
- Después de llamarlo amenaza pública.
- Fue una disculpa sincera.

Ella me mira de reojo.

Rose todavía está medio adormilada, pero la comisura de la boca se le levanta. Es una de las cosas que me gustan de ella. Incluso cuando está cansada, encuentra energía para sonreír cuando quiere.

O cuando yo consigo irritarla lo suficiente.

- ¿Hasta qué hora tienes clase hoy? — pregunto.
- La última termina a las cinco. Tal vez me quede un poco más para terminar el proyecto.
- ¿Cuánto tiempo?
- No sé.
- Me vas a avisar.
- Yo siempre aviso.
- ¿Avisaste ayer?

- Avisé.
- Después de que yo preguntara tres veces.
- Eso todavía cuenta.
- No cuenta si yo tuve que averiguar si estabas viva.
- Estaba en el edificio de la facultad, Jacob.
- Podrías haber quedado sepultada por una pila de dibujos técnicos.
- Eso no pasa.
- No tienes cómo saberlo.

Ella pone los ojos en blanco, pero sigue sonriendo.

Podría pasarme el día entero haciendo esto. Haciendo preguntas inútiles, molestándola, recordándole que coma y encontrando pequeñas excusas para mantener la conversación.

Tal vez por eso organizo mi vida en torno a la suya.

No de una manera que Rose perciba.

No abandono clases, no entrego trabajos tarde ni dejo mis proyectos de lado. Solo aprendí a encajar todo.

Mi laboratorio termina a las cuatro y media los martes, exactamente a la hora en que empieza su última clase. Los miércoles son más complicados, así que dejo la cena preparada antes de salir. Los jueves, tengo una ventana de casi dos horas entre la clase teórica y el laboratorio, lo suficiente para comprobar si Rose comió algo.

Si alguien preguntara, yo diría que es practicidad.

Vivimos juntos.

Somos mejores amigos.

Es normal saber cuándo el otro va a llegar a casa.

Es normal dejar comida lista.

Es normal ajustar la propia rutina para poder compartir unos minutos.

Lo que no es normal es darse cuenta de cada detalle, guardar cada reacción y construir el propio día en torno a una persona sin que ella jamás haya pedido eso.

Pero Rose nunca lo pidió.

Yo lo hago porque quiero.

Ese es el tipo de verdad que no puedo contarle.

Llegamos al edificio de Ingeniería Civil.

Ella se detiene delante de la entrada y me entrega el estuche, como si solo en ese momento recordara que estaba cargando mis cosas.

— Vas a necesitar esto — digo.

— Yo sabía que estaba contigo.

— Claro que lo sabías.

— Siempre recoges las cosas que yo olvido.

— Tú siempre olvidas las cosas que yo recojo.

— Entonces somos un equipo eficiente.

— Un equipo muy desequilibrado.

— Yo hago la parte creativa.

— Tú haces la parte de dejarme preocupado.

Ella sonríe.

Por un instante, tengo ganas de tocarle la cara. Solo apartar un mechón de pelo que se le cayó cerca de los ojos.

No lo hago.

En vez de eso, sujeto la carpeta de dibujo con más fuerza.

— Nos vemos en el almuerzo — digo.

— ¿Vas a comer?

— Voy.

— ¿No vas a pasarte dos horas mirando el informe y fingiendo que eso cuenta como comida?

— No.

— Jacob.

— Voy a comer.

— ¿Lo prometes?

— Lo prometo.

Ella parece satisfecha.

Rose confía en mis promesas.

Esa es otra cosa que hace imposible romperlas.

Ella entra en el edificio, pero mira hacia atrás antes de desaparecer por la puerta. Yo levanto la mano, y ella hace lo mismo.

Solo entonces empiezo a caminar en dirección al laboratorio.

La distancia entre los dos edificios es corta.

Aun así, parece mayor cuando no estoy a su lado.

...

Ingeniería Mecánica ocupa buena parte de mi mañana.

La primera clase es sobre materiales y procesos de fabricación. El profesor habla mientras yo reviso mentalmente el informe de la noche anterior e intento descubrir si dejé algún número mal en la simulación.

Mi compañero, Daniel, empuja una hoja en mi dirección.

— ¿Estás prestando atención?

— Sí.

— Estás mirando la misma línea desde hace cinco minutos.

— Estoy analizando.

— Estás pensando en Rose.

Levanto la vista.

— No lo estoy.

Daniel no parece creerlo.

— Siempre te pones así cuando ella tiene clase.

— ¿Así cómo?

— Distráído.

— Estoy cansado.

— Siempre estás cansado.

— Entonces es eso.

Observa mi cara unos segundos más y vuelve a su propia hoja.

Daniel conoce a Rose. Todo el mundo conoce a Rose. Ella ya apareció en el laboratorio para traerme comida, mandarme a dormir o recordarme que tenía un examen al día siguiente.

No es un secreto que somos cercanos.

Para las personas a nuestro alrededor, nuestra amistad es solo una amistad muy intensa.

Para mí, lo es todo.

La clase termina y vamos al laboratorio. El olor a metal, aceite y polvo es familiar. Me gusta ese espacio porque exige atención. Máquinas, herramientas y medidas no permiten que piense en cosas

que no sé resolver.

Rose es diferente.

No existe cálculo capaz de explicar lo que pasa dentro de mí cuando ella entra en una sala.

El profesor divide las tareas del día y empiezo a trabajar.

Durante casi una hora, consigo concentrarme.

Entonces mi móvil vibra.

Rose: ¿Estás prestando atención?

Miro el mensaje y sonrío antes de responder.

Jacob: Sí.

Rose: El profesor acaba de hacer una pregunta y miraste la pizarra como si estuvieras intentando encontrar la respuesta escrita en ella.

Jacob: Tal vez esté.

Rose: Tal vez tengas sueño.

Jacob: Tal vez deberías prestar atención a tu propia clase.

Rose: ¿Me estás mandando mensajes durante el laboratorio?

Jacob: Sí.

Rose: Eso explica muchas cosas.

Jacob: ¿Qué?

Rose: Por qué casi hiciste explotar aquel equipo el semestre pasado.

Jacob: Aquello fue un fallo técnico.

Rose: Aquello fuiste tú apretando el botón equivocado.

Jacob: Un fallo técnico causado por circunstancias externas.

Rose: Eres imposible.

Jacob: Y aun así sigues hablando conmigo.

Envío el mensaje y me arrepiento en el mismo instante.

No por la frase.

Por lo que carga.

Y aun así sigues hablando conmigo.

A veces, pienso que Rose solo sigue hablando conmigo porque nunca se dio cuenta de cuánto estoy involucrado.

Porque, si se da cuenta, tal vez todo cambie.

El móvil vibra de nuevo.

Rose: Alguien necesita mantenerte bajo control.

Me quedo mirando la respuesta.

Es una frase típica de ella. Una broma. Una manera de decir que nunca pretende alejarse.

Pero mi corazón interpreta otra cosa.

Siempre interpreta otra cosa cuando se trata de Rose.

Guardo el móvil y vuelvo al trabajo.

No tarda mucho en que el profesor llame mi atención.

— Jacob, si terminas este proyecto con la cabeza en otro lado, no te va a gustar el resultado.

— Sí, profesor.

Daniel esconde una risa.

Yo finjo no darme cuenta.

...

Me di cuenta de que estaba enamorado de Rose a los diecisiete años.

No pasó en una fiesta.

No hubo beso, declaración ni momento perfecto.

Fue una tarde común en la biblioteca de la escuela.

Teníamos un examen al día siguiente, y Rose estaba sentada delante de mí con el pelo recogido de cualquier manera, un bolígrafo entre los dientes y tres libros abiertos al mismo tiempo.

Estaba intentando estudiar.

En realidad, estaba intentando hacerme estudiar.

Yo no conseguía responder a un problema de matemáticas, y ella había explicado lo mismo cuatro veces.

— Estás haciendo esto más difícil de lo que es — dijo.

— No lo estoy.

— Sí lo estás.

— El problema es difícil.

— El problema es que no estás prestando atención.

— Estoy prestando.

— No lo estás.

— Llevo diez minutos mirándote.

Ella levantó la vista del cuaderno.

— Ese es exactamente el problema.

En aquella época, me reí.

Dije que solo estaba intentando entender la explicación.

Rose creyó.

O fingió creer.

Después, ella cogió mi bolígrafo, se inclinó sobre la mesa y empezó a resolver el problema en mi cuaderno. Mientras explicaba cada etapa, un mechón de pelo le cayó sobre la cara.

Sopló para apartarlo.

El mechón volvió.

Rose sopló de nuevo, irritada.

Yo me reí.

Ella levantó la mirada.

— ¿Qué?

— Nada.

— Te estás riendo de mí.

— Me estoy riendo de tu lucha contra el pelo.

— Mi pelo está estorbando mi razonamiento.

— Tu pelo parece tener opinión propia.

Ella hizo una mueca y volvió al cuaderno.

Fue simple.

Tan simple que tardé meses en entender.

Aquel día, empecé a prestar atención a cosas que antes parecían invisibles.

En la manera en que fruncía el ceño cuando estaba concentrada.

En la forma en que sus ojos brillaban cuando hablaba del futuro.

En el modo en que siempre buscaba mi mano cuando cruzábamos una calle concurrida, incluso sin darse cuenta de que lo hacía.

Empecé a notar que mi día se ponía mejor cuando ella estaba feliz y peor cuando ella se alejaba.

Empecé a querer ser la primera persona a la que ella buscaría cuando algo saliera mal.

Y la última persona que vería antes de dormir.

Al principio, intenté llamar a eso amistad.

Era más fácil.

Rose era mi mejor amiga. Ya éramos inseparables. Era natural querer estar cerca de ella. Era natural echarla de menos. Era natural que me importara.

Solo que la amistad no debería hacer que se me revuelva el estómago cuando ella le sonreía a otra persona.

No debería dejarme despierto imaginando cómo sería besarla.

No debería hacerme odiar a todos los hombres que descubrían lo bonita que era.

A los diecisiete años, me di cuenta de que había cruzado una línea de la que no sabía cómo volver.

Estaba enamorado de Rose.

La constatación no vino acompañada de alegría.

Vino acompañada de miedo.

Porque, en esa misma época, hicimos la promesa.

La promesa que parecía una broma a los quince años cobró otro peso cuando yo ya sabía lo que sentía.

Estábamos sentados en la plaza de la ciudad, compartiendo un paquete de patatas fritas. Una pareja que conocíamos había terminado después de una pelea horrible, y Rose decía que no entendía cómo dos personas que se amaban podían pasar a tratarse como enemigas.

— Yo nunca haría eso contigo — dijo ella.

— Ni yo contigo.

— Entonces tenemos que prometer.

— ¿Prometer qué?

— Que nunca vamos a dejar que un romance destruya nuestra amistad.

Yo debería haberme quedado en silencio.

Debería haber dicho que las promesas hechas a esa edad no necesitaban tomarse tan en serio.

Pero Rose me estaba mirando con una confianza tan absoluta que no pude decepcionarla.

— Lo prometo — dije.

Ella extendió el meñique.

Yo entrelacé el mío con el de ella.

— Si uno de nosotros empieza a gustar del otro, tiene que contarlo — añadió Rose.

Mi corazón se detuvo por un instante.

— ¿Por qué?

— Porque no quiero descubrirlo demasiado tarde. Si aparecen sentimientos, hablamos y lo resolvemos antes de que todo se ponga raro.

— ¿Y si no se puede resolver?

— Entonces elegimos la amistad.

Ella dijo aquello como si fuera lo más simple del mundo.

Como si elegir la amistad siempre fuera posible.

Como si yo no estuviera sentado al lado de la persona que empezaba a significar más que cualquier otra.

— ¿Lo prometes? — preguntó ella.

Yo lo prometí.

En aquel momento, firmé mi propia sentencia.

...

En el almuerzo, encuentro a Rose en la cafetería.

Está con Emily, pero se levanta en cuanto me ve.

No debería sentir alivio por eso.

Lo siento.

Rose siempre se levanta cuando me ve.

Ella me coge la mano y me tira hasta la mesa, como si yo pudiera decidir sentarme en otro lugar.

— ¿Trajiste el informe? — pregunta ella.

— Lo traje.

— ¿Lo terminaste?

— Casi.

— Eso significa que no lo terminaste.

— Significa que falta revisar.

— ¿Dormiste?

— Dormí.

— ¿Cuánto?

— Lo suficiente.

— Jacob.

— Dos horas y media.

Rose cierra los ojos por un instante.

— Eres un idiota.

— Buenos días para ti también.

— Te dije que no te pasaras la noche en vela.

— No me la pasé.

— Dormir dos horas no es dormir.

— Fueron dos horas y media.

— Eso no mejora.

Ella se sienta a mi lado, no delante de mí.

Emily observa la escena con una expresión que no consigo interpretar.

Rose coge su propio sándwich y lo divide por la mitad antes de empujar una parte hacia mí.

— Come.

— Voy a comer.

— Ahora.

— Trajiste tu favorito.

— Y lo estoy compartiendo.

— Siempre haces eso.

— Porque tú no comes.

— Porque tú me vas dando la mitad de tu comida.

— Entonces come tu mitad.

Obedezco.

Rose me observa hasta que doy el primer mordisco.

Ella no se da cuenta, pero este tipo de cuidado es una de las razones por las que me enamoré.

No es solo su belleza.

No es la sonrisa, ni la voz, ni la manera en que todos miran cuando ella entra en algún lugar.

Es el hecho de que Rose cuide de mí incluso cuando está cansada.

Es el hecho de que ella sepa cuándo no estoy bien sin que yo lo diga.

Es el hecho de que comparta su sándwich favorito porque se dio cuenta de que me pasé la mañana entera sin comer.

No necesita hacer grandes cosas.

Nunca necesitó.

Rose demuestra amor en detalles pequeños.

Tal vez por eso yo siga esperando que algún día ella se dé cuenta de los míos.

— ¿Cómo fue la clase? — pregunta ella.

— Bien.

— ¿Estás mintiendo?

— No.

— Entonces ¿por qué parece que estás pensando en otra cosa?

Porque estoy pensando en ti.

— Estoy cansado.

— Eso ya lo sé.

Ella sigue mirándome.

Rose siempre mira como si pudiera atravesar cualquier mentira.

La única cosa que ella todavía no consiguió descubrir es la verdad principal.

Y tal vez nunca la descubra.

...

Al final de la tarde, mi laboratorio termina antes de lo esperado.

Tengo un informe para revisar, pero decido hacer eso en casa. Rose va a terminar la clase en unos minutos, y sé que, si me voy sin avisar, ella me va a mandar un mensaje preguntando dónde estoy.

No porque esté preocupada.

Porque está acostumbrada a encontrarme.

Es una diferencia pequeña.

Para mí, es enorme.

Espero cerca del edificio de Ingeniería Civil.

Cuando ella sale, está con la carpeta de dibujo contra el pecho y la cara cansada. Camina hacia mí sin dudar, como si ya supiera que yo estaré allí.

— No necesitabas venir — dice ella.

— Lo sé.

— Entonces ¿por qué viniste?

Porque terminaste la clase.

Porque no me gusta que cruces el campus sola cuando estás cansada.

Porque mi día parece incompleto cuando no te veo antes de ir a casa.

— Porque prometiste mandar un mensaje — respondo.

Ella sonríe.

Rose cree que mis respuestas son simples.

Tal vez lo sean.

Tal vez el problema esté solo en lo que no digo.

En el camino, ella me cuenta que Emily preguntó si ella ya había gustado de alguien.

Yo mantengo la mirada al frente.

— ¿Y qué respondiste?

Rose dice que no está buscando una relación.

No sé si debo sentir alivio o tristeza.

Tal vez los dos.

Cuando ella pregunta si yo la ayudaría a encontrar a alguien, todo mi cuerpo se tensa.

— Ayudaría — digo.

Es la respuesta que ella espera.

Es la respuesta que un mejor amigo daría.

Es la respuesta que necesito dar si quiero seguir en su vida.

Rose no se da cuenta de lo que cuesta decir aquello.

Ella solo sonrío y sigue caminando a mi lado.

Y yo acepto una vez más el papel que elegí años atrás.

El papel de ser la persona que estará a su lado, incluso cuando ella decida buscar a otra persona.

...

Por la noche, Rose se sienta conmigo en el sofá.

Apoya la cabeza en mi hombro, y yo finjo no darme cuenta de cuánto ese gesto todavía me afecta.

Ya hemos dormido juntos en ese sofá.

Ya hemos compartido mantas, almohadas y noches enteras.

Pero nunca aprendí a tratar su cercanía como algo común.

Rose dice que no quiere irse a dormir todavía.

Yo le digo que se quede.

Ella se queda.

La televisión sigue encendida, pero ninguno de los dos presta atención.

Siento su mano posarse sobre mi brazo.

Mi corazón reacciona como si fuera la primera vez.

Cierro los ojos.

Si Rose pudiera oír mis pensamientos, sabría que no hay nada simple en estar a su lado.

No existe solo amistad dentro de mí.

Existe el deseo de besarla.

Existe el miedo de perderla.

Existe la voluntad de decir que ella es la primera persona en la que pienso cuando me despierto y la última que busco antes de dormir.

Existe la certeza de que yo la elegiría en cualquier vida.

Pero también existe la promesa.

Y existe la forma en que Rose me mira cuando habla de nuestra amistad, como si creyera que es indestructible.

No quiero ser la persona que destruya esa certeza.

Así que permanezco en silencio.

Si necesito seguir siendo solo el mejor amigo de Rose para mantenerla en mi vida, lo aceptaré.

Si necesito sonreír mientras ella encuentre a alguien, sonreiré.

Si necesito oír sobre citas, mensajes y besos que no serán míos, oiré.

Porque amar a Rose en silencio sigue siendo mejor que vivir sin ella.

Ella se mueve a mi lado.

— ¿Jacob?

— ¿Hm?

— ¿Estás despierto?

— Estoy.

— Gracias por siempre estar aquí.

Abro los ojos.

Rose todavía tiene la cabeza apoyada en mi hombro, mirando la televisión.

— Siempre estaré — respondo.

Ella sonríe, satisfecha, y vuelve a cerrar los ojos.

Yo me quedo allí, inmóvil, sintiendo el peso ligero de su cabeza contra mí.

Siempre estaré.

Es una promesa simple.

Una promesa que puedo cumplir.

Aunque, para eso, necesite esconder el secreto que cargo desde hace años.

Rose es mi mejor amiga.

Y estoy enamorado de ella.

Pero, mientras ella crea que entre nosotros no existe nada más que amistad, seguiré siendo exactamente aquello que ella necesita.

La persona que siempre estará a su lado.

Aunque nunca pueda ser la persona que ella elige.

CAPÍTULO 3

El chico adecuado

No debería estar mirando la pantalla del celular durante la clase.

El profesor está explicando un cálculo que probablemente va a aparecer en el examen de la próxima semana, pero, en lugar de seguir los números escritos en la pizarra, estoy mirando fijamente un mensaje de Emily.

Emily: El chico de la camisa azul te está mirando.

Levanto la vista con cuidado.

El chico de la camisa azul está sentado dos filas adelante. No sé su nombre. Tampoco sé en qué semestre está, qué carrera estudia o si realmente me estaba mirando.

En el instante en que nuestras miradas se encuentran, él aparta el rostro.

Vuelvo al celular.

Rose: Tal vez esté mirando la pizarra.

Emily: La pizarra está detrás de ti.

Rose: Tal vez esté mirando la ventana.

Emily: La ventana también está detrás de ti.

Rose: Entonces tal vez tenga cuello.

Emily: Eres imposible.

Rose: Aprendí con Jacob.

Emily: Ese es exactamente el problema.

Miro rápidamente hacia el frente.

El profesor sigue hablando, aparentemente ajeno a mi completa falta de atención.

Rose: ¿Qué problema?

Emily: Siempre conviertes cualquier conversación sobre hombres en una conversación sobre Jacob.

Rose: Yo no hice eso.

Emily: Acabas de hacerlo.

Rose: Solo mencioné su nombre.

Emily: Mencionas su nombre en todas las conversaciones.

Rose: Eso no es verdad.

Emily: Ayer hablaste de él durante el almuerzo, en el pasillo, en la biblioteca y mientras esperábamos el café.

Rose: Él estaba involucrado en todos esos momentos.

Emily: Rose.

Intento no sonreír.

Emily no entiende que Jacob está involucrado en casi todos mis momentos porque somos mejores amigos. No es culpa mía si aparece naturalmente en cualquier tema.

Cuando alguien pregunta qué hice el fin de semana, necesito mencionar a Jacob.

Cuando hablan de comida, necesito mencionar a Jacob, porque él siempre sabe qué restaurante vale la pena.

Cuando se quejan de trabajos de la universidad, necesito mencionar a Jacob, porque él siempre me ayuda con las partes que no entiendo.

Cuando alguien comenta sobre una película, una canción o un lugar, necesito mencionar a Jacob porque probablemente ya vimos, escuchamos o visitamos juntos.

Él está en mi vida desde hace tanto tiempo que sería imposible hablar de mí sin hablar de él.

Eso no significa nada más que amistad.

O, al menos, es lo que siempre significó.

Mi celular vibra de nuevo.

Emily: ¿Qué piensas de él?

Miro una vez más al chico de la camisa azul.

Tiene el cabello oscuro, un rostro bonito y parece estar prestando atención a la clase ahora. O fingiendo prestar atención.

Rose: Es guapo.

Emily: ¿Solo eso?

Rose: No sé nada más.

Emily: Entonces averígualo.

Rose: ¿Durante la clase?

Emily: Puedes esperar hasta después.

Rose: No estoy interesada.

Emily: Dijiste que querías empezar a salir con alguien.

El mensaje permanece en la pantalla.

Yo dije eso.

No exactamente a Emily, pero no lo negué cuando comentó que yo nunca me interesaba de verdad por nadie.

La idea de empezar a salir con alguien surgió como una posibilidad distante durante las últimas semanas. No era un plan concreto. Yo no había elegido a alguien, no había instalado aplicaciones ni pensado en cómo sería salir con una persona.

Era solo un deseo vago.

El deseo de vivir algo que aún no había vivido.

No porque me sintiera incompleta.

No me siento incompleta.

Pero porque, a los veinte años, tal vez fuera normal querer descubrir cómo es que te guste alguien de una manera diferente.

Tal vez fuera normal querer recibir un mensaje de buenos días de una persona que no fuera Jacob.

Tal vez fuera normal salir a cenar, ver una película y besar a alguien sin que eso tuviera el significado de una broma entre mejores amigos.

El problema es que, cuando pienso en todo eso, ninguna persona específica aparece en mi cabeza.

Solo la idea.

Rose: Dije que me gustaría empezar a salir con alguien. No dije que voy a elegir al primer chico guapo que me mire.

Emily: Entonces, ¿qué buscas?

No respondo inmediatamente.

El profesor hace una pregunta, y algunos estudiantes empiezan a conversar. Aprovecho la distracción para guardar el celular dentro de la mochila.

Pero la pregunta sigue conmigo.

¿Qué busco?

...

La clase termina casi una hora después.

Emily me espera en el pasillo con dos cafés. Ella siempre compra uno para mí cuando sabe que tendremos una conversación que considera importante.

— ¿Esto es un soborno? — pregunto, agarrando el vaso.

— Es prevención.

— ¿Prevención de qué?

— De que te escapes antes de que yo termine de hablar.

— Yo no me escapo.

— Cambias de tema.

— Es diferente.

— No lo es.

Caminamos hasta el patio entre los edificios. El día está caluroso, y varios estudiantes ocupan las mesas esparcidas cerca de los árboles.

Emily elige un lugar más alejado del movimiento. Me siento frente a ella, apoyando los brazos sobre la mesa.

— Entonces — ella empieza.

— ¿Entonces?

— ¿Qué buscas?

— ¿Todavía estás atrapada en eso?

— Todavía no respondiste.

Bebo un sorbo del café.

— No lo sé.

— Esa no es una respuesta.

— Es la respuesta más honesta que tengo.

— ¿Quieres empezar a salir con alguien, pero no sabes qué tipo de persona quieres conocer?

— Sé que no quiero a cualquier persona.

— ¿Qué significa cualquier persona?

— Alguien que no encaje conmigo.

— ¿Y cómo sabes quién encaja?

— No lo sé.

Emily se recuesta en la silla.

— ¿Te das cuenta de que estás haciendo esto difícil a propósito?

— No lo estoy.

— Sí lo estás. Quieres conocer a alguien, pero estás creando una lista de exigencias tan abstracta que nadie logra pasar.

— No creé ninguna lista.

— Entonces dime una característica.

— ¿Una característica?

— Cualquiera.

Pienso por algunos segundos.

— Alguien leal.

Emily levanta las cejas.

— Bien.

— ¿Qué fue?

— Nada.

— Pusiste una cara.

— No la puse.

— Sí la pusiste.

— Sigue.

— Alguien paciente.

— ¿Paciente?

— Sí.

— ¿Por qué?

— Porque yo no soy la persona más fácil del mundo.

— Eso es verdad.

- Emily.
- Solo estoy de acuerdo.
- También quiero a alguien con buen humor.
- ¿Que te haga reír?
- Que me haga reír, pero que también sepa cuándo dejar de bromear.
- Sigue.
- Alguien cuidadoso.
- ¿Cuidadoso cómo?
- Que preste atención. Que se dé cuenta cuando estoy cansada o cuando algo me molesta sin obligarme a explicarlo todo.

Emily sostiene el vaso con las dos manos.

- ¿Algo más?
- Intimidad.
- Eso es importante.
- No estoy hablando solo de intimidad física.
- Lo sé.
- Quiero a alguien con quien pueda quedarme en silencio sin sentir que necesito llenar todos los espacios. Alguien que conozca mis manías y no piense que son insoportables.

— Quieres a alguien que te conozca de verdad.

— Sí.

Emily inclina la cabeza.

— Acabas de describir a Jacob.

Yo debería reír.

Tal vez negarlo.

En lugar de eso, permanezco en silencio por demasiado tiempo.

— No lo describí — digo finalmente.

— Rose.

— Solo hablé de características que considero importantes.

— Y Jacob tiene todas ellas.

— Eso no significa nada.

— Yo no dije que signifique.

— Lo estás diciendo con los ojos.

— No estoy diciendo nada.

— Sí lo estás.

Emily se inclina sobre la mesa.

— ¿Te diste cuenta de que hablaste de él sin mencionar su nombre?

— Yo no estaba hablando de Jacob.

— ¿En quién estabas pensando?

— En nadie.

— Entonces, ¿por qué todas las características parecen haber sido sacadas de su personalidad?

— Porque él es una buena persona.

— Hay otras buenas personas.

— Lo sé.

— ¿Conoces a alguna?

— Claro.

— ¿Quién?

Abro la boca y la cierro de nuevo.

Emily no necesita decir nada.

Su expresión ya responde por las dos.

— Eso no prueba nada — afirmo.

— No estoy intentando probar.

— Jacob está fuera de cualquier posibilidad romántica.

— Por la promesa.

— Por la promesa.

Decirlo en voz alta hace que la frase parezca aún más sólida.

La promesa existe.

La hicimos juntos.

A los quince años, cuando todavía no sabíamos casi nada sobre el mundo, pero ya sabíamos que no queríamos perdernos el uno al otro.

— Podrían cambiar de idea — dice Emily.

— No.

— ¿Por qué?

— Porque no quiero correr ese riesgo.

— No sabes si sería un riesgo.

— Lo sé.

— ¿Cómo?

— Porque, si saliera mal, nada volvería a ser como antes.

— ¿Y si saliera bien?

— No va a salir.

— ¿Ni siquiera consideras esa posibilidad?

— No.

Mi respuesta sale demasiado rápido.

Emily me observa con cuidado.

— ¿Por qué no?

Miro el movimiento del patio. Un grupo de estudiantes pasa cerca de la mesa, riendo alto. A lo lejos, alguien llama el nombre de un amigo. La vida sigue a nuestro alrededor mientras intento explicar algo que siempre pareció obvio.

— Porque Jacob es Jacob — digo.

— Eso explica aún menos.

— Él es mi mejor amigo.

— Lo sé.

— Lo conozco desde hace cinco años.

— Lo sé.

— Vivimos juntos.

— También lo sé.

— Nosotros compartimos todo.

— Exactamente.

— No quiero perder eso.

Emily suaviza la mirada.

— Rose, tal vez ustedes no lo perderían.

— Tal vez.

— Pero no puedes estar segura de que lo perderían.

— Tampoco puedo estar segura de que no lo perderíamos.

Ese es el punto.

No importa cuánto conozco a Jacob. No importa cuánto confío en él. No importa que él sea paciente, leal, divertido y cuidadoso.

Si intentáramos ser algo más que amigos, existiría la posibilidad de que todo terminara.

Y no existe una versión de mi vida en la que yo logre aceptar a Jacob lejos de mí.

— Entonces, ¿prefieres nunca descubrirlo? — pregunta Emily.

— Prefiero mantener lo que tengo.

— ¿Aunque nunca encuentres a alguien?

— Puedo encontrar a otra persona.

— Pero tiene que ser alguien diferente de Jacob.

— Sí.

— ¿Por qué?

— Porque Jacob es mi mejor amigo.

La respuesta ya no parece una explicación.

Parece una defensa.

Emily no insiste.

Tal vez se dé cuenta de que, en ese momento, cualquier otra pregunta solo haría que yo cerrara aún más la conversación.

— Entonces encuentra a alguien diferente — dice ella.

— Eso es lo que quiero hacer.

— El chico de la camisa azul parece un comienzo.

Miro hacia donde Emily señala.

El chico está parado cerca de una columna, conversando con otro estudiante. Mira en nuestra dirección una vez, pero aparta la mirada rápidamente.

— Tal vez — digo.

— Averigua su nombre.

— ¿Cómo?

— Preguntando.

— Lo haces parecer simple.

— Es simple.

— No para mí.

- Puedes conversar con cualquiera.
- No con alguien que tal vez esté interesado en mí.
- ¿Sabes que eso pasa con frecuencia?
- No pasa.
- Rose.
- No pasa de la manera que tú estás imaginando.

Emily sonríe.

- Entonces necesitas práctica.
- No necesito.
- Sí necesitas.
- Solo necesito encontrar a alguien con quien pueda conversar.
- Y besar.
- No vamos a saltarnos etapas.
- Estás nerviosa.
- No lo estoy.
- Lo estás.
- Solo estoy siendo cuidadosa.
- Demasiado cuidado es otra forma de miedo.

— Te estás poniendo filosófica.

— Me estoy cansando de verte pasar por todos los hombres de la universidad sin siquiera darte cuenta de que existen.

— Eso no es verdad.

— Es casi verdad.

— Casi no cuenta.

— Cuenta cuando se repite todos los días.

Vuelvo a mirar al chico de la camisa azul.

Parece perfectamente normal. Guapo, probablemente simpático, tal vez interesante.

Pero no siento nada.

Ninguna curiosidad urgente.

Ningún deseo de averiguar su nombre.

Ninguna ganas de caminar hasta él.

Con Jacob, nunca necesito pensar qué decir.

Las palabras simplemente aparecen.

Con otras personas, parece que necesito elegir cada una.

Tal vez sea solo falta de práctica.

Eso es lo que decido creer.

— Está bien — digo.

Emily abre los ojos.

— ¿Está bien?

— Tal vez pueda hablar con él.

— ¿Ahora?

— No.

— ¿Por qué no?

— Porque tengo hambre.

— Siempre tienes una excusa.

— Realmente tengo hambre.

— Entonces vamos a almorzar y después hablas con él.

— No vas a dejar que lo olvide, ¿verdad?

— Ni por un segundo.

...

El chico de la camisa azul se llama Lucas.

Lo descubro porque Emily pregunta por él mientras estamos en la fila de la cafetería.

Él está con dos amigos y parece no darse cuenta de que estamos hablando de él. Cuando se da cuenta, le sonrío a Emily, no a mí.

Eso me deja aliviada.

— Puedes preguntar sobre la clase — sugiere Emily.

— ¿Qué clase?

— Cualquiera.

— No sé qué carrera estudia.

— Entonces pregunta.

— No puedo simplemente aparecer y decir: hola, ¿qué carrera estudias?

— Puedes.

— Eso es raro.

— Solo será raro si haces que parezca raro.

— Me estás mandando a una conversación sin preparación.

— Preparaste una presentación de proyecto anoche.

— Era diferente.

— ¿Por qué?

— El proyecto no podía rechazarme.

Emily contiene la risa.

— Él no te va a rechazar.

— Tú no lo sabes.

— Rose.

— Está bien.

Cuando llegamos cerca de la mesa, Lucas mira en nuestra dirección de nuevo.

Emily le sonr e.

Yo no s e si debo sonre r tambi n, as  que lo hago un segundo despu s.

 l parece sorprendido.

Tal vez no se dio cuenta de que yo lo observaba durante la clase.

Tal vez Emily tenga raz n y  l realmente me estuviera mirando.

Nos sentamos en una mesa cercana.

Por algunos minutos, intento comer sin prestar atenci n a su presencia. No funciona. Mi cuerpo parece demasiado consciente de d nde est  Lucas, aunque no tengo ning n motivo para estar nerviosa.

— Ve — susurra Emily.

—  Ahora?

— S .

—  Qu  digo?

— Lo que salga.

— Eso no ayuda.

— Puedes preguntar si él cursa alguna materia con el profesor de estructuras.

— No cursa.

— Entonces pregunta cualquier otra cosa.

— ¿No vienes conmigo?

— Si voy, nunca vas a aprender.

Respiro hondo.

Me levanto antes de poder cambiar de idea.

Lucas está solo por unos segundos, mientras los amigos fueron a buscar bebidas. Me acerco con la bandeja en las manos e inmediatamente olvido todas las frases que podría decir.

Él me mira.

— Hola.

— Hola.

Silencio.

— ¿Estuviste en la clase de estructuras hoy? — pregunto.

— Estuve.

— Yo también.

— Te vi.

La respuesta me sorprende.

— ¿Viste?

— Te sientas dos filas detrás de mí.

— Ah.

Esa no era la reacción que yo esperaba.

— Soy Rose — digo.

— Lucas.

— Lo sé.

Él sonríe.

— ¿Lo sabes?

— Emily preguntó tu nombre.

— ¿Emily?

Señalo la mesa donde mi amiga intenta fingir que no está mirando.

Lucas sigue mi gesto y se ríe.

— Entiendo.

— No es lo que parece.

— ¿Y qué parece?

— Que ella me mandó a venir a hablar contigo.

— Fue lo que pasó.

— Sí.

— ¿Por qué?

La pregunta es directa.

Mi cara se calienta.

— Porque tenemos algunas clases en común.

No es exactamente mentira.

— ¿Y querías conversar?

— Tal vez.

Lucas sigue sonriendo, pero no parece burlón. Parece interesado.

— Tú estudias Ingeniería Civil, ¿cierto?

— Sí.

— Yo estudio Arquitectura.

— Ah.

— No es tan distante.

— No.

— ¿Te gusta la carrera?

— Me gusta.

— A mí también.

La conversación no es mala.

Lucas es educado. Hace preguntas. Sonríe cuando respondo. Parece no tener prisa por irse.

Aun así, existe una pequeña distancia entre nosotros.

No es incómoda.

Solo no es familiar.

Con Jacob, no necesito pensar dónde poner las manos, qué decir después de una respuesta corta o si estoy hablando demasiado. Con Lucas, percibo cada pausa.

Después de algunos minutos, él pregunta si puede mandarme un mensaje.

Yo dudo solo lo suficiente como para sentirme culpable.

— Puede.

Le doy mi número.

Cuando regreso a la mesa, Emily está sonriendo.

— Lo lograste.

— Fue una conversación.

- Fue una conversación con un chico interesado.
- Tú no sabes si él está interesado.
- Te pidió tu número.
- La gente intercambia números.
- No después de una conversación sobre estructuras.
- Tal vez él esté interesado en Ingeniería Civil.

Emily empieza a reír.

- ¿Qué fue?
- Necesitas ayuda.
- Lo sé.
- Por fin lo admitiste.

Agarro una papa de su plato.

- Yo no admití eso.
- Lo admitiste cuando aceptaste hablar con Lucas.
- Solo fui educada.
- Claro.

No respondo.

Mi celular vibra.

Lucas: Me gustó hablar contigo.

Leo el mensaje dos veces.

Emily se inclina para mirar.

— Responde.

— ¿Qué digo?

— Que a ti también te gustó.

— Pero no sé si me gustó.

— No lo odiaste.

— No es lo mismo.

— Es un comienzo.

Pienso por algunos segundos.

Rose: A mí también me gustó.

Envío.

La respuesta llega poco después.

Lucas: Tal vez podamos hablar de nuevo después de la clase.

Miro a Emily.

— Él quiere hablar conmigo de nuevo.

— Eso suele pasar cuando a alguien le gusta la conversación.

- No sé si quiero.
- No necesitas decidir ahora.
- Pero necesito responder.
- Responde que sí.
- Eres muy mandona.
- Y tú necesitas a alguien mandándote.

La frase me hace pensar en Jacob.

Él también suele decirme qué hacer, pero de una manera diferente. No intenta convencerme. Solo conoce el momento exacto en que necesito un empujón.

Rose: Puede ser.

Lucas: Entonces está acordado.

Guardo el celular.

No siento mariposas.

No siento una urgencia inexplicable.

Pero siento curiosidad.

Tal vez sea suficiente.

...

De camino a la próxima clase, le envió un mensaje a Jacob.

Rose: Conocí a un chico.

La respuesta llega en menos de un minuto.

Jacob: ¿Conociste a un chico o hablaste con un chico?

Rose: Las dos cosas.

Jacob: Eso parece importante.

Rose: Se llama Lucas.

Jacob: ¿Qué estudia?

Rose: Arquitectura.

Jacob: ¿Te gusta?

La pregunta me hace detenerme en medio del pasillo.

No sé por qué parece tan difícil.

Rose: Apenas lo conozco.

Jacob: Entonces todavía no respondiste.

Rose: Estás haciendo muchas preguntas.

Jacob: Estoy intentando seguir el hilo.

Rose: Parece simpático.

Jacob: Eso es bueno.

Rose: Y guapo.

Jacob: Eso también es bueno.

Rose: ¿Estás siendo raro?

Jacob: No.

Rose: ¿Seguro?

Jacob: Seguro.

Rose: ¿Vas a querer saber más?

Jacob: Claro.

Rose: ¿De verdad?

Jacob: Rose.

Rose: Está bien. Te cuento cuando llegue a casa.

Jacob: De acuerdo.

Guardo el celular.

No sé por qué esperaba una reacción diferente.

Jacob siempre me apoya.

Incluso cuando no entiende completamente lo que estoy haciendo.

Incluso cuando cree que alguna elección puede lastimarme.

Él nunca intenta decidir por mí.

Esa es una de las cosas que más admiro de él.

Mi mejor amigo siempre me deja ser libre.

...

Cuando salgo de la última clase, Lucas está esperando cerca de la puerta.

Me pregunta sobre el proyecto del puente, y caminamos juntos hasta el área exterior del edificio.

La conversación es agradable.

Él habla sobre Arquitectura, sobre las materias que le gustan y sobre cómo pretende trabajar con proyectos sostenibles después de la universidad.

Yo hablo sobre Ingeniería Civil, sobre las estructuras y sobre cómo me gusta la sensación de ver que algo sale del papel y se vuelve real.

Lucas escucha.

Hace preguntas.

No interrumpe.

Cuando nos despedimos, pregunta si podemos salir a comer algún día.

No es exactamente una cita, según él.

Solo una hamburguesería después de la clase.

La idea me parece familiar.

Me gustan las hamburgueserías.

Me gusta salir después de la universidad.

Me gusta conversar mientras como.

Pero, por primera vez, me doy cuenta de que no sé hacer eso con otra persona sin Jacob.

— Podemos — respondo.

Lucas sonríe.

— ¿Mañana?

Pienso en mi rutina.

Mañana, tengo clase por la mañana y una reunión de proyecto por la tarde.

Jacob tiene laboratorio hasta más tarde.

— Mañana puede ser.

Acordamos la hora.

Cuando Lucas se va, me quedo unos segundos parada, observándolo cruzar el campus.

No siento exactamente emoción.

Pero siento una expectativa pequeña, discreta, suficiente para hacerme agarrar el celular.

Rose: ¿Ya saliste?

Jacob: Estoy terminando una cosa. ¿Dónde estás?

Rose: En el edificio de Civil.

Jacob: Voy para allá.

Rose: No hace falta.

Jacob: Lo sé.

Él aparece diez minutos después.

Está con la mochila colgada sobre un hombro y una expresión cansada. Cuando me ve, sonrío de inmediato.

— ¿Entonces? — pregunta.

— ¿Entonces qué?

— Conociste a un chico.

— ¿Quieres saberlo todo ahora?

— Dijiste que contarías.

— Lo dije.

Empezamos a caminar juntos.

Cuento que Lucas estudia Arquitectura, que parece simpático y que me invitó a comer algo al día siguiente.

Jacob no interrumpe.

Solo hace preguntas.

¿Qué edad tiene?

¿En qué semestre está?

¿Parece respetuoso?

Yo respondo todas.

— ¿Quieres salir con él? — pregunta Jacob después de un tiempo.

— Creo que sí.

— Entonces está todo bien.

— ¿Eso es todo?

— ¿Qué esperabas?

— No sé.

— ¿Quieres que diga que parece un idiota?

— Ni siquiera lo conoces.

— Puedo formarme una opinión con base en lo que contaste.

— Siempre haces eso.

— Y por lo general tengo razón.

— No siempre la tienes.

— Cita una vez.

— No voy a alimentar tu ego.

Él sonríe.

La caminata hasta el apartamento es tranquila. Yo sigo hablando sobre Lucas, pero pronto empiezo a sentir que estoy repitiendo la misma información.

Parece simpático.

Estudia Arquitectura.

Me invitó a una hamburguesería.

No hay mucho más que decir.

Aun así, Jacob escucha.

Cuando llegamos a casa, deja la mochila en el suelo y va directo a la cocina.

— ¿Quieres comer algo antes de seguir hablando de él? — pregunta.

— No estoy hablando tanto así.

— Hablaste de él durante todo el camino.

— Tú hiciste preguntas.

— Lo sé.

— Entonces no te quejes.

— No me estoy quejando.

Él abre la heladera.

— Hay pasta lista.

— ¿La hiciste ayer?

— La hice.

— ¿Siempre dejas comida lista?

— Cuando sé que vas a llegar tarde.

— Yo no lo pedí.

— Lo sé.

Él pone la comida a calentar.

Me quedo apoyada en la encimera, observándolo moverse por la cocina.

Jacob sabe dónde está cada cosa. Sabe qué plato prefiero, qué vaso uso y cuánto tiempo la comida necesita estar en el microondas para no quemarse en los bordes.

— ¿Crees que él encaja conmigo? — pregunto.

Jacob cierra la puerta del microondas.

— No lo sé.

— Pero lo vas a descubrir.

— ¿Lo voy a descubrir?

— Necesitas observar.

— ¿Observar qué?

— Si él está realmente interesado. Si es respetuoso. Si parece alguien con quien yo podría salir.

Jacob me mira fijamente.

— ¿Quieres que evalúe al chico?

— Quiero.

— ¿Por qué?

La pregunta parece sincera.

Pienso en la respuesta.

— Porque tú me conoces mejor que cualquier persona.

— Eso no significa que yo sepa elegir a alguien para ti.

— Tal vez sepas.

— Rose.

— Tú sabes cuándo estoy incómoda. Sabes cuándo estoy fingiendo que me gusta algo. Sabes cuándo alguien está intentando impresionarme.

— Me estás dando demasiada responsabilidad.

— Estoy confiando en ti.

Jacob se queda en silencio.

Es una pausa corta, pero siento que algo cambió en su expresión.

— ¿Quieres que vaya a la hamburguesería con ustedes? — pregunta.

— No.

— Entonces, ¿cómo voy a observar?

— Puedes ayudarme antes. Puedes decir qué piensas de los mensajes. Puedes acompañarme cuando yo conozca a otros chicos. Puedes ayudarme a entender si alguien está interesado de verdad.

— ¿Quieres que sea tu consultor?

— Exactamente.

— Tu consultor amoroso.

— No me gusta ese nombre.

— Pero es lo que estás pidiendo.

— Estoy pidiendo ayuda a mi mejor amigo.

La expresión de él se suaviza.

— Está bien.

— ¿Está bien?

— Te ayudo.

Sonríó.

— ¿De verdad?

— De verdad.

— ¿No te pusiste raro?

— Yo siempre estoy raro.

— Sabes lo que quiero decir.

— No me puse raro.

Le creo.

O quiero creerle.

— Entonces mañana me vas a ayudar a elegir qué ponerme.

— Esa es una responsabilidad aún mayor.

— Tú puedes.

— ¿Y después quieres que evalúe los mensajes?

— Sí.

— ¿Y si él es un idiota?

— Tú me lo vas a decir.

— ¿Aunque no te guste la respuesta?

— Principalmente si no me gusta.

— Sabes que voy a ser honesto.

— Por eso lo pedí.

La comida queda lista, y Jacob pone el plato delante de mí.

Nos sentamos a la mesa pequeña de la cocina.

Por algunos minutos, ninguno de los dos habla sobre Lucas.

Me siento satisfecha.

No porque haya cambiado de idea.

Sino porque ahora existe un plan.

Por primera vez, siento que tal vez logre empezar a conocer personas sin necesitar descubrirlo todo sola.

Si alguien me deja insegura, Jacob estará ahí.

Si no sé qué responder, Jacob me ayudará.

Si no me doy cuenta cuando alguien esté interesado, él se dará cuenta.

Y, si elijo mal, él estará a mi lado para recordarme que no fue el fin del mundo.

— Gracias — digo.

Jacob levanta la vista del plato.

— ¿Por qué?

— Por ayudarme.

— No necesitas agradecer.

— Sí necesito.

— Rose.

— Sé que es raro pedir esto.

— No es raro.

— Te estoy pidiendo que me ayudes a encontrar a alguien.

— Lo entendí.

— ¿Y no te molesta?

Él sostiene el tenedor por algunos segundos antes de responder.

— ¿Por qué me molestaría?

— Porque tal vez las cosas cambien.

Jacob me mira.

— Las cosas siempre cambian.

— No entre nosotros.

— No.

La respuesta es inmediata.

Segura.

Exactamente lo que yo necesitaba oír.

Él extiende la mano sobre la mesa y toca mis dedos.

— Puedes confiar en mí.

Yo sonrío.

— Confío.

Es verdad.

Confío en Jacob más de lo que confío en cualquier persona.

Confío en que no se va a reír de mí cuando me ponga nerviosa.

Confío en que va a decir la verdad cuando yo esté siendo injusta.

Confío en que va a protegerme de cualquier hombre que no sepa tratarme bien.

Confío en que va a seguir a mi lado, incluso cuando yo empiece a buscar a alguien para compartir la vida.

La idea debería parecer extraña.

Pero, con Jacob, hasta lo que es nuevo parece seguro.

Después de la cena, vamos al sofá.

Yo le muestro el mensaje que Lucas envió y le pido su opinión sobre la respuesta.

Jacob lee en silencio.

— ¿Qué fue? — pregunto.

— Nada.

- Pusiste una cara.
 - No la puse.
 - Sí la pusiste.
 - Él escribió “no puedo esperar para verte mañana”.
 - ¿Eso es malo?
 - No.
 - Entonces, ¿por qué esa cara?
 - ¿Qué cara?
 - Esa cara de quien está evaluando un puente a punto de caer.
 - Solo estoy analizando.
 - ¿Crees que él parece interesado?
 - Parece.
 - ¿Interesado de verdad?
 - Todavía no lo sé.
 - Entonces lo vas a descubrir conmigo.
 - Lo voy a hacer.
- Agarro un cojín y me apoyo en el sofá.
- Esto va a ser divertido.

Jacob me mira.

— ¿Lo va a ser?

— Claro.

— ¿Estás emocionada?

Lo pienso.

Tal vez lo esté.

No por Lucas específicamente.

Sino porque, por primera vez, la idea de conocer a alguien parece posible.

Y porque Jacob estará a mi lado.

— Lo estoy — respondo.

Él asiente, pero no sonrío tanto como yo esperaba.

Tal vez esté cansado.

Tal vez preocupado por el informe.

Tal vez solo intentando entender la nueva función que acabo de poner en su rutina.

Yo, por otro lado, siento una tranquilidad inesperada.

Mañana, voy a conocer mejor a Lucas.

Voy a salir a comer con él.

Voy a intentar descubrir si existe alguna posibilidad entre nosotros.

Y Jacob va a ayudarme.

Él va a observar.

Va a orientarme.

Va a recordarme que no ignore señales importantes.

La idea me deja satisfecha.

Porque no importa lo que pase, no necesitaré atravesar esa nueva etapa sola.

Jacob estará conmigo.

Como siempre estuvo.

Mi mejor amigo.

La persona en quien más confío.

La persona que quiero a mi lado mientras busco al chico adecuado.

CAPÍTULO 4

La peor propuesta posible

La peor parte de aceptar ayudar a Rose no es oír el nombre de Lucas.

Tampoco es saber que ella va a encontrarse con otro hombre en una hamburguesería mañana.

La peor parte es que Rose cree sinceramente que estoy feliz por ella.

Se sienta a mi lado en el sofá, con el celular en las manos y una expresión tranquila, como si acabara de pedirme algo simple. Como si yo no acabara de aceptar ayudarla a encontrar a alguien de quien pueda enamorarse.

— Estás pensando demasiado — dice.

— No lo estoy.

— Sí, lo estás.

— Estoy viendo la película.

— Ni siquiera sabes lo que está pasando.

Miro la televisión.

Dos personas están discutiendo en una cocina. No sé quiénes son, por qué están discutiendo ni por qué el hombre está sosteniendo una sartén.

— Está a punto de pedir perdón — digo.

Rose mira la pantalla.

— Acaba de decir que ella arruinó su vida.

— Fue una forma intensa de pedir perdón.

Ella se ríe.

Me gusta cuando consigo hacerla reír.

Incluso ahora.

Principalmente ahora.

— Todavía puedes desistir — digo.

— ¿De qué?

— De convertirme en tu consultor amoroso.

— No quiero desistir.

— Puedes pedirle ayuda a Emily.

— Emily no me conoce tan bien como tú.

— Ella te conoce desde hace casi dos años.

— Tú me conoces desde hace cinco.

— Eso no significa que yo sea la persona adecuada para elegir a alguien para ti.

— Yo no te pedí que eligieras.

— Me pediste que observara.

— Y que diera mi opinión.

— Y que acompañara algunas conversaciones.

— Exactamente.

Rose habla como si estuviera armando un proyecto de la universidad. Como si existiera una secuencia lógica para encontrar al hombre correcto, analizar las variables, eliminar los resultados malos y llegar a una conclusión segura.

Tal vez así es como ella consigue pensar en eso.

Si convertir sentimientos en una tarea, parecen menos aterradores.

— ¿Vas a empezar con Lucas? — pregunto.

— Probablemente.

— Pareció interesado.

— Ni siquiera lo conoces.

— Me contaste que te pidió tu número y te invitó a salir.

— Eso no significa que esté interesado de verdad.

— ¿Quieres que yo lo averigüe?

— Quiero.

— ¿Y si yo creo que sí lo está?

— Entonces voy a seguir hablando con él.

— ¿Y si yo creo que no lo está?

— Voy a pensar sobre lo que digas.

— ¿Me vas a escuchar?

— Yo siempre te escucho.

Ella dice eso con naturalidad.

Necesito apartar la mirada.

Es exactamente por eso que no consigo decir la verdad.

Rose confía en mí de una manera que no puedo romper.

Para ella, yo soy la persona segura. El amigo que puede oírlo todo sin convertir sus sentimientos en una amenaza. El hombre que estará a su lado sin exigir nada a cambio.

Si yo confesara que estoy enamorado, ella nunca más podría mirarme de la misma forma.

Aunque dijera que siente lo mismo, existiría miedo.

Aunque me besara, existiría duda.

Aunque empezáramos una relación, existiría la posibilidad de terminar.

Y, si termináramos, yo lo perdería todo.

La amistad.

El apartamento.

Los mensajes de madrugada.

Las comidas compartidas.

Las caminatas por el campus.

El derecho de ser la primera persona que ella busca.

No puedo arriesgarme.

Entonces sonrío.

— Voy a intentar ser un buen consultor.

Rose apoya la cabeza en mi hombro.

— Ya lo eres.

Cierro los ojos por un instante.

Ella no tiene idea de cuánto duelen esas palabras.

...

Cuando Rose se queda dormida en el sofá, yo sigo despierto.

La película termina, la televisión cambia a otro programa y la luz de la sala queda azulada sobre su rostro.

Ella duerme con la cabeza apoyada en mi hombro y una de las manos cerrada sobre la tela de mi camiseta.

Es un gesto pequeño.

Tal vez ni se dé cuenta de que hizo eso.

Yo me doy cuenta.

Me doy cuenta de todo cuando se trata de ella.

Rose se mueve y murmura algo que no consigo entender. Tiro de la manta sobre sus hombros, apago la televisión y permanezco sentado.

Podría despertarla.

Debería.

El sofá no es cómodo, y mañana tendremos clase temprano.

Pero no quiero apartarla.

Eso es lo que siempre pasa.

Encuentro una excusa para quedarme.

Ella se queda dormida cerca de mí, y yo me convengo a mí mismo de que eso es suficiente.

Debería ser suficiente.

Rose me considera su mejor amigo.

Es el lugar que ella me dio.

Es el lugar que acepté.

El problema es que, hace tres años, dejé de querer solo ese lugar.

...

Recuerdo el primer momento en que me di cuenta de que estaba enamorado de ella.

No como un recuerdo bonito.

Como un descubrimiento aterrador.

Teníamos diecisiete años y estábamos en la biblioteca de la escuela. Rose estudiaba para un examen, y yo fingía hacer lo mismo.

Estaba sentada al otro lado de la mesa, con el cabello recogido de cualquier manera y una expresión concentrada. Un mechón se escapaba cerca de la frente, y ella soplaba para apartarlo cada vez que caía sobre los ojos.

La cuarta vez, me quedé riendo.

— ¿Qué pasa? — preguntó.

— Tu cabello está intentando impedirte estudiar.

— Mi cabello está intentando ayudarme.

— Parece demasiado agresivo para ser un aliado.

Rose agarró el bolígrafo y me lo apuntó.

— Vas retrasado en dos materias y todavía encuentras tiempo para criticar mi cabello.

- No voy retrasado.
- No entregaste el trabajo de física.
- Lo entrego mañana.
- Hoy es el último día.
- Entonces todavía tengo tiempo.
- Eres imposible.

Se inclinó sobre la mesa y tiró de mi cuaderno hacia ella. Empezó a resolver el ejercicio que yo no conseguía terminar, hablando bajo mientras explicaba cada etapa.

Dejé de mirar el cuaderno.

Me quedé mirándola a ella.

No fue solo porque estaba bonita.

Rose siempre fue bonita.

Fue porque, en ese momento, me di cuenta de que no quería solo estar a su lado durante las horas buenas. Yo quería estar en todas. Quería ser la persona que ella buscaría cuando estuviera con miedo, cansada, animada o perdida.

Quería que su sonrisa tuviera algo que ver conmigo.

Quería ser el hombre que ella elegiría.

La constatación surgió mientras ella explicaba una fórmula.

Yo estaba enamorado.

Intenté negarlo.

Durante semanas, busqué otras explicaciones.

Me dije a mí mismo que era solo porque éramos cercanos. Que yo solo estaba acostumbrado a ella. Que cualquier persona sentiría celos si el mejor amigo empezara a gustar de alguien.

Pero no era cualquier persona.

Era Rose.

Y yo no sentía solo celos.

Yo quería tocarla.

Quería besarla.

Quería que ella me mirara como yo la miraba.

Después de eso, todo se volvió más difícil.

Cuando ella se ponía un vestido para salir, yo fingía no darme cuenta.

Cuando alguien se acercaba a ella, yo hacía bromas para esconder la incomodidad.

Cuando Rose decía que no quería tener novio, yo sentía alivio y culpa al mismo tiempo.

Alivio porque ella seguía cerca de mí.

Culpa porque yo estaba feliz con algo que tal vez le impidiera vivir lo que deseaba.

Yo debería haberlo contado.

La promesa decía que, si uno de nosotros empezaba a gustar del otro, tenía que hablar.

Pero yo no pude.

En ese mismo período, Rose repetía cuánto era importante nuestra amistad.

Decía que no quería perder lo que teníamos.

Decía que yo era la única persona en quien podía confiar completamente.

Entonces entendí que la promesa no era una puerta abierta para la confesión.

Era una barrera.

Ella no estaba diciendo que quería saber si yo gustaba de ella.

Estaba diciendo que quería preservar nuestra amistad por encima de cualquier romance.

Y yo no podía ser egoísta.

No podía poner mis sentimientos por encima de su seguridad.

Así fue como empecé a esconder.

Primero, lo escondí de Rose.

Después, de mí mismo.

...

A la mañana siguiente, me despierto en el sofá antes del despertador.

Me duele el cuello, el brazo está entumecido y Rose sigue durmiendo a mi lado.

Se mueve despacio, abre los ojos y tarda unos segundos en recordar dónde está.

— ¿Dormimos aquí? — pregunta.

— Tú dormiste.

— ¿Y tú?

— Yo estaba supervisando.

— Eres un idiota.

— Buenos días.

Se sienta, se arregla el cabello y mira el reloj.

— ¿Por qué no me despertaste?

— Estabas cansada.

— Tú también.

— Yo sobreviví.

Rose me observa con atención.

— ¿Vas a dormir después de clase?

— Tal vez.

— Jacob.

— Voy a intentarlo.

— No lo intentes. Hazlo.

Dice eso mientras se levanta, como si tuviera autoridad para organizar mi sueño.

Tal vez la tenga.

La observo caminar hasta el cuarto.

— ¿Rose?

Se da vuelta.

— ¿Hm?

— ¿Todavía quieres salir con Lucas hoy?

— Quiero.

— ¿Estás nerviosa?

— Un poco.

— No necesitas estarlo.

— Dices eso porque no eres tú quien va a hablar con alguien que apenas conoce.

— Hablas con personas todo el tiempo.

— Contigo es diferente.

La frase se le escapa antes de que piense.

Mi corazón late más fuerte.

Rose también parece darse cuenta de que dijo algo extraño, porque aparta la mirada.

— Quiero decir, nos conocemos desde hace mucho tiempo — añade.

— Entiendo.

Ella asiente y entra en el cuarto.

Yo me quedo quieto en el pasillo.

Contigo es diferente.

Si ella supiera cuánto.

...

Paso la mañana intentando prestar atención en las clases.

No puedo.

Durante el laboratorio, reviso el mismo cálculo varias veces. Daniel me pregunta si estoy enfermo. Digo que no. Él pregunta si pasó algo con Rose. Digo que tampoco.

Claro que pasó.

Ella va a salir con otro hombre.

No es un crimen.

No es una traición.

Rose no me prometió nada más que amistad.

No tengo derecho a sentirme traicionado.

Aun así, cada vez que imagino a los dos sentados en una hamburguesería, siento una presión en el pecho.

Pienso en Lucas preguntando sobre su vida.

Pienso en Rose sonriendo.

Pienso en él descubriendo lo que yo ya sé desde hace años: la manera en que ella inclina la cabeza cuando está interesada, la forma en que sus ojos se vuelven más claros cuando habla de algo que ama, la sonrisa que intenta esconder cuando está nerviosa.

Pienso en él recibiendo mensajes de madrugada.

Pienso en Rose contándole a él cosas que hoy me cuenta solo a mí.

Pienso en perder mi lugar.

— Jacob.

Levanto la vista.

Daniel está delante de mi mesa de trabajo.

— ¿Qué?

— Estás mirando la misma pieza desde hace cinco minutos.

— Estaba analizando.

— Ya dijiste eso antes.

— Es porque es verdad.

— ¿Rose va a salir con alguien?

La pregunta me golpea con precisión.

— ¿Por qué crees eso?

— Porque tienes la misma cara que pones cuando ella está molesta.

— Ella no está molesta.

— Entonces eres tú.

— Estoy cansado.

Daniel cruza los brazos.

— ¿Pasaste la noche en el laboratorio?

— No.

— ¿Dormiste?

— Un poco.

— ¿Cuánto?

— Lo suficiente.

Me mira fijamente.

Al parecer, Rose no es la única persona que se da cuenta cuando estoy mintiendo.

— No pasó nada — digo.

— Entonces, ¿por qué pareces estar a punto de desmontar esa máquina con las propias manos?

Miro el equipo delante de mí.

— Tal vez estoy teniendo un mal día.

Daniel no insiste.

Se aleja, y yo vuelvo al trabajo.

El problema no es el día.

Es el futuro.

Hasta ayer, yo conseguía fingir que Rose no estaba buscando a nadie. Ella decía que no quería tener novio, y yo creía que todavía tendría tiempo.

Ahora, ella decidió cambiar.

Y yo acepté ayudarla.

...

Rose me manda el primer mensaje poco después del mediodía.

Rose: Él acaba de enviarme un mensaje.

No necesito preguntar quién es.

Jacob: ¿Lucas?

Rose: Sí.

Jacob: ¿Qué dijo?

Ella envía una captura de pantalla.

Lucas: Estoy ansioso por verte más tarde. Espero que te guste la hamburguesa.

Leo el mensaje más de una vez.

No hay nada malo.

Parece interesado.

Es exactamente eso lo que yo debería decir.

Jacob: Parece simpático.

Rose: ¿Tú crees?

Jacob: Creo.

Rose: No parece una respuesta muy entusiasmada.

Jacob: ¿Qué quieres que diga?

Rose: No sé. Tú eres el consultor.

Jacob: Entonces, como consultor, digo que el mensaje es positivo.

Rose: ¿Y como mi mejor amigo?

Me quedo mirando la pregunta.

Como tu mejor amigo, yo diría que no salgas con él.

Diría que nadie va a conocerte como yo te conozco.

Diría que no quiero que otro hombre reciba tus sonrisas.

Diría que estoy enamorado de ti desde hace tres años y que cada vez que te acercas a alguien siento como si me estuvieran sustituyendo incluso antes de haber sido elegido.

Jacob: Como tu mejor amigo, digo que debes ir si quieres.

Rose: ¿No crees que estoy yendo demasiado rápido?

Jacob: Solo vas a comer una hamburguesa con él.

Rose: Entonces, ¿no es una cita?

Jacob: Tú me dijiste que no lo era.

Rose: Él dijo que no lo era.

Jacob: Entonces no lo es.

Rose: Estás raro.

Jacob: Estoy en el laboratorio.

Rose: Eso no lo explica.

Jacob: Estoy cansado.

Rose: Siempre usas esa excusa.

Jacob: Porque siempre estoy cansado.

Rose: Voy a creerte por ahora.

Jacob: Gracias.

Rose: ¿Todavía vas a ayudarme a elegir qué ponerme?

Jacob: Voy.

Rose: ¿Aunque sea solo una hamburguesería?

Jacob: Principalmente si es una hamburguesería.

Rose: ¿Por qué?

Jacob: Porque siempre eliges ropa incómoda cuando quieres parecer casual.

Rose: Eso no es verdad.

Jacob: Usaste una blusa con una etiqueta que te raspaba el cuello durante tres horas la semana pasada.

Rose: ¿Cómo te diste cuenta?

Jacob: Te tiraste del cuello veinte y tres veces.

Rose: ¿Contaste?

Jacob: Tal vez.

Rose: Eres aterrador.

Jacob: Y aun así quieres mi ayuda.

Rose: Quiero.

Cierro la conversación.

Mi corazón está acelerado, aunque solo hayamos hablado sobre una ropa.

Es ridículo.

Yo debería estar acostumbrado a cuidarla.

Debería conseguir ayudarla a acercarse a otro hombre sin convertir cada detalle en una tortura personal.

Pero no puedo.

...

Nos encontramos con Rose en el apartamento al final de la tarde.

Está delante del espejo de la sala, usando dos blusas diferentes y una expresión impaciente.

Una está tirada sobre el brazo del sofá. Otra, sobre el sillón.

— Te demoraste — dice.

— Tenía clase.

— Lo sé. Aun así, te demoraste.

— Me llamaste hace diez minutos.

— Diez minutos es mucho tiempo cuando alguien necesita ayuda.

Dejo la mochila en el suelo.

Rose está usando unos jeans y una blusa clara. El cabello está suelto, cayendo sobre los hombros. No necesita ayuda.

Nunca necesita.

— Esa está bien — digo.

— Ni siquiera miraste bien.

— Miré.

— No miraste.

Ella tira del cuello de la blusa.

— ¿Está demasiado simple?

— Es una hamburguesería.

— Pero tal vez él piense que no me esforcé.

— No necesitas vestirme para impresionar a alguien que todavía ni sabe si merece tu atención.

Rose se queda callada por un segundo.

— Eso fue casi profundo.

— Estoy lleno de sorpresas.

— Entonces, ¿crees que está bien?

— Creo.

— ¿Dirías si estuviera mal?

— Diría.

— ¿Aunque yo me molestara?

— Principalmente si pudieras evitar salir pareciendo incómoda.

Ella sonríe.

— Está bien.

Rose pasa a mi lado en dirección al cuarto. Cuando regresa, sostiene un bolso pequeño y el celular.

— ¿Cómo estoy?

La observo.

No debería tardar tanto en responder.

— Bonita.

La palabra sale antes de que yo consiga elegir otra.

Rose parpadea.

— ¿Bonita?

— Sí.

— Podrías haber dicho “genial”.

— Preguntaste cómo estás.

— Y tú dijiste bonita.

— Porque estás bonita.

El silencio se extiende.

Rose parece no saber qué hacer con el cumplido.

Yo tampoco.

Normalmente, puedo llamarla bonita sin convertir eso en algo extraño. Ya lo hice muchas veces. Pero hoy la palabra parece más pesada.

Rose baja la mirada.

— Gracias.

— De nada.

Se coloca un mechón de cabello detrás de la oreja.

Conozco ese gesto.

Está nerviosa.

— ¿Quieres que vaya hasta la hamburguesería? — pregunto.

— No.

— Entonces, ¿qué hago?

- Puedes mandarme un mensaje después de una hora.
- ¿Para qué?
- Para preguntar si todo está bien.
- ¿Quieres una excusa para irte?
- No.
- Rose.
- Tal vez.
- Sabes que puedes llamarme si no estás cómoda.
- Lo sé.
- Y puedes mandarme solo una palabra. Yo voy a entender.
- Lo sé.
- Y si él intenta cualquier cosa que tú no quieras...
- Jacob.
- ¿Qué?
- Sé defenderme.
- Lo sé.
- Entonces deja de actuar como si fuera a encontrarme con un criminal.

— No lo estoy.

— Sí lo estás.

— Solo estoy diciendo que puedes llamarme.

— Voy a llamar.

— ¿Lo prometes?

— Lo prometo.

Se acerca y me toca el brazo.

— Voy a estar bien.

El contacto dura solo unos segundos.

Aun así, siento como si hubiera puesto la mano directamente sobre mi corazón.

— Lo sé — digo.

Rose sonrío.

— ¿Y vas a ayudarme a evaluar después?

— Voy.

— ¿Vas a ser honesto?

— Siempre.

— ¿Aunque me guste él?

La pregunta me deja sin aire por un instante.

— Principalmente si te gusta él.

Ella parece satisfecha con la respuesta.

— Entonces está combinado.

Rose va hasta la puerta, pero se detiene antes de salir.

— ¿Jacob?

— ¿Sí?

— No estás enojado conmigo, ¿verdad?

La pregunta me golpea de una manera diferente.

Ella realmente cree que podría existir un motivo para que yo estuviera enojado.

— No.

— ¿Estás seguro?

— Estoy.

— Te quedaste callado después de que yo pedí ayuda.

— Yo estaba intentando entender qué exactamente querías.

— Quiero conocer a alguien.

— Lo sé.

— Y quiero que estés conmigo mientras hago eso.

La miro.

— Voy a estar.

— Entonces está todo bien.

— Lo está.

Ella sonríe de nuevo.

Después se va.

La puerta se cierra.

Yo permanezco en el mismo lugar.

Rose no se dio cuenta de que la peor parte de la propuesta no es ayudarla.

Es el hecho de que ella confíe en mí para eso.

Ella cree que puedo acompañarla mientras se enamora de alguien.

Cree que seré lo bastante fuerte como para sonreír cuando ella cuente que Lucas la hizo reír.

Cree que yo voy a analizar mensajes, citas y besos como si no deseara que ninguno de ellos ocurriera.

Tal vez debería haber dicho que no.

Tal vez habría sido más honesto conmigo.

Pero decir que no significaría apartarla.

Y yo no sé existir lejos de Rose.

Entonces agarro el celular y abro la lista de contactos de la universidad.

No tengo una lista de chicos interesados en ella.

Todavía.

Pero empiezo a pensar.

¿Quién habla con ella durante las clases?

¿Quién suele mirar cuando ella cruza el campus?

¿Quién ya intentó sacar conversación?

¿Quién parece respetuoso?

¿Quién sería capaz de hacerla reír?

No encuentro respuestas.

Porque, cada vez que pienso en el hombre correcto para Rose, pienso en mí.

Y eso vuelve todo imposible.

...

Una hora después, mi celular vibra.

Rose: Estoy aquí.

Miro el mensaje.

Jacob: ¿Todo bien?

Rose: Sí.

Jacob: ¿Él llegó?

Rose: Todavía no. Pero vi a alguien interesante.

Mi pecho se aprieta.

Jacob: ¿Quién?

Rose: Un chico que estaba en la mesa de al lado. Camisa azul.
Parece bonito.

Cierro los ojos.

La camisa azul.

Conozco al chico.

Lucas.

O tal vez sea otro.

No importa.

Para Rose, ya existe alguien interesante.

Jacob: ¿Hablaste con él?

Rose: Todavía no.

Jacob: ¿Quieres que intente averiguar quién es?

Rose: Quiero.

Jacob: Voy a descubrirlo.

Rose: Sabía que podía contar contigo.

Me quedo mirando el último mensaje.

Eso es lo que soy.

La persona con quien Rose puede contar.

El hombre que va a ayudarla a encontrar a alguien.

El mejor amigo que va a esconder su propio corazón mientras observa a otros hombres acercarse.

Respiro hondo y respondo.

Jacob: Siempre.

Pongo el celular sobre la mesa.

Después abro la computadora, entro en el grupo de la universidad y empiezo a buscar información sobre los chicos que suelen frecuentar la cafetería.

No sé cuánto tiempo voy a conseguir hacer esto sin lastimarme.

No sé cuánto tiempo conseguiré sonreír.

Pero sé que prefiero sufrir al lado de Rose a vivir sin ella.

Si ella encuentra a alguien, voy a ayudarla.

Si ella se enamora, voy a seguir aquí.

Si ella elige a otro hombre, voy a esconder lo que siento y fingir que lo único que importa es su felicidad.

Porque Rose es mi mejor amiga.

Y, aunque ese sea el único lugar que ella consiga ofrecerme, yo todavía voy a permanecer en él.

CAPÍTULO 5

Nuestra selección

Lo primero que Jacob pregunta cuando entro en el apartamento es:

— ¿Entonces?

No me quito el abrigo.

— ¿Entonces qué?

— Saliste con Lucas.

— Lo sé.

— Y volviste.

— También lo sé.

— Eso significa que pasó algo.

— Fui a una hamburguesería, Jacob.

— Ya has ido a una hamburguesería antes.

— Muchas veces.

— ¿Con él?

— No.

— Entonces pasó algo.

Me quito el bolso del hombro y lo dejo sobre la silla.

Jacob está sentado en el sofá con el portátil abierto sobre las piernas, pero no parece realmente interesado en lo que hay en la pantalla. Me observa con la atención de quien pasó los últimos cuarenta minutos esperando una respuesta.

— ¿Estabas esperando a que llegara? — pregunto.

— No.

— Sí que estabas.

— Estaba trabajando.

— ¿Con el mismo archivo abierto desde que salí?

Él mira el portátil.

— El archivo es complejo.

— No lo tocaste.

— Estaba analizando.

— Usas esa palabra para todo.

— Es una palabra útil.

Sonrío y me siento a su lado.

La noche anterior no fue mala.

Lucas fue educado, gracioso y pareció interesado en conocerme. Hablamos sobre la universidad, sobre las carreras, sobre la ciudad y sobre los profesores que todos los estudiantes parecen odiar en algún momento.

No intentó apresurarme.

No hizo preguntas invasivas.

No actuó como si ya lo supiera todo sobre mí después de una hora de conversación.

Fue una buena compañía.

Pero, cuando pienso en él, lo primero que me viene a la cabeza es que fue una buena compañía.

No siento esa ganas inmediata de contarle a alguien cada detalle.

No siento necesidad de releer los mensajes.

No siento que mi corazón se acelere cuando recuerdo su sonrisa.

Cuando pienso en Jacob, siento todas esas cosas.

La diferencia es que Jacob siempre ha estado en mi vida. Tal vez esté comparando a una persona que conocí ayer con alguien que conozco desde hace cinco años.

Eso no sería justo.

— Fue bueno — digo.

Jacob cierra el portátil.

— ¿Bueno cómo?

— Bueno.

— ¿Te reíste?

— Algunas veces.

— ¿Él te hizo reír?

— Sí.

Jacob asiente, pero parece analizar la respuesta.

— ¿Fue respetuoso?

— Lo fue.

— ¿Intentó besarte?

— No.

— ¿Querías que lo intentara?

La pregunta me toma desprevenida.

— No lo sé.

— ¿Cómo que no lo sabes?

— No pensé en eso.

— ¿Saliste con él y no pensaste si querías besarlo?

- No era ese tipo de cita.
- Pero podría haberlo sido.
- Podría.
- ¿Y no pensaste?
- Jacob.
- Solo estoy intentando entender.
- ¿Por qué?
- Porque me pediste que ayudara.
- Lo sé.
- Entonces necesito saber qué pasó.

Habla con naturalidad, pero hay una tensión discreta en su rostro. Tal vez solo esté cansado. Tal vez el informe siga incompleto.

- Hablamos — digo. — Él preguntó sobre mi carrera. Yo pregunté sobre Arquitectura. Hablamos sobre la ciudad y sobre los lugares donde nos gusta comer.
- ¿Él pagó?
- Yo pagué mi parte.
- ¿Él se ofreció?
- Se ofreció.

— Y tú rechazaste.

— No necesitaba que él pagara.

— Lo sé.

— Entonces ¿por qué preguntaste?

— Porque estoy evaluando.

— Ni siquiera estabas allí.

— Puedo evaluar basándome en los datos.

Me río.

— Estás hablando como si fuera un proyecto de laboratorio.

— Es una forma objetiva de analizar.

— Las personas no son objetivas.

— Precisamente por eso necesitamos criterios.

— ¿Criterios?

— Sí.

— ¿Quieres crear una tabla?

— Tal vez.

Lo miro.

Jacob mantiene una expresión seria, pero conozco ese brillo en los ojos. Está bromeando.

- ¿Quieres crear una tabla para elegir un novio para mí?
- No un novio.
- ¿Entonces qué?
- Un posible candidato.
- Realmente estás hablando en serio.
- Lo estoy.
- Jacob, yo no soy un proyecto.
- Lo sé.
- Y no necesito ser analizada.
- Me pediste mi ayuda.
- Para ayudarme a hablar con la gente. No para asignar notas.
- Podemos no asignar notas.
- Menos mal.
- Podemos usar estrellas.

Le tiro un cojín.

Jacob lo atrapa antes de que le dé en la cara.

- Necesitas aprender a respetar una metodología — dice.

— Necesitas aprender a no convertir mi vida amorosa en una hoja de cálculo.

— Estoy intentando evitar que elijas a alguien malo.

— Ni siquiera sabes si quiero elegir a alguien.

— Dijiste que quieres empezar a salir con alguien.

— Dije que me gustaría conocer a alguien.

— Es prácticamente lo mismo.

— No lo es.

— ¿Cuál es la diferencia?

— Conocer a alguien puede ser solo conocer a alguien.

— ¿Y salir?

— Salir exige más.

— Entonces necesitamos evaluar bien antes de llegar a esa parte.

— Estás imposible.

— ¿Aún quieres mi ayuda?

Pienso un instante.

— Quiero.

Jacob arquea una ceja.

- Entonces acepta la metodología.
- No voy a aceptar estrellas.
- Cinco estrellas son muy eficientes.
- Cuatro.
- ¿Cuatro?
- Si usas estrellas, como máximo cuatro.
- ¿Por qué cuatro?
- Porque cinco parece exagerado.
- Estás creando reglas para mi metodología.
- Porque la metodología es sobre mí.
- Justo.

Abre el portátil de nuevo, pero no para el informe.

Crea una página en blanco.

- No puedo creer que vayas a hacer esto — digo.
- Necesitamos criterios.
- ¿Cuáles?
- Apariencia.
- Eso es superficial.

- Acabas de decir que Lucas es guapo.
- Sería hipócrita fingir que la apariencia no importa.
- Entonces importa.
- Un poco.
- Personalidad.
- Sí.
- Sentido del humor.
- Mucho.
- Madurez.
- Bastante.
- Capacidad de tratarte bien.
- Esa es la más importante.

Jacob teclea.

Me quedo observando las palabras aparecer en la pantalla.

Apariencia.

Personalidad.

Sentido del humor.

Madurez.

Respeto.

Es una lista simple.

Aun así, siento que hay algo familiar en ella.

— No pusiste química — digo.

Jacob me mira.

— ¿Qué significa química?

— No sé explicarlo.

— Entonces ¿cómo vamos a evaluar?

— No vamos a hacerlo.

— Ese es el problema.

— No necesitas convertir todo en una ciencia.

— Yo estudio Ingeniería Mecánica.

— Yo estudio Ingeniería Civil.

— Por eso deberías saber que toda construcción necesita una base.

— Acabas de comparar una relación con una estructura.

— Tú empezaste.

— Yo no empecé nada.

Jacob sonríe.

— ¿Quieres poner química en la lista?

— Quiero.

Él teclea.

— ¿Cómo definimos?

— Lo sabes cuando lo sientes.

— Eso no es muy objetivo.

— Tal vez por eso se llama química.

— Voy a escribir “sensación inexplicable”.

— Puede ser.

— ¿Estás satisfecha?

— Más o menos.

Gira el portátil hacia mí.

En la pantalla, la lista está organizada en temas.

— ¿Está bien? — pregunta.

— Está.

— Entonces necesitamos probar.

— ¿Probar cómo?

— Caminando por el campus.

— ¿Observando a la gente?

— Exactamente.

— ¿Quieres salir a buscar chicos?

— Tú quieres encontrar a alguien.

— No dije que necesitara encontrar hoy.

— Cuanto antes empecemos, antes sabremos lo que buscas.

— Estás muy involucrado en esto.

— Me pediste ayuda.

— Lo sé.

— Entonces ven.

Cierra el portátil y se levanta.

No puedo evitar la sonrisa.

La búsqueda de alguien parece menos aterradora cuando Jacob está conmigo.

Tal vez esa sea la razón por la que acepté.

...

El campus está lleno al comienzo de la tarde.

Los estudiantes cruzan los caminos entre los edificios, sentados en grupos o repartidos por los bancos cerca de los árboles. El movimiento parece mayor de lo habitual, tal vez porque estoy

prestando atención a personas que normalmente no observo.

Jacob camina a mi lado con el móvil en las manos.

— ¿Trajiste la lista? — pregunto.

— Está aquí.

— Realmente hiciste una lista.

— Es una lista preliminar.

— ¿Existe una versión definitiva?

— Depende de los resultados.

— Todavía no puedo creer que estemos haciendo esto.

— Te estás divirtiendo.

— No lo estoy.

— Estás sonriendo.

— Porque estás siendo ridículo.

— El motivo no cambia el resultado.

Cruzamos el camino cerca del edificio central.

Jacob se detiene de repente.

— ¿Qué pasa? — pregunto.

— Candidato uno.

Sigo su mirada.

Un chico está sentado solo en un banco, usando auriculares y leyendo algo. Tiene el pelo claro, una chaqueta oscura y parece concentrado.

— Es guapo — digo.

Jacob observa unos segundos más.

— Apariencia: tres estrellas.

— ¿Por qué?

— La chaqueta está bien.

— ¿Estás evaluando la chaqueta?

— Forma parte de la presentación.

— ¿Y la cara?

— Dos y medio.

— No puedes dar medio.

— Sí puedo.

— ¿Por qué dos y medio?

— No sé.

— Entonces te lo estás inventando.

— La evaluación es subjetiva.

— Acabas de decir que deberíamos tener criterios.

— Y los estoy aplicando.

Miro de nuevo al chico.

— ¿Personalidad?

— Imposible saberlo.

— Parece tranquilo.

— O solo está escuchando música.

— ¿Madurez?

— Está leyendo.

— Eso no significa que sea maduro.

— Al menos no está gritando en medio del campus.

— Entonces gana una estrella.

— Una y media.

— Estás siendo generoso.

— Soy un evaluador equilibrado.

— No sabes nada sobre él.

— Exactamente.

Seguimos caminando.

Al principio, la broma parece absurda.

Después, empieza a ser divertida.

Evaluamos a un chico que intenta equilibrar tres libros y un café mientras cruza la plaza. Jacob considera que tiene buena coordinación, pero baja organización. Yo digo que parece simpático.

Evaluamos a otro que está hablando con una chica. Jacob observa que él mira el móvil mientras ella habla.

— Perdió dos puntos en respeto — digo.

— Yo no di puntos.

— Pero deberías.

— Está bien. Menos una estrella.

— Estás aprendiendo.

— Estoy siendo influenciado por ti.

— Eso pasa con frecuencia.

Él me mira.

— No tanto como piensas.

— ¿Qué quiere decir eso?

— Nada.

Seguimos caminando.

Con cada chico, inventamos una historia.

El estudiante con la camiseta roja probablemente no sabe cocinar.

El hombre de la mochila enorme parece el tipo que respondería mensajes con una palabra.

El chico que ayuda a una chica a recoger los libros que se le cayeron gana cuatro estrellas en cuidado antes incluso de decir nada.

— Te impresionaste — comenta Jacob.

— Ayudó.

— ¿Eso es suficiente?

— Es un buen comienzo.

— Aceptas poco.

— No acepto poco. Solo observo actitudes.

— Entonces Lucas ganó puntos por ofrecer pagar la cuenta?

— Tal vez.

— Pero tú rechazaste.

— La oferta también cuenta.

— Estás siendo muy generosa con él.

— Tú estás siendo muy crítico.

— Estoy intentando protegerte.

La frase hace que la sonrisa desaparezca de mi rostro por un instante.

— Lo sé.

Jacob se da cuenta.

— No quise decir que no sepas protegerte.

— Siempre dices eso.

— Porque es verdad.

— Entonces ¿por qué necesitas protegerme?

No responde de inmediato.

La pregunta parece simple, pero algo cambia en el aire entre nosotros.

— Porque eres importante para mí — dice.

Lo miro.

— Tú también eres importante para mí.

— Lo sé.

— Entonces no necesitas actuar como si yo fuera incapaz de tomar decisiones.

— No creo que seas incapaz.

— Lo parece.

— Solo estoy intentando asegurarme de que nadie te haga sentir menos de lo que eres.

La respuesta me sorprende.

Jacob no está hablando como alguien que quiere controlar mis elecciones.

Está hablando como alguien que conoce mis inseguridades mejor de lo que me gustaría.

— No voy a dejar que nadie haga eso — digo.

— Lo sé.

— Entonces confía en mí.

— Confío.

Lo dice sin dudar.

La tensión desaparece.

Seguimos caminando.

Después de unos pasos, nuestros brazos se rozan.

Ninguno de los dos se aparta.

...

Nos detenemos en la cafetería cerca del edificio de Arquitectura.

Lucas está sentado en una mesa con dos compañeros. Me ve y levanta la mano a modo de saludo.

Le devuelvo el saludo.

Jacob acompaña el gesto.

— ¿Es él? — pregunta.

— Es.

— ¿El de la camisa azul?

— Hoy lleva una camisa blanca.

— Eso altera la evaluación.

— ¿Por qué?

— Necesitamos analizar la consistencia del estilo.

— Te estás inventando criterios.

— No es culpa mía si se cambió de ropa.

— ¿Quieres decir que perdió puntos por eso?

— Aún estoy evaluando.

Lucas se levanta y viene hacia nosotros.

— Hola, Rose.

— Hola.

— ¿Todo bien?

— Todo bien.

Mira a Jacob.

— Hola.

— Jacob.

— Lo sé. Rose me habló de ti.

La frase me incomoda.

— ¿Hablé?

— Comentaste que viven juntos.

— Ah.

Lucas sonríe.

— Ustedes estudian Ingeniería, ¿verdad?

— Civil — respondo.

— Mecánica — añade Jacob.

— Interesante. ¿Estudian juntos?

— No exactamente — digo. — Pero algunas materias son en el mismo edificio.

— ¿Y viven juntos?

— Sí.

Lucas parece sorprendido.

— ¿Desde cuándo?

— Desde el inicio de la universidad.

— Debe ser bueno tener a alguien conocido cerca.

— Lo es — respondo.

Jacob permanece en silencio.

Lucas conversa conmigo unos minutos más. Pregunta si sigue en pie lo acordado para la hamburguesería a finales de semana. Digo que sí.

Mientras hablamos, percibo a Jacob a mi lado.

No interrumpe.

No hace bromas.

No intenta participar.

Solo observa.

Y, por primera vez desde que empezamos la broma, no consigo prestar atención a Lucas.

Presto atención a Jacob.

A la forma en que mantiene las manos en los bolsillos.

Al modo en que mira el camino detrás de Lucas en vez de mirarlo de frente.

A la sonrisa educada, que parece diferente de las otras.

Jacob está callado.

Muy callado.

— ¿Está todo bien? — pregunto cuando Lucas se aleja.

— Está.

— No dijiste nada.

— Ustedes estaban conversando.

— Suelen interrumpir.

— No quería molestar.

— Tú nunca crees que estás molestando.

— Tal vez esté aprendiendo.

La respuesta parece una broma, pero no suena como una.

— ¿Te gustó? — pregunta Jacob.

— No lo sé.

— Acordaste otra cita.

— Eso no significa que me haya gustado.

— Aceptaste.

— Porque parece simpático.

— Pareció interesado.

— Sí.

Jacob asiente.

— Entonces deberías conocerlo mejor.

— ¿Tú crees?

— Creo.

— ¿No quieres darme una opinión?

— Mi opinión es que debes descubrirlo por tu cuenta.

— ¿Ese no es tu trabajo como consultor?

— Mi trabajo es ayudarte a ver las cosas.

— ¿Y qué estás viendo?

Jacob me mira.

Por un instante, tengo la impresión de que va a responder algo diferente.

Algo que no esté relacionado con Lucas.

Pero solo dice:

— Que tienes curiosidad.

La respuesta me decepciona.

No sé por qué.

- Tal vez la tenga.
- Entonces conócelo mejor.
- No pareces muy animado.
- Lo estoy.
- No lo estás.
- Rose.
- Te pusiste raro cuando vino a hablar conmigo.
- Estaba observando.
- Parecía que querías irte.
- Tengo trabajo.
- Siempre tienes trabajo.
- Porque estudio Ingeniería Mecánica.
- Yo también estudio y consigo hablar con alguien sin parecer que quiero escapar.
- No quería escapar.
- Entonces ¿qué querías?

Jacob mira el edificio a nuestro lado.

- Nada.

— Estás mintiendo.

— No lo estoy.

— Siempre te quedas callado cuando estás escondiendo algo.

Se pasa la mano por la nuca.

— Solo no sé qué quieres que diga.

— Quiero que seas honesto.

La frase resuena entre nosotros.

Por un segundo, siento que estoy pidiendo más que la opinión sobre Lucas.

Jacob sostiene mi mirada.

— Parece una buena persona — dice.

— ¿Solo eso?

— ¿Qué más quieres saber?

— Si crees que pega conmigo.

— No lo conozco.

— No necesitas conocerlo para tener una impresión.

— Entonces sí. Parece pegar contigo.

— ¿De verdad lo crees?

— Lo creo.

— ¿En serio?

— Rose, ¿quieres salir con él o quieres que yo elija por ti?

La pregunta me sorprende.

— No lo sé.

— Entonces descúbrelo.

— ¿Estás irritado?

— No.

— Lo parece.

— Solo estoy intentando recordar que la decisión es tuya.

— Pero quiero tu opinión.

— Lo sé.

— Entonces no te distancias.

Su expresión cambia.

— No me estoy distanciando.

— Sí.

— Rose.

— Tal vez no quieras hacer esto.

— Dije que ayudaría.

— Pero no dijiste que quisieras.

Jacob se queda en silencio.

Observo su rostro y siento una punzada de culpa.

Tal vez exigí demasiado.

Tal vez estoy esperando que se entusiasme tanto como yo debería estarlo.

— Perdón — digo. — No quería presionarte.

— No me estás presionando.

— Parece que sí.

— No lo parece.

— Puedo pedirle ayuda a Emily.

— No necesitas.

— Pero tal vez sea más fácil para ti.

— Rose.

— ¿Qué?

Respira hondo.

— Quiero ayudarte.

La respuesta es firme.

— ¿De verdad?

— De verdad.

— Entonces ¿por qué parece tan difícil?

Jacob mira el camino por donde Lucas desapareció.

— Porque esto es nuevo.

— Para mí también.

— Lo sé.

— Entonces podemos descubrirlo juntos.

Vuelve a mirarme.

— Podemos.

Sonrío.

La tensión se deshace despacio.

— Entonces, ¿Lucas gana cuántas estrellas? — pregunto.

Jacob suelta una risa baja.

— ¿De verdad quieres saber?

— Quiero.

— Tres.

- ¿Solo tres?
 - Fue educado, hizo preguntas y pareció interesado.
 - Eso vale tres.
 - Aún no sabemos sobre la madurez.
 - ¿Y el sentido del humor?
 - Te reíste dos veces.
 - Tres.
 - Una fue porque se trabó en su propia frase.
 - Aun así cuenta.
 - Entonces tres y media.
 - No puedes dar media estrella.
 - Puedo.
 - No puedes.
 - Ya di antes.
 - Estás abusando del sistema.
- Jacob sonríe.
- Lucas gana tres estrellas y media.
 - ¿Y química?

— Aún no evaluada.

— Te estás tomando esto en serio.

— Me lo pediste.

— Tal vez lo pedí porque sabía que tú harías que todo fuera divertido.

La frase hace que su sonrisa desaparezca por una fracción de segundo.

— Tal vez.

— Tú haces que todo sea divertido.

— No todo.

— Casi todo.

— ¿Estás intentando convencerme de seguir?

— Estoy diciendo que me gusta cuando hacemos cosas así.

Jacob me mira fijamente.

— ¿Así como qué?

Miro alrededor del campus.

— Caminar sin destino. Inventar criterios. Observar a la gente. Hacer comentarios absurdos.

— ¿Te gusta buscar a alguien?

Pienso en la pregunta.

La respuesta debería ser sí.

Es el objetivo de la broma.

Pero, cuando intento formularla, me doy cuenta de que no es exactamente eso lo que me está haciendo feliz.

— Me gusta hacer esto contigo — digo.

Jacob se queda en silencio.

Mi corazón late de una forma extraña.

No porque haya dicho algo romántico.

No hay nada romántico en que te guste pasar tiempo con tu mejor amigo.

Siempre nos gustó.

Aun así, su mirada parece diferente.

— A mí también me gusta — responde.

La voz está más baja.

— ¿Entonces seguimos?

— Seguimos.

...

Al final de la tarde, volvemos a casa con dos bolsas de comida.

No conseguimos decidir entre hamburguesería y comida mexicana, así que compramos las dos.

Jacob dice que eso destruye completamente cualquier intento de mantener una alimentación equilibrada.

Yo digo que la universidad ya destruye nuestro equilibrio emocional.

Él afirma que ese tipo de comentario es dramático.

Yo respondo que es realista.

Compartimos las patatas por el camino.

Es algo pequeño, pero siento que todo el día se construyó sobre pequeños momentos así.

El café que él preparó.

Los mensajes durante las clases.

La caminata por el campus.

La lista en el portátil.

Las bromas sobre los chicos.

La forma en que se quedó callado cuando Lucas se acercó.

Debería estar pensando en Lucas.

Me invitó a salir de nuevo.

Parece interesado.

Es educado y guapo.

Tiene buenas posibilidades de ser exactamente el tipo de persona que yo debería conocer.

Pero sigo pensando en la reacción de Jacob.

— ¿Te pusiste celoso? — pregunto.

La pregunta sale antes de que pueda impedirlo.

Jacob se detiene.

— ¿Celoso?

— Cuando Lucas vino a hablar conmigo.

— No.

— Te pusiste raro.

— Estaba dejando que ustedes conversaran.

— Parecías irritado.

— No estaba irritado.

— Entonces ¿qué estabas sintiendo?

Me mira.

— Nada.

— ¿No sientes nada?

— No fue eso lo que quise decir.

— Entonces ¿qué fue?

Jacob aprieta la bolsa con más fuerza.

— Rose, yo no estoy celoso de ti.

— Yo no dije que lo estuvieras de mí.

— Preguntaste si me puse celoso.

— De Lucas.

— No.

— ¿Por qué?

— Porque eres libre de hablar con quien quieras.

— Eso no responde.

— Es la respuesta.

Me quedo observándolo.

Jacob no parece irritado ahora.

Parece cansado.

— ¿Crees que no debería conocer a Lucas?

— Creo que debes hacer lo que quieras.

— Ya dijiste eso.

— Porque es verdad.

— Nunca respondes directamente.

— Estoy respondiendo.

— No lo estás.

Respira hondo.

— Rose, no puedo decidir eso por ti.

— No te pedí que decidieras.

— Pediste mi opinión.

— Y no quieres darla.

— Quiero.

— Entonces dámela.

Jacob se acerca un paso.

— Yo creo que Lucas parece lo bastante bueno como para que lo conozcas mejor.

— ¿Lo bastante bueno?

— Sí.

— Esa no es una recomendación muy entusiasta.

— ¿Quieres que haga una celebración?

— Quiero que seas sincero.

— Lo estoy siendo.

— ¿Crees que pega conmigo?

— Aún no lo sé.

— Pero vas a ayudarme a descubrirlo.

— Voy.

La respuesta me desarma.

No hay resistencia en ella.

Ningún intento de escapar.

Jacob va a ayudarme, aunque no esté seguro de que quiera.

— Perdón — digo otra vez.

— No necesitas pedir perdón.

— Estoy haciendo que esto sea difícil.

— Lo estás haciendo nuevo.

— ¿Para ti también?

— Para mí también.

— Entonces tal vez deberíamos establecer algunas reglas.

— ¿Reglas?

— Sí.

— Pensé que acabábamos de crear criterios.

— Los criterios son diferentes.

— ¿Cómo?

— Los criterios sirven para evaluar a los chicos. Las reglas sirven para proteger nuestra amistad.

Jacob se queda inmóvil.

La palabra amistad parece cambiar el aire entre nosotros.

— ¿Qué reglas? — pregunta.

— Nada de esconder cosas.

— De acuerdo.

— Si crees que alguien no me está tratando bien, tienes que decirlo.

— Lo diré.

— Aunque yo me enfade.

— Aunque así sea.

— Y nada de ponerte raro si empiezo a gustar de alguien.

Jacob aparta la mirada.

— No me voy a poner raro.

— ¿Lo prometes?

Tarda un segundo más de lo que debería.

— Lo prometo.

— Y yo tampoco voy a dejar que una relación cambie lo que tenemos.

— Rose...

— Hablo en serio.

— Lo sé.

— Hicimos esa promesa.

— Me acuerdo.

— Entonces nada cambia entre nosotros.

Jacob me mira.

— Nada.

Sonrío, satisfecha con la respuesta.

La promesa vuelve a ocupar el lugar seguro que siempre tuvo.

Sé que puedo conocer a Lucas.

Sé que puedo salir con él.

Sé que puedo intentar descubrir si existe alguna posibilidad.

Y, aunque me guste, Jacob seguirá siendo Jacob.

Mi mejor amigo.

La persona que estará conmigo antes, durante y después de cualquier cita.

La certeza me tranquiliza.

...

Después de la cena, Jacob abre de nuevo la lista.

Añadimos dos criterios más.

“Hace que Rose se sienta cómoda.”

“No intenta impresionar todo el tiempo.”

Lucas recibe tres estrellas y media.

El chico que ayudó a la chica con los libros recibe cuatro.

El estudiante de la chaqueta gana dos y media porque, según Jacob, “la apariencia no compensa la falta de información”.

Yo no estoy de acuerdo.

Él dice que solo está siendo criterioso.

Pasamos casi una hora inventando notas e historias sobre personas que apenas conocemos.

Me río tanto que empiezo a sentir que me duele la cara.

En algún momento, me doy cuenta de que no estoy pensando en encontrar a alguien.

Estoy pensando en cómo Jacob hace que cualquier situación parezca ligera.

Él me conoce.

Sabe cuándo exagerar una broma y cuándo parar.

Sabe que me pongo nerviosa cuando no estoy segura de lo que esperan de mí.

Sabe que necesito reír para no convertir todo en algo demasiado serio.

Nadie consigue hacerme reír como él.

La constatación surge sin aviso.

Miro a Jacob, que está concentrado en organizar la lista.

— ¿Qué? — pregunta.

— Nada.

— Me estás mirando.

— Estoy pensando.

— Eso es peligroso.

— Eres muy engreído.

— Te gusta.

— A veces.

Sonríe.

Vuelvo a mirar la pantalla.

Tal vez Lucas merezca una oportunidad.

Parece interesado.

Puede ser una buena persona.

Tal vez, con el tiempo, descubra la química que aún no apareció.

Pero, por ahora, la parte más agradable de esta búsqueda no es el chico que elegí conocer mejor.

Es tener a Jacob a mi lado mientras hago esto.

Es poder contárselo todo a él.

Es convertir una posibilidad aterradora en una broma.

Es descubrir que, incluso cuando intento abrir espacio para alguien nuevo, Jacob sigue siendo la persona con la que quiero compartir cada detalle.

— Entonces está decidido — digo.

— ¿Qué?

— Voy a conocer mejor a Lucas.

Jacob asiente.

— Está.

— Y tú vas a ayudarme.

— Voy.

— Y vamos a continuar con la selección.

— Hasta que encontremos a alguien que pase todos los criterios.

— Exactamente.

Cierra el portátil.

— ¿Y si nadie pasa?

— Entonces seguimos buscando.

— ¿Por cuánto tiempo?

— Hasta que encuentre al chico correcto.

Jacob me mira un instante.

— Tal vez ya esté más cerca de lo que imaginas.

— ¿Qué quiere decir eso?

— Nada.

Se levanta y lleva los platos a la cocina.

Yo me quedo en el sofá, sonriendo.

No entiendo la frase.

No entiendo su silencio.

No entiendo por qué, después de elegir a alguien para conocer mejor, sigo prestando más atención a Jacob que al chico.

Pero no necesito entenderlo todo ahora.

Mañana, voy a salir con Lucas otra vez.

Voy a descubrir si hay algo entre nosotros.

Y Jacob estará a mi lado para ayudarme a ver.

Por ahora, eso es suficiente.

Porque la búsqueda del chico correcto puede incluso haber empezado por culpa de Lucas.

Pero, esa noche, me doy cuenta de que lo que realmente hace que todo sea interesante es formar parte de algo nuevo con Jacob.

Nuestra selección.

CAPÍTULO 6

Una noche en la hamburguesería

Sé que Rose está nerviosa incluso antes de que lo admita.

Pasa toda la mañana trasteando con el celular, aunque no responde a ningún mensaje. Durante el descanso entre clases, se recoge el pelo y se lo suelta dos veces. A la hora del almuerzo, pregunta si la blusa que lleva puesta parece demasiado informal.

Cuando la encuentro al final de la tarde, está parada frente al edificio de Ingeniería Civil, con el bolso colgado del hombro y la frente fruncida.

— Llegas tarde — dice.

— Llegué a tiempo.

— Llevo esperando ocho minutos.

— Entonces llegaste temprano.

— Podrías haber venido más rápido.

— Vine en cuanto salí del laboratorio.

— Siempre dices eso.

— Porque es verdad.

Me mira durante unos segundos.

— ¿Estoy muy nerviosa?

— Un poco.

— ¿Es tan evidente?

— Te recogiste el pelo dos veces.

Rose se lleva la mano al cabello.

— ¿Hice eso?

— Lo hiciste.

— No me di cuenta.

— Yo sí me di cuenta.

Se suelta el pelo otra vez.

— ¿Eso es malo?

— No.

— Estás respondiendo demasiado rápido.

— Estás bonita.

Rose se queda callada.

La palabra se me escapa con cada vez menos facilidad.

Antes, podía llamarla bonita sin sentir que se me oprimía el corazón.
Ahora, cualquier cumplido parece cargar con todo lo que no digo.

Ella mira su propio cuerpo, la ropa y luego a mí.

— ¿Crees que está bien para una hamburguesería?

— Creo que sí.

— ¿No parece que me esforcé demasiado?

— No.

— ¿Ni que no me esforcé?

— Rose, vas a comer una hamburguesa.

— Lo sé.

— Entonces estás vestida adecuadamente para comer una hamburguesa.

— Esa no es una respuesta romántica.

El comentario sale como una broma.

Sonrío.

— ¿Querías una respuesta romántica?

— No.

— Entonces está todo bien.

Empieza a caminar a mi lado.

La acompaño, aunque mi cabeza está atrapada en la palabra que acaba de usar.

Romántica.

Rose no está esperando una respuesta romántica de mí.

Está preguntando si la ropa es adecuada para hablar con Lucas.

Es simple.

Lo sé.

Aun así, una parte de mí quiere que haya elegido esa blusa por mi culpa.

No tiene sentido.

La eligió porque va a salir.

Con otro hombre.

— ¿Él confirmó? — pregunto.

— ¿Lucas?

— Sí.

— Confirmó.

— ¿A qué hora?

— Dentro de poco.

— ¿Él va a encontrarte allí?

— Va.

— ¿Y ustedes van a estar solos?

Rose deja de caminar.

— Tú vas conmigo hasta la hamburguesería.

— Lo sé.

— Entonces no estaremos solos.

— No vas a estar conmigo durante todo el tiempo.

— Lo sé.

— Entonces estaremos solos en algún momento.

— Jacob.

— ¿Qué?

— Estás interrogando la situación.

— Estoy intentando entender el plan.

— El plan es comer.

— Y conversar.

— Sí.

— Y tal vez conocerlo mejor.

— Sí.

— Y tal vez descubrir si hay química.

Ella abre los ojos.

— Incluiste química en la lista.

— Fuiste tú quien la incluyó.

— No sabía que te lo tomarías tan en serio.

— Me pediste que ayudara.

— Puedes ayudarme sin analizar cada detalle.

— Lo estoy intentando.

— No lo parece.

Vuelve a caminar.

— Lucas va a llegar a las siete. Quise que fueras conmigo porque no quería cruzar el campus sola.

Esa no es exactamente la verdad.

Lo sé porque Rose cruza el campus sola con frecuencia. No tiene miedo. También sé que la hamburguesería está a pocos minutos del apartamento y que no necesitaba compañía.

— Querías que fuera porque estás nerviosa — digo.

— También.

— Y porque quieres mi opinión.

— Sí.

— Y porque quieres que lo evalúe desde lejos.

— Tal vez.

— ¿Vas a presentarme?

— No lo sé.

— Puedes decir que soy tu amigo.

— Eres mi amigo.

— Mejor amigo.

— Eres mi mejor amigo.

Lo dice sin dudar.

La frase debería reconfortarme.

Siempre me reconfortó.

Hoy, parece una especie de aviso.

...

La hamburguesería está en una calle concurrida cerca de la universidad. Es pequeña, con mesas de madera, lámparas colgando del techo y una pared cubierta de fotografías antiguas de la ciudad.

A Rose le gusta ese lugar porque las papas son mejores que las de la cafetería.

A mí me gusta porque ella siempre pide comida de más y la comparte conmigo, incluso cuando dice que tiene hambre.

Elegimos una mesa cerca de la ventana.

Lucas todavía no llegó.

Rose toma el menú, pero no lee.

— ¿Crees que va a llegar tarde? — pregunta.

— No sé.

— ¿Crees que eso sería malo?

— Depende de cuánto tiempo.

— ¿Diez minutos?

— Aceptable.

— ¿Veinte?

— Cuestionable.

— ¿Treinta?

— Deberías irte.

— Eres muy severo.

— La puntualidad es importante.

— Llegaste ocho minutos tarde hoy.

— Estaba en el laboratorio.

— Eso no cambia la hora.

— Pero lo explica.

— Estás siendo hipócrita.

— Estoy siendo exigente.

Rose intenta no sonreír.

— Creaste un monstruo.

— Me pediste que creara criterios.

— No te pedí que evaluaras la puntualidad.

— Está implícito en la madurez.

— ¿Y si él es puntual, pero no sabe conversar?

— Pierde puntos en personalidad.

— ¿Y si es demasiado gracioso y no sabe ser serio?

— Pierde puntos en madurez.

— ¿Y si es demasiado serio?

— Pierde puntos en sentido del humor.

— Entonces nadie va a pasar.

— Tal vez el problema sea la selección.

— Tal vez el evaluador sea imposible.

— También es una posibilidad.

Ella se ríe.

El sonido hace que se me oprima el pecho.

Rose apoya la barbilla en la mano y mira hacia la puerta.

— ¿Crees que le voy a gustar?

La pregunta cambia el ánimo de la conversación.

— Sí.

— ¿Cómo lo sabes?

— Porque es imposible no gustar de ti.

— Eso no es verdad.

— Lo es.

— Estás siendo amable.

— Estoy siendo sincero.

— Te cae bien todo el mundo.

— No me cae bien.

— Eres amable con todo el mundo.

— No lo soy.

— Sí lo eres.

— Soy amable con las personas que no son insoportables.

— ¿Entonces estás diciendo que yo no soy insoportable?

— Estoy diciendo que solo un poco.

Ella toma un sobrecito de ketchup y lo lanza en mi dirección.

Lo atrapo antes de que caiga.

— Tienes una puntería terrible — digo.

— Tuviste suerte.

— Siempre la tengo.

— No cuando se trata de mí.

La frase queda en el aire por unos segundos.

No sé si Rose percibe la ambigüedad.

Probablemente no.

Vuelve a mirar el menú.

— ¿Qué crees que Lucas espera de hoy?

— No sé.

— ¿Crees que él solo quiere conversar?

— Tal vez.

- O tal vez quiera conocerme mejor.
- Es lo que dijiste que tú también quieres.
- Lo sé.
- Entonces, ¿por qué estás preocupada?
- Porque no sé cómo hacer eso.
- ¿Hacer qué?
- Conocer a alguien.
- Hablas con la gente.
- Hablar no es conocer.
- ¿Cuál es la diferencia?

Rose mira hacia la ventana.

- Cuando hablo con alguien, puedo elegir qué mostrar. Cuando empiezo a conocer, la persona se da cuenta de cosas que tal vez yo preferiría esconder.
- ¿Qué cosas?
- Que soy insegura. Que pienso demasiado. Que me irrito cuando tengo hambre. Que no me gusta depender de los demás, pero siempre termino dependiendo de alguien.
- No necesitas esconder eso.
- Lo dices porque ya lo sabes todo.

— Y sigo aquí.

Ella vuelve los ojos hacia mí.

— ¿Nunca te molestó?

— ¿Qué cosa?

— Mis partes difíciles.

La pregunta es casi un susurro.

— No.

— ¿Ni cuando me pongo insoportable?

— Te pones insoportable con frecuencia.

— Jacob.

— Pero nunca hasta el punto de que yo quiera irme.

Rose baja la mirada.

Quiero decir que no hay nada en ella que pudiera hacer que yo me fuera.

Quiero decir que incluso sus defectos parecen importantes porque son parte de la persona que amo.

Pero no lo digo.

Lucas entra en la hamburguesería.

Lo reconozco antes de que Rose haga cualquier movimiento. Lleva una camisa clara, pantalón oscuro y sostiene el celular en una de las

manos.

Busca a alguien.

Cuando sus ojos encuentran a Rose, sonríe.

La sonrisa es bonita.

No tanto como la de ella.

Se acerca a la mesa.

— Hola, Rose.

— Hola, Lucas.

— Perdón si me demoré.

Miro el reloj.

Llegó cuatro minutos antes de lo acordado.

— No se demoró — digo.

Lucas me mira.

— Tú debes de ser Jacob.

— Lo soy.

— Rose me habló de ti.

— Espero que haya dicho cosas buenas.

— Dijo.

— Entonces está todo bien.

Rose me mira con una expresión que parece pedirme que pare.

— ¿Te vas a quedar? — pregunta Lucas.

La pregunta va dirigida a mí.

— No.

— Él va a ayudarme a elegir el pedido — explica Rose.

— Puedo esperar afuera — digo.

— Puedes quedarte unos minutos — añade Rose.

La miro.

— ¿Estás segura?

— Lo estoy.

Me siento de nuevo.

Lucas elige una silla al lado de Rose, y yo quedo frente a los dos.

La posición es pésima.

Puedo observarlo todo.

La forma en que se inclina cuando Rose habla.

La sonrisa que aparece cuando ella explica algo.

La manera en que mueve el vaso mientras espera el pedido.

No debería notarlo.

No debería importarme.

Pero lo noto.

— ¿Qué vas a pedir? — le pregunta Lucas a Rose.

— La hamburguesa con queso y cebolla caramelizada.

— Esa es buena.

— ¿Ya la comiste?

— Algunas veces.

— Entonces puedes decirme si vale la pena.

— Vale.

— Él siempre dice eso — intervengo.

Lucas me mira.

— ¿Sobre qué?

— Sobre todos los restaurantes.

— Porque normalmente tengo razón.

Rose niega con la cabeza.

— Jacob cree que conoce todos los lugares buenos para comer.

— Los conozco.

— Conoces los lugares donde sirven papas.

— Eso es más importante.

Lucas sonríe.

— ¿Ustedes hacen esto siempre?

— ¿Qué? — pregunta Rose.

— Se quedan discutiendo por cualquier cosa.

— Sí — respondo.

— No es una discusión — dice Rose. — Es una conversación.

— Es una conversación muy específica.

— A él le gusta meterse conmigo.

— A ella le gusta cuando me meto con ella.

— No me gusta.

— Estás sonriendo.

Rose se da cuenta e intenta ocultarlo.

Lucas mira entre nosotros dos.

No sé qué está pensando.

No quiero saberlo.

La camarera viene a anotar los pedidos. Rose elige la hamburguesa, Lucas pide lo mismo y yo pido la de siempre.

— ¿De verdad quieres quedarte? — pregunta Rose cuando la camarera se aleja.

— Puedo irme.

— No fue eso lo que pregunté.

— Lo sé.

— ¿Entonces?

— Me voy a quedar un poco más.

— ¿Por qué?

Porque no quiero dejarte sola con él.

— Porque todavía no comí.

Rose mira mi plato vacío.

— Podrías comer en otro lugar.

— Podría.

— Entonces quieres quedarte.

— Quiero.

Ella sonríe.

— Está bien.

Lucas empieza a hacer preguntas sobre la carrera de Rose. Ella responde con entusiasmo, hablando sobre un proyecto de

estructuras, sobre una profesora exigente y sobre la sensación de ver un dibujo transformarse en algo concreto.

Conozco esa expresión.

Rose siempre se pone así cuando habla de Ingeniería Civil. Le brillan los ojos, las manos se mueven y la voz gana velocidad.

Lucas también se da cuenta.

— Te gusta mucho lo que haces — comenta.

— Me gusta.

— No sabía que alguien podía hablar tanto sobre vigas.

— Ella puede hablar durante horas — digo.

— No necesitas exponerme.

— Solo estoy presentando información.

— ¿Y tú? — pregunta Lucas. — ¿Te gusta Ingeniería Mecánica?

— Me gusta.

— ¿Por qué la elegiste?

Pienso en la pregunta.

— Siempre me gustó entender cómo funcionan las cosas.

— Eso va contigo — dice Lucas.

— ¿Cómo así?

— Pareces observarlo todo antes de tomar una decisión.

La frase me hace mirar a Rose.

Ella también me está mirando.

— Él lo observa todo — dice ella.

— Me di cuenta.

— A veces, incluso demasiado.

— Es una cualidad — responde Lucas.

No sé si lo es.

Cuando se trata de Rose, observarlo todo es una maldición.

Sé cuándo está aburrida.

Sé cuándo se siente incómoda.

Sé cuándo empieza a gustarle alguien.

Y ahora estoy observando el inicio de algo entre ella y Lucas.

Llega la comida.

Rose toma una papa de mi plato incluso antes de empezar su propia hamburguesa.

Lucas se da cuenta.

— ¿Ustedes siempre comparten comida? — pregunta.

— Sí — responde ella.

— Hacemos eso desde antes de la universidad — añado.

— No me gusta comer sola — explica Rose.

— No te gusta pedir poco — digo.

— También.

Lucas sonríe.

— Ustedes parecen muy cercanos.

— Lo somos — dice Rose.

La respuesta sale tan simple que casi me corta.

Lucas empieza a comer.

Rose conversa con él, pero sigue tomando papas de mi plato cada vez que termina las suyas.

Cuando se da cuenta de que Lucas está mirando, se detiene.

— Puedes agarrar — digo.

— Te vas a quedar sin.

— Pedí una porción grande.

— Siempre pides una porción grande.

— Porque sé que vas a comer la mitad.

— No si estoy en una cita.

— Esto no es una cita — dice Lucas.

La frase hace que algo dentro de mí se relaje.

No debería.

Rose lo mira.

— Lo sé.

— Solo quise decir que no necesitas ponerte nerviosa.

— No estoy nerviosa.

Lucas sonríe.

— Un poco sí.

— No lo estoy.

— Estás jugando con la servilleta desde que llegamos.

Rose mira su propia mano y suelta la servilleta.

— Eso no significa nada.

— Claro que no.

Ella me lanza una mirada.

— No ayudes.

— No dije nada.

— Pero estás pensando.

— Eso no es un crimen.

— Depende de lo que estés pensando.

Miro el plato.

No puedo decir que estoy pensando que Lucas le presta demasiada atención.

No puedo decir que no me gusta la manera en que sonrío cuando ella se pone nerviosa.

No puedo decir que quiero tomarle la mano sobre la mesa y recordarle que no necesita tener miedo.

Así que me como mi papa y permanezco en silencio.

...

Lucas es interesante.

Esa es la conclusión a la que no quiero llegar.

Él escucha a Rose.

No intenta interrumpir.

Se ríe de sus chistes.

Pregunta sobre el futuro, pero no convierte la conversación en una entrevista.

Cuando Rose habla sobre la universidad, él no mira el celular.

Cuando ella dice que está cansada, él pregunta si quiere irse más temprano.

Él hace casi todo bien.

Es difícil encontrar un defecto.

Tal vez eso sea lo que más me molesta.

Si él fuera un idiota, podría decirle a Rose que no pierda el tiempo.

Si fuera arrogante, inconveniente o irrespetuoso, tendría un motivo.

Pero Lucas parece bueno.

Y Rose merece a alguien bueno.

Aunque no sea yo.

— ¿Jacob? — llama Rose.

Levanto la vista.

— ¿Hm?

— Lucas preguntó si estás bien.

— Estoy.

— Estás callado.

— Estoy comiendo.

— Puedes hacer las dos cosas.

— Hoy no.

Lucas se ríe.

— ¿Él siempre es así?

— Peor — responde Rose.

— Estoy aquí — digo.

— Lo sé.

— Están hablando de mí como si no estuviera.

— Tú hiciste eso conmigo varias veces hoy.

— Estaba dando información.

— Me estabas evaluando.

— Es diferente.

— ¿Cómo?

— Yo estoy calificado.

— ¿Calificado en qué?

— En conocerte.

La frase sale antes de que pueda pensar.

Rose me mira fijamente.

Lucas también.

El silencio dura solo un segundo.

— Él tiene razón — dice Rose. — Jacob sabe cuándo estoy incómoda, cuándo estoy mintiendo y cuándo no me gustó algo.

— Eso es impresionante — comenta Lucas.

— Es aterrador — digo.

— Es útil — corrige Rose.

— ¿Crees que él sabe todo sobre ti? — pregunta Lucas.

— Casi todo.

— ¿Hay algo que él no sepa?

Rose piensa.

— Tal vez.

— ¿Qué?

— No sé.

— Entonces realmente sabe casi todo.

Sonríó.

— Me esfuerzo.

Lucas asiente.

— Es bueno tener a alguien así.

— Lo es — dice Rose.

Ella me mira.

La forma en que lo hace me inquieta.

No es una mirada larga.

No es una mirada romántica.

Es solo reconocimiento.

Ella sabe que estoy ahí.

Sabe que me importa.

Sabe que soy la persona con la que puede contar.

Y eso debería bastar.

...

Después de la cena, Lucas acompaña a Rose hasta la puerta de la hamburguesería.

Yo camino unos pasos detrás.

No porque lo necesite.

Porque no quiero estar demasiado cerca.

Rose se despide de él con un abrazo rápido.

El cuerpo de Lucas se inclina hacia el de ella. Su mano toca su espalda por un instante.

Es un gesto inocente.

Aun así, siento unas ganas absurdas de interrumpir.

No hago nada.

Lucas dice que manda un mensaje cuando llegue a casa.

Rose responde que está bien.

Él se aleja.

Rose se queda mirando hasta que desaparece en la esquina.

— Te gustó — digo.

— Me gustó.

La respuesta es inmediata.

Se me oprime el pecho.

— ¿Cuánto?

— No sé.

— ¿Quieres verlo de nuevo?

— Quiero.

— Entonces debes verlo.

— ¿Tú crees?

— Creo.

— ¿Estás diciendo eso porque lo crees o porque quieres parecer un buen consultor?

— Las dos cosas.

Rose me observa.

— ¿No estás celoso?

— No.

— ¿Ni un poco?

— No.

— ¿Por qué parece que sí?

— Tal vez porque estás buscando una reacción.

— No lo estoy.

— Sí lo estás.

— Tal vez.

Empieza a caminar.

La sigo a su lado.

— Solo quería saber si de verdad crees que él es una buena opción.

— Parece una buena opción.

— No te gusta.

- No dije eso.
- No necesitas decirlo.
- No tengo motivo para que no me guste.
- ¿Entonces te gusta?
- Parece educado.
- ¿Esa es tu manera de decir que te gusta alguien?
- Es mi manera de decir que no encontré nada malo.
- Eres imposible.
- Ya dijiste eso.
- Porque sigue siendo verdad.

Camina más cerca.

Nuestros brazos se rozan algunas veces, pero ninguno de los dos se aparta.

El campus está más silencioso por la noche. Las luces de los postes iluminan el camino, y el viento trae el olor de los árboles y de la comida de los restaurantes cercanos.

- ¿Qué pensaste de él de verdad? — pregunta Rose.

Pienso antes de responder.

- Creo que parece interesado.

— ¿Solo eso?

— Y respetuoso.

— Te gustó eso.

— Es importante.

— Lo sé.

— Te prestó atención.

— Tú también prestas.

La frase me hace dejar de respirar por un instante.

Rose sigue mirando hacia adelante.

Tal vez no se dio cuenta del peso de sus propias palabras.

— Soy tu mejor amigo — digo.

— Exactamente.

Se acerca aún más.

— Entonces sabes lo que necesito.

— A veces.

— Casi siempre.

— Estás exagerando.

— No lo estoy.

- Necesitas aprender a resolver algunas cosas sola.
- Yo las resuelvo.
- Me pediste mi ayuda para elegir a un hombre.
- Porque eres bueno en eso.
- Yo nunca hice eso antes.
- Te está yendo bien.
- Lucas se ganó tres estrellas y media.
- Esa es una buena evaluación.
- Lo es.
- Parecías menos convencido mientras él estaba aquí.
- Estaba intentando ser imparcial.
- ¿Y ahora?
- Ahora estoy cansado.
- ¿Prometes que no te vas a poner raro cuando yo siga saliendo con él?

La pregunta vuelve.

Esta vez, parece más importante.

- Lo prometo.

— ¿Incluso si me gusta?

— Incluso así.

— ¿Incluso si a él le gusto?

— Incluso así.

— ¿Incluso si empezamos a salir?

Me detengo otra vez.

Rose por fin me mira.

— ¿Jacob?

— Incluso así.

La mentira pesa en mi boca.

Ella no se da cuenta.

O tal vez no quiere darse cuenta.

Rose extiende la mano y me agarra del brazo.

— Gracias.

— ¿Por qué?

— Por no hacer esto difícil.

Casi me río.

— Yo estoy haciendo esto muy difícil.

— ¿Para ti?

— No.

La mentira es peor que la anterior.

Rose me aprieta el brazo y vuelve a caminar.

...

Cuando llegamos al apartamento, se quita los zapatos cerca de la puerta.

Yo guardo las bolsas de la comida en la cocina y agarro dos vasos de agua.

Rose está parada cerca de la ventana, mirando hacia el estacionamiento.

— Él mandó un mensaje — dice.

— ¿Qué dijo?

— Que llegó a casa y le gustó la noche.

— ¿Vas a responder?

— Ya respondí.

— ¿Qué dijiste?

— Que a mí también me gustó.

— ¿Te gustó?

— Me gustó.

Asiento.

— Entonces está todo bien.

— ¿No quieres saber más?

— Quiero.

— Entonces pregunta.

— ¿Qué más debo preguntar?

— No sé. Tú eres el consultor.

Intenta bromear, pero parece esperar algo de mí.

— ¿Quieres salir con él de nuevo? — pregunto.

— Sí.

— Entonces debes salir.

— Sigues diciendo eso.

— Porque es la verdad.

— No pareces feliz.

— Estoy feliz por ti.

— No lo parece.

— Rose.

— Sabes que puedes ser sincero conmigo.

— Lo sé.

— Entonces sélo.

La miro.

Por un momento, siento que podría decirlo.

Podría contar que Lucas parece bueno, pero que no me gusta la forma en que la mira.

Podría decir que la idea de que otro hombre se acerque hace que se me cierre el estómago.

Podría revelar que, si dependiera de mí, no existiría selección alguna, porque yo ya sé quién es el hombre correcto para Rose.

Yo.

Pero ella está frente a mí con los ojos abiertos, confiando en mi respuesta.

Y no puedo destruir eso.

— Estoy feliz por ti — repito.

Rose me observa durante unos segundos.

Luego sonrío.

— Está bien.

Ella me cree.

O decide creerme.

...

Más tarde, nos sentamos en el sofá.

Rose se queda con las piernas dobladas, el celular en la mano y el cabello cayéndole sobre uno de los hombros.

— ¿Puedo hacer una pregunta? — dice.

— Acabas de hacerla.

— Otra.

— Puedes.

— ¿Qué tipo de mujer despierta tu interés?

Todo mi cuerpo se queda inmóvil.

La pregunta es simple.

Tal vez sea una pregunta común entre mejores amigos.

Pero Rose nunca me preguntó eso antes.

— ¿Por qué? — consigo decir.

— Porque me estás ayudando a encontrar a alguien. Quiero saber si ya encontraste a alguien que combine contigo.

— No.

— ¿Nunca te gustó nadie?

— Me gustó.

— ¿Quién?

— No importa.

— No puedes preguntarme todo sobre Lucas y después negarte a responder.

— Puedo.

— Jacob.

Se gira hacia mí.

— ¿Qué tipo de mujer?

Podría decir cualquier cosa.

Una mujer inteligente.

Una mujer bonita.

Una mujer graciosa.

Una mujer independiente.

Todas serían verdad.

Ninguna sería completa.

— Me gustan las mujeres que saben reírse de sí mismas — digo.

Rose asiente.

— Eso se parece a mí.

— Me gustan las mujeres que no fingen ser menos de lo que son.

— También se parece a mí.

— Me gustan las mujeres a las que les importan las personas, incluso cuando fingen que no.

Ella se queda en silencio.

— Sigue — pide.

— Me gustan las mujeres que tienen opiniones fuertes.

— ¿Te gusta discutir?

— Me gusta saber que la persona no va a estar de acuerdo conmigo solo para agradarme.

— Eso definitivamente se parece a mí.

— Me gustan las mujeres que no tienen miedo de decir cuando están enojadas.

— Yo digo cuando estoy enojada.

— Lo sé.

— ¿Y de mujeres que comparten comida?

— Principalmente.

Rose sonríe.

— ¿Estás describiendo a alguien específico?

La pregunta me atraviesa.

— Tal vez.

— ¿Quién?

— ¿La conoces?

— Probablemente.

— ¿Ella sabe que estás hablando de ella?

— No.

— ¿Nunca se lo contaste?

— No.

— ¿Por qué?

No consigo responder de inmediato.

Rose deja el celular a un lado.

— Jacob.

— Porque es complicado.

— ¿Estás enamorado?

La palabra queda entre nosotros.

Mi corazón late tan fuerte que estoy seguro de que ella puede oírlo.

— Ya lo estuve.

— ¿Todavía lo estás?

Miro la televisión apagada.

— Tal vez.

— ¿Ella lo sabe?

— No.

— ¿Por qué nunca se lo contaste?

Porque eres tú.

— Porque no quiero perder a esa persona.

Rose me observa.

— ¿Crees que la perderías?

— Tal vez.

— Si ella es realmente importante, tal vez valga la pena correr el riesgo.

— Te pasaste el día diciendo que no querías correr riesgos.

— Yo estaba hablando de mí.

— ¿Y por qué sería diferente?

— Porque tú pareces saber exactamente lo que sientes.

La frase me golpea con fuerza.

Yo sé exactamente lo que siento.

Lo sé desde hace años.

— Saber no significa que sea fácil contarlo.

— ¿Tienes miedo?

— Tengo.

— ¿De qué?

— De que la persona no sienta lo mismo.

— ¿Y si lo siente?

— Aun así podría ser complicado.

— Eres muy pesimista.

— Soy realista.

— Tal vez deberías hablar con ella.

— Tal vez.

— ¿Quieres?

— Quiero.

— Entonces hazlo.

Rose dice eso como si fuera simple.

Como si no existiera una promesa entre nosotros.

Como si yo no hubiera pasado años intentando proteger lo que tenemos.

— No puedo.

— ¿Por qué?

— Porque ella es demasiado importante.

— Eso no tiene sentido.

— Lo tiene para mí.

Rose se queda callada.

No sé qué está pensando.

Tal vez esté intentando imaginar quién es la mujer.

Tal vez esté comparando las características con alguien que conoce.

Tal vez jamás considere la posibilidad de que estoy hablando de ella.

Y tal vez sea mejor así.

— Ella tiene suerte — dice Rose.

— ¿Por qué?

— Porque alguien gusta de ella de esa manera.

— ¿Tú crees?

— Creo.

— ¿Aunque él nunca se lo cuente?

— Incluso así.

— No sé si es suerte.

— Es mejor ser amada en silencio que no ser amada.

La frase me hace mirarla.

Rose parece sincera.

— ¿Crees eso?

— Creo.

— ¿Por qué?

— Porque, si alguien gusta de ti, debe ser porque eres especial.

— ¿Y si la persona nunca lo sabe?

— Aun así es real.

Casi digo que ella es especial.

Casi digo que lo que siento es real.

Pero no puedo.

Rose vuelve a agarrar el celular.

La conversación termina sin realmente terminar.

Ella no sabe que acaba de hablar sobre nosotros.

Yo lo sé.

...

Más tarde, caminamos hasta la cocina para buscar agua.

Rose está cansada, y sus pasos se vuelven más lentos.

Cuando volvemos a la sala, no se sienta en el sofá.

Solo apoya la cabeza en mi hombro.

— ¿Te quedas así un poco? — pregunta.

— Me quedo.

Ella cierra los ojos.

Yo no me muevo.

Su cuerpo está tan cerca que puedo sentir el calor a través de la ropa. El perfume suave del champú me llega. Una de sus manos toca mi pecho por accidente cuando intenta acomodarse.

Bajo la mirada.

Rose confía en mí.

Está cómoda.

No puedo convertir esto en otra cosa.

Pero las ganas existen.

Las ganas de tocarle la barbilla.

Girar su rostro hacia mí.

Descubrir si se sorprendería o si esperaría el beso.

Las ganas de decir que la mujer que describí estaba sentada a mi lado.

Rose se mueve.

— Estás tenso.

— Estoy cansado.

— Siempre dices eso.

— Porque siempre estoy cansado.

Ella se ríe bajo.

La cabeza sigue en mi hombro.

— Me gustó la noche.

— A mí también.

— ¿Incluso con Lucas?

— Incluso con Lucas.

— ¿Crees que debería salir con él de nuevo?

— Creo.

— ¿Vas a ayudarme a elegir la ropa?

— Voy.

— ¿Y vas a buscarme después?

— Voy.

— ¿De verdad vas a hacer todo eso?

— Lo prometí.

Rose se queda en silencio.

Luego me agarra del brazo.

— Eres el mejor amigo del mundo.

Cierro los ojos.

Esa es la cosa más bonita y más dolorosa que podría decir.

— Tú también eres mi mejor amiga — respondo.

— Lo sé.

Se duerme poco después.

Yo permanezco despierto, mirando la luz tenue de la sala.

Lucas es bueno.

A Rose le gustó.

Ella quiere conocerlo mejor.

Y yo voy a ayudarla.

Voy a escuchar cada detalle.

Voy a analizar cada mensaje.

Voy a caminar a su lado hasta la hamburguesería y volver.

Voy a sonreír cuando ella hable de él.

Voy a decir que ella debe darle una oportunidad.

Haré todo lo que un mejor amigo haría.

Aunque cada gesto me cueste algo.

Rose todavía está apoyada en mí.

Respiro despacio y miro su rostro.

Ella no sabe que la mujer que describí es ella.

No sabe que cada característica le pertenece.

No sabe que, cuando me preguntó qué tipo de mujer despierta mi interés, yo estaba hablando de la persona que siempre estuvo a mi lado.

Y tal vez nunca lo sepa.

Porque, si seguir siendo solo el mejor amigo de Rose es el precio para permanecer en su vida, yo seguiré pagando.

Aunque, con cada nuevo chico, ese precio se vuelva más alto.

CAPÍTULO 7

La primera incomodidad

Lucas me envía un mensaje durante la primera clase.

Lucas: ¿Aún quieres tomar un café después de la clase?

Leo el mensaje mientras el profesor escribe una secuencia de números en la pizarra.

No existe ningún motivo para que yo dude.

Ya hemos conversado antes. Él fue educado. Pareció interesado. Dijo que le gustó nuestra noche en la hamburguesería y que le gustaría conocerme mejor.

Aun así, mis dedos permanecen quietos sobre el teclado.

Tal vez porque, desde que comenzamos la selección, he transformado cada conversación en una evaluación.

Tal vez porque sé que, después del café, necesitaré contárselo todo a Jacob.

O tal vez porque no sé cómo conversar con alguien sin que Jacob esté cerca.

Lucas: ¿Rose?

Respondo antes de que él envíe otro mensaje.

Rose: Sí. Podemos tomar un café después de la clase.

Lucas: Genial. Te encuentro cerca de la plaza.

Rose: De acuerdo.

Guardo el celular.

Intento volver mi atención a la clase, pero ya no consigo seguir lo que se está explicando.

Pienso en lo que voy a ponerme.

En lo que voy a decir.

En la posibilidad de que Lucas pregunte si estoy interesada en él.

En la posibilidad de que yo no sepa responder.

Jacob sabría qué decir.

Jacob siempre sabe.

Esa es la primera cosa que pienso cuando alguien me deja insegura.

Busco a Jacob.

No importa si necesito ayuda con un examen, si no sé qué mensaje enviar o si estoy a punto de conversar con un chico al que tal vez le gusto.

Jacob es siempre mi primera opción.

La constatación parece normal.

Él es mi mejor amigo.

Para eso sirven los mejores amigos.

...

La clase termina cerca del mediodía.

Paso por el baño antes de ir hasta la plaza, reviso el cabello en el espejo y me arrepiento inmediatamente de haber hecho eso.

No estoy yendo a una cita.

Es solo un café.

Una conversación.

Una oportunidad de conocer mejor a Lucas.

Aun así, siento el estómago apretado.

En el camino, agarro el celular y abro la conversación con Jacob.

Rose: ¿Dónde estás?

La respuesta llega casi inmediatamente.

Jacob: Saliendo del laboratorio. ¿Por qué?

Rose: Nada.

Jacob: Eso significa que necesitas algo.

Rose: Voy a tomar un café con Lucas.

Jacob: ¿Hoy?

Rose: Sí.

Jacob: No me lo contaste.

Rose: Te lo estoy contando ahora.

Jacob: ¿Dónde?

Rose: En la plaza.

Jacob: Voy a pasar por ahí.

Rose: No necesitas.

Jacob: Lo sé.

Rose: Jacob.

Jacob: Solo voy a pasar.

Rose: ¿Estás intentando vigilarme?

Jacob: Estoy intentando almorzar.

Rose: ¿Almuerzas en el laboratorio?

Jacob: A veces.

Rose: Entonces no necesitas venir.

Jacob: Ya voy.

No sé por qué sonrío.

Tal vez porque su presencia hace la situación más fácil.

Tal vez porque, en el fondo, yo esperaba que él quisiera saber dónde estaba.

Guardo el celular y sigo caminando.

Lucas está sentado en uno de los bancos de la plaza, con un vaso de café en la mano. Cuando me ve, se levanta.

— Hola.

— Hola.

— Llegaste temprano.

— Tú también.

— No quería hacerte esperar.

— No me importaría.

— Aun así.

Él sonrío.

Lucas es guapo.

No solo de una manera superficial. Hay algo agradable en su forma de mirar, como si realmente estuviera prestando atención.

— ¿Quieres sentarte? — pregunta.

— Quiero.

Nos sentamos lado a lado, pero hay espacio suficiente entre nosotros para que yo lo note.

La plaza está movida. Estudiantes pasan conversando, bicicletas cruzan el camino y el viento mueve las hojas de los árboles.

— ¿Cómo fue tu clase? — pregunta Lucas.

— Cansada.

— ¿El profesor de estructuras?

— Habla como si todos ya hubiéramos nacido sabiendo calcular.

— Mi profesora de dibujo hace lo mismo.

— ¿Por lo menos puedes entender lo que ella explica?

— A veces.

— Entonces estás mejor que yo.

— No pareces alguien que tenga dificultad para entender las cosas.

— No tengo dificultad. Solo necesito más tiempo.

— Eso es tener dificultad.

— No lo es.

— Entonces ¿qué es?

— Una estrategia de aprendizaje.

Él se ríe.

El sonido es agradable.

Pero, cuando Jacob se ríe, hay algo diferente. Su risa me alcanza incluso cuando no estoy prestando atención. Hace que yo quiera seguir hablando solo para oírla de nuevo.

Lucas me pregunta sobre mi proyecto.

Yo respondo.

Él pregunta por qué elegí Ingeniería Civil.

Yo explico.

Él habla sobre Arquitectura, y yo intento interesarme por la descripción de una asignatura que está cursando.

No es que yo no quiera escuchar.

Quiero.

Pero, mientras Lucas habla, me doy cuenta de que no sé qué hacer con las manos.

No sé cuándo interrumpir.

No sé si debo hacer una pregunta o esperar a que él termine.

Con Jacob, nunca existe ese tipo de duda.

Nos interrumpimos el uno al otro.

Cambiamos de tema sin avisar.

Nos quedamos en silencio sin necesitar explicar.

Lucas termina de contar algo y me mira.

— ¿Estás bien?

— Estoy.

— Pareces distraída.

— Perdón.

— No necesitas pedir perdón.

— Dormí poco.

No es exactamente mentira.

He dormido poco desde que empezamos a observar a los chicos por el campus. No por causa de Lucas.

Por causa de todo lo que he pensado.

— No necesitas quedarte si no estás cómoda — dice.

Su gentileza me sorprende.

— Estoy cómoda.

— ¿Segura?

— Lo estoy.

— Entonces está todo bien.

Él no insiste.

Eso debería dejarme más tranquila.

Deja.

Pero también me hace pensar en Jacob, que habría notado que estoy distraída incluso antes de que yo intentara ocultarlo.

Jacob habría preguntado si estoy cansada.

Me habría ofrecido algo para comer.

Habría hecho una broma para hacerme reír.

Tal vez esa sea la diferencia.

Lucas me está conociendo.

Jacob ya me conoce.

— ¿Siempre te quedas tan callada? — pregunta Lucas.

— No.

— Conmigo, sí.

La observación no parece acusatoria. Aun así, siento la cara calentarse.

— Creo que estoy nerviosa.

— ¿Por qué?

— Porque no sé qué esperas de esta conversación.

Lucas mira sus propias manos.

— No espero nada específico.

— ¿No?

— No. Quiero conocerte. Solo eso.

— Ya me conoces un poco.

— Quiero conocer más.

La respuesta es simple.

Directa.

Yo debería gustar de ella.

— ¿Y si descubres que no te gusto? — pregunto.

— Puedo preguntar lo mismo.

— Puedes.

— ¿Y si descubres que no te gusto?

Pienso antes de responder.

— Lo diría.

— ¿Serías sincera?

— Lo intentaría.

— Entonces haz lo mismo conmigo.

Asiento.

Lucas parece realmente dispuesto a no transformar la conversación en una obligación.

Tal vez yo esté volviendo todo más complicado de lo que necesita ser.

— Puedes preguntarme cualquier cosa — dice.

— ¿Cualquier cosa?

— Casi.

— ¿Siempre haces esa salvedad?

— Solo cuando no quiero responder sobre mi infancia.

Yo me río.

— ¿Por qué?

— Porque fui un niño muy raro.

— Ahora quiero saber.

— Sabía que no debería haberlo mencionado.

— Cuenta.

Lucas empieza a hablar sobre una etapa en la que construyó una colección de miniaturas y las llevó todas a la escuela. La historia es graciosa, y yo me río algunas veces.

Pero, en algún momento, me doy cuenta de que no estoy completamente presente.

Sigo pensando que Jacob haría comentarios durante la historia.

Probablemente diría que Lucas todavía parece un niño raro.

Yo respondería que él no tiene derecho a criticar a nadie después de haber pasado una semana usando la misma camiseta durante el primer semestre de la universidad.

Lucas termina la historia y me mira.

— Estás sonriendo, pero pareces lejos.

— Perdón.

— ¿Es tu mejor amigo?

Mi cuerpo se tensa.

— ¿Qué?

— Jacob.

— ¿Por qué sería él?

— Mencionaste su nombre tres veces.

Bajo la mirada.

No me había dado cuenta.

— Vivimos juntos.

— Lo sé.

- Él forma parte de mi vida.
- Me di cuenta.
- No es nada extraño.
- No dije que lo fuera.
- La gente siempre lo encuentra extraño.
- ¿Vivir con el mejor amigo?
- Ser tan cercana a él.
- Ustedes son muy cercanos.
- Lo somos.
- ¿Él sabe todo sobre ti?
- Casi todo.
- ¿Y tú sabes todo sobre él?
- Casi todo.

Lucas sonríe de manera cuidadosa.

- Debe ser bueno tener a alguien así.
- Lo es.
- Hablas de él como si fuera muy importante.
- Él es muy importante.

— ¿Más importante que cualquier persona que estás intentando conocer?

La pregunta no parece malintencionada.

Aun así, no sé responder.

— Es diferente.

— ¿Cómo?

— Jacob es mi mejor amigo.

— ¿Y yo estoy intentando ser más que eso?

Lo miro.

— No lo sé.

Lucas acepta la respuesta sin presionar.

— Está bien no saber.

Yo debería sentirme aliviada.

Pero, en vez de eso, siento una pequeña frustración.

Tal vez porque yo esperaba que él insistiera.

Jacob habría insistido.

No de una manera inconveniente.

Solo lo suficiente para entender.

— Quiero conocerte mejor — digo.

— Yo también quiero conocerte.

— Pero no sé si esto va a dar en algo.

— Yo tampoco.

Lucas mira el reloj.

— Podemos dejar que suceda sin convertirlo en una decisión.

— Eso parece más fácil.

— Es lo que estoy intentando hacer.

Yo sonrío.

La conversación continúa por algunos minutos más, pero la sensación no cambia.

Lucas es amable.

Interesante.

Paciente.

Aun así, la conversación exige esfuerzo.

Necesito sacar temas.

Necesito pensar antes de hablar.

Necesito controlar el silencio.

Cada minuto, percibo con más claridad que hay una persona con la que nunca necesité hacer nada de eso.

...

Cuando nos despedimos, Lucas pregunta si puede enviarme un mensaje más tarde.

— Puede.

— ¿Te gustaría conversar de nuevo?

Pienso en la pregunta.

— Me gustaría.

Es una respuesta sincera, aunque no sea tan entusiasta como él probablemente merece.

Lucas se acerca y me abraza.

El abrazo es cómodo.

No siento ganas de irme.

Tampoco siento ganas de quedarme.

Cuando él se aparta, sonrío.

— Hasta luego, Rose.

— Hasta.

Él camina en dirección al edificio de Arquitectura.

Yo permanezco en la plaza, observándolo por algunos segundos.

No hay nada mal.

La palabra aparece en mi mente.

Nada mal.

Tal vez necesite más tiempo.

Tal vez la química no surja inmediatamente.

Tal vez esté comparando a Lucas con Jacob de una manera injusta.

Agarro el celular.

Rose: ¿Estás cerca?

Jacob responde casi inmediatamente.

Jacob: ¿Dónde estás?

Rose: En la plaza.

Jacob: Estoy llegando.

Guardo el celular.

La ansiedad que sentí durante la conversación con Lucas desaparece incluso antes de que Jacob aparezca.

Él cruza el camino algunos minutos después, con la mochila sobre un hombro y una expresión de quien está intentando parecer casual.

— ¿Cómo fue? — pregunta.

- ¿Ni siquiera vas a preguntar si estoy bien?
- Dijiste que estás en la plaza. Supuse que sobreviviste.
- Tal vez esté fingiendo.
- Entonces necesitas mejorar la actuación.
- Ni siquiera me viste.
- Conozco tu mensaje.
- ¿Es posible conocer a alguien por la forma en que escribe?
- En tu caso, sí.
- ¿Qué dijo mi mensaje?
- Que querías verme.
- Yo solo quería contar cómo fue.
- Eso es querer verme.
- Eres muy engreído.
- Y tú me llamaste.
- Tal vez tenía hambre.
- Tú siempre tienes hambre.
- Entonces yo quería comida.
- ¿Y yo soy la persona a la que buscas cuando quieres comer?

— Conoces los mejores lugares.

— Eso es verdad.

Él sonríe.

Su cercanía lo cambia todo.

La plaza, el café, la conversación con Lucas y la inquietud desaparecen un poco.

— ¿Quieres caminar? — pregunta Jacob.

— Quiero.

Empezamos a andar por el campus.

— ¿Entonces? — pregunta de nuevo.

— Fue bueno.

— ¿Bueno de verdad o bueno educado?

— Bueno de verdad.

— ¿Te reíste?

— Algunas veces.

— ¿Él te hizo reír?

— Sí.

— ¿Más que yo?

- No lo sé.
- Deberías saberlo. Yo soy muy gracioso.
- Eres engreído.
- Eso no respondió.
- Tú me haces reír más.

Jacob sonríe.

- Lo sabía.
- No te pongas satisfecho.
- Ya lo estoy.
- Lucas fue simpático.
- Genial.
- Hizo preguntas.
- Mejor aún.
- Escuchó lo que yo decía.
- Excelente.
- No intentó presionarme.
- Puntos extra.
- Estás haciendo esto a propósito.

- Estoy intentando hacer tu evaluación más objetiva.
- La conversación no fluyó tan naturalmente como contigo.

Jacob me mira.

- ¿Eso es bueno o malo?
- No lo sé.
- Si no fluyó, probablemente es malo.
- Estás siendo injusto.
- Estoy siendo honesto.
- Tal vez necesite tiempo.
- Tal vez.
- No parece que lo creas.
- No dije eso.
- Tu cara lo dijo.
- ¿Mi cara es muy expresiva?
- A veces.
- ¿Qué está diciendo ahora?
- Que crees que Lucas no es para ti.

Jacob mira hacia adelante.

- No dije eso.
- Pero lo piensas.
- Creo que debes darle una oportunidad.
- Siempre dices eso.
- ¿Porque es lo que quieres oír?
- No sé lo que quiero oír.
- Entonces tal vez necesites descubrirlo.

Me detengo.

- Te estás poniendo muy filosófico.
- Convivir contigo me volvió profundo.
- ¿Yo te volví profundo?
- Me hiciste pasar por cosas.
- ¿Qué cosas?
- Conversaciones sobre sentimientos. Evaluaciones de chicos. Hamburgueserías.
- Nunca habrías sobrevivido sin mí.
- Esa es la verdad.

Él empieza a reír.

Yo también.

La conversación se vuelve ligera de nuevo.

Jacob hace una imitación de Lucas contando la historia de las miniaturas, aunque solo ha oído mi versión. Exagera cada detalle, inventa una voz extraña y afirma que Lucas probablemente todavía duerme abrazado a una miniatura de dinosaurio.

— Él no dijo eso.

— Tú no lo sabes.

— Él pareció normal.

— Esa es exactamente la apariencia que alguien raro intentaría mantener.

— ¿Estás celoso de una miniatura?

— Estoy protegiéndote de posibles dinosaurios.

— Eres ridículo.

— Y tú te estás riendo.

— Porque eres ridículo.

— El motivo no cambia el resultado.

Sonríó.

Con Jacob, la conversación no necesita ser conducida.

Sucede.

Él transforma una historia simple en algo gracioso. Yo no necesito elegir palabras ni controlar pausas. Puedo hablar de más, interrumpir, cambiar de tema y volver al anterior.

No existe esfuerzo.

— ¿Vas a conversar con Lucas de nuevo? — pregunta Jacob.

— Creo que sí.

— Entonces te gustó.

— Me gustó conversar.

— Es lo mismo que yo dije.

— No lo es.

— ¿Cuál es la diferencia?

— Me gustó lo suficiente como para querer descubrir más. No sé si me gustó lo suficiente como para querer algo.

Jacob asiente.

— Entonces descúbrelo.

— ¿Vas a seguir ayudándome?

— Voy.

— ¿Aunque empiece a gustarme?

— Aun así.

— Dices eso con mucha facilidad.

— Estoy intentando ser un buen amigo.

La frase me hace disminuir el paso.

— Eres un buen amigo.

— Lo sé.

— No puedes decir eso de ti mismo.

— Puedo cuando es verdad.

— Eres insoportable.

— Tú también.

Él apoya el hombro en el mío.

— Pero te gusta.

— A veces.

— Ya dijiste eso.

— Sigue siendo verdad.

...

Pasamos cerca del edificio de Ingeniería Mecánica.

Jacob necesita recoger algunos papeles en el laboratorio antes de que vayamos a casa. Yo podría esperar afuera, pero él dice que no va a tardar.

— Puedes irte — dice. — Te encuentro en el apartamento.

— Espero.

— No necesitas.

— Lo sé.

Él sonríe.

— Entonces espera.

Entramos en el edificio.

El pasillo está más vacío de lo habitual, y los sonidos del laboratorio llegan amortiguados por las puertas.

Jacob va hasta una sala al final del pasillo.

Yo me quedo cerca de la entrada, observando algunos cuadros con proyectos antiguos.

No tarda mucho en que una chica salga del laboratorio.

Es alta, tiene el cabello oscuro recogido en una cola de caballo y sostiene una carpeta contra el pecho. La reconozco vagamente. Ya la vi algunas veces en el campus.

Se detiene cuando ve a Jacob.

— ¿Conseguiste terminar la parte del informe?

— Casi — responde él.

— Lo sabía.

— Todavía necesito revisar algunos cálculos.

— Siempre revisas tres veces.

— Porque la primera nunca es suficiente.

Ella sonríe.

— ¿Vas a enviarlo hoy?

— Voy.

— Genial. Entonces puedo añadir los datos de la simulación.

— Puedes. Lo envió hasta la noche.

— Eres un salvavidas.

La chica le toca el brazo.

Es un gesto rápido.

Casual.

Pero siento algo cerrarse dentro de mi pecho.

Jacob mira la mano de ella y luego el rostro.

Él sonríe.

No es la sonrisa que usa cuando alguien cuenta un chiste.

Es más discreta.

Más interesada.

No debería estar mirando.

No debería estar prestando atención.

Pero no consigo apartar la vista.

— No vas a olvidarlo, ¿cierto? — pregunta ella.

— No voy a.

— Porque, si lo olvidas, voy a echarte la culpa.

— Tú siempre echas.

— Porque generalmente es culpa tuya.

Ella le toca el brazo de nuevo, esta vez antes de alejarse.

— Hasta luego, Jacob.

— Hasta, Clara.

Clara.

El nombre se me queda en la cabeza.

Jacob sigue a la chica con la mirada por algunos segundos.

Siento una irritación que no consigo explicar.

No es por causa de ella.

No conozco a Clara.

Ella parece simpática.

No hizo nada malo.

Tal vez sea porque tocó a Jacob.

Tal vez porque él sonrió.

Tal vez porque los dos tienen una conversación que no comprendo.

O tal vez porque, por primera vez, veo a alguien ocupando un espacio a su lado que siempre consideré mío.

— ¿Ella es tu amiga? — pregunto.

Jacob se da vuelta.

— ¿Quién?

— Clara.

— Sí.

— ¿Del laboratorio?

— Sí.

— ¿Ustedes trabajan juntos?

— A veces.

— ¿En el mismo proyecto?

— No exactamente. Ella está en mi grupo del informe.

— ¿Y ella le toca el brazo a todo el mundo cuando habla?

Jacob frunce el ceño.

— ¿Qué?

— Nada.

— Rose.

— Solo pregunté.

— No lo sé.

— Pareces saber muchas cosas.

— Yo no presto atención a eso.

— Pero prestaste atención cuando ella te tocó.

— ¿Cómo así?

— Miraste su mano.

Jacob me observa.

Mi cara se calienta.

— Yo solo estaba diciendo.

— ¿Estás celosa?

La pregunta es tan directa que me quedo sin respuesta.

— No.

— No dije que fuera una acusación.

— No estoy celosa.

— Está bien.

— No lo estoy.

— Te creo.

— No me crees.

— Tal vez no.

— Jacob.

— Rose.

Él usa el mismo tono que yo suelo usar cuando quiero que él deje de discutir.

Eso me irrita aún más.

— Ella parece gustar de ti — digo.

— ¿Clara?

— Sí.

— ¿Por qué?

— Te tocó el brazo.

— Eso no significa nada.

— Sonreíste.

— Yo les sonrío a las personas.

— No de ese modo.

— ¿De qué modo?

— Interesado.

Jacob cruza los brazos.

— ¿Estás analizando mi reacción ahora?

— Me pediste que prestara atención a las cosas.

— A posibles pretendientes para ti.

— Y tú eres un posible pretendiente para alguien.

La frase sale amarga.

Jacob se queda inmóvil.

Me arrepiento inmediatamente.

— No fue eso lo que quise decir.

— Fue lo que pareció.

— Solo quise decir que tú también puedes conocer a alguien.

— Yo ya conozco gente.

— No estoy hablando de amistad.

— ¿Crees que yo debería empezar a buscar a alguien?

- No lo sé.
- Acabas de decir que Clara parece interesada.
- Dije que parece.
- Entonces ¿cuál es el problema?
- Ninguno.
- Rose.
- Solo me pareció extraño.
- ¿Qué?
- Nada.
- Estás haciendo exactamente lo que dijiste que no harías.
- ¿Qué dije?
- Estás intentando decidir por mí.
- No lo estoy.
- Lo estás.
- ¿Ni siquiera puedo hacer una pregunta?
- Puedes. Pero no necesitas convertir una conversación entre colegas en un análisis.
- No la convertí.

— La convertiste.

— Estás defendiéndola.

— Solo estoy diciendo que no hay nada pasando.

— Yo no dije que lo haya.

— Pero estás actuando como si lo hubiera.

La irritación crece dentro de mí.

No porque Jacob esté equivocado.

Porque tal vez tenga razón.

— Pareciste feliz cuando ella te tocó.

— Yo estaba conversando.

— No sonríes así cuando hablas conmigo.

La frase se me escapa.

Jacob pierde la expresión.

— Yo sonrío contigo todo el tiempo.

— No de ese modo.

— ¿De qué modo, Rose?

No sé responder.

La sonrisa que le dio a Clara fue diferente.

Más ligera.

Tal vez porque no estaba discutiendo.

Tal vez porque no estaba intentando hacerme reír.

Tal vez porque yo inventé la diferencia.

— Olvídalo — digo.

— No.

— Jacob.

— Si quieres hablar de esto, entonces hablemos.

— No quiero.

— Claramente quieres.

— Solo me pareció extraño.

— ¿Por qué?

Miro el pasillo.

— Porque ella te tocó.

La sinceridad me deja incómoda.

Jacob permanece en silencio.

— Ella es tu amiga — añadido. — Lo sé. No estoy diciendo que no pueda hablar contigo.

— Entonces ¿qué estás diciendo?

— Nada.

— Rose.

— No me gustó.

Las palabras salen bajas.

Jacob parece sorprendido.

— ¿No te gustó qué?

— Ver que ella te tocaba.

El silencio entre nosotros se vuelve más grande que el pasillo.

Mi corazón empieza a latir rápido.

— ¿Por qué? — pregunta.

No lo sé.

Esa es la respuesta verdadera.

No sé por qué me molesta.

No sé por qué quiero que él deje de mirar a Clara.

No sé por qué la idea de que otra chica conozca su sonrisa me deja tan irritada.

— Porque eres mi mejor amigo — digo.

Jacob no aparta la mirada.

— ¿Y eso significa qué?

— Significa que no me gusta cuando alguien actúa como si tuviera intimidad contigo.

— Nosotros tenemos intimidad.

— Lo sé.

— Entonces ¿por qué eso molesta?

— Porque la intimidad contigo es mía.

La frase sale antes de que yo pueda impedirlo.

Jacob se queda completamente inmóvil.

Yo también.

Mi respiración se detiene.

No sé por qué dije eso.

No sé por qué parece tan verdadero.

— Rose...

— No quise decirlo de ese modo.

— ¿De qué modo quisiste decirlo?

— No lo sé.

— Estás celosa.

— No lo estoy.

— Lo estás.

— No.

— Rose.

— Solo estoy protegiéndote.

La excusa parece débil apenas sale.

Jacob se da cuenta.

— ¿Protegiéndome de Clara?

— De cualquier persona que pueda no tener buenas intenciones.

— Ni siquiera conoces a Clara.

— No necesito conocerla.

— Entonces ¿estás juzgando a alguien porque me tocó el brazo?

— No.

— Lo estás.

— Yo solo...

Me detengo.

No consigo terminar.

La verdad es demasiado vergonzosa.

No quiero que Clara lo toque.

No quiero que ella le sonría.

No quiero que Jacob descubra que puede ser feliz al lado de otra persona.

El pensamiento me atraviesa con fuerza.

Otra persona.

Jacob puede conocer a alguien.

Puede enamorarse.

Puede empezar a salir, recibir mensajes y sonreírle a una chica de la misma forma en que me sonrío a mí.

Y no sé si soportaría mirar.

— Rose — me llama de nuevo.

— ¿Qué?

— ¿Estás bien?

La preocupación en su voz me desarma.

Jacob siempre se preocupa por mí.

Incluso cuando soy irracional.

Incluso cuando no consigo explicar lo que siento.

— Estoy.

— ¿Segura?

— Lo estoy.

— Pareces molesta.

— No estoy molesta.

— Entonces ¿qué estás sintiendo?

La pregunta permanece delante de mí.

No tengo una respuesta.

O tal vez le tengo miedo.

— Nada importante — digo.

Jacob sigue mirándome.

— Si tú lo dices.

— Lo digo.

Él asiente, pero no parece convencido.

Agarra los papeles que vino a buscar y los mete dentro de la mochila.

— ¿Vamos a casa?

— Vamos.

Salimos del edificio.

Camino a su lado, pero no apoyo mi brazo en el suyo.

Por primera vez desde que nos conocimos, siento una distancia entre nosotros.

Y fui yo quien la creó.

...

En el camino al apartamento, Jacob no hace bromas.

Yo tampoco.

La falta de conversación lo vuelve todo peor.

El campus parece más silencioso, aunque siga lleno de gente.

Pienso en Clara.

En la forma en que tocó su brazo.

En la sonrisa de Jacob.

En la facilidad con que los dos conversaron.

Tal vez ella realmente esté interesada en él.

Tal vez Jacob también esté interesado en ella.

La idea provoca una irritación profunda.

Intento encontrar una explicación razonable.

Es solo preocupación.

Estoy protegiendo a mi mejor amigo.

No quiero que se involucre con alguien que pueda lastimarlo.

No quiero que una chica cualquiera se dé cuenta de lo especial que es y después trate sus sentimientos como algo desechable.

No quiero que alguien entre en su vida y cambie la forma en que él está conmigo.

Eso no es celos.

Es cuidado.

Es amistad.

Es miedo de perder a una persona importante.

Esa explicación parece suficiente hasta que Jacob me mira.

— Estás muy callada.

— Estoy pensando.

— ¿En qué?

— En nada.

— Sabes que no necesitas protegerme de todo el mundo.

— Lo sé.

— Clara no está interesada en mí.

— ¿Estás seguro?

— Lo estoy.

— ¿Cómo?

— Porque ella está saliendo con alguien.

Siento alivio.

El sentimiento aparece antes de que yo consiga impedirlo.

Después, culpa.

— Ah.

— Ella solo necesitaba los datos del informe.

— ¿Y toca el brazo de todo el mundo cuando habla sobre informes?

— No lo sé.

— No prestas atención.

— No.

— Deberías.

— ¿Por qué?

— Porque tal vez estés dejando a alguien interesado sin darte cuenta.

Jacob me mira.

— Yo no estoy buscando a alguien.

— Tal vez deberías.

La frase suena parecida a algo que él dijo sobre Lucas.

— ¿Acabas de decir que yo debería buscar a alguien?

— Me dijiste que conociera a Lucas.

— Es diferente.

— ¿Por qué?

— Porque tú quieres empezar a salir con alguien.

— ¿Y tú no?

Jacob no responde.

La pregunta me deja inquieta.

— Tú nunca hablas de eso — digo.

— ¿De qué?

— De conocer a alguien.

— No tengo tiempo.

— Siempre dices eso.

— Es verdad.

— Haces Ingeniería Mecánica como si estuvieras intentando salvar el mundo.

— Tengo trabajo.

— Todo el mundo tiene.

— No estoy interesado.

— ¿En nadie?

— En nadie.

La respuesta debería tranquilizarme.

Pero no me tranquiliza.

— Entonces ¿nunca te sientes solo?

— No.

— ¿Porque estás conmigo?

Jacob mira hacia adelante.

— Porque te tengo a ti.

La frase me calienta y me incomoda al mismo tiempo.

— No puedes depender solo de mí.

— No dependo.

— Parece.

— Rose.

— ¿Qué?

— Estás intentando encontrar un problema donde no existe.

Tal vez lo esté.

Tal vez esté transformando una conversación con una colega en algo que no es.

Pero la sensación sigue dentro de mí.

Esa cosa incómoda, apretada, que apareció cuando Clara lo tocó.

— Solo no quiero que alguien te trate mal — digo.

— Lo sé.

— Te mereces a alguien que sea bueno.

— Lo sé.

— Alguien que te preste atención.

— Lo sé.

— Alguien que de verdad guste de ti.

Jacob deja de caminar.

Yo también.

— Rose.

— ¿Qué?

— ¿Estás hablando de Clara o de mí?

La pregunta me deja sin aire.

Lo miro.

Jacob está serio.

No hay broma en su rostro.

No hay sonrisa.

Solo la expectativa de una respuesta.

— De ti — digo.

— ¿Por qué?

— Porque eres importante.

— Sé que soy importante.

— Entonces ¿por qué estás preguntando?

— Porque estás actuando como si yo estuviera haciendo algo mal.

— No lo estás.

— Estás celosa.

— No lo estoy.

— Entonces ¿por qué no te gustó que Clara me tocara?

Abro la boca.

No aparece ninguna respuesta.

La verdad está demasiado cerca.

Podría decir porque la intimidad contigo es mía.

Podría decir porque no quiero compartir.

Podría decir porque la idea de otra chica sonriéndote me duele.

Pero no lo digo.

— No lo sé — confieso.

Jacob suaviza la expresión.

— Está bien no saber.

— No lo está.

— Lo está.

— Yo no suelo sentir esto.

— ¿Sentir qué?

— Esta irritación.

— Tal vez estabas cansada.

— Tal vez.

— O tal vez solo fue un momento.

— Tal vez.

Él empieza a caminar de nuevo.

Yo lo acompaño.

Ninguno de los dos habla por algún tiempo.

Pero ahora, la pregunta permanece dentro de mí.

¿Por qué me molestó tanto?

No fue solo porque Clara tocó a Jacob.

Fue porque Jacob sonrió.

Fue porque él parecía a gusto.

Fue porque, durante algunos segundos, imaginé a otra persona ocupando el lugar que siempre consideré mío.

La explicación de que solo estoy protegiendo a mi mejor amigo empieza a parecer insuficiente.

En el fondo, lo que sentí se parece mucho a celos.

Y esa posibilidad me asusta más de lo que debería.

CAPÍTULO 8

Lo que significa los celos

Rose se queda diferente después de ver a Clara tocarme el brazo.

No es un cambio grande.

Ella sigue caminando a mi lado. Sigue respondiendo cuando hablo. Sigue compartiendo las papas que compramos de camino a casa.

Pero no hace ninguna broma.

Tampoco intenta agarrar mi celular para ver lo que estoy haciendo, no pregunta sobre el informe y no se queja cuando elijo el camino más largo hasta el apartamento.

Rose siempre se queja del camino más largo.

Esa noche, no se queja.

Y eso me preocupa más que cualquier discusión.

— Estás callada — digo.

Estamos sentados en el sofá, cada uno con un vaso de agua en las manos.

Rose mira la televisión apagada.

- Estoy cansada.
- Siempre dices eso cuando estás pensando demasiado.
- Tal vez solo esté cansada.
- Tal vez.
- No necesitas analizar todo lo que hago.
- No estoy analizando.
- Estás.
- Estoy observando.
- Es lo mismo.
- No lo es.

Ella me lanza una mirada.

- Para ti, tal vez no.
- Para mí, observar es una forma de preocupación.
- No necesito que te preocupes.
- Lo sé.
- Entonces para.
- Lo estoy intentando.

Rose baja los ojos al vaso.

Claro que no lo estoy intentando.

No consigo dejar de prestarle atención.

Nunca lo conseguí.

La diferencia es que, normalmente, sé interpretar sus silencios. Sé cuándo está cansada, cuándo está irritada, cuándo necesita estar sola y cuándo espera que yo pregunte una vez más.

Hoy, no lo sé.

No sé si Rose está molesta conmigo.

No sé si está pensando en Clara.

No sé si la incomodidad que mostró en el pasillo fue solo una reacción momentánea o si hay algo más.

La pregunta permanece en mi cabeza:

¿Qué significa los celos?

Para mí, es simple.

Celos significa miedo de perder a alguien.

Significa querer ser elegido.

Significa mirar a otra persona y odiar la idea de que pueda ocupar un espacio que tú deseas.

Pero, para Rose, tal vez sea solo protección.

Ella misma dijo eso.

Rose siempre ha sido protectora conmigo. Cuando alguien habla mal de mí, ella reacciona antes de que yo tenga tiempo de responder. Cuando enfermo, aparece con medicamentos, comida y una lista de instrucciones que no pedí. Cuando alguien se aprovecha de mi paciencia, ella se irrita por los dos.

Tal vez solo fue eso.

Cuidado.

Amistad.

Miedo de que Clara tuviera malas intenciones.

La explicación debería ser suficiente.

No lo es.

— ¿Vas a estudiar en la biblioteca mañana? — pregunta Rose.

La pregunta me saca de los pensamientos.

— Voy.

— ¿Puedo ir contigo?

— Claro.

— ¿Aunque estorbe?

— Siempre estorbas.

— Entonces, ¿por qué estás dejando?

— Porque la biblioteca es grande.

Ella sonríe por primera vez desde que salimos del edificio de Ingeniería Mecánica.

Siento alivio.

Es absurdo cuánto necesito una sonrisa suya para creer que todo está bien.

— Voy a llevar el proyecto del puente — dice ella. — Necesito terminar los cálculos.

— Yo llevo el informe.

— Y podemos almorzar cerca de allí.

— Podemos.

— Sin hablar de Lucas.

— ¿Vas a poder?

— Puedo hablar de otras cosas.

— Dame un ejemplo.

Rose piensa.

— Puedo hablar de Clara.

— No.

— Tú hablaste de otras cosas.

— Cualquier otra cosa.

— Entonces podemos hablar de ti.

— Tampoco.

— Eres muy difícil.

— ¿Acabas de descubrirlo?

— No.

Ella apoya la cabeza en el respaldo del sofá.

— Mañana, biblioteca.

— Mañana, biblioteca.

La conversación termina ahí, pero el tema no.

Permanece entre nosotros hasta que Rose se va a dormir.

Y sigue conmigo después de que cierro la puerta de mi habitación.

...

Al día siguiente, llego a la biblioteca antes que ella.

Elijo una mesa cerca de las ventanas, donde hay luz suficiente para que Rose dibuje sin quejarse y un enchufe cerca para cargar nuestras computadoras.

También elijo dos sillas una al lado de la otra.

No una frente a la otra.

No sé por qué.

Tal vez porque es más fácil estudiar cuando Rose está a mi lado.

Tal vez porque quiero ver lo que hace.

Tal vez porque, después de lo que pasó, necesito saber si la distancia entre nosotros desapareció.

Abro el portátil y empiezo a revisar el informe del laboratorio.

Consigo trabajar durante casi veinte minutos.

Entonces aparece Rose.

Ella atraviesa la biblioteca cargando una carpeta grande, un portapapeles y dos cafés.

— Llegaste temprano — dice.

— Llegaste tarde.

— Llegué a tiempo.

— Nuestra hora era a las diez.

— Son las diez y tres minutos.

— Tarde.

— Te estás volviendo muy exigente.

— Estoy manteniendo los criterios.

Ella pone uno de los cafés delante de mí.

— Te traje el tuyo.

— No hacía falta.

— Lo sé.

— ¿Dormiste bien?

— No.

— ¿Por qué?

— Me quedé pensando.

Mi cuerpo se tensa.

— ¿En qué?

Rose abre la carpeta.

— En el proyecto.

La respuesta es demasiado casual.

Tal vez esté diciendo la verdad.

Tal vez esté escondiendo algo.

— Claro — digo.

Ella se sienta a mi lado.

Los hombros quedan casi tocándose, y el perfume del café se mezcla con el olor suave del champú que ella usa.

Es una cercanía familiar.

Fácil.

Aun así, siento que mi cuerpo reacciona.

No debería.

Ya hemos estudiado juntos cientos de veces.

Rose ya se inclinó sobre mis cuadernos, ya apoyó la cabeza en mi hombro, ya durmió a mi lado en lugares mucho menos discretos.

Pero, desde que preguntó si yo estaba interesado en Clara, todo parece diferente.

La tensión no está solo dentro de mí.

Está entre nosotros.

Y no sé si Rose se da cuenta.

— Me estás mirando — dice ella.

— Estoy mirando tu portapapeles.

— Mi portapapeles está aquí.

Ella golpea los dedos sobre la mesa.

— Y me estás mirando a mí.

— Estás en el camino.

— Estoy sentada a tu lado.

— Exactamente.

Rose entrecierra los ojos.

— Estás raro.

— Tú también.

— Yo no.

— Estás.

— ¿Cómo?

— Calladita.

— Estoy estudiando.

— Tú hablas cuando estudias.

— Tal vez esté intentando concentrarme.

— Tú nunca intentas concentrarte.

— Eso es una acusación seria.

— Es una observación.

— Estás usando la palabra otra vez.

— Porque sigue siendo útil.

Ella abre el cuaderno y empieza a trabajar.

Yo hago lo mismo.

Durante algunos minutos, solo oímos el sonido de las páginas pasando y de los teclados alrededor.

La biblioteca está llena, pero parece existir solo el espacio pequeño entre nuestras sillas.

Rose dibuja una línea, borra, dibuja de nuevo.

Yo reviso el mismo párrafo del informe tres veces.

Ninguno de los dos está concentrado.

— ¿Quieres hablar de Clara? — pregunto.

Rose detiene el lápiz.

— No.

— Entonces, ¿por qué sacaste el tema?

— Yo no lo saqué.

— Hablaste de ella ayer.

— Tú hablaste de ella.

— Porque tú preguntaste.

— Hice una pregunta.

— Y yo respondí.

— Entonces se acabó.

— Para ti.

Ella vuelve a dibujar.

— ¿Qué quieres saber?

— Nada.

— Rose.

— Solo quería saber si ustedes trabajan juntos.

— Ya hablamos de eso.

— Quiero saber si te gusta.

La pregunta es directa.

Dejo de teclear.

— ¿Como amiga?

— Como mujer.

Rose mantiene los ojos en el dibujo, pero su mano se quedó inmóvil.

— No.

— ¿Estás seguro?

— Estoy.

— ¿Por qué respondiste tan rápido?

— Porque sé la respuesta.

— ¿Nunca pensaste en ella de esa forma?

— No.

— ¿Ni una vez?

— No.

— Ella es bonita.

— Lo es.

— Inteligente.

— Probablemente.

Rose gira el rostro hacia mí.

— ¿No lo sabes?

— Conozco a Clara en el laboratorio. No sé cómo es fuera de allí.

— Pero tú le sonreíste.

— Yo les sonrío a las personas.

— No de esa manera.

— Sigues diciendo eso.

— Porque así fue como pareció.

— ¿Qué exactamente crees que viste?

Rose se calla.

No quiero presionarla, pero necesito entender.

— ¿Crees que me gusta porque ella me tocó el brazo?

— Yo no dije eso.

— ¿Crees que ella gusta de mí?

— Yo dije que pareció.

— ¿Y eso te molestó?

Rose me mira fijamente.

El silencio dura lo suficiente como para que yo escuche a alguien toser en una mesa distante.

— No sé — responde ella.

Es la misma respuesta que dio en el pasillo.

No sé.

Para mí, esa frase es una puerta entreabierta.

Quiero empujarla.

Quiero descubrir qué hay del otro lado.

Pero tengo miedo de encontrar solo una pared.

— No necesitas preocuparte por Clara — digo.

— Yo no estoy preocupada.

— ¿No?

— No.

— Entonces, ¿por qué estás preguntando?

— Porque eres mi mejor amigo.

La respuesta viene rápida.

Es lo que yo esperaba.

Aun así, siento que algo dentro de mí retrocede.

— Eso no lo explica todo.

— Lo explica.

— No explica por qué te irritaste.

— Yo no me irrité.

— Rose.

— Yo solo lo encontré extraño.

— ¿Qué?

— La forma en que ella te tocó.

— Ella me tocó el brazo.

— Lo sé.

— ¿Entonces?

— No me gustó.

Ella lo dice tan bajo que casi no lo escucho.

Mi corazón empieza a latir más fuerte.

— ¿Por qué?

Rose aprieta el lápiz entre los dedos.

— Porque ella no tiene esa intimidad contigo.

— Nosotros trabajamos juntos.

— Eso no le da a ella el derecho de tocarte.

— ¿Y a ti?

Ella levanta los ojos.

La pregunta se escapa antes de que yo consiga impedirlo.

Rose parece confundida.

— ¿Qué?

— Tú me tocas todo el tiempo.

— Yo soy tu mejor amiga.

— ¿Entonces esa es la diferencia?

— ¿Qué diferencia?

— ¿Tú puedes tocarme porque eres mi mejor amiga, pero Clara no puede porque es solo una colega?

Rose abre la boca.

No aparece ninguna respuesta.

Yo debería parar.

Debería decir que estoy bromeando.

Pero quiero saber.

Quiero oír que hay algo diferente cuando ella me toca.

Quiero saber si Rose reconoce esa diferencia.

— No es lo mismo — dice ella por fin.

— ¿Por qué?

— Porque yo te conozco.

— Ella también me conoce.

— No como yo.

La respuesta me deja inmóvil.

No sé si ella se dio cuenta de lo que acaba de decir.

— ¿Tú sabes todo sobre mí? — pregunto.

— Casi todo.

— ¿Y eso significa que tienes más derecho?

— No estoy hablando de derecho.

— Entonces, ¿de qué estás hablando?

— De confianza.

Rose mira la mesa.

— Yo confío en ti.

— ¿Crees que no puedes confiar en ella?

— No sé.

— Ni siquiera conoces a Clara.

— Exactamente.

— Entonces tal vez deberías conocerla antes de decidir.

— Yo no quiero conocer a Clara.

La frase sale rápida.

Mi corazón parece tropezar.

— ¿Por qué?

Rose vuelve a mirarme.

— Porque no quiero.

— Eso no es una respuesta.

— Es la que tengo.

No consigo evitar una sonrisa pequeña.

Rose se da cuenta.

— ¿Qué fue?

— Nada.

— Estás sonriendo.

— Estoy.

— ¿Por qué?

— Estás celosa.

— No lo estoy.

— Lo estás.

— Jacob.

— Rose.

Ella agarra la goma y me la tira.

Yo la atrapo.

— No tienes pruebas — susurra ella.

— Tengo ojos.

— Tus ojos están engañados.

— Mis ojos rara vez se engañan cuando se trata de ti.

Rose se queda callada.

La frase carga más verdad de la que debería.

Ella vuelve al dibujo, pero no escribe.

Yo tampoco vuelvo al informe.

Ninguno de los dos sabe cómo terminar aquella conversación.

...

Una hora después, intentamos estudiar de verdad.

Rose trabaja en el proyecto del puente.

Yo reviso los cálculos del informe.

La mesa está llena de hojas, reglas, lápices, cargadores y dos vasos de café que ya se enfriaron.

Es una escena común.

Si alguien nos observara, vería solo a dos estudiantes de Ingeniería trabajando juntos.

Pero, para mí, cada movimiento de ella parece importante.

La manera en que muerde la tapa del bolígrafo cuando está concentrada.

El modo en que frunce el ceño cuando alguna medida no cuadra.

El cabello que le cae sobre el rostro.

Me esfuerzo por no mirar.

Fallo.

— Estás haciendo eso otra vez — dice ella.

— ¿Qué?

— Mirar.

— Estoy intentando entender tu dibujo.

— Tú no sabes nada de estructuras civiles.

— Sé lo suficiente.

— Entonces di lo que estoy haciendo.

— Un puente.

— Eso es obvio.

— Un puente bonito.

— Los puentes no necesitan ser bonitos.

— El tuyo lo es.

— Tú ni siquiera sabes lo que es.

— Sé que es tuyo.

Rose me mira por un instante.

— ¿Siempre hablas así?

— ¿Así cómo?

— Como si todo lo que hago fuera bueno.

- No todo.
- Casi todo.
- Eres talentosa.
- Eso no significa que todos mis proyectos sean buenos.
- Significa que sabes lo que estás haciendo.
- Tú no leíste los cálculos.
- Puedo leerlos.

Ella gira el portapapeles hacia mí.

La distancia entre nosotros disminuye cuando se inclina para mostrar el dibujo.

Su brazo toca el mío.

Es un contacto leve, pero ninguno de los dos se aparta.

- Aquí — dice ella. — Estoy intentando distribuir mejor el peso.
- Pusiste este apoyo demasiado cerca del extremo.
- Lo sé.
- Entonces, ¿por qué lo dejaste así?
- Porque quería observar cómo reaccionaba la estructura.
- Estás probando el margen.

- Exactamente.
- Eso puede comprometer el resultado.
- Lo sé.
- Entonces lo estás haciendo a propósito.
- No todo es un error.
- Yo nunca dije que lo fuera.
- Pero lo pensaste.
- Yo pienso muchas cosas.
- Lo sé.

Rose se inclina aún más.

Su rostro queda a pocos centímetros del mío.

Puedo sentir el calor de su piel.

Veó la línea suave de la mandíbula, la curva de los labios y una pequeña marca cerca de la ceja que conozco desde la secundaria.

Ella está concentrada en la pantalla de mi computadora.

Yo ya no consigo seguir lo que aparece allí.

— Si mueves este punto para acá — digo, señalando la pantalla — consigues redistribuir la carga sin aumentar el material.

Rose sigue mi dedo.

Su mano cubre la mía por un instante.

Ninguno de los dos se mueve.

El toque es accidental.

Lo sé.

Ella también.

Aun así, el aire parece volverse más denso.

Rose mira nuestras manos.

Después me mira a mí.

— Perdón.

— No hace falta.

Ella retira la mano.

La extraño inmediatamente.

Es ridículo.

Ella solo tocó mis dedos.

Yo ya agarré la mano de Rose incontables veces.

Ya cruzamos calles juntos, ya corrimos por el campus, ya nos quedamos de la mano en hospitales y salas de espera.

Pero ahora hay un significado que no debería existir.

O tal vez yo solo le estoy dando significado a todo porque quiero encontrar algo.

— ¿Quieres que yo haga eso? — pregunta ella.

— Quiero.

— No sé si entendí.

— Te muestro.

Me acerco a la computadora.

Rose sigue a mi lado, el hombro apoyado en el mío.

Empiezo a explicar el cálculo.

Mi voz sale más baja de lo normal.

Ella presta atención.

Yo intento hacer lo mismo.

— Entonces, si muevo el apoyo, la presión se distribuye mejor.

— Eso.

— Y el peso no queda concentrado en un único punto.

— Exactamente.

— Eres mejor explicando que mi profesor.

— No se lo digas a él.

- Tal vez se lo diga.
- Él me va a odiar.
- Él ya te odia.
- Porque soy talentoso.
- Porque corregiste su cálculo delante de la clase.
- Estaba mal.
- No necesitabas decirlo.
- Él preguntó.
- Podrías haber mentido.
- No sé hacer eso.

Rose me mira.

- Sí sabes.

Mi corazón se cierra.

- ¿Qué quiere decir eso?
- Mientes cuando dices que estás cansado.
- Yo realmente estoy cansado.
- Y cuando dices que no te molestó Clara.
- No me molestó.

— Te molestó.

— No.

— Estás haciendo exactamente lo que dijiste que no sabías hacer.

— ¿Qué?

— Mentir.

La cercanía entre nosotros se vuelve insostenible.

Me levanto y camino hasta la estantería más cercana.

— Voy a buscar un libro.

— ¿Necesitas un libro?

— Necesito.

— ¿Sobre tu informe?

— Sí.

Rose me observa, pero no insiste.

Se lo agradezco.

Necesito respirar.

Necesito recordar que ella está hablando de Clara porque siente celos como mejor amiga.

No porque exista algo diferente.

No puedo creer en una posibilidad solo porque deseo que sea real.

...

Vuelvo a la mesa con el libro.

Rose está mirando su propio celular.

— ¿Lucas mandó mensaje? — pregunto.

— Mandó.

La tensión vuelve.

— ¿Qué quiere?

— Preguntó si me gustaría salir el fin de semana.

— ¿Y tú?

— Todavía no respondí.

— ¿Quieres salir?

— Tal vez.

— ¿Qué significa tal vez?

— Que todavía estoy pensando.

— ¿Por qué?

— Porque no sé si estoy lo suficientemente interesada.

— Dijiste que te gustó.

— Me gustó.

— Entonces, ¿cuál es el problema?

Rose me mira.

— La conversación no fluye.

— Acabas de decir eso sobre ustedes.

— Lo sé.

— Entonces tal vez sea solo falta de tiempo.

— Tal vez.

— Deberías salir otra vez.

— ¿Tú crees?

— Creo.

— ¿Dices eso porque él parece una buena persona?

— Sí.

— ¿O porque quieres que yo deje de pensar en ti?

La pregunta me deja sin reacción.

Rose parece darse cuenta de que fue demasiado lejos.

— Perdón — dice. — No quise decir eso.

— Está bien.

— Yo solo...

— Lo sé.

— No lo sabes.

— Entonces dime.

Ella mira el celular.

— No sé lo que estoy sintiendo.

El corazón se acelera.

— ¿Sobre Lucas?

— Sobre todo.

— ¿Qué significa eso?

— No lo sé.

Es la misma respuesta que da cuando pregunto sobre Clara.

No lo sé.

Tal vez Rose realmente no lo sepa.

Tal vez yo esté intentando transformar su confusión en esperanza.

— No necesitas decidir ahora — digo.

— Lo sé.

— Puedes conocer a Lucas con calma.

— Lo sé.

— Y, si no funciona, no funcionó.

— Hablas como si fuera simple.

— ¿No es simple?

— Para ti, tal vez.

— ¿Por qué?

Rose aprieta los labios.

— Porque tú pareces saber exactamente lo que sientes.

No consigo mirarla.

— No siempre.

— Tú sabes sobre Clara.

— No hay nada sobre Clara.

— No fue eso lo que quise decir.

— Entonces, ¿qué quisiste decir?

— ¿Tú sabes cuándo te gusta alguien?

La pregunta me deja atrapado entre la verdad y el silencio.

— Sé.

— ¿Cómo?

— Es difícil de explicar.

— Intenta.

— Te das cuenta.

— ¿De qué?

— De que la persona ocupa demasiado espacio en tu cabeza.

Rose se queda callada.

— Piensas en ella cuando deberías estar pensando en otra cosa. Comparas todo con ella. Quieres contar cualquier novedad primero a ella. Te molestas cuando alguien se acerca.

La expresión de Rose cambia.

Tal vez esté entendiendo.

Tal vez solo esté escuchando.

— Eso parece muy específico — dice.

— Lo es.

— ¿Estás hablando de Clara?

— No.

La respuesta sale antes de que yo consiga protegerme.

Rose me mira.

— Entonces, ¿de quién?

Desvió la mirada.

— Es solo una hipótesis.

— No lo parece.

— Rose.

— Jacob.

Ella repite mi tono.

Mi corazón late con fuerza.

Por un instante, creo que ella va a preguntar de nuevo.

Que va a insistir hasta que yo diga.

Pero Rose solo baja los ojos.

— Tal vez yo esté sintiendo eso — murmura ella.

La biblioteca sigue a nuestro alrededor.

La gente estudia.

Las páginas se pasan.

Los teclados se presionan.

Pero todo parece distante.

— ¿Sintiendo qué? — pregunto.

— Ese demasiado espacio en la cabeza.

No sé si estoy respirando.

— ¿Por culpa de Lucas?

Ella no responde.

— ¿O por culpa de mí?

La pregunta se escapa en un susurro.

Rose levanta los ojos.

No debería haberlo dicho.

La promesa.

El miedo.

La amistad.

Todo pasa por mi cabeza al mismo tiempo.

— Jacob...

Ella no termina.

Yo tampoco.

La bibliotecaria pasa cerca de nuestra mesa, y Rose se aparta de mí, volviendo la atención al proyecto.

La oportunidad desaparece.

Tal vez fue mejor así.

...

Salimos de la biblioteca al final de la tarde.

El cielo está nublado, y el campus parece cubierto por una luz gris. Rose lleva el portapapeles contra el pecho. Yo llevo la computadora y los libros.

Durante algunos minutos, caminamos sin hablar.

— ¿Crees que estoy celosa de Clara? — pregunta Rose.

— Creo que te incomodó.

— ¿No es lo mismo?

— Tal vez.

— Estás evitando responder.

— Estoy intentando no decir algo equivocado.

— Siempre haces eso cuando el tema soy yo.

— Porque tú eres complicada.

— Yo soy simple.

— Tú no lo eres.

— Acabas de decir que me conoces.

— Conocer no significa entenderlo todo.

Rose me mira.

— ¿Tú entiendes?

— No siempre.

— Entonces tal vez yo no sea tan predecible como piensas.

— Eres predecible en las cosas importantes.

— ¿Qué cosas?

— Siempre eliges el camino más largo cuando necesitas pensar. Siempre compras café incluso cuando dices que no quieres. Siempre finges que no estás cansada. Siempre me buscas cuando algo parece demasiado grande.

Ella permanece en silencio.

— ¿Y tú? — pregunta.

— ¿Qué hay de mí?

— ¿Eres predecible?

— Probablemente.

— Siempre vienes cuando yo llamo.

— Sí.

— Siempre me ayudas.

— Sí.

— Siempre dices que todo está bien, incluso cuando no lo está.

— A veces.

— Siempre escondes cuando tienes miedo.

La pregunta no es exactamente una pregunta.

— Tal vez.

Rose deja de caminar.

— ¿Tienes miedo ahora?

La miro.

— Tengo.

— ¿De qué?

No puedo decirlo.

Tengo miedo de que estés empezando a sentir algo por mí y que, cuando descubras lo que eso significa, decidas que es mejor alejarte.

Tengo miedo de que tus celos sean solo amistad.

Tengo miedo de creer en cualquier cosa.

— De que la selección salga mal — digo.

— Hablas como si eso también fuera tu problema.

— Tú me involucraste.

— Podrías haber rechazado.

— Lo sé.

— ¿Por qué no rechazaste?

La respuesta verdadera está lista.

Porque prefiero sufrir a tu lado que vivir sin ti.

— Porque me pediste ayuda.

— ¿Solo por eso?

— No.

— Entonces, ¿por qué?

Miro el camino.

— Porque quiero que seas feliz.

Rose me mira fijamente durante unos segundos.

— ¿Aunque no sea conmigo?

El mundo parece detenerse.

No sé si ella se dio cuenta de lo que dijo.

No sé si fue una pregunta sobre Lucas.

No sé si debo responder como amigo o como hombre enamorado.

— Vas a ser feliz — digo.

— Eso no fue lo que pregunté.

— Lo sé.

— Entonces responde.

Se me seca la garganta.

— Aunque no sea conmigo.

La frase sale baja.

Rose parece golpeada.

Tal vez esperaba otra respuesta.

Tal vez no.

— Hablas como si yo me fuera.

— No fue eso lo que dije.

— Pero es lo que parece.

— Tú no te vas a ir.

— ¿Y si encuentro a alguien?

— Tú todavía estarás aquí.

— ¿Y si empiezo a salir con alguien?

— Todavía estarás aquí.

— ¿Y si todo cambia?

— No lo sé.

Por fin digo la verdad.

Rose baja los ojos.

— Yo tampoco.

El silencio entre nosotros ya no parece cómodo.

Hay una pregunta que ninguno de los dos consigue hacer directamente.

¿Qué significa los celos?

Para Rose, tal vez sea solo miedo.

Para mí, tal vez sea esperanza.

La diferencia es que yo conozco lo que siento.

Ella todavía está intentando descubrirlo.

...

Cuando llegamos al apartamento, Rose deja el portapapeles sobre la mesa.

Yo pongo la computadora en el cuarto y vuelvo a la sala.

Ella está parada cerca de la ventana, observando el movimiento del estacionamiento.

— ¿Quieres cenar? — pregunto.

— No tengo hambre.

— Tú siempre tienes hambre.

— Hoy no.

— Eso es preocupante.

— Puedes hacer una anotación.

— Ya la hice.

Ella se da vuelta.

— ¿Tú realmente anotarías eso?

— Yo lo recuerdo.

— ¿Recuerdas todo?

— Cuando se trata de ti.

Rose me observa.

La frase parece afectarla.

— Necesitas dejar de decir cosas así.

— ¿Qué cosas?

— Como si yo fuera la única persona del mundo.

— No lo eres.

La mentira no convence a ninguno de los dos.

Rose cruza los brazos.

— ¿Crees que estoy celosa de Clara?

— Creo que te incomodó.

— Ya lo dijiste.

— Es la respuesta que consigo dar.

— ¿Por qué no consigues decir la palabra?

— Porque celos significa algo.

— ¿Y si significa?

Mi corazón se dispara.

— ¿Qué quieres que signifique?

Rose no responde.

La pregunta parece demasiado grande.

Me acerco un poco.

— Rose.

— No sé lo que significa.

— Está bien.

— No está bien.

— Está.

— Sigues diciendo eso.

— Porque no quiero presionarte.

— Yo no estoy pidiendo que me presiones.

— Entonces, ¿qué estás pidiendo?

Ella me mira.

— Que me digas si esto es normal.

— ¿Qué?

— Sentir ganas de preguntar por qué alguien te tocó. Sentir rabia cuando una chica te sonríe. No gustar de la idea de que otra persona conozca tu sonrisa.

No consigo responder inmediatamente.

— Eso puede ser celos — digo.

— ¿Puede?

— Puede.

— ¿Y también puede ser amistad?

— Puede.

— ¿Cómo sé la diferencia?

La pregunta es la que más temí oír.

— Necesitas descubrir lo que sientes cuando piensas en perderme.

— Yo no quiero perderte.

— Lo sé.

— No. Tú no entiendes.

— Entiendo.

— No entiendes.

Rose se acerca.

— Yo no quiero que otra persona ocupe tu lugar.

— ¿Qué lugar?

— El mío.

La palabra me atraviesa.

— Tú tienes un lugar en mi vida.

— Lo sé.

— Nadie puede ocuparlo.

— Pero tú puedes construir otro lugar para alguien.

— Puedo.

— Y yo no sé si quiero.

El aire desaparece de la sala.

Rose me mira como si acabara de descubrir una verdad que no sabe nombrar.

Yo también.

— No necesitas decidir hoy — digo.

— Tú siempre dices eso.

— Porque es verdad.

— ¿Y si yo nunca decido?

— Entonces seguiremos como estamos.

La respuesta duele.

Tal vez ella se dé cuenta.

— ¿Tú podrías?

— ¿Qué?

— Seguir como estamos, aunque yo sienta esto?

— No lo sé.

Es la primera vez que lo digo.

Rose se queda inmóvil.

Mi deseo es tocar su rostro, pero no lo hago.

— Tienes miedo — susurra ella.

— Tengo.

— ¿De mí?

— De perderte.

La sinceridad flota entre nosotros.

Rose no se aparta.

Tampoco se acerca.

Solo me mira.

Por un momento, creo que sus celos pueden significar algo.

Que tal vez la promesa ya no sea una barrera solo para mí.

Que tal vez Rose esté empezando a darse cuenta de que la amistad no explica todo lo que existe entre nosotros.

Entonces ella desvía la mirada.

— Necesito terminar el proyecto — dice.

La esperanza retrocede.

— Claro.

Rose agarra el portapapeles y se sienta a la mesa.

Yo permanezco en la sala unos segundos más.

Después voy al cuarto.

Cierro la puerta.

No porque quiera alejarme de ella.

Porque necesito respirar sin que Rose vea cuánto me afectaron sus palabras.

Los celos pueden significar muchas cosas.

Pueden ser miedo.

Pueden ser cuidado.

Pueden ser solo el hábito de tener a alguien siempre cerca.

Pero también pueden ser la primera señal de que Rose empieza a verme de una manera diferente.

No me permito creerlo.

Todavía no.

Pero, por primera vez, la posibilidad existe.

Y eso es suficiente para mantenerme despierto durante toda la noche.

CAPÍTULO 9

Cómo debería ser una cita

Después de la conversación con Jacob, paso el día entero intentando actuar como si nada hubiera cambiado.

No funciona.

Cada vez que veo a Clara cruzando el pasillo de Ingeniería Mecánica, pienso en su mano sobre el brazo de Jacob.

Cada vez que alguien menciona a Lucas, recuerdo la pregunta que hice:

¿Puedes seguir como estamos, aunque yo sienta esto?

Jacob no respondió de verdad.

Dijo que no lo sabía.

La respuesta debería haber cerrado el asunto.

En lugar de eso, sigue dentro de mí.

No lo sé.

Por primera vez, comprendo que Jacob también puede tener miedo de perderme.

La idea es extraña.

Yo siempre fui la persona que teme perder a Jacob. Al menos, así entendía lo que sentía. Él era tan importante que no conseguía imaginar la vida sin él. Pero nunca pensé que pudiera existir la posibilidad de que él se alejara por mi culpa.

O que otra persona pudiera ocupar el lugar que es mío.

No me gusta ese pensamiento.

Tampoco me gusta admitir que me trae una sensación de posesión que no sé explicar.

Durante la clase, abro el celular varias veces sin motivo.

Jacob: ¿Almorzaste?

Rose: Sí.

Jacob: ¿Qué?

Rose: Comida.

Jacob: Eso no responde.

Rose: Pasta.

Jacob: ¿Cuánto?

Rose: Lo suficiente.

Jacob: Rose.

Rose: Estás pareciendo mi madre.

Jacob: Tu madre no está aquí para preguntar.

Rose: ¿Estás diciendo que sustituiste a mi madre?

Jacob: Estoy diciendo que alguien necesita cuidarte.

Rose: Yo puedo cuidarme.

Jacob: Lo sé.

Rose: Entonces para.

Jacob: No.

Leo el último mensaje y sonrío.

Es la misma conversación que tenemos casi todos los días.

Aun así, hoy parece diferente.

Alguien necesita cuidarte.

Recuerdo el modo en que Jacob dijo que no quería que otra persona ocupara mi lugar.

Tal vez entendí mal.

Tal vez estaba hablando solo de la amistad.

Pero, si es solo amistad, ¿por qué la frase sigue pareciendo tan importante?

Guardo el celular cuando el profesor pasa cerca de mi mesa.

Intento prestar atención.

No puedo.

...

Cuando termina la clase, Jacob me espera afuera del edificio.

Está apoyado en un pilar, sosteniendo dos vasos de café y una carpeta con el símbolo de Ingeniería Mecánica.

— ¿Me estás siguiendo? — pregunto.

— Me mandaste un mensaje preguntando dónde estaba.

— ¿Yo mandé?

— Hace once minutos.

Agarro el celular y abro la conversación.

Rose: ¿Dónde estás?

Realmente lo envié.

No recuerdo haberlo hecho.

— Tal vez lo olvidé.

— Olvidas muchas cosas.

— Tú siempre recuerdas.

— Alguien necesita recordar.

Me entrega el café.

La taza azul.

El gesto es tan automático que casi no lo percibo.

Casi.

— ¿Vas a hacer algo ahora? — pregunto.

— Había planeado ir a casa y terminar el informe.

— ¿Y si no fueras a casa?

— El informe seguiría incompleto.

— Puedes terminar después.

— Puedo.

— Entonces camina conmigo.

Jacob levanta una ceja.

— ¿Adónde?

— A cualquier lugar.

— Esa es una instrucción muy específica.

— Tú siempre sabes adónde ir.

— Conozco algunos lugares.

— Entonces elige.

Observa mi rostro por unos segundos.

— ¿Quieres hablar?

— Tal vez.

— ¿De qué?

— No lo sé.

— Eso parece peligroso.

— ¿Tienes miedo?

— No.

— Entonces ven.

Jacob empieza a caminar a mi lado.

No digo adónde vamos porque tampoco lo sé. Solo sigo el camino entre los edificios, pasando por la plaza, por los árboles y por los bancos donde los estudiantes suelen sentarse después de las clases.

El final de la tarde deja el campus más bonito.

La luz del sol atraviesa las hojas y dibuja sombras en el suelo. Algunas personas caminan deprisa, otras parecen no tener ninguna prisa.

Jacob sostiene la carpeta contra el pecho.

Observo el movimiento de su mano.

Tiene una pequeña marca cerca del pulgar, probablemente de alguna herramienta del laboratorio. Ya había visto esa marca antes, pero nunca me detuve a pensar en ella.

Nunca me detuve a pensar en muchas cosas.

— Me estás observando — dice.

— No lo estoy.

— Sí lo estás.

— Estoy mirando el camino.

— El camino está del otro lado.

— Tal vez esté mirando por encima de tu hombro.

— Estás mirando mi mano.

Desvió la mirada.

— ¿Te lastimaste?

— No.

— ¿Estás seguro?

— Lo estoy.

— Esa marca parece reciente.

Jacob mira su propio pulgar.

— Fue en el laboratorio.

— ¿Qué pasó?

— Nada importante.

— Siempre dices eso.

— Porque fue solo un rasguño.

— ¿Lo limpiaste?

— Sí.

— ¿Te pusiste una curita?

— Rose.

— Jacob.

— Me la puse.

— ¿Estás seguro?

— Lo estoy.

— ¿Estás mintiendo?

— No.

— Entonces muéstrame.

Abre la mano.

La marca es realmente pequeña.

Aun así, me acerco para mirar mejor.

El movimiento ocurre sin que yo lo decida.

Le agarro la mano y giro el pulgar hacia la luz.

Jacob se queda inmóvil.

Yo también.

Su mano está caliente.

Los dedos son largos, fuertes, marcados por pequeñas líneas y señales que no conozco. Ya sostuve esa mano muchas veces, pero nunca le había prestado atención de esa manera.

— No es nada — dice.

La voz está más baja.

— Lo sé.

— Entonces ¿por qué estás mirando?

— Porque quiero estar segura.

— ¿Siempre necesitas estar segura?

— Cuando se trata de ti.

Jacob me mira fijamente.

Suelto su mano.

— No pongas esa cara.

— ¿Qué cara?

— Como si yo hubiera dicho algo extraño.

— Lo dijiste.

— No lo dije.

— Lo dijiste.

— Solo estaba revisando tu dedo.

— Dijiste que necesitas estar segura cuando se trata de mí.

— Eres mi mejor amigo.

— ¿Eso lo explica?

— Lo explica todo.

Jacob no responde.

Seguimos caminando.

Pero, ahora, percibo el espacio entre nuestras manos.

Es pequeño.

Más pequeño de lo que debería.

...

— ¿Ya pensaste en cómo te gustaría que fuera una relación? —
pregunto.

La pregunta surge mientras cruzamos la plaza.

Jacob no parece sorprendido.

— Ya.

— ¿Con quién?

— No lo sé.

— No necesitas decir el nombre.

— Entonces ¿por qué preguntaste?

— Porque quería saber lo que piensas.

— ¿Sobre relaciones?

— Sobre el tipo de relación que te gustaría vivir.

Jacob mira hacia adelante.

— ¿Estás preguntando por Lucas?

— Tal vez.

— ¿Quieres comparar?

— No.

— Entonces ¿por qué?

— Porque eres la única persona que conozco que parece saber lidiar con eso.

— Yo no estoy en una relación.

— Pero sabes observar.

— Eso no significa que yo sepa vivir.

— Tal vez sepas más de lo que piensas.

Da un sorbo al café.

— ¿Qué quieres saber?

— Lo que buscas en alguien.

— Ya me preguntaste eso.

— Pregunté qué tipo de mujer despertaba tu interés.

— Y respondí.

— Respondiste hablando de una persona específica.

Mi corazón se acelera.

— ¿Todavía estás intentando descubrir quién es?

— Tal vez.

— No lo vas a descubrir.

— Puedo ser insistente.

— Lo sé.

— ¿Entonces?

Jacob sonríe.

— ¿Qué quieres tú en alguien?

La pregunta vuelve hacia mí.

Pienso por unos segundos.

— Quiero a alguien que conozca mis defectos y no use eso contra mí.

Jacob no dice nada.

Sigo caminando.

— Alguien que entienda cuando necesito espacio, pero que no desaparezca cuando yo esté distante.

— Eso es importante — comenta.

— Quiero a alguien que respete mi independencia sin convertir todo en una disputa.

— No te gusta que intenten controlarte.

— No me gusta.

— Lo sé.

Lo miro.

— ¿Cómo lo sabes?

— Te pones imposible cuando alguien intenta decidir por ti.

— No me pongo imposible.

— Te pones.

— Tal vez un poco.

— Un poco es una forma amable de decir mucho.

Sonríó.

— También quiero a alguien que pueda hacerme reír cuando me esté tomando todo demasiado en serio.

— Esa parte es fácil.

— Para ti, tal vez.

— Yo soy naturalmente gracioso.

— Tú eres naturalmente irritante.

— El resultado es el mismo.

— No lo es.

— Estás sonriendo.

— Porque estoy intentando no discutir.

— Eso es una forma de diversión.

Niego con la cabeza.

— Quiero a alguien que preste atención.

Jacob reduce el paso.

— ¿A qué?

— A mí.

La respuesta sale más baja.

— Que se dé cuenta cuando yo no estoy bien. Que sepa cuándo algo me molestó aunque yo diga que no. Que recuerde detalles que yo misma olvido.

— Quieres a alguien cuidadoso.

— Quiero.

— Eso parece difícil de encontrar.

— Tal vez.

— ¿Crees que Lucas es así?

Pienso.

— Todavía no lo sé.

— ¿Pero Jacob lo es? — pregunto antes de darme cuenta.

Él me mira.

— ¿Qué?

— ¿Eres cuidadoso?

— A veces.

— Sabes cuándo estoy cansada.

— Bostezas mucho.

— Sabes cuándo estoy irritada.

- Das portazos.
- Sabes cuándo tengo hambre.
- Te pones agresiva.
- Yo no me pongo agresiva.
- Llamas incompetentes a las personas.
- Algunas personas son incompetentes.
- Y sabes cuándo estoy nerviosa.
- Te recoges el pelo.

La lista debería hacerme reír.

En lugar de eso, siento una presión en el pecho.

Jacob sabe.

Siempre supo.

- Conoces todos mis defectos — digo.
- Los conozco.
- Y aun así sigues aquí.
- Dije que eres insoportable, no que no me gustas.
- ¿Te gusto?

La pregunta es una broma.

Pero Jacob deja de caminar.

Por un instante, su rostro pierde toda ligereza.

— Sabes que sí.

— Como amiga.

Su expresión vuelve a la normalidad, pero no completamente.

— Como amiga.

Debería dejarlo pasar.

Seguir caminando.

Pero hay una curiosidad extraña dentro de mí.

— ¿Y si fuera diferente?

Jacob me mira fijamente.

El mundo alrededor sigue moviéndose, pero siento como si estuviéramos detenidos en el centro de la plaza.

— ¿Diferente cómo?

— Si te gustara de otra manera.

— Rose.

— Es solo una pregunta.

— No es una pregunta simple.

— ¿Por qué?

— Porque nosotros hicimos una promesa.

— Lo sé.

— Y porque algunas cosas no pueden preguntarse como si fueran una broma.

La respuesta me hace retroceder.

— No quise presionar.

— Lo sé.

— Solo tuve curiosidad.

— Lo sé.

— ¿Estás enojado?

— No.

— ¿Tienes miedo?

Jacob desvía la mirada.

— Tal vez.

La palabra me toca.

— ¿De qué?

— De responder algo que no debería.

— ¿Siempre tienes miedo de decir lo que piensas?

— Cuando se trata de ti, sí.

La sinceridad hace que todo mi cuerpo se ponga atento.

— ¿Por qué?

— Porque eres demasiado importante.

Empieza a caminar de nuevo.

Yo lo acompaño.

No sé qué hacer con la respuesta.

Jacob es importante para mí.

Siempre lo fue.

Pero, cuando él dice que soy demasiado importante, alguna parte de mí intenta descubrir qué hay detrás de esas palabras.

...

Nos detenemos en una cafetería pequeña, cerca de la salida del campus.

No es la misma hamburguesería de antes. Es un lugar más simple, con mesas pequeñas, bancos altos y una vitrina llena de postres.

Jacob elige una mesa cerca de la pared.

— ¿Qué quieres? — pregunta.

- No lo sé.
- Tú siempre sabes.
- Hoy no.
- Entonces voy a elegir.
- No elijas algo con chocolate.
- Te gusta el chocolate.
- Me gusta.
- Entonces ¿cuál es el problema?
- Después me da sed.
- Esa es una preocupación para el futuro.
- Estoy pensando en el futuro.
- Estás pensando en un postre.
- Las dos cosas pueden ser verdad.

Jacob va hasta el mostrador.

Lo observo mientras habla con la dependienta.

Sonríe, da las gracias y hace un chiste que no consigo oír. La dependienta se ríe.

Siento una irritación pequeña.

La misma sensación que tuve cuando Clara le tocó el brazo.

No me gusta verlo sonreírles a otras mujeres.

La constatación aparece despacio.

Intento apartarla.

No funciona.

Jacob vuelve cargando una porción de tarta de chocolate y dos cucharas.

— Dije que no quería chocolate.

— Dijiste que no querías tener sed.

— Es diferente.

— Traje agua.

Pone un vaso delante de mí.

— Pensaste en todo.

— Lo intento.

— Tú siempre lo intentas.

— Alguien necesita hacerlo.

Nos sentamos lado a lado.

La mesa es pequeña. Nuestras rodillas casi se tocan por debajo.

Jacob corta la tarta con la cuchara.

— ¿Quieres el primer bocado?

— Quiero.

Toma un pedazo y lo acerca hacia mí.

Podría agarrar la cuchara.

En lugar de eso, me inclino y como directamente de ella.

El gesto es natural.

Ya compartimos comida muchas veces.

Pero, cuando me aparto, percibo que Jacob todavía está sosteniendo la cuchara.

Sus ojos están fijos en los míos.

— ¿Qué? — pregunto.

— Nada.

— Me estás mirando.

— Acabas de comer de mi cuchara.

— Nosotros compartimos comida.

— Lo sé.

— ¿Entonces?

— Nada.

Le quito la cuchara de la mano.

— Estás raro.

— Tú también.

— Dices eso siempre que no quieres responder.

— Porque casi siempre funciona.

— No esta vez.

— ¿Qué quieres saber?

— ¿Por qué me estás mirando así?

— ¿Así cómo?

— Como si yo hubiera hecho algo.

— Lo hiciste.

— ¿Qué?

— Comiste mi cuchara.

— Eso no tiene sentido.

— Lo sé.

Sonríe.

— Estás intentando dejarme confundida.

— Tal vez.

— Lo lograste.

— Entonces funcionó.

Compartimos la tarta.

Jacob toma pedazos más pequeños, dejando las partes con más cobertura para mí. Me doy cuenta.

— Me estás dando el chocolate.

— A ti te gusta más.

— ¿Cómo lo sabes?

— Siempre raspas la cobertura de mi plato.

— ¿Yo hago eso?

— Lo haces.

— ¿Desde cuándo?

— Desde que nos conocimos.

— ¿Y nunca te quejaste?

— Me gusta verte feliz.

La frase es tan simple que me deja sin respuesta.

Jacob sigue comiendo.

Yo me quedo mirándolo.

No sé cuántas veces ya compartimos un postre.

Tal vez decenas.

Pero hoy noto el modo en que sostiene la cuchara, la pequeña marca en la comisura del labio, el movimiento de los ojos cuando escucha lo que digo.

Su voz es más bonita cuando habla bajo.

Nunca había pensado en eso.

Siempre conocí la voz de Jacob.

Conozco la risa, el tono irritado, la forma en que habla cuando está cansado.

Pero nunca me detuve a escuchar cómo suena cuando dice mi nombre.

— Rose.

Levanto la mirada.

— ¿Qué?

— Me estás observando.

Se me calienta la cara.

— Estoy pensando.

— ¿En qué?

— En tu voz.

Jacob frunce el ceño.

— ¿En mi voz?

— Es diferente.

— ¿Diferente cómo?

— No lo sé.

— Me estás preocupando.

— Nunca había prestado atención.

— Convives conmigo desde hace cinco años.

— Lo sé.

— Entonces ¿cómo nunca prestaste atención a mi voz?

— No de esa manera.

Su expresión cambia.

— ¿De qué manera?

No sé explicarlo.

Cuando Jacob habla con otras personas, su voz parece más firme, controlada.

Cuando habla conmigo, hay una suavidad que nunca noté.

Tal vez siempre estuvo ahí.

Tal vez yo nunca miré lo suficiente.

— Me hablas de una manera diferente — digo.

— ¿Cómo?

— Más bajo.

— Tú te acercas.

— Yo siempre me acerco.

— No siempre.

— Estás prestando atención a todo hoy.

La frase me hace desviar la mirada.

— Tal vez lo esté.

— ¿Por qué?

— No lo sé.

Jacob no insiste.

Él nunca insiste cuando percibe que estoy intentando entender algo.

Su delicadeza me golpea más de lo que debería.

— ¿Ese es el tipo de cosa que quieres en una relación? — pregunta.

— ¿Qué?

— Alguien que te preste atención.

— Sí.

— Que sepa cuándo no presionar.

— Sí.

— Que se quede incluso cuando tú no sabes qué decir.

— Sí.

— Que respete tu espacio, pero no se vaya.

— Sí.

Jacob se queda en silencio.

Yo también.

La lista que hice en la plaza sigue en mi cabeza.

Conocer mis defectos.

Respetar mi espacio.

Hacerme sentir segura.

Hacerme reír.

Prestar atención.

Quedarse.

Todas las características pertenecen a Jacob.

No solo pertenecen.

Él vive cada una de ellas conmigo.

Desde hace años.

— Esto es extraño — digo.

— ¿Qué?

— Lo que yo quiero.

— ¿Por qué?

— Porque no parece imposible.

— Eso es bueno.

— No exactamente.

— ¿Por qué no?

Lo miro.

— Porque tal vez ya tenga todo eso.

Jacob no se mueve.

— ¿Tú crees?

— No lo sé.

— Acabas de decirlo.

— Dije tal vez.

— Tal vez es una palabra peligrosa.

— ¿Estás preocupado?

— Un poco.

— ¿Por qué?

— Porque puedes descubrir que no quieres buscar a nadie.

Mi corazón se acelera.

— ¿Y si lo descubro?

Jacob sostiene mi mirada.

— Entonces no necesitas buscar.

— Pero yo quería empezar a salir con alguien.

— Tal vez solo quieras sentir algo.

— Yo siento cosas.

— Lo sé.

— Tal vez quiera descubrir cómo es.

— Puedes descubrirlo.

— ¿Con quién?

La pregunta queda entre nosotros.

Jacob no responde.

La dependienta llama a alguien en el mostrador, y el sonido interrumpe el momento.

Agarro el vaso de agua.

Me tiembla la mano.

— ¿Crees que debería seguir conociendo a Lucas? — pregunto.

— Creo que sí.

— ¿Aunque ya tenga todo lo que busco?

— No sabes si lo tienes.

— ¿Y si lo tengo?

— Entonces te darás cuenta.

— ¿Cómo?

— No lo sé.

— Tú sabes de todo cuando se trata de mí.

— No de todo.

— Pero deberías saber.

— Me gustaría.

La frase queda suspendida.

Miro la tarta.

No puedo comer más.

La sensación de estar en una cita crece.

No con Lucas.

Con Jacob.

La mesa pequeña.

El postre compartido.

La forma en que me observa.

Las preguntas que no hacemos.

El silencio que no molesta.

Si estuviéramos en una cita, sería así.

No habría necesidad de llenar cada espacio.

No necesitaríamos fingir interés.

No necesitaríamos elegir las palabras.

Yo sabría que él me daría la parte con más chocolate.

Él sabría que yo robaría la cobertura de su plato.

Discutiríamos por cosas inútiles y nos reiríamos antes de llegar a cualquier conclusión.

Tal vez una cita debería ser exactamente eso.

No una conversación que exige esfuerzo.

No una pregunta sobre el futuro.

Sino una sensación de estar en el lugar correcto.

Al lado de la persona correcta.

...

Salimos de la cafetería cuando el cielo ya está oscuro.

Jacob mete las manos en los bolsillos de la chaqueta.

Yo camino cerca de él.

Más cerca de lo habitual.

Nuestros brazos se rozan cada pocos pasos.

Ninguno de los dos comenta nada.

— Te quedaste callada — dice.

— Estoy pensando.

— Eso sigue siendo peligroso.

— Tal vez.

— ¿En qué?

— En cómo debería ser una cita.

Jacob me mira.

— ¿Y cómo debería ser?

— Fácil.

— ¿Solo eso?

— No.

— ¿Qué más?

— Segura.

Él asiente lentamente.

— ¿Y?

— Divertida.

— Eso es importante.

— Mucho.

— ¿Y?

— Natural.

La palabra sale más baja.

— ¿Natural cómo?

— Como si no tuvieras que decidir qué decir. Como si pudieras quedarte en silencio sin sentirte extraña.

Jacob no dice nada.

— ¿Crees que eso es posible? — pregunto.

— Creo que sí.

— ¿Ya viviste eso?

— Sí.

— ¿Con quién?

Mira hacia adelante.

— Contigo.

Mi corazón late fuerte.

— Eso no cuenta.

— ¿Por qué?

— Porque somos amigos.

— Preguntaste cómo debería ser.

— Yo estaba hablando de una relación.

— Tal vez la diferencia no sea tan grande.

Me detengo.

Jacob también.

Las luces del campus iluminan su rostro.

Puedo ver los ojos, la línea de la boca, la pequeña arruga que aparece entre sus cejas cuando está preocupado.

Todo parece familiar.

Y, al mismo tiempo, nuevo.

— ¿Crees que nos parecemos a una pareja? — pregunto.

Jacob tarda en responder.

— A veces.

La palabra me atraviesa.

— ¿Cuándo?

— Cuando compartimos comida. Cuando me esperas después de las clases. Cuando te duermes en mi hombro. Cuando me mandas mensajes para contar cosas que nadie más necesita saber.

— Eso es amistad.

— Lo sé.

— Entonces no parece una pareja.

— Yo no dije que parezca.

— Dijiste que a veces.

— A veces es diferente de siempre.

— Me estás confundiendo.

— Tú empezaste.

— Hice una pregunta.

— Y yo respondí.

— No respondiste bien.

Jacob da un paso hacia mí.

— Rose, ¿qué quieres que responda?

La cercanía hace que todo mi cuerpo se ponga atento.

— No lo sé.

— Ese es el problema.

— ¿Por qué?

— Porque quieres respuestas para preguntas que todavía no sabes hacer.

La frase me deja sin aire.

— Tal vez estoy intentando entender.

— Lo sé.

— ¿Y si descubro algo?

— Entonces me lo cuentas.

— ¿Aunque cambie todo?

Jacob sostiene mi mirada.

— Sobre todo si cambia todo.

No consigo decir nada.

Está cerca.

Demasiado cerca.

Puedo sentir el calor de su cuerpo, oír la respiración y percibir que sus ojos bajan a mi boca por un instante.

Tal vez sea imaginación.

Tal vez no.

Mi corazón late como si supiera algo que mi cabeza todavía no entiende.

Jacob se aparta primero.

— Está haciendo frío — dice.

— Sí.

— Vamos a casa.

— Vamos.

Volvemos a caminar.

Esta vez, no hay espacio entre nosotros.

Mi brazo permanece pegado al suyo durante todo el camino.

...

En el apartamento, Jacob va a preparar algo para comer, pero yo digo que no tengo hambre.

Él no insiste.

Solo agarra una botella de agua y la pone delante de mí.

Me siento en el sofá y lo observo moverse por la cocina.

Abre la nevera, revisa lo que tenemos y decide dejar la comida para después.

La manera en que conoce el apartamento es la misma manera en que me conoce a mí.

Sin pensar.

Sin dudar.

Como si todo ya estuviera en su lugar.

— ¿Jacob?

— ¿Hm?

— ¿Crees que debería salir con Lucas de nuevo?

Cierra la nevera.

— ¿Quieres salir?

— No lo sé.

— Entonces piensa.

- ¿Tú crees que debería?
- Creo que debes hacer lo que quieras.
- Esa respuesta se está volviendo irritante.
- Es porque sigues preguntando.
- Quería que me dijeras lo que harías.
- Yo no soy tú.
- Pero me conoces.
- Conocerte no significa decidir por ti.
- Tú siempre sabes lo que es mejor para mí.
- No siempre.
- Casi siempre.

Jacob vuelve a la sala.

- Rose.
- ¿Qué?
- ¿Te gusta Lucas?

Pienso.

- Me gusta hablar con él.
- Eso no fue lo que pregunté.

— Lo sé.

— ¿Entonces?

— No sé si me gusta de esa manera.

— ¿Qué manera?

— La manera que hace que quieras estar cerca. La manera que hace que pienses en la persona cuando no está.

Jacob se queda inmóvil.

— ¿Piensas en Lucas?

— A veces.

— ¿Y en mí?

La pregunta parece escapársele.

El silencio que viene después es inmediato.

Jacob se da cuenta de lo que preguntó.

— Quiero decir, piensas en mí porque somos amigos.

— Sí.

— Es diferente.

— Lo es.

— Entonces tal vez todavía no sepas lo que es que te guste alguien.

— Tal vez.

Él asiente.

— No necesitas apresurarte.

— ¿Y si ya lo sé?

Jacob me mira.

— Entonces necesitas decidir si estás lista para admitirlo.

La frase me toca profundamente.

No sé si estoy lista.

No sé si quiero admitir que la persona con la que me siento más segura es la misma persona que parece ocupar todos los pensamientos.

No sé si quiero admitir que mis celos no parecen solo protección.

No sé si quiero admitir que, cuando Jacob le sonríe a otra chica, siento como si alguien estuviera intentando quitarme algo que nunca fue oficialmente mío.

— Estás enamorado de alguien — digo.

Jacob respira hondo.

— Sí.

— ¿Y ella lo sabe?

— No.

— ¿Todavía amas a esa persona?

— Sí.

— ¿Incluso sin contarle?

— Sí.

— Entonces eres capaz de amar a alguien en silencio.

— Lo soy.

— No parece justo.

— Tal vez no lo sea.

— ¿Por qué no lo cuentas?

— Porque tengo miedo.

— Dijiste que, si la persona fuera importante, valdría el riesgo.

— Estaba hablando de ti.

Mi corazón se detiene.

Jacob se da cuenta de lo que dijo.

— Quiero decir, estaba hablando de la situación.

— No fue lo que pareció.

— Rose.

— ¿Estabas hablando de mí?

— No.

La respuesta es demasiado rápida.

La negación duele más de lo que debería.

— Está bien.

— No fue eso lo que quise decir.

— Entendí.

— No entendiste.

— Acabas de decir que no estabas hablando de mí.

— Dije que no fue lo que pareció.

— Entonces ¿qué pareció?

Jacob se acerca.

— Rose, no puedo responder eso.

— ¿Por qué no?

— Porque todavía estás intentando descubrir lo que sientes.

— ¿Y si ya lo descubrí?

— Me lo habrías contado.

La frase me hace retroceder.

— Tal vez no sepa cómo.

- Entonces todavía no lo descubriste.
- Tú crees que lo sabes todo.
- No lo sé.
- Crees que me conoces completamente.
- No.
- Entonces no digas lo que yo siento.
- No lo estoy diciendo.
- Lo estás.

La discusión no llega a crecer.

Jacob se pasa la mano por el pelo y respira hondo.

- Perdón.
- Yo también.
- No quería dejarte molesta.
- No me dejaste.
- Sí te dejé.
- Tal vez solo esté cansada.
- Tal vez.

Él usa la misma palabra que yo.

Eso me hace sonreír, a pesar de todo.

Jacob observa la sonrisa.

— ¿Estás bien?

— Estoy.

— ¿De verdad?

— De verdad.

Extiende la mano.

Yo la agarro.

El gesto es familiar.

Pero hoy, cuando sus dedos se cierran alrededor de los míos, siento una emoción diferente.

No es solo seguridad.

Hay calor.

Deseo de quedarme.

Ganas de no soltar.

Jacob mira nuestras manos.

Luego me mira a mí.

Ninguno de los dos dice nada.

...

Más tarde, cuando estoy sola en el cuarto, me acuesto en la cama e intento pensar en Lucas.

Es guapo.

Educado.

Interesante.

Parece gustar de mí.

Tal vez debería salir con él de nuevo.

Tal vez haya una conexión esperando a suceder.

Pero, cuando pienso en una cita, no imagino a Lucas sentado delante de mí.

Imagino la cafetería.

La tarta de chocolate.

Las dos cucharas.

La voz de Jacob.

Sus ojos cuando me observa.

La forma en que separa las mejores partes del postre para mí.

La manera en que sabe cuándo necesito silencio.

La forma en que se queda incluso cuando no sé lo que quiero.

Todo lo que describí como deseo para una relación ya existe en mi vida.

Está en el sofá.

En la cocina.

En el campus.

En los mensajes.

En la mano que sostiene la mía cuando cruzamos la calle.

Está en Jacob.

La conclusión debería traerme alivio.

En lugar de eso, asusta.

Porque tal vez nunca miré a Jacob de verdad.

Tal vez pasé cinco años observándolo solo como mi mejor amigo, sin darme cuenta del hombre que estaba delante de mí.

Tal vez llamé amistad a algo que era más grande, más profundo y más peligroso.

Me levanto de la cama y camino hasta la ventana.

En el cuarto de al lado, escucho el sonido amortiguado de la puerta de Jacob cerrándose.

Está cerca.

Siempre lo estuvo.

Pero, por primera vez, la cercanía parece una pregunta.

Y no sé si estoy lista para descubrir la respuesta.

CAPÍTULO 10

No es tan simple

Desde el día en que Rose me pregunta si creo que los sentimientos siempre destruyen una amistad, empiezo a prestar atención a cada distancia entre nosotros.

No es una distancia verdadera.

Seguimos viviendo en el mismo apartamento.

Seguimos intercambiando mensajes durante las clases.

Seguimos compartiendo comida, café y el sofá de la sala.

Pero hay algo diferente.

Una pregunta que ninguno de los dos terminó de hacer.

Una respuesta que yo casi di.

Una posibilidad que ahora parece existir entre nosotros, incluso cuando no hablamos de ella.

Rose me observa más.

Yo también observo a Rose.

La diferencia es que, mientras ella parece intentando entender lo que siente, yo ya lo sé.

Y saberlo lo empeora todo.

A la mañana siguiente, decido que necesito alejarme un poco.

No desaparecer.

No actuar de manera extraña.

Solo controlar mejor lo que demuestro.

No puedo seguir reaccionando a cada mirada de ella como si fuera una declaración.

No puedo interpretar cada toque como una promesa.

No puedo permitir que la esperanza transforme una amistad segura en algo que Rose tal vez nunca haya deseado.

Entonces me despierto antes que ella, preparo el café y dejo la taza azul sobre la encimera.

No llamo a la puerta.

Tampoco envío mensaje.

Si Rose quiere despertarse, se despertará.

Si llega tarde, será responsabilidad de ella.

Sigo repitiendo eso mientras reviso el informe de Ingeniería Mecánica.

A las siete y veinte, escucho la puerta del cuarto abrirse.

— ¿Jacob?

Sigo mirando la pantalla.

— Buenos días.

— No me despertaste.

— No lo pediste.

— Yo siempre lo pido.

— Hoy no.

Rose aparece en la entrada de la cocina con el cabello despeinado y una expresión desconfiada.

— ¿Estás enojado conmigo?

— No.

— Estás diferente.

— Estoy cansado.

— Te dormiste temprano ayer.

— Aun así.

Ella mira la taza azul.

— Hiciste café.

— Hice.

— Y no viniste a llamarme.

— Pensé que necesitabas dormir.

— Tú siempre piensas que necesito dormir y aun así me despiertas.

— Estoy intentando respetar tu rutina.

— ¿Desde cuándo?

— Desde hoy.

Rose se acerca a la encimera y toma la taza.

— ¿Me estás evitando?

La pregunta me golpea con fuerza.

— No.

— Entonces ¿por qué parece?

— No parece.

— Parece.

— Rose.

— Jacob.

Ella usa mi nombre en el mismo tono que yo uso cuando quiero terminar una discusión.

El problema es que no quiero terminar.

Quiero explicar.

Quiero decir que no estoy enojado, solo intentando impedir que una esperanza imposible crezca dentro de mí.

Quiero decir que, cuando ella dijo que tal vez no supiera lo que sentía, empecé a imaginar cosas que no tengo derecho a imaginar.

Pero no lo digo.

— Tengo clase — respondo.

— Tú siempre tienes clase.

— Es una característica de la universidad.

— ¿Vas a almorzar conmigo?

— Tal vez.

— ¿Tal vez?

— Tengo laboratorio.

— Tú siempre tienes laboratorio.

— Porque hago Ingeniería Mecánica.

Rose me mira fijamente.

— Estás siendo irritante.

— Estoy intentando no serlo.

— Estás fallando.

Ella toma el café y va hasta la sala.

Yo permanezco en la cocina.

Mi intento de alejarme duró menos de cinco minutos.

Y ya hizo que Rose se diera cuenta.

...

En el campus, consigo mantener algo de distancia.

No espero a Rose frente al edificio de Ingeniería Civil. No mando mensaje durante la primera clase. No aparezco en el descanso con comida.

Cada decisión parece pequeña.

Todas duelen.

Cuando el celular vibra cerca del mediodía, sé que es ella antes de mirar.

Rose: ¿Estás vivo?

Jacob: Estoy.

Rose: ¿Dónde?

Jacob: En el laboratorio.

Rose: Tú siempre estás en el laboratorio.

Jacob: Es donde están las máquinas.

Rose: No viniste a buscarme hoy.

Jacob: No me necesitabas.

Rose: ¿Cómo lo sabes?

Jacob: No lo pediste.

Rose: No necesito pedir siempre.

Jacob: Pensé que querías espacio.

Rose: ¿Yo dije eso?

Jacob: No.

Rose: Entonces no decidas por mí.

Leo el mensaje varias veces.

Ella tiene razón.

Pasé años quejándome de que Rose no necesitaba hacer todo sola y, ahora, estoy haciendo exactamente eso con ella. Estoy decidiendo que ella quiere distancia solo porque no sé cómo seguir cerca.

Jacob: Perdón.

La respuesta llega rápido.

Rose: ¿Vas a almorzar conmigo?

Miro el reloj.

Aún tengo cuarenta minutos antes del laboratorio de la tarde.

Jacob: Voy.

Rose: ¿En la plaza?

Jacob: En la plaza.

Rose: No llegues tarde.

Jacob: Tú tampoco.

Rose: Yo voy a llegar primero.

Jacob: ¿Eso es una amenaza?

Rose: Es una promesa.

A pesar de mí, sonrío.

...

Rose está sentada en un banco de la plaza cuando llego.

Ella sostiene dos sándwiches y una botella de agua. Cuando me ve, levanta uno de ellos.

— Traje el tuyo.

— No hacía falta.

— Lo sé.

— Estás usando mis frases.

— Tal vez esté intentando ser irritante.

— Lo estás logrando.

Me siento a su lado.

La distancia entre nosotros es pequeña, pero Rose no se acerca como suele hacerlo.

Tampoco me alejo.

— Estás raro — dice ella.

— Ya dijiste eso.

— Porque sigue siendo verdad.

— Estoy cansado.

— Necesitas una excusa nueva.

— Tengo hambre.

— Eso no es excusa.

— Es una condición física.

Ella me entrega el sándwich.

— No necesitas mantenerte distante porque yo hablé de sentimientos.

Me detengo con el sándwich a pocos centímetros de la boca.

— No estoy distante.

— Estás.

— No estoy.

— Jacob.

— Rose.

— No apareciste por la mañana.

— Estabas durmiendo.

— No me mandaste mensaje.

— Estabas en clase.

— No viniste en el descanso.

— Estabas con Emily.

— Y ahora estás respondiendo todo como si estuvieras en una entrevista.

— Tal vez esté intentando ser objetivo.

— Tú nunca eres objetivo conmigo.

— Tal vez esté aprendiendo.

Rose me observa.

— ¿Te estás arrepintiendo de algo?

La pregunta es baja.

— No.

— ¿De la conversación en la biblioteca?

— No.

— ¿De haber dicho que no sabías si podrías seguir como estamos?

— Yo no dije eso.

— Lo dijiste.

— Dije que no sabía.

— Es casi lo mismo.

— No lo es.

— Para mí, lo es.

No sé qué responder.

Rose muerde su propio sándwich, pero parece más interesada en mi reacción que en la comida.

— ¿Crees que hice algo mal? — pregunta.

— No.

— Entonces ¿por qué te estás comportando como si yo hubiera roto alguna regla?

— No rompiste ninguna regla.

— ¿La promesa?

— No.

— ¿Nuestra amistad?

— No.

— ¿Entonces?

La pregunta queda entre nosotros.

La respuesta verdadera sería: porque tengo miedo.

Miedo de que estés empezando a darte cuenta de lo que siento.

Miedo de que no lo estés.

Miedo de perderte en cualquiera de las dos posibilidades.

— Solo pensé que debería dar espacio — digo.

— Yo no pedí espacio.

— Lo sé.

— Entonces ¿por qué decidiste dármelo?

— Porque parecías necesitarlo.

— Tú no puedes elegir cuándo necesito espacio.

— Lo sé.

— Estás haciendo eso de nuevo.

— ¿Qué?

— Diciendo que lo sabes, pero siguiendo haciéndolo.

— Perdón.

Rose suspira.

— Yo no quiero que te alejes.

La frase es simple.

Pero el efecto que tiene en mí no lo es.

— Yo no me estoy alejando.

— Lo estás intentando.

— Tal vez esté intentando no hacer las cosas más complicadas.

— ¿Qué cosas?

La miro.

Rose parece realmente no entender.

— Todo esto — digo.

— ¿La selección?

— La selección. Lucas. Lo que tú sientes. Lo que yo siento. Lo que tal vez exista o no exista.

Ella se queda inmóvil.

— ¿Tú crees que yo siento algo?

— No lo sé.

— ¿Pero crees?

— Rose.

— ¿Crees?

No consigo mentir.

— Creo que te molestó Clara.

— Ya dije que no sé lo que eso significa.

— Lo sé.

— Entonces ¿por qué estás actuando como si yo hubiera confesado algo?

— No estoy.

— Estás.

— Yo solo no quiero crear expectativas.

La expresión de ella cambia.

— ¿Expectativas en quién?

El silencio responde antes que yo.

Rose mira el sándwich en sus manos.

— ¿Tú creaste expectativas?

No digo nada.

— Jacob.

— No sé.

— Acabas de decir que no querías crear expectativas.

— Eso no significa que yo las haya creado.

— Significa que pensaste en eso.

— Yo pienso en muchas cosas.

— No cuando se trata de mí.

— Principalmente cuando se trata de ti.

La frase sale baja.

Rose levanta los ojos.

Yo debería parar.

Pero ella sigue mirándome como si esperara algo.

— ¿En qué piensas? — pregunta.

El corazón empieza a latir fuerte.

— Pienso que puedes estar confundida.

— ¿Y tú?

— Yo no estoy confundido.

— ¿Tú sabes lo que sientes?

— Sé.

— Entonces ¿por qué no lo dices?

No consigo respirar bien.

La plaza está llena de gente, pero nadie parece existir.

Rose está a mi lado.

A pocos centímetros.

Preguntando por qué no lo digo.

La respuesta está en mi boca.

Porque estoy enamorado de ti.

Porque siempre lo estuve.

Porque la promesa no fue suficiente para impedirme sentir, solo para impedirme contar.

Porque yo preferiría ser tu mejor amigo a ser cualquier otra cosa sin ti.

Casi lo digo.

Casi.

— Porque tú no me preguntaste de verdad — respondo.

Rose frunce el ceño.

- Te estoy preguntando ahora.
- Estás preguntando sobre sentimientos.
- Sí.
- No sobre lo que siento por ti.
- ¿Cuál es la diferencia?
- Toda.
- Entonces dímelo.
- No puedo.
- ¿Por qué?
- Porque tú todavía estás intentando entender lo que sientes.
- ¿Y si no lo estuviera?
- Lo estás.
- ¿Cómo lo sabes?
- Porque sigues hablando de Lucas.

Rose se queda en silencio.

La mención a Lucas la golpea.

— Yo no lo quiero a él como te quiero a ti — dice.

Todo mi cuerpo reacciona.

— ¿Cómo me quieres a mí?

Ella abre la boca, pero no responde.

Veo el instante en que se da cuenta de que no lo sabe.

La esperanza que surgió dentro de mí se transforma en cautela.

No puedo presionarla para que nombre algo que tal vez no exista.

— ¿Ves? — digo.

— Yo te quiero porque eres mi mejor amigo.

— Lo sé.

— Pero tal vez sea más.

— Tal vez.

— Tú no pareces creerlo.

— Yo quiero creerlo.

La sinceridad se escapa.

Rose me mira fijamente.

— ¿Por qué?

— Porque sería más fácil.

— ¿Cómo podría ser más fácil?

— Si tú sintieras lo mismo.

Ella baja los ojos.

Me doy cuenta de que fui demasiado lejos.

— Olvídalo — digo.

— No.

— Rose.

— ¿Tú quieres que yo sienta lo mismo?

La pregunta es tan directa que no consigo fingir.

— Quiero.

Ella respira hondo.

— ¿Y si yo no lo siento?

— Voy a seguir siendo tu amigo.

— ¿Aunque duela?

— Aunque duela.

— Tú no puedes decir eso como si fuera simple.

— No es simple.

— Entonces ¿por qué insistes?

— Porque es lo que elegí.

— ¿Elegiste sufrir?

— Te elegí a ti.

Rose no se mueve.

El mundo sigue a nuestro alrededor, pero la frase se queda atrapada entre nosotros.

Te elegí a ti.

No digo que elegí la amistad.

No digo que elegí quedarme.

Digo solo eso.

Ella podría interpretarlo de muchas maneras.

Tal vez lo interprete como amistad.

Tal vez como algo más.

No lo sé.

— Jacob — susurra ella.

— Necesito ir al laboratorio.

Me levanto antes de que ella haga otra pregunta.

— ¿Te vas?

— Tengo clase.

— Puedes faltar una vez.

— No puedo.

— Tú siempre puedes.

— Hoy no.

Rose permanece sentada.

Me siento cobarde.

Tal vez sea exactamente eso lo que estoy siendo.

Pero, si me quedo, lo diré todo.

Y todavía no puedo.

...

La tarde en el laboratorio pasa en silencio.

Daniel pregunta si pasó algo.

Digo que no.

Él no lo cree.

No insisto.

Mi cabeza sigue en la plaza.

En la expresión de Rose cuando digo que te elegí a ti.

En la manera en que ella preguntó si yo quería que sintiera lo mismo.

Tal vez eso sea lo que significa los celos.

Tal vez Rose esté empezando a darse cuenta de que su vínculo conmigo no es igual al que tiene con las otras personas.

Tal vez esté asustada.

Yo también lo estoy.

La diferencia es que ya conozco el final de esta historia si ella descubre que no siente lo mismo.

Yo seguiré amándola.

Ella seguirá viéndome como amigo.

Y yo tendré que mirar mientras ella busca a otro hombre.

Ayudarla.

Sonreír.

Decir que él parece bueno.

Después volver a casa y fingir que no duele.

El pensamiento hace que cada cálculo sea más difícil.

En medio de la segunda clase, recibo un mensaje.

Rose: ¿Estás enojado conmigo?

Miro la pantalla.

Jacob: No.

Rose: Te quedaste herido.

Jacob: No.

Rose: Estás mintiendo.

Jacob: Estoy cansado.

Rose: Deja de usar esa excusa.

Jacob: Perdón.

Rose: Yo no quería hacerte sentir así.

Jacob: Tú no hiciste nada.

Rose: Hice.

Jacob: Rose.

Rose: Casi me dijiste algo.

Mi corazón se detiene.

Jacob: No.

Rose: Casi.

Jacob: Te lo imaginaste.

Rose: Yo te conozco.

Jacob: No lo sabes todo.

Rose: Sé lo suficiente.

No respondo.

El celular vibra de nuevo.

Rose: ¿Estás enamorado de mí?

La pregunta ocupa la pantalla.

No consigo respirar.

El laboratorio sigue funcionando a mi alrededor. Las máquinas hacen ruido. El profesor habla. Daniel escribe algo.

Yo no escucho nada.

Rose me preguntó directamente.

La oportunidad que temí durante años llegó en un mensaje de celular.

Puedo responder sí.

Puedo responder no.

Puedo decir que ella está confundiendo las cosas.

Puedo hacer una broma.

Cualquier respuesta lo cambiará todo.

Mis dedos se quedan quietos.

Rose: ¿Jacob?

Borro el campo de texto.

Escribo:

Jacob: No deberíamos hablar de eso por mensaje.

Borro.

Escribo de nuevo:

Jacob: Tú no quieres saber la respuesta.

Borro.

Al final, envío:

Jacob: Hablemos cuando yo llegue a casa.

La respuesta viene inmediatamente.

Rose: Está bien.

Guardo el celular.

Ya no consigo prestar atención en el laboratorio.

Tal vez acabo de abrir una puerta que no podré cerrar.

...

Cuando llego a casa, Rose está sentada en el sofá.

Ella no está estudiando.

No está con el celular.

Solo espera.

La puerta se cierra detrás de mí.

— Te demoraste — dice ella.

— Tuve laboratorio.

— Lo sé.

Dejo la mochila cerca de la pared.

— Querías hablar.

— Quiero.

Me siento en el sillón frente a ella.

La distancia entre nosotros es mayor de lo habitual.

Rose cruza las manos sobre las rodillas.

— ¿Estás enamorado de mí?

No hay preparación posible para oír la pregunta en voz alta.

La sala parece pequeña.

El sonido de la nevera viniendo de la cocina, el tráfico en la calle y el reloj de la pared se vuelven demasiado altos.

Yo podría responder.

Debería.

Pero miro a Rose y veo a la persona que conozco desde los quince años. La niña que me entregó un lápiz y cambió mi vida. La chica que duerme en el sofá, roba mi comida, usa mi camiseta y confía en

mí con todo lo que siente.

No consigo ser el hombre que pone esa confianza en riesgo.

— ¿Por qué crees eso? — pregunto.

Rose desvía la mirada.

— Porque hablaste como si me hubieras elegido a mí.

— Te elegí a ti.

— ¿Como amigo?

— Como la persona más importante de mi vida.

— Eso no responde.

— Es la respuesta que consigo dar.

— Tú siempre haces eso.

— ¿Qué?

— Dices una cosa que parece importante, pero dejas el resto escondido.

— Tal vez porque el resto no deba ser dicho.

— ¿Por qué?

— Porque tú no sabes lo que quieres.

— ¿Y tú lo sabes?

— Lo sé.

— Entonces estás enamorado de mí.

La certeza en su voz me asusta.

— Rose.

— ¿Estoy equivocada?

No consigo mentir otra vez.

Pero tampoco consigo decirlo.

— No es tan simple.

Ella cierra los ojos.

— Sí lo es.

— No lo es.

— ¿Me amas o no?

La palabra me golpea.

Amor.

Nunca le dije eso a Rose.

Ni a mí mismo en voz alta.

— Yo te amo — digo.

El silencio después parece infinito.

Rose me mira fijamente.

Yo sigo antes de que ella lo interprete de otra manera.

— Pero amarte no significa que yo esté pidiendo algo.

— ¿Estás enamorado de mí?

Mi corazón ya no aguanta huir.

— Sí.

La palabra sale baja.

Casi inaudible.

Pero Rose la escucha.

Ella se queda inmóvil.

Yo también.

Todo lo que escondí durante tres años está entre nosotros en una sola palabra.

Sí.

Rose no se aleja inmediatamente.

No grita.

No llora.

Solo me mira como si estuviera intentando reconocer al mejor amigo que siempre conoció.

— ¿Desde cuándo? — pregunta.

— Mucho.

— ¿Cuánto es mucho?

— Desde los diecisiete.

Ella se lleva la mano a la boca.

— ¿Estabas enamorado de mí a los diecisiete?

— Sí.

— ¿Y nunca me lo contaste?

— Tú hiciste una promesa.

— Yo también prometí que lo contaría si sintiera algo.

— Lo sé.

— Entonces ¿por qué no lo contaste?

— Porque tú decías que no querías perder nuestra amistad.

— Yo no dije que no quería saber.

— Dijiste que elegirías la amistad.

Rose se calla.

El recuerdo de la plaza está entre nosotros.

La promesa.

El meñique entrelazado.

El miedo a perder.

— Yo te habría elegido a ti — dice ella.

La frase me da esperanza.

— ¿Como amigo?

Rose no responde.

— Eso es lo que necesitas descubrir — digo.

— ¿Y tú?

— Yo ya lo descubrí.

— ¿Vas a seguir ayudándome a encontrar a alguien?

La pregunta duele más de lo que esperaba.

— Si tú quieres.

— ¿Incluso después de decirme eso?

— Yo dije que no estoy pidiendo nada.

— Pero va a doler.

— Ya duele.

Rose baja los ojos.

— Yo no quería lastimarte.

— Lo sé.

— Yo no lo sabía.

— Hice lo posible para que no lo supieras.

— ¿Por qué?

— Porque yo prefería que tú me tuvieras como mejor amigo a no tenerme.

Ella empieza a llorar.

No mucho.

Solo lágrimas silenciosas que corren por el rostro.

Mi cuerpo reacciona antes que la razón. Me levanto y me siento a su lado.

Rose no se aleja cuando le tomo la mano.

— Perdón — susurra.

— No pidas perdón.

— No sé qué hacer.

— No hagas nada ahora.

— Pero tú estás sufriendo.

— Yo voy a estar bien.

— Tú siempre dices eso.

— Porque quiero que sea verdad.

Rose aprieta mis dedos.

— Yo no quiero perderte.

— No me vas a perder.

— ¿Incluso si no sé si siento lo mismo?

— Incluso así.

— ¿Tú puedes?

No lo sé.

Pero asiento.

— Puedo.

La mentira es para los dos.

Después de algunos minutos, Rose apoya la cabeza en mi hombro.

Yo permanezco inmóvil.

No beso su cabello.

No la atraigo más cerca.

No convierto el momento en una oportunidad.

Ya dije lo que necesitaba decir.

Ahora, necesito controlar lo que siento.

Necesito darle a Rose tiempo para entender.

Necesito impedir que cada mirada, cada toque y cada palabra se conviertan en una expectativa.

Si ella me elige, tiene que ser porque quiere.

No porque tenga miedo de perderme.

— ¿Jacob?

— ¿Hm?

— ¿Tú todavía vas a estar aquí mañana?

Cierro los ojos.

— Voy a estar.

— ¿Lo prometes?

— Lo prometo.

Ella permanece a mi lado.

Yo miro nuestras manos unidas.

La confesión no lo cambió todo.

Todavía.

Pero cambió la forma en que consigo esconder.

Ahora Rose lo sabe.

Y, aunque yo no tenga el valor de esperar nada, una parte de mí seguirá buscando una respuesta en cada mirada de ella.

Eso es peligroso.

Por eso, cuando Rose se queda dormida apoyada en mí, tomo una decisión.

A partir de ahora, voy a controlar mejor lo que siento.

No voy a presionarla.

No voy a interpretar cada gesto.

No voy a convertir su confusión en esperanza.

Seguiré a su lado.

Como siempre.

Aunque amar a Rose en silencio se haya vuelto imposible después de que ella finalmente descubrió la verdad.

CAPÍTULO 11

Cuando él no está

Jacob cumple la promesa de estar aquí.

Ese es el problema.

No se va.

No desaparece.

No me abandona en medio de la noche con una maleta en la mano o un mensaje corto diciendo que necesita distancia.

Sigue en el apartamento.

Sigue yendo a clases.

Sigue respondiendo cuando le hablo.

Sigue preguntando si he comido.

Pero ya no está realmente aquí.

La diferencia aparece a la mañana siguiente a la confesión.

Me despierto antes del despertador y me quedo unos minutos mirando al techo, recordando la noche anterior.

Jacob dijo que está enamorado de mí.

Desde los diecisiete años.

La frase sigue existiendo dentro de mi cabeza, incluso cuando intento pensar en cualquier otra cosa.

Él estaba enamorado de mí mientras estudiábamos en la secundaria.

Mientras compartíamos meriendas.

Mientras hacíamos la promesa.

Mientras yo hablaba de otros chicos.

Mientras él dormía en el sofá a mi lado y fingía que no sentía nada.

No sé qué hacer con esa información.

No sé si debo asustarme.

No sé si debo sentir culpa.

No sé si debo recordar cada momento en que me miró e intentar descubrir si había algo escondido.

Lo que sé es que, desde que me desperté, todavía no he oído a Jacob llamando a mi puerta.

El reloj marca las siete y veinte.

Suele despertarme a las siete.

Me levanto y abro la puerta.

El pasillo está vacío.

La puerta de su habitación está cerrada.

Voy a la cocina.

La taza azul está sobre la encimera, pero no hay café al lado.

Jacob no dejó la bebida preparada.

La constatación parece pequeña.

No debería doler.

Yo misma puedo preparar café.

Aun así, me quedo de pie delante de la cafetera, mirando el espacio donde la taza negra de él solía estar.

Agarro el celular.

Ningún mensaje.

Abro la conversación con él.

Rose: ¿Ya te despertaste?

Borro.

Escribo de nuevo.

Rose: ¿Vas a ir a clase?

Borro también.

No quiero parecer que lo estoy buscando.

No quiero que Jacob piense que estoy intentando responder a la confesión sin saber qué decir.

Pero él ya debe estar en la universidad.

Tal vez salió temprano para evitar encontrarse conmigo.

La idea provoca una sensación desagradable.

Me preparo café para mí.

El sabor no es el mismo.

No porque Jacob lo prepare mejor.

Él no lo prepara.

Su café casi siempre es demasiado fuerte, y yo me quejo en la mitad de las mañanas.

Pero, cuando me entrega la taza azul, hay algo junto.

La rutina.

La presencia.

La certeza de que empezaremos el día juntos.

Ahora, la cocina parece más grande.

El apartamento parece silencioso.

Y odio darme cuenta de cuánto lo extraño cuando está a apenas unos metros de distancia.

...

Jacob no me espera delante del edificio de Ingeniería Civil.

Me detengo cerca de la entrada y miro el camino que lleva a Ingeniería Mecánica.

Nada.

Ninguna señal de él.

Me digo a mí misma que es mejor así.

Él necesita espacio.

Yo necesito pensar.

La distancia puede ser buena para los dos.

Pero, cuando entro en el aula, me doy cuenta de que la clase se hace más larga sin el celular vibrando en medio de la explicación.

Jacob siempre me manda mensajes durante las clases.

Pregunta si estoy prestando atención.

Hace comentarios sobre el profesor.

Envía fotografías de alguna pieza del laboratorio, incluso sabiendo que no voy a entender lo que estoy viendo.

Hoy, mi celular permanece silencioso.

Abro la conversación entre nosotros varias veces.

No hay nada nuevo.

Intento seguir la clase.

No puedo.

Pienso en la noche anterior.

En la forma en que Jacob sostuvo mi mano.

En el modo en que dijo que prefería ser mi mejor amigo a no tenerme.

En su expresión cuando confesó que me amaba.

No fue una declaración bonita.

No hubo sonrisa, música ni nada que hiciera la situación más fácil.

Fue solo la verdad, dicha con miedo.

No sé por qué su miedo me conmueve tanto.

Tal vez porque nunca imaginé que Jacob pudiera tenerme miedo.

Él siempre fue seguro.

El hombre que sabe qué hacer.

La persona que resuelve los problemas.

El mejor amigo que aparece con café, comida y respuestas.

Ahora, por primera vez, me doy cuenta de que él no tiene respuesta para lo que siente.

Y tal vez yo sea la razón.

Mi celular vibra.

Jacob: ¿Almorzaste?

La pregunta es exactamente la misma de siempre.

Aun así, siento alivio.

Rose: Todavía no.

Jacob: ¿Hasta qué hora tienes clase?

Rose: Mediodía.

Jacob: Voy a dejar algo preparado en casa.

Rose: ¿Vas a almorzar conmigo?

La respuesta tarda.

Poco.

Pero tarda.

Jacob: Tengo laboratorio.

Rose: Siempre tienes laboratorio.

Jacob: Hoy necesito terminar una parte del proyecto.

Rose: Entiendo.

Jacob: Puedo dejarte comida.

Rose: No hace falta.

Jacob: Lo sé.

La conversación termina.

Miro el último mensaje.

Lo sé.

Está usando mis palabras.

Pero, a diferencia de mí, Jacob no las convierte en broma.

Las usa como una pared.

...

En el descanso, encuentro a Emily en el patio.

Me mira una vez y sabe que pasó algo.

— Tienes una cara horrible — dice.

— Buenos días para ti también.

— ¿Dormiste?

— Un poco.

— ¿Te peleaste con Jacob?

— No.

— Entonces, ¿qué pasó?

Agarro el café que me ofrece.

— Se alejó.

Emily se queda callada.

— ¿Cuánto?

— No sé.

— Acabas de decir que se alejó.

— Sigue hablando conmigo. Solo que ya no está haciendo las cosas que hacía.

— ¿Qué cosas?

— No me despertó. No me esperó en la universidad. No mandó mensajes durante la clase.

— Eso puede ser solo un día.

— Dejó de hacer muchas cosas en un día.

Emily me observa.

— ¿Qué pasó ayer?

Pienso en contar.

Decir que Jacob confesó estar enamorado de mí.

Decir que, después de años escondiendo el sentimiento, finalmente habló.

Decir que yo no supe responder.

Pero su nombre se me queda atascado en la garganta.

— Hablamos.

— ¿Sobre qué?

— Sobre sentimientos.

— ¿Los tuyos o los de él?

— De los dos.

Emily apoya el vaso en la mesa.

— Rose.

— Estoy intentando entender.

— ¿Qué dijo él?

— Que algunas cosas son difíciles.

— Eso es muy vago.

— Lo sé.

— ¿Y tú?

— No sé qué decir.

— Entonces hay algo importante.

— Tal vez.

— ¿Estás interesada en alguien?

La pregunta me deja inmóvil.

Podría responder que no.

Sería más fácil.

Pero la palabra no surge.

— Tal vez — digo.

Emily me mira.

— ¿En quién?

No digo el nombre.

Solo pensar en Jacob parece peligroso.

Jacob.

El nombre que siempre pronuncié con facilidad.

El nombre que forma parte de todas las historias.

Ahora, decir su nombre en voz alta parece una confesión.

— No puedo decirlo — respondo.

— ¿Por qué no?

— Porque, si lo digo, tal vez se vuelva real.

Emily suaviza la expresión.

— Rose, si estás interesada en alguien, eso ya es real.

— No de la misma forma.

— ¿Tienes miedo de decir el nombre?

Asiento.

— ¿Por qué?

— Porque él es demasiado importante.

— Eso no es motivo para tener miedo.

— Sí lo es.

— ¿Crees que él no siente lo mismo?

— No sé.

— ¿Él sabe que te gusta?

— No sé si me gusta.

— Acabas de decir que estás interesada.

— Es diferente.

— No lo es.

— Sí lo es.

— Rose, ¿estás describiendo a un hombre que ya forma parte de tu vida?

Mi silencio responde.

Emily cruza los brazos.

— ¿Es alguien de la universidad?

— Sí.

— ¿De tu carrera?

— No exactamente.

— ¿Alguien a quien conoces desde hace mucho tiempo?

— Sí.

Emily entrecierra los ojos.

— ¿Es Jacob?

Mi corazón se acelera.

Su nombre, dicho por otra persona, parece invadir el espacio entre nosotras.

Miro el café.

— Yo no dije eso.

— Tampoco lo negaste.

— Emily.

— ¿Es él?

— No lo sé.

— ¿No sabes si estás interesada en tu mejor amigo?

— No sé si tengo derecho a estarlo.

— ¿Derecho?

— Hicimos una promesa.

— La promesa de no dejar que el romance destruya la amistad.

— Sí.

— Tenían quince años.

— Aún importa.

— ¿Para quién?

— Para los dos.

Emily se queda en silencio.

La pregunta es simple, pero no sé responder.

La promesa importa porque la hicimos nosotros.

¿O porque siempre tuve miedo de descubrir qué pasaría si dejara de existir?

— No quiero perder a Jacob — digo.

— Entonces tienes miedo de decir su nombre porque puedes perderlo.

— Sí.

— ¿Y él lo sabe?

— Ahora lo sabe.

Emily se inclina hacia delante.

— ¿Qué pasó?

— Me contó que está enamorado de mí.

Emily abre los ojos de par en par.

— ¿Jacob confesó?

Asiento.

— ¿Desde hace cuánto?

— Desde los diecisiete.

— ¿Y tú solo lo descubriste ahora?

— Sí.

— ¿Qué dijiste tú?

— Nada.

— Rose.

— No sabía qué decir.

— ¿Y qué sientes?

Miro el campus.

Estudiantes cruzan el patio, conversan, ríen y siguen sus caminos.

Pienso en Jacob.

En la taza azul.

En los mensajes de madrugada.

En el sofá.

En su mano sosteniendo la mía.

— Lo extraño cuando no está cerca — digo.

Emily no interrumpe.

— Extraño los mensajes. El café. Las bromas. La forma en que pregunta si he comido. Extraño tener la certeza de que, cuando mire hacia un lado, él estará allí.

— Eso es amistad.

— Lo sé.

— ¿Pero?

— Pero también siento celos cuando alguien lo toca.

Emily espera.

— Y pienso en él cuando estoy hablando con otras personas. Comparo todo con él. Cuando imagino una relación, pienso en alguien que me conozca como Jacob conoce.

— Eso parece más que amistad.

— Lo sé.

— ¿Quieres besarlo?

La pregunta me hace contener la respiración.

No respondo.

Emily no necesita insistir.

— ¿Tendrías valor? — pregunta.

— No sé.

— No estoy preguntando si estás lista para una relación. Estoy preguntando si te darían ganas.

Cierro los ojos por un instante.

El recuerdo de Jacob en la cafetería vuelve.

El postre compartido.

La voz baja.

La cercanía en el camino a casa.

Sus ojos bajando hacia mi boca.

— Tal vez — digo.

— ¿Tal vez quieres besarlo?

— Tal vez.

Emily sonr e, pero no parece satisfecha.

— No necesitas responder todo con tal vez.

— Necesito.

—  Por qu e?

— Porque, si digo que s ı, todo cambia.

— Rose, todo ya cambi o.

La frase se queda conmigo.

Todo ya cambi o.

Tal vez Emily tenga raz on.

Tal vez yo solo est e intentando fingir que todav ıa estamos en el mismo lugar porque tengo miedo de admitir que no lo estamos.

—  Tendr ıas valor de besarlo? — Emily pregunta de nuevo.

Esta vez, no respondo.

La pregunta sigue dentro de m ı.

 Tendr ıa valor?

Si Jacob estuviera delante de m ı ahora, mirando mi boca,  lo besar ıa?

La respuesta surge antes de que pueda impedirla.

Sí.

Y eso me asusta.

...

Después del descanso, vuelvo al aula, pero no consigo concentrarme.

La pregunta de Emily sigue repitiéndose dentro de mi cabeza.

¿Tendrías valor de besarlo?

Imagino la boca de Jacob.

Lo que nunca debería hacer.

La forma en que sonrío.

El modo en que su voz cambia cuando está cerca.

El sabor del café que compartimos.

El calor de su mano.

La posibilidad de que el beso lo cambiara todo.

La promesa que hicimos no dice que no podemos besarnos.

Dice que no podemos dejar que un romance destruya la amistad.

Pero tal vez un beso sea el comienzo de todo.

O el fin.

Mi celular sigue silencioso.

Abro la conversación con Jacob.

Rose: ¿Vas a llegar tarde?

No envió.

Borro.

Escribo:

Rose: ¿Podemos hablar?

Borro también.

No quiero parecer desesperada.

No quiero que piense que estoy intentando responder a la confesión solo porque lo extrañé durante algunas horas.

Pero lo extraño.

La falta ocupa todos los lugares.

Al salir de clase, veo a Jacob cruzando el campus.

Está con dos compañeros de Ingeniería Mecánica. Uno de ellos dice algo, y Jacob sonríe.

La sonrisa me golpea.

No porque esté sonriendo a una chica.

Porque no me está sonriendo a mí.

Pasa cerca del edificio sin verme.

O tal vez me ve y elige no parar.

La idea duele.

Agarro el celular.

Rose: ¿Ya te fuiste?

La respuesta tarda más esta vez.

Jacob: Todavía estoy en el campus.

Rose: ¿Dónde?

Jacob: Laboratorio.

Rose: ¿No vas a esperarme?

Jacob: Puedes irte a casa.

Rose: Quería hablar contigo.

Jacob: ¿Sobre qué?

Rose: No sé.

Jacob: Tal vez sea mejor pensar primero.

Leo el mensaje.

Está siendo cuidadoso.

Educado.

Distante.

Exactamente como decidió ser.

Rose: ¿Me estás evitando?

Jacob: No.

Rose: Sí.

Jacob: Estoy intentando no presionarte.

Rose: ¿Crees que me siento presionada?

Jacob: No sé.

Rose: Entonces pregunta.

Jacob: ¿Te sientes?

Rose: No.

Jacob: Está bien.

Rose: Entonces ven a buscarme.

La respuesta tarda.

Jacob: ¿Dónde estás?

Rose: Frente a la Civil.

Jacob: Ya voy.

Siento alivio incluso antes de verlo.

No sé si eso es justo.

Él está intentando protegerse, y yo sigo tirando de él de vuelta hacia cerca.

Pero no puedo dejar que desaparezca.

...

Jacob aparece unos minutos después.

No está sonriendo.

Aun así, cuando me ve, sus ojos se suavizan.

— ¿Querías hablar conmigo?

— Quería.

— ¿Sobre qué?

— No sé.

Él respira hondo.

— Rose.

— Estás enojado.

— No lo estoy.

— Entonces estás herido.

— Tal vez.

La palabra me golpea.

— ¿Por mi culpa?

— No exactamente.

— ¿Por lo que me contaste?

— Por lo que no debería haber contado.

— ¿Te arrepientes?

Jacob mira el camino.

— No.

— Entonces ¿por qué te estás alejando?

— Porque necesitas tiempo.

— Yo no lo pedí.

— Lo sé.

— Entonces para.

— No es tan simple.

La frase me hace recordar lo que dijo ayer.

— ¿Por qué no?

— Porque estás intentando entender lo que sientes, y no quiero que elijas algo solo porque tienes miedo de perderme.

— Yo no haría eso.

— Tal vez no conscientemente.

— ¿Crees que soy tan confusa?

— Creo que estás asustada.

— ¿Y tú no lo estás?

Jacob me mira.

— Lo estoy.

— Entonces no me dejes sola para descubrirlo.

— No te estoy dejando sola.

— Sí lo estás.

— Rose, yo sigo aquí.

— No de la misma forma.

Él se queda en silencio.

— Ya no me mandas mensajes — digo.

— Puedo mandar.

— No me despiertas.

— Puedo despertarte.

— No me esperas.

— Puedo esperarte.

— Entonces ¿por qué no lo haces?

Jacob aparta la mirada.

— Porque, cuando lo hago, olvido que estoy intentando dar espacio.

— Yo no quiero espacio.

— Lo sé.

— Te quiero a ti.

La frase sale sin que lo piense.

Jacob se queda inmóvil.

Yo también.

No era exactamente lo que quería decir.

O tal vez sí lo era.

— Como amigo — añadido rápido.

Él baja la mirada.

— Lo sé.

La respuesta duele.

— No necesitas decirlo así.

— ¿Así cómo?

— Como si estuvieras intentando convencerte.

— Tal vez lo esté.

Su sinceridad me deja indefensa.

— ¿Quieres que me mantenga lejos?

— No.

— Entonces quédate cerca.

— No puedo fingir que nada cambió.

— Yo tampoco estoy fingiendo.

— Todavía no sabes lo que sientes.

— Pero sé que no quiero que te vayas.

— Eso no es suficiente.

— Para mí, lo es.

— Para mí, no.

— ¿Por qué?

Jacob se pasa la mano por la cara.

— Porque no quiero que me elijas solo porque yo te amo.

— ¿Y si elijo porque yo también te amo?

Él cierra los ojos.

La palabra queda entre nosotros.

Amo.

No sé si la usé porque es verdad o porque necesitaba alcanzar algo dentro de él.

Jacob abre los ojos.

— No sabes si amas.

— Tal vez lo sepa.

— Rose.

— Sé que eres la persona más importante de mi vida.

— Eso no es necesariamente amor romántico.

— Lo sé.

— Sé que sientes celos.

— Lo sé.

— Sé que no quieres perderme.

— Lo sé.

— Pero todavía no sé si me deseas de la misma manera.

Su rostro se vuelve vulnerable.

— No lo sé.

— ¿Esa es la verdad?

— Lo es.

— Entonces no esperes que lo descubra todo sola.

Jacob se queda en silencio.

Luego extiende la mano.

Yo la tomo.

— Vamos a casa — dice.

Caminamos lado a lado.

Esta vez, él no se aleja.

Pero tampoco se acerca por completo.

La distancia entre nosotros permanece pequeña, como una herida que ninguno de los dos sabe tocar.

...

Por la noche, el apartamento parece aún más grande.

Jacob prepara comida, pero casi no come.

Yo tampoco.

Nos sentamos en lados opuestos de la mesa, hablando solo de asuntos que no importan.

La clase.

El informe.

El café.

Nada sobre la confesión.

Nada sobre el miedo.

Nada sobre el beso que Emily preguntó si yo tendría valor de dar.

Después, Jacob va a su habitación.

Yo me quedo en la sala.

La televisión está encendida, pero no sigo la película.

El sofá parece vacío.

Jacob suele sentarse a mi lado, dejando un espacio pequeño entre nosotros. A veces, nuestros pies se rozan. A veces, apoya la cabeza en mi hombro.

Ahora, el lugar de al lado permanece vacío.

Agarro el celular.

Rose: ¿Estás durmiendo?

Jacob: Todavía no.

Rose: ¿Puedes venir a la sala?

La respuesta tarda.

Jacob: ¿Por qué?

Rose: No quiero quedarme sola.

Jacob: No estás sola.

Rose: Sabes lo que quiero decir.

Unos segundos más.

Jacob: Está bien.

Aparece en la sala usando una camiseta oscura y pantalón de chándal. Se queda cerca del sofá, como si no supiera dónde sentarse.

— Aquí — digo, dando una palmada en el lugar a mi lado.

Jacob se sienta.

Hay más espacio entre nosotros que antes.

— ¿Qué quieres ver? — pregunta.

— Nada.

— Entonces ¿por qué me llamaste?

— Porque te quería aquí.

Él baja la mirada.

— Rose.

— No hace falta hablar.

— Necesito.

— No.

— No puedes seguir tirando de mí hacia cerca cada vez que me extrañas y luego fingir que no sabes por qué.

— No estoy fingiendo.

— Entonces ¿qué estás haciendo?

— Intentando descubrirlo.

— ¿Y yo necesito quedarme esperando mientras lo descubres?

— Puedes decidir no esperar.

La posibilidad me asusta.

— No quiero.

— Rose.

— No quiero que te vayas.

— No me voy a ir.

— Pero te estás alejando.

— Porque estar cerca de ti es difícil ahora.

— ¿Por mi culpa?

— Por mi culpa también.

— ¿Me amas y yo no sé si te amo?

— No es tan simple.

— Tú mismo lo dijiste.

— Porque no lo es.

— Entonces ayúdame a entender.

Jacob me mira.

— ¿Qué quieres saber?

— ¿Cómo sabes que me amas?

Él se queda en silencio.

— Me conoces — digo. — Tal vez pueda entender si lo explicas.

— Lo sé porque pienso en ti todo el tiempo. Porque quiero contarte todo primero a ti. Porque veo algo y pienso si te gustaría. Porque sé cuándo estás triste incluso cuando sonríes. Porque estar cerca de ti hace que cualquier lugar parezca el correcto.

Se me queda atrapada la respiración.

— ¿Y si eso fuera solo amistad?

— Yo sé la diferencia.

— ¿Cómo?

— Porque quiero besarte.

La frase hace que mi corazón lata tan fuerte que duele.

Jacob aparta la mirada.

— Perdón.

— No pidas perdón.

— No debería haberlo dicho.

— ¿Puedes querer besarme?

— Puedo.

— ¿Incluso sin que yo haga nada?

— Sí.

— ¿Ya quisiste?

— Muchas veces.

Miro su boca.

La pregunta de Emily regresa.

¿Tendrías valor?

Jacob percibe mi mirada.

Su cuerpo se queda inmóvil.

La sala está silenciosa.

La televisión sigue pasando imágenes que ninguno de los dos acompaña.

Me acerco un poco.

No mucho.

Solo lo suficiente para que nuestras rodillas se toquen.

Jacob contiene la respiración.

— Rose...

— No hables.

— Necesitas estar segura.

— No sé si puedo.

— Entonces no lo hagas.

— Quiero.

La palabra sale baja.

Jacob me mira.

— ¿Quieres qué?

No respondo de inmediato.

El valor llega en oleadas.

Tal vez podría besarlo.

Tal vez un beso explicara lo que no consigo decir.

Tal vez, después, yo supiera si el sentimiento era amor o solo miedo de perderlo.

Me inclino hacia él.

Jacob no se mueve.

No intenta impedírmelo.

Tampoco se acerca.

La distancia entre nuestras bocas desaparece despacio.

Siento su respiración.

El calor.

La expectativa.

Cierro los ojos.

Por un instante, imagino cómo sería.

Su boca sobre la mía.

La mano en mi rostro.

La promesa rota.

El mundo cambiando.

Entonces pienso en lo que pasaría después.

Si lo beso y descubro que no siento lo mismo, lo destruiré.

Si lo beso y lo siento todo, nunca más podremos volver.

Si retrocedo, seguiremos atrapados en lo que somos.

La cobardía vence.

Me aparto.

Jacob cierra los ojos por un segundo, como si estuviera reuniendo fuerzas.

— Perdón — digo.

— No pidas perdón.

— Yo casi...

— Lo sé.

— Yo quería.

— Lo sé.

— Pero no pude.

— Lo sé.

La repetición me irrita.

— Deja de decir que lo sabes.

— ¿Qué quieres que diga?

— Que te dolió.

Jacob me mira.

— Me dolió.

La honestidad lastima.

— Yo no quería.

— Lo sé.

— ¿Vas a seguir alejándote?

— No sé.

— Tienes que dejar de decir eso.

— Es la verdad.

— Entonces yo tampoco lo sé.

— ¿Qué?

— Lo que siento.

Jacob asiente.

— Está bien.

— No lo parece.

— Estoy intentando aceptar.

— No quiero que solo aceptes.

— ¿Qué quieres que haga?

La pregunta me deja sin respuesta.

Quiero que me bese.

Quiero que espere.

Quiero que se quede.

Quiero tiempo.

Quiero certeza.

Quiero todo al mismo tiempo.

— Quédate aquí — digo.

Jacob parece cansado.

— Me quedo.

Apoyo la cabeza en su hombro.

Esta vez, es Jacob quien permanece inmóvil.

No me toca.

No me tira hacia cerca.

Pero tampoco se aleja.

Y, por más que extrañe la antigua espontaneidad, comprendo que está intentando protegerme.

Tal vez yo esté haciendo lo mismo.

Nos quedamos así unos minutos.

El beso no ocurrió.

Pero las ganas ocurrieron.

Y ahora ya no puedo fingir que no existen.

Cuando Jacob finalmente se levanta para ir a dormir, su mano toca mi cabello suavemente.

Es un gesto rápido.

Casi nada.

Pero todo mi cuerpo lo siente.

— Buenas noches, Rose.

— Buenas noches, Jacob.

Él va a su habitación.

Yo permanezco en el sofá.

La pregunta de Emily todavía está conmigo.

¿Tendrías valor de besarlo?

Ahora sé la respuesta.

Lo tuve.

Solo no tuve valor de terminar.

CAPÍTULO 12

La persona de la que me enamoré

Después del casi beso, Rose se queda diferente.

No distante como yo.

Peor.

Ella se acerca.

No de una manera obvia. No me agarra del brazo, no aparece en la puerta de mi habitación exigiendo respuestas y no vuelve a preguntar si estoy enamorado de ella.

Rose solo encuentra más motivos para estar cerca.

Se sienta a mi lado en el sofá.

Me espera a la salida del laboratorio.

Manda mensajes durante las clases, incluso cuando no tiene nada importante que decir.

Pregunta si voy a cenar en casa.

Pregunta si dormí.

Pregunta si todavía estoy pensando en ella.

La última pregunta nunca se hace directamente.

Pero está en todas las demás.

Me doy cuenta.

Es imposible no darse cuenta.

Rose está intentando entender lo que siente.

Y yo estoy intentando no creer que eso signifique algo.

En la mañana siguiente al casi beso, encuentro un mensaje de ella incluso antes de salir de la cama.

Rose: ¿Ya te despertaste?

Jacob: Ya.

Rose: ¿Dormiste?

Jacob: Sí.

Rose: ¿De verdad?

Jacob: Sí.

Rose: ¿No te quedaste pensando?

Miro la pantalla.

No sé si está preguntando sobre el beso.

No sé si está preguntando sobre la confesión.

No sé si quiere saber si pasé la noche recordando el momento en que sus labios casi tocaron los míos.

Jacob: Pensé en algunas cosas.

Rose: ¿Qué cosas?

Jacob: Ingeniería.

Rose: Mentiroso.

Jacob: Tú preguntaste.

Rose: Yo sé cuándo estás mintiendo.

Jacob: Tú no lo sabes todo.

Rose: Sé lo suficiente.

La respuesta me deja inquieto.

No porque sea una amenaza.

Porque Rose está empezando a darse cuenta de que hay más en mí de lo que dejé que ella viera.

Y tal vez esté empezando a mirarse a sí misma con la misma atención.

Jacob: Necesitas arreglarte.

Rose: Tú no estás aquí para despertarme.

Jacob: Ya te despertaste.

Rose: Porque me quedé esperando que tocaras la puerta.

Mi corazón se encoge.

Jacob: Perdón.

Rose: No hagas eso otra vez.

Jacob: ¿Qué?

Rose: Mantenerte lejos.

Leo el mensaje varias veces.

No respondo inmediatamente.

La verdad es que no sé si puedo cumplir esa petición.

No sé si quedarme cerca de ella es más fácil que alejarme.

Después del casi beso, todo se volvió más peligroso.

Antes, yo escondía lo que sentía.

Ahora, Rose lo sabe.

Y, cada vez que ella se acerca, necesito preguntarme si está haciendo eso porque también desea algo o porque siente pena por mí.

No quiero ser elegido por pena.

No quiero que ella me bese porque tiene miedo de perderme.

No quiero que confunda el vacío dejado por mi alejamiento con amor.

No quiero ser una elección conveniente.

Rose merece estar segura.

Y yo merezco ser elegido por completo.

Jacob: Está bien.

Rose: ¿De verdad?

Jacob: Voy a tocar a tu puerta.

Rose: ¿Ahora?

Jacob: Ya estás despierta.

Rose: Pero todavía no estoy lista.

Jacob: Entonces tienes tiempo para arreglarte.

Rose: Eres imposible.

Jacob: Lo sé.

Me levanto.

La conversación termina, pero su peso sigue conmigo.

Rose no quiere que yo me mantenga lejos.

Eso debería ser suficiente para darme esperanza.

En vez de eso, siento miedo.

Porque tal vez ella solo quiera de vuelta al mejor amigo.

Tal vez la ausencia hizo que el apartamento pareciera vacío, y no mi falta.

Hay una diferencia enorme entre extrañar a alguien y desear estar con esa persona.

No puedo olvidarlo.

...

Toco la puerta de Rose unos minutos después.

Esta vez, ella responde casi inmediatamente.

— Entra.

Abro la puerta solo lo suficiente para meter la cabeza.

Rose está delante del espejo, intentando elegir entre dos pendientes. Lleva una blusa clara y unos vaqueros. El cabello está recogido, pero algunos mechones se escapan alrededor del rostro.

— Me pediste que tocara — digo.

— Te pedí que no te alejaras.

— Estoy intentando respetar las dos cosas.

— Puedes tocar y entrar sin esperar.

— Eso parece invasivo.

— Tú ya tienes la llave.

— Justamente por eso necesito límites.

Rose me mira por el espejo.

— ¿Desde cuándo tienes límites conmigo?

— Desde que casi me besaste.

La mano de ella se detiene en el aire.

El pendiente permanece entre sus dedos.

— No sabía que podía mencionarlo.

— Puedes mencionar lo que quieras.

— Entonces, ¿lo estás mencionando a propósito?

— No.

— Sí.

— Tal vez.

Rose vuelve a mirar el espejo.

— ¿Te arrepentiste?

— No.

— Yo sí.

La respuesta me golpea.

— ¿Por qué?

— Porque me eché atrás.

— No necesitas disculparte.

— Lo sé.

— No me debes un beso.

— Lo sé.

— Entonces no te castigues por no haber hecho algo que no estabas segura de querer.

Rose se pone el pendiente.

— Pero yo quería.

— Querías en ese momento.

— ¿Y eso no es suficiente?

— Para un beso, tal vez. Para todo lo que viene después, no.

Ella se gira hacia mí.

— ¿Crees que un beso lo cambiaría todo?

— Creo.

— ¿Por qué?

— Porque nosotros no somos dos personas que pueden besarse y fingir que no pasó nada.

Rose mantiene la mirada en la mía.

— ¿Tú harías eso?

— No.

— ¿Y si yo quisiera?

— Yo aun así no lo haría.

— ¿Por qué?

— Porque necesitas saber lo que quieres.

— Yo sé que quería besarte.

— Pero no sabes lo que sientes.

Rose baja la mirada.

— No es justo que tú lo sepas todo.

— Yo no elegí saberlo.

— Elegiste esconderlo durante tres años.

— Lo sé.

— ¿Y ahora esperas que yo lo descubra en algunas semanas?

— No espero nada.

— Eso no es verdad.

— Lo es.

— Esperas que yo diga que te amo.

No respondo.

Rose se da cuenta.

— ¿Ves?

— Yo espero que seas honesta.

— ¿Aunque la honestidad sea que no lo sé?

— Aun así.

— ¿Puedes seguir cerca de mí de esa manera?

— Estoy intentando.

— Yo no quiero que intentes.

— ¿Qué quieres?

Ella permanece en silencio.

Yo conozco esa expresión.

Rose está buscando una respuesta que no la asuste.

— Quiero que seas tú — dice finalmente.

La frase parece simple.

Pero no sé si puedo.

Ser yo cerca de Rose siempre significó esconder la parte más importante de mí.

Ahora que ella lo sabe, ya no existe una versión natural de nosotros.

— Estoy siendo yo — respondo.

— No lo estás.

— ¿Cómo lo sabes?

— Porque no hiciste ninguna broma sobre mis pendientes.

— Son bonitos.

— Tú habrías dicho que parecen dos ollitas.

— Lo pensé.

— Pero no lo dijiste.

— Estoy intentando ser respetuoso.

Rose suspira.

— Yo no quiero respeto todo el tiempo.

— ¿Quieres que vuelva a molestarte?

— Quiero.

— Pareces una niña que eligió sus propios accesorios en la oscuridad.

Ella sonríe.

— Mejor.

Su sonrisa me desarma.

Por unos segundos, volvemos a lo que éramos.

Casi.

Pero la palabra amor sigue en la habitación.

Y el casi beso también.

...

En el campus, Rose no se aleja.

Camina a mi lado hasta la entrada del edificio de Ingeniería Civil.
Espera que yo haga alguna broma sobre el profesor de estructuras.
Se queja cuando digo que el informe de mi laboratorio está más
organizado que el proyecto de ella.

Yo respondo.

Bromeo.

Finjo que todo está normal.

Ella también.

La diferencia es que ahora me doy cuenta cuando Rose me observa.

Durante la clase, recibo dos mensajes.

Rose: ¿El profesor está usando la misma camisa de ayer?

Jacob: No sé. Estoy en otra clase.

Rose: Podrías prestarle atención por mí.

Jacob: Estás intentando hablar conmigo.

Rose: Tal vez.

Jacob: Está funcionando.

Rose: Lo sé.

Guardo el celular, pero sigo sonriendo.

Ella está intentando tirarme de vuelta.

Y yo no sé cómo resistir.

No quiero resistir.

El problema es que cada acercamiento de ella hace crecer mi esperanza.

Cuando Rose pide que caminemos juntos después de las clases, pienso que tal vez quiera hablar sobre nosotros.

Cuando me manda una foto del café que compró, pienso que tal vez esté intentando recrear la rutina.

Cuando toca mi brazo para llamar mi atención, pienso en el casi beso.

Es exactamente así como empiezo a perderme.

Rose puede estar solo intentando recuperar la amistad.

Yo lo interpreto como deseo.

Ella puede estar necesitada porque yo me alejé.

Yo lo interpreto como amor.

Ella puede querer la seguridad que siempre encontró en mí.

Yo lo interpreto como elección.

No puedo seguir haciendo eso.

No es justo con ella.

Tampoco es justo conmigo.

...

En el almuerzo, Rose se sienta delante de mí con una bandeja.

— ¿Vas a comer? — pregunta.

— Voy.

— Estás respondiendo incluso antes de que yo termine.

— Me estoy adelantando.

— Tú solías decir que yo no necesitaba preguntar.

— Estoy intentando mejorar.

Rose pone la mitad de su sándwich en mi plato.

— No necesitas mejorar.

— Necesito.

— ¿Por qué?

— Porque tal vez estoy haciendo todo mal.

— No lo estás.

— ¿No?

— No.

— Tú no lo sabes.

— Lo sé.

— Acabas de decir que yo no lo sé todo.

— Yo sé más de lo que piensas.

La frase me deja inmóvil.

— ¿Qué sabes?

— Que te estás alejando porque tienes miedo.

— Eso no es novedad.

— Que crees que yo estoy confundida.

— Lo estás.

— Que crees que yo solo te quiero cerca porque tengo miedo de perder nuestra amistad.

— No fue eso lo que dije.

— No hacía falta.

Rose juega con la servilleta.

— Crees que yo estoy interesada en ti solo porque tú empezaste a ayudarme a buscar a alguien.

— Tal vez.

— ¿Por qué?

— Porque fue cuando empezaste a mirarme de otro modo.

— ¿Y si yo ya miraba antes?

— Entonces te habrías dado cuenta.

— Yo puedo haberme dado cuenta y no haber entendido.

— Eso es diferente.

— Para ti, todo es diferente.

— Porque lo es.

— Tú no puedes decirme lo que siento.

— No estoy intentando.

— Sí lo estás.

— Rose.

— Hablas como si fuera fácil para mí.

— Yo sé que no es fácil.

— No lo sabes.

— Lo sé, porque tampoco es fácil para mí.

Ella levanta los ojos.

— Tú sabes exactamente lo que sientes.

— ¿Y eso facilita?

Rose no responde.

— Yo sé que te amo — digo. — Pero no sé qué hacer con eso. No sé cómo seguir viviendo a tu lado mientras tú intentas descubrir si me amas también. No sé cómo oírte hablar de otros hombres y fingir que es solo una conversación. No sé cómo besarte sin estar seguro de que, después, no te vas a arrepentir.

Ella se queda en silencio.

— Entonces no me pidas que actúe como si yo supiera resolverlo todo — continúo.

— Yo no estoy pidiendo.

— Estás pidiendo que yo vuelva a ser exactamente como antes.

— Te extraño.

— Yo estoy aquí.

— No completamente.

La frase me golpea.

— Tal vez porque no consigo estarlo.

— ¿Por mi culpa?

— Por culpa de lo que siento.

— ¿Y si te pido que te quedes?

— Me quedo.

— ¿Aunque yo no consiga responder?

— Me quedo.

— ¿Y si yo solo estoy confundida?

— Lo sé.

— ¿Y si descubro que no te amo?

Cierro los ojos por un instante.

— Yo voy a sobrevivir.

Rose parece herida con la respuesta.

— Hablas como si esperaras lo peor.

— Estoy intentando prepararme.

— No puedes prepararte para perderme mientras sigues sentado a mi lado.

— Es la única forma que encontré de permanecer.

Ella mira el sándwich entre nosotros.

— Yo no quiero que tú me sobrevivas.

La frase me deja sin defensa.

— Entonces, ¿qué quieres?

Rose no responde.

Tal vez no lo sepa.

Tal vez la respuesta esté cerca, pero todavía no tenga valor para decirla.

...

Por la noche, después de las clases, Rose manda un mensaje.

Rose: ¿Vas a casa directo?

Jacob: Voy.

Rose: ¿Puedo encontrarte en el campus?

Jacob: ¿Por qué?

Rose: Quiero caminar.

Jacob: ¿Ahora?

Rose: Sí.

Jacob: Está oscuro.

Rose: ¿Tienes miedo?

Jacob: No.

Rose: Entonces ven.

Yo debería decir que estoy cansado.

Debería pedirle que espere hasta mañana.

Debería mantener la distancia que decidí crear.

Pero Rose me está llamando.

Y yo nunca supe negarme.

Nos encontramos cerca de la plaza.

Ella está usando un abrigo ligero, el cabello suelto y las manos escondidas en los bolsillos.

— Viniste — dice.

— Tú pediste.

— Podrías haber dicho que no.

— Podría.

— Pero no lo dijiste.

— No.

Empezamos a caminar.

El campus está casi vacío. Algunas ventanas permanecen iluminadas, y los postes proyectan círculos de luz en el camino.

Rose camina cerca.

No me toca.

Pero la distancia es pequeña.

— ¿Querías hablar de algo? — pregunto.

— Tal vez.

— Esa palabra se está volviendo un problema.

— Tú la usas más que yo.

— Estoy intentando ser paciente.

— Tú eres paciente.

— No tanto como piensas.

— Fuiste paciente conmigo durante tres años.

La frase me hace parar.

— ¿Qué quieres decir?

— Tú esperaste.

— No como una estrategia.

— Pero esperaste.

— Yo no me quedé esperando que tú cambiaras. Solo seguí amándote.

Rose baja los ojos.

— ¿Es diferente?

— Mucho.

— ¿Cómo?

— Esperar a alguien implica creer que va a llegar. Amar a alguien puede significar aceptar que tal vez nunca sea elegido.

— ¿De verdad crees que nunca vas a ser elegido?

— No lo sé.

— ¿Tienes miedo de creer?

— Tengo.

— ¿Incluso después de lo que pasó?

— Principalmente después.

Rose respira hondo.

— Yo no quiero que pienses que me estoy acercando solo porque tú te alejaste.

— Entonces, ¿por qué lo estás haciendo?

— Porque te extraño.

— Extrañas a tu mejor amigo.

— Sí.

— Eso no es necesariamente amor.

— Lo sé.

— Entonces estamos en el mismo lugar.

— No exactamente.

La miro.

— ¿Cuál es la diferencia?

— Antes, yo no pensaba en ti cuando estaba con otras personas.

Mi pecho se encoge.

— ¿Y ahora?

— Ahora pienso.

— Eso no significa que me ames.

— Lo sé.

— Sigues diciendo que lo sabes.

— Porque no quiero que tú crees expectativas.

La frase me hace sonreír sin humor.

— Estás haciendo conmigo lo que yo hago contigo.

— Tal vez.

— No es justo.

— Lo sé.

Ella da un paso más cerca.

— ¿Crees que me estoy enamorando de ti solo porque eres la persona más segura de mi vida?

— No lo sé.

— ¿Crees que es necesidad?

— Tal vez.

— ¿Y si no lo es?

— Entonces lo descubrirás.

— ¿Cuándo?

— Cuando estés segura.

— ¿Y si nunca estoy segura?

— Puedes no elegir.

Rose cierra los ojos.

— Tú pareces siempre listo para aceptar que yo me vaya.

— No estoy listo.

— Lo parece.

— Estoy intentando no impedirlo.

— ¿Crees que amar a alguien es no impedir que se vaya?

— Creo que amar a alguien es no retenerla.

— ¿Y si yo quiero quedarme?

— Entonces quédate.

— ¿No vas a pedírmelo?

La pregunta me desarma.

— Yo ya pedí demasiado solo existiendo cerca de ti.

— Eso no tiene sentido.

— Lo tiene para mí.

— Tú nunca pides nada.

— Porque tengo miedo de que digas que no.

Rose se queda en silencio.

Seguimos caminando.

Después de unos minutos, ella pregunta:

— ¿Ya te enamoraste antes?

La pregunta es inesperada.

— ¿Antes de ti?

— No.

— Entonces sí.

— ¿La persona lo sabe?

No consigo evitar una sonrisa triste.

— Lo sabe.

Rose me mira.

— ¿Lo sabe?

— Ahora lo sabe.

— ¿Qué quiere decir eso?

— Que se lo conté.

— ¿Lo contaste todo?

— No.

— ¿Qué quedó escondido?

La pregunta me golpea.

Rose sabe que estoy enamorado de ella.

Pero no lo sabe todo.

No sabe el día exacto en que me di cuenta.

No sabe cuántas veces casi lo conté.

No sabe que, mientras ella hablaba de otros chicos, yo imaginaba cómo sería ser elegido.

No sabe cuánto la amo.

— La parte más importante — respondo.

— ¿Cuál?

— Desde cuándo.

— Dijiste que fue a los diecisiete.

— Dije que me di cuenta a los diecisiete.

— ¿No es lo mismo?

— No.

— ¿Cuándo empezó?

— Antes.

Rose deja de caminar.

— ¿Antes de los diecisiete?

— Sí.

— ¿Cuándo?

— No lo sé.

— Tú lo sabes.

— Lo sé.

— Entonces dímelo.

— No.

— ¿Por qué?

— Porque no quiero transformar el comienzo de lo que sentí en una obligación para ti.

— Yo no pedí una obligación.

— Tal vez lo parezca.

— ¿Estás escondiendo el nombre?

— Tú sabes el nombre.

La frase sale baja.

Rose se queda inmóvil.

— ¿Yo lo sé?

— Lo sabes.

— Entonces, ¿por qué no lo dices?

La miro.

La respuesta es obvia.

Porque decir tu nombre en voz alta vuelve todo más real.

Porque, incluso después de confesar, todavía hay una parte de mí que teme que me devuelvas la palabra como si fuera un error.

— Dilo — insiste ella.

— Rose.

— No. Di el nombre.

— Tú sabes quién es.

— Quiero oírlo.

Mi corazón late fuerte.

— ¿Por qué?

— Porque tal vez necesito oírte decirlo.

La noche parece volverse más silenciosa.

Rose está delante de mí, esperando.

Yo podría decirlo.

Podría decir el nombre que está en todos mis pensamientos.

Podría decir Rose.

Pero algo me lo impide.

Tal vez miedo.

Tal vez cuidado.

Tal vez la necesidad de dejar que ella sea la primera en poner el significado en esa palabra.

— Tú lo sabes — repito.

— ¿Tienes miedo?

— Sí.

— ¿De decir mi nombre?

La pregunta es casi un susurro.

No respondo.

Rose da un paso hacia mí.

— Jacob.

— No hagas eso.

— ¿Eso qué?

— No intentes arrancarme una respuesta que ya conoces.

— Yo quiero oírlo.

— Y yo quiero que descubras si quieres oírlo porque me amas o porque necesitas confirmar que todavía soy tuyo.

La expresión de ella cambia.

— Yo no estoy intentando poseerte.

— Lo sé.

— Entonces, ¿por qué estás diciendo eso?

— Porque yo no quiero ser elegido solo porque me extrañaste.

— Yo no sé si es solo eso.

— Lo sé.

— Deja de decir que lo sabes.

— No sé cómo parar.

Rose se acerca más.

— ¿Crees que yo solo me acerqué porque tú te alejaste?

— Creo que tal vez te diste cuenta de cuánto me extrañas cuando yo no estaba cerca.

— ¿Y eso es malo?

— No.

— Entonces, ¿por qué pareces con miedo?

— Porque extrañar no significa querer una relación.

— Lo sé.

— Entonces no me pidas que crea que significa.

— Yo no estoy pidiendo.

— Estás intentando.

Rose se queda en silencio.

El viento mueve su cabello.

Un mechón cae delante del rostro, y, por hábito, casi extendiendo la mano para apartarlo.

Me detengo antes de tocar.

Ella se da cuenta.

— Todavía no consigues tocarme — dice.

— Consigo.

— Pero no tocas.

— Estoy intentando respetarte.

— ¿Y si digo que quiero que toques?

Mi respiración falla.

— ¿Estás segura?

— No.

— Entonces no puedo.

— Tú siempre necesitas certeza.

— Cuando se trata de ti, sí.

Rose mira mi boca.

Reconozco la mirada.

Es la misma del sofá.

El mismo casi beso.

Todo mi cuerpo se prepara para algo que tal vez no ocurra.

— Yo casi te besé — dice ella.

— Lo sé.

— Yo quería.

— Lo sé.

— Y después tuve miedo.

— Yo también.

— ¿Por qué?

— Porque, si tú me besaras, yo no sabría si fue porque querías o porque estabas intentando descubrir.

— ¿Y si yo quiero descubrir?

— Entonces descubre.

— ¿Sin ti?

— Tú no necesitas hacer eso conmigo.

— Yo no quiero hacer eso con otra persona.

La frase golpea un lugar profundo.

— Rose.

— Yo intenté hablar con Lucas.

— Lo sé.

— No fue igual.

— No compares.

— No consigo evitarlo.

— Deberías darle una oportunidad a él.

— ¿Por qué sigues diciendo eso?

— Porque mereces conocer a otras personas.

— ¿Y si yo no quiero?

— Entonces no conozcas.

— Pero tú crees que debería.

— Creo que necesitas saber que eliges tú misma, no solo aquello que ya conoces.

Rose no responde.

Yo sé que ella piensa en mis palabras.

También sé que tal vez esté en lo correcto.

Ella necesita descubrir si me desea o solo teme perderme.

Pero yo no quiero que ella lo descubra lejos de mí.

El egoísmo es algo terrible.

...

— ¿Vas a seguir ayudándome? — pregunta Rose.

— ¿A encontrar al tipo correcto?

— Sí.

— Si tú quieres.

— ¿Aunque tú sepas que tal vez él no seas tú?

La pregunta me hace sonreír sin alegría.

— Yo siempre lo supe.

— ¿No te parece injusto?

— Me parece.

— Entonces, ¿por qué aceptas?

— Porque tú me lo pediste.

— Tú siempre vuelves a eso.

— Es la razón más simple.

— ¿Y la verdadera?

La miro.

— Porque, si puedo estar a tu lado, cualquier cosa es mejor que no estar.

Rose baja los ojos.

— Eso no es justo contigo.

— Lo sé.

— Entonces, ¿por qué sigues?

— Porque no sé hacerlo de otra manera.

— Podrías dejar de amarme.

— ¿Podría?

— No lo sé.

— Yo no puedo.

La honestidad deja a los dos vulnerables.

Rose se pasa los brazos alrededor del propio cuerpo.

— Yo no quiero que sufras.

— Tú no estás haciendo eso a propósito.

— Pero lo estoy haciendo.

— Rose.

— Yo sé que estoy confundida. Sé que no puedo pedirte que esperes. Sé que tal vez me estoy acercando porque tengo miedo de perder a la persona más importante de mi vida.

— Y por eso no puedo aceptar cualquier cosa ahora.

— ¿No confías en mí?

— Confío en ti. No confío en tu confusión.

La frase suena dura.

Rose la recibe en silencio.

— Yo no quiero aprovecharme de ti — dice.

— Lo sé.

— Entonces no quiero que pienses que estoy jugando.

— Yo no pienso eso.

— Tú crees que yo no sé lo que siento.

— Creo que todavía no sabes cómo llamarlo.

— Tal vez yo lo sepa.

— ¿Quieres decírmelo?

Rose abre la boca.

El nombre casi aparece.

Puedo verlo.

Ella me mira como si estuviera a punto de tomar una decisión.

— Jacob...

Mi corazón se dispara.

— ¿Qué?

Ella retrocede.

— Nada.

La frustración es inmediata.

Ella se da cuenta.

— Perdón.

— No pidas perdón.

— Yo casi lo dije.

— Lo sé.

— Pero tuve miedo.

— Yo también.

— Tú no puedes seguir diciendo que lo sabes.

— Entonces deja de hacer las mismas cosas.

Rose sonríe levemente.

— Tal vez estoy intentando descubrir si tú todavía estarás aquí cuando yo deje de tener miedo.

La frase me golpea.

— Yo estaré.

— ¿Aunque tarde?

— Sí.

— ¿Aunque yo diga que no lo sé?

— Sí.

— ¿Aunque yo elija a otra persona?

La pregunta es cruel.

Aun así, respondo.

— Sí.

Rose me mira durante unos segundos.

— Yo no quiero elegir a otra persona.

La esperanza surge.

La sostengo antes de que crezca.

— No necesitas elegir a nadie ahora.

— Tal vez estoy cansada de buscar.

— Tal vez.

— Tal vez ya encontré.

No respondo.

No puedo.

Rose me mira, esperando que yo diga algo.

Si digo tu nombre, todo puede cambiar.

Si no lo digo, tal vez ella entienda que no estoy listo para presionarla.

Elijo el silencio.

Ella parece decepcionada.

— ¿No vas a preguntar quién?

— Tú sabes que no necesito.

— Tal vez yo quiera que preguntes.

— Entonces di.

Rose respira hondo.

— No puedo.

— Lo sé.

Ella suelta una risa triste.

— Estás empezando a volverte insoportable con esa palabra.

— Aprendí contigo.

— Yo nunca fui tan irritante.

— Tú eres muy irritante.

— Y aun así tú me amas.

Todo mi cuerpo se queda inmóvil.

Rose también se da cuenta de lo que dijo.

Ella no dice me gustas.

No dice te necesito.

Dice amas.

— Yo amo — respondo.

La voz sale baja.

Rose sostiene mi mirada.

Por unos segundos, ninguno de los dos retrocede.

El beso parece posible otra vez.

Pero yo no me muevo.

Ella tampoco.

La noche permanece suspendida.

Hasta que Rose mira el camino.

— ¿Vamos a casa?

— Vamos.

Volvemos lado a lado.

Ella no me toca.

Pero tampoco se aleja.

Cuando llegamos al apartamento, Rose se detiene delante de la puerta del cuarto.

— Buenas noches, Jacob.

— Buenas noches, Rose.

— Todavía estás escondiendo algo.

— Estoy.

— ¿Qué?

— La parte que tú todavía no estás lista para oír.

— Tal vez lo esté.

— Cuando lo estés, lo sabrás.

Ella me observa.

— ¿Cómo?

— Porque dirás mi nombre sin miedo.

Rose no responde.

Entra en el cuarto y cierra la puerta.

Yo permanezco en el pasillo.

Ella sabe que hay algo importante escondido.

Sabe que no es solo el hecho de que yo esté enamorado.

Sabe que hay una parte de la historia que todavía no conté.

El momento exacto en que me di cuenta.

La cantidad de veces que casi confesé.

Cuánto esperé.

Tal vez ella también sepa que esa parte está ligada a ella.

Pero, hasta que consiga decirlo por voluntad propia, no voy a presionarla.

Entro en mi cuarto y cierro la puerta.

Por primera vez desde la confesión, comprendo que el mayor riesgo no es que Rose no me ame.

Es que ella crea que me ama solo porque tiene miedo de perderme.

Y, si es eso, yo necesito ser lo bastante fuerte como para no aceptar una elección hecha por la confusión.

Aunque, en el fondo, todo lo que yo quiera sea oír a Rose decir mi nombre.

CAPÍTULO 13

El encuentro equivocado

Acepto salir con Lucas porque necesito descubrir si lo que siento por Jacob es amor o solo miedo de perderlo.

La justificación parece lógica cuando pienso en ella a solas.

Si sigo acercándome a Jacob, si sigo buscando su toque y deseando que se quede cerca, quizá nunca consiga separar lo que es amor de lo que es costumbre.

Jacob está en mi vida desde hace cinco años.

Conozco el sonido de su risa, la forma en que sostiene una taza, la manera en que camina cuando está preocupado y el modo en que siempre deja las mejores partes del postre para mí.

Él es la persona que más conozco en el mundo.

Tal vez sea natural confundir seguridad con pasión.

Tal vez solo estoy aferrada a la persona que siempre ha estado conmigo porque no sé cómo sería estar sin ella.

Así que, cuando Lucas pregunta si quiero cenar con él, respondo que sí.

No se lo cuento a Jacob de inmediato.

Esa es la primera señal de que la decisión ya me está molestando.

Normalmente, él sería la primera persona en saberlo.

Ahora, dejo el celular sobre la cama y me quedo mirando el mensaje durante unos minutos.

Lucas: ¿Puedo recogerte cerca del edificio de Civil a las siete?

Rose: Puedes.

Lucas: ¿Está todo bien?

Rose: Está.

Lucas: Pareciste distante hoy.

Rose: Solo estoy cansada.

Lucas: Si prefieres dejarlo para otro día, está bien.

Leo el mensaje.

Él es cuidadoso.

No insiste.

No convierte mi vacilación en ofensa.

Tal vez ese sea exactamente el tipo de hombre que yo debería conocer.

Rose: No hace falta reprogramar. Quiero ir.

Lucas: Entonces está acordado.

Guardo el celular.

La palabra quiero se queda atrapada en mi cabeza.

Quiero ir.

No porque esté ansiosa por verlo.

No porque haya pasado el día pensando en él.

Quiero ir porque necesito descubrir algo.

Y tal vez eso no sea suficiente.

...

Jacob está en la cocina cuando salgo del cuarto.

Prepara dos platos y tiene el celular apoyado al lado del fregadero.

— ¿Vas a comer? — pregunta.

— Voy a salir.

Su mano se detiene sobre el plato.

— ¿Salir?

— Sí.

— ¿A dónde?

— Voy a cenar con Lucas.

El silencio que viene después es pequeño, pero lo percibo.

Jacob cierra el grifo.

— ¿Hoy?

— Hoy.

— No me lo contaste.

— Lo decidí hace poco.

— Entiendo.

Vuelve a poner comida en el plato.

— ¿A qué hora?

— Siete.

— ¿Él va a recogerte?

— En la facultad.

— Entonces vas a volver tarde.

— Tal vez.

— ¿Quieres que vaya a buscarte?

— No.

— Puedo ir a buscarte.

— Jacob.

— Solo estoy ofreciendo.

— Lo sé.

— Podrías mandarme un mensaje cuando termines.

— Lo haré.

— ¿Lo prometes?

— Lo prometo.

Él asiente.

No pregunta si estoy nerviosa.

No pregunta qué me voy a poner.

No ofrece opinión.

Tal vez esté intentando respetar el espacio que le pedí sin pedirlo.

La ausencia de las preguntas me incomoda más de lo que debería.

— ¿No quieres saber más? — pregunto.

— ¿Sobre qué?

— Sobre la cena.

— Ya dijiste lo que yo necesitaba saber.

— Siempre preguntas más.

— Estoy intentando no presionarte.

— No me estoy sintiendo presionada.

— Genial.

Pone el segundo plato sobre la mesa.

— Come antes de salir.

— No tengo hambre.

— Vas a estar horas sin comer.

— Puedo comer después.

— Rose.

— Voy a comer.

Jacob me observa durante unos segundos.

— Está bien.

La conversación termina.

Voy al cuarto para elegir una ropa, pero me quedo frente al armario sin saber qué hacer.

No quiero parecer que me esforcé.

Tampoco quiero parecer indiferente.

Elijo una blusa oscura, un pantalón cómodo y una chaqueta ligera.

Cuando vuelvo a la sala, Jacob está sentado a la mesa, comiendo solo.

Levanta la mirada.

— Estás bonita.

La frase es parecida a tantas otras que ya le he oído.

Aun así, mi corazón reacciona.

— ¿Tú crees?

— Creo.

— ¿No parece que estoy intentando demasiado?

— Tú nunca intentas demasiado.

— ¿Y si no estoy intentando lo suficiente?

Jacob baja la mirada al plato.

— No necesitas vestirme para demostrar nada.

La respuesta no es lo que yo quería.

No sé lo que quería.

Tal vez que dijera que estoy bonita por él.

Tal vez que demostrara celos.

Tal vez que me pidiera que me quedara.

— Me voy — digo.

— Está bien.

No se levanta.

No me acompaña hasta la puerta.

No pregunta si quiero que espere despierto.

Abro la puerta.

— ¿Jacob?

— ¿Hm?

— ¿De verdad no quieres saber si estoy nerviosa?

Me mira fijamente.

— ¿Lo estás?

— No lo sé.

— Entonces tal vez lo descubras.

La respuesta me irrita.

— Podrías ser más útil.

— Estoy intentando ser tu amigo.

La palabra golpea un lugar sensible.

Tu amigo.

Eso es lo que está intentando ser.

Solo eso.

— Lo sé — respondo.

Salgo antes de que perciba cuánto me dolió.

...

Lucas está esperando cerca de la plaza.

Sonríe cuando me ve y viene hacia mí.

— Hola.

— Hola.

— Estás bonita.

— Gracias.

— ¿Estás nerviosa?

— Un poco.

— Yo también.

La confesión me sorprende.

— ¿Lo estás?

— Sí. Pareces difícil de impresionar.

Pienso en Jacob.

Él nunca necesita impresionarme.

— No soy tan difícil.

— ¿Estás segura?

— No.

Lucas se ríe.

La conversación empieza bien.

Él pregunta por mi día, comenta algo gracioso que pasó en una clase de Arquitectura y me cuenta que eligió un restaurante pequeño cerca de la plaza.

Yo escucho.

Hago preguntas.

Me río cuando hace un chiste.

Todo parece correcto.

No hay nada malo con Lucas.

Ese es el problema.

Si fuera desagradable, podría irme sin culpa.

Si hablara solo de sí mismo, podría decir que no combinamos.

Si intentara apurarme, yo tendría una razón.

Pero Lucas es amable.

Presta atención.

Me pregunta si quiero sentarme cerca de la ventana.

Me acerca la silla, pero no hace de eso una presentación.

Cuando elijo el plato, no cuestiona.

Cuando digo que no tengo mucha hambre, no insiste.

Parece exactamente el tipo de hombre que una persona sensata elegiría.

Yo debería estar interesada.

...

El restaurante es más pequeño de lo que imaginaba.

Las mesas están cerca, y una música baja suena al fondo.

Lucas elige una mesa en la esquina.

— ¿Te gusta aquí? — pregunto.

— Me gusta.

— ¿Vienes siempre?

— Algunas veces.

— ¿Con alguien?

Él duda.

— Con amigos.

La respuesta debería dejarme curiosa.

No lo hace.

Jacob haría un chiste.

Diría que la palabra amigos la usan las personas que quieren esconder algo.

Yo sonreiría.

Lucas solo toma el menú.

— ¿Quieres compartir una entrada? — pregunta.

— Puede ser.

— ¿Qué te gusta?

— Papas.

— Eso ya lo sé.

— ¿Cómo?

— Las pides en todos los lugares.

— Soy consistente.

— O predecible.

— Me estás conociendo mejor.

— Estoy intentando.

La frase es amable.

Aun así, siento una distancia entre nosotros.

Lucas hace preguntas, y yo respondo. Él habla, y yo escucho. Hay un intercambio correcto, educado y tranquilo.

Pero no existe la facilidad que busco.

No existe ese impulso de interrumpir.

No existe ganas de quedarse incluso cuando la conversación termina.

No miro el celular porque espere mensajes de él.

Miro porque quiero saber si Jacob escribió.

El aparato permanece silencioso.

Tal vez Jacob esté trabajando.

Tal vez se haya ido a dormir.

Tal vez no esté pensando en mí.

Esa última posibilidad me incomoda.

— ¿Estás esperando un mensaje? — pregunta Lucas.

Levanto la mirada.

— No.

— Miraste el celular tres veces.

— Perdón.

— No hace falta.

— No quería parecer desinteresada.

— No pareces desinteresada.

— ¿No?

— Pareces dividida.

La palabra me deja incómoda.

— ¿Entre qué?

Lucas no responde de inmediato.

— Tú lo sabes.

Miro la mesa.

— Es complicado.

— ¿Es tu mejor amigo?

Respiro hondo.

— Sí.

— Jacob.

— Sí.

— ¿Te gusta él?

La pregunta es directa.

— Lo amo.

Lucas permanece en silencio.

— ¿Como amigo? — pregunta después.

— No lo sé.

— ¿Él sabe que estás confundida?

— Lo sabe.

— ¿Él sabe que estás aquí conmigo?

— Lo sabe.

— ¿Y está todo bien?

— Creo.

Lucas se recuesta en la silla.

— Pareces muy preocupada por lo que él piensa.

— Él es importante.

— ¿Más que yo?

La pregunta no suena como un reclamo.

Aun así, no consigo responder.

Lucas sonríe levemente.

— No necesitas responder.

— No quiero hacerte perder el tiempo.

— No lo estás haciendo.

— Estoy aquí intentando descubrir si me gustas porque necesito comparar todo con él.

— Ya me di cuenta.

Su honestidad me da vergüenza.

— Perdón.

— Rose, me gusta hablar contigo. Pero no quiero ser un experimento.

— No lo eres.

— Tal vez no intencionalmente.

Bajo la mirada.

Él tiene razón.

Acepté la cena para descubrir si podría sentir algo por alguien que no fuera Jacob.

Eso no es justo con Lucas.

— No quería usarte.

— Lo sé.

— Pero tal vez lo esté haciendo.

— Tal vez solo estés intentando entenderte a ti misma.

— Y eso no es mejor.

— Es más honesto.

Lucas no parece herido.

Eso vuelve todo más difícil.

— ¿Quieres irte? — pregunta él.

— No lo sé.

— ¿Quieres quedarte?

Pienso.

— Tampoco lo sé.

Él sonríe.

— Usas mucho esa palabra.

— Estoy intentando no mentir.

— Entonces hagamos lo siguiente: terminamos de comer y no necesitas decidir nada hoy.

— ¿Harías eso?

— Yo tampoco sé lo que quiero de ti.

La respuesta me hace sonreír.

— Estás usando mi palabra.

— Tal vez la haya aprendido de ti.

...

Llega la comida.

Seguimos conversando, pero el tema se vuelve más ligero.

Lucas habla sobre el primer proyecto de Arquitectura que hizo en la facultad. Yo cuento sobre el día en que Jacob y yo intentamos cocinar juntos y casi quemamos toda la cocina.

— ¿Siempre vivieron juntos? — pregunta Lucas.

— Desde el inicio de la facultad.

— Debe ser bueno.

— Lo es.

— ¿Nunca estuvieron?

La pregunta me hace atragantarme con el agua.

— No.

— ¿Nunca?

— Hicimos una promesa.

— ¿De no estar?

— De no dejar que un romance destruyera la amistad.

— ¿Y tú crees en eso?

— Creía.

Lucas me observa.

— ¿Y ahora?

— Ahora no lo sé.

— ¿Estás pensando en romper la promesa?

— No lo sé.

— ¿Quieres?

Pienso en Jacob en el sofá.

En su boca cerca de la mía.

En su mano sosteniendo la mía.

— Tal vez.

Lucas asiente.

— Entonces tal vez el problema no sea decidir si te gusto.

La frase me golpea.

— ¿Cuál es el problema?

— Descubrir si estás lista para admitir que ya te gusta otra persona.

No sé qué decir.

Lucas no está intentando herirme.

Solo vio algo que yo vengo evitando.

— Eres muy observador.

— Hablas de él con facilidad.

— Yo también tengo miedo de decir su nombre.

— ¿Por qué?

— Porque, cuando digo Jacob, parece que estoy diciendo más que el nombre.

— Tal vez lo estés.

La música cambia.

La conversación disminuye.

Lucas me observa con cuidado.

— ¿Puedo preguntar una cosa?

— Puedes.

— Si Jacob estuviera sentado aquí, ¿te gustaría que te besara?

Mi corazón se acelera.

La respuesta es inmediata.

Sí.

Cierro los ojos por un instante.

— Sí.

Lucas asiente.

— Entonces ya sabes lo que necesitas descubrir.

— No sé si lo sé.

— No necesitas elegir entre nosotros.

— Yo no te estoy eligiendo a ti.

— Lo sé.

— Perdón.

— Rose, me gustas. Pero no quiero competir con una historia de cinco años.

— No existe competencia.

— Existe dentro de ti.

La frase se queda conmigo.

...

Cuando terminamos de comer, Lucas no intenta prolongar la noche.

Él paga su propia cuenta y espera mientras agarro mi bolso.

Afuera, el aire está frío.

— ¿Quieres que te acompañe hasta la facultad? — pregunta.

— No hace falta.

— Lo sé.

La respuesta me hace acordar de Jacob.

Lucas percibe mi silencio.

— Puedes mandar un mensaje cuando llegues a casa.

— Voy a mandar.

— ¿A mí?

— Sí.

— ¿Y a él?

No respondo.

Lucas sonríe.

— No estoy ofendido.

— Deberías estarlo.

— Tal vez solo estoy siendo realista.

— Te mereces a alguien que esté pensando en ti durante la cena.

— Me merezco a alguien que no necesite convencerse de que le gusto.

— Perdón.

— Deja de pedir perdón.

— Hablas como Jacob.

— ¿Eso es bueno o malo?

— No lo sé.

Los dos nos reímos.

Lucas me abraza antes de irse.

El abrazo es amable.

Yo lo correspondo.

No siento ganas de besarlo.

Cuando se aleja, no siento ganas de retenerlo.

Siento culpa.

Y siento ganas de ver a Jacob.

La conclusión es imposible de ignorar.

La cita no fue mala.

Pero no despertó nada.

No por culpa de Lucas.

Por culpa de Jacob.

...

Llego al campus poco después de las nueve.

No le avisé a Jacob que volví.

Él tampoco preguntó.

Pienso en ir directo a casa, pero el edificio de Ingeniería Mecánica todavía tiene algunas luces encendidas.

Tal vez esté en el laboratorio.

Tal vez no.

Camino hasta allí.

La puerta principal está abierta.

Encuentro a Jacob en el pasillo, saliendo con la mochila en la espalda y una carpeta en las manos.

Se detiene cuando me ve.

— Volviste.

— Volví.

— ¿Está todo bien?

— Sí.

— ¿Lucas está bien?

La pregunta me irrita.

— ¿Quieres saber si él está bien?

— Estoy preguntando si la noche terminó bien.

— Terminó.

— Genial.

Hace un movimiento para pasar a mi lado.

— ¿No quieres saber más?

— Si quieres contar, yo escucho.

— ¿No vas a preguntar?

— Rose.

— Siempre preguntas.

— Estoy intentando no invadir.

— Yo no te pedí que dejaras de importarte.

— Me importa.

— No parece.

— Porque estás empezando a tratar cada pregunta como una expectativa.

— Me estás tratando como a un amigo.

Jacob se queda inmóvil.

— Eres mi amiga.

— Solo tu amiga.

— Yo nunca dije eso.

— No hace falta.

— Entonces, ¿qué quieres que diga?

— Quiero que preguntes si me gustó. Quiero que tengas curiosidad. Quiero que te moleste.

— Me molesta.

— No parece.

— Porque estoy intentando no convertir tu cita en algo sobre mí.

— Pero es sobre ti.

— No debería serlo.

— Fue sobre ti todo el tiempo.

Jacob cierra los ojos por un instante.

— Rose.

— Comparé todo contigo.

Su expresión cambia.

— No deberías hacer eso.

— No pude evitarlo.

— Lucas no merece ser comparado.

— Lo sé.

— Entonces, ¿por qué saliste con él?

— Para descubrir si yo quería algo diferente.

— ¿Y lo descubriste?

— Lo descubrí.

— ¿Qué?

— Que no consigo entregarme a alguien cuando sigo pensando en ti.

Jacob permanece en silencio.

La esperanza en su rostro aparece y desaparece tan rápido que tal vez la imaginé.

— Rose, necesitas tener cuidado con lo que estás diciendo.

— ¿Por qué?

— Porque puedes estar confundiendo lo mucho que me echaste de menos con ganas de estar conmigo.

— No lo estoy.

— ¿Cómo lo sabes?

- Porque quise besarte antes de echarte de menos.
- Estabas confundida.
- Y sigo.
- Entonces no lo sabes.
- Sé lo que sentí.
- ¿Qué sentiste?
- Que Lucas no eras tú.
- Eso no significa que yo sea la persona correcta para ti.
- ¿Estás haciendo esto a propósito?
- ¿Haciendo qué?
- Intentando empujarme lejos.
- Estoy intentando impedir que elijas algo sin certeza.
- ¿Crees que solo salí con Lucas porque no quiero estar sola?

Jacob me mira.

- Tal vez.

La palabra me golpea como una bofetada.

- ¿De verdad crees eso?
- Creo que puedes estar buscando a alguien solo para no enfrentar el hecho de que no quieres estar sola.

— ¿Y crees que yo no sería capaz de elegirte a ti?

Él se queda en silencio.

La pregunta atraviesa el pasillo.

— ¿Es eso? — insisto. — ¿Crees que solo estoy cerca porque tengo miedo de estar sola? ¿Crees que yo nunca podría mirarte y elegirte de verdad?

Jacob no responde.

No hace falta.

Su silencio revela que la pregunta llegó demasiado cerca de la verdad.

O del miedo.

— Di — pido.

— Rose.

— Di que no crees eso.

Abre la boca.

La cierra.

Siento que algo se rompe dentro de mí.

— No puedes.

— No es eso.

— Entonces, ¿qué es?

— No lo sé.

— ¿No sabes si crees que yo podría elegirte a ti?

— No sé si tú sabes lo que estás eligiendo.

— No es lo mismo.

— Para mí, lo es.

— No confías en mí.

— Confío.

— No parece.

— No confío en tu confusión.

— Sigues usando eso contra mí.

— No lo estoy usando contra ti.

— Lo estás.

— Rose, acabas de salir con otro hombre para descubrir si querías estar conmigo.

— Salí porque necesitaba saber.

— ¿Y si te hubiera gustado él?

— No me gustó.

— Pero podría.

— ¿Y tú lo habrías aceptado?

— Lo habría.

— Me habrías ayudado a estar con él.

— Si fuera lo que tú quisieras.

— ¿Incluso amándome?

— Incluso así.

— Entonces tal vez tú no me amas de verdad.

Jacob se queda pálido.

Me arrepiento en el instante en que lo digo.

— No quise decir eso.

— Sí quisiste.

— Estaba herida.

— Lo sé.

— No puedes mirarme como si yo fuera incapaz de elegir.

— No creo eso.

— Lo crees.

— Creo que necesitas estar segura.

— ¿Y si nunca lo estoy?

— Entonces no elijas.

— ¿Prefieres perderme a correr el riesgo?

— Prefiero que no me elijas por miedo.

— Yo no estoy eligiendo por miedo.

— ¿Cómo puedo creerlo?

— Porque estoy aquí.

— Estás aquí porque yo soy la persona que siempre estuvo a tu lado.

— ¿Y si es exactamente por eso que te amo?

Jacob desvía la mirada.

La palabra queda entre nosotros.

Amo.

Yo todavía no sé si debo usarla.

Pero es la única que parece alcanzar lo que siento.

— No puedes decir eso solo porque estás enojada — dice él.

— No lo estoy diciendo porque estoy enojada.

— Lo estás diciendo porque quieres que yo deje de dudar.

— También.

— Rose.

— Te amo.

Jacob cierra los ojos.

— ¿Cómo?

La pregunta me destruye.

— No lo sé.

Él asiente.

— Entonces eso es lo que estoy diciendo.

— ¿Quieres que lo descubra sola mientras tú te sigues alejando?

— Quiero que lo descubras sin que yo conduzca la respuesta.

— Tú ya condujiste.

— ¿Cómo?

— Me contaste que me amas. Dijiste que esperas desde los diecisiete. Dijiste que prefieres ser mi amigo a perderme. ¿Cómo se supone que yo descubra sin pensar en todo lo que tú sientes?

— No podía seguir mintiendo.

— ¿Y ahora quieres que yo sea cuidadosa con la verdad?

— Quiero que seas honesta.

— Estoy intentando.

— Lo sé.

— Para.

— Está bien.

El pasillo queda en silencio.

La rabia disminuye.

En su lugar, queda el miedo.

— ¿Crees que yo nunca podría elegir a alguien como tú? — pregunto de nuevo.

Jacob finalmente me mira.

— Creo que podrías elegir a alguien como yo.

Mi corazón se aprieta.

— ¿Pero?

— No sé si podrías elegirme a mí.

— ¿Por qué?

— Porque soy yo.

— Eso no tiene sentido.

— Para ti, tal vez no.

— Eres la persona que mejor me conoce.

— Exactamente.

— Me haces reír.

— No siempre.

— Cuidas de mí.

— Tú también cuidas de mí.

— Me haces sentir segura.

— Rose.

— Estás en todo lo que yo busco.

Jacob permanece en silencio.

— Entonces, ¿por qué no crees que yo pueda quererte?

— Porque querer no es lo mismo que elegir.

— ¿Y qué es elegir?

— Es mirar todo lo que puede salir mal y aun así decidir quedarse.

— Yo estoy mirando.

— Todavía tienes miedo.

— Sí.

— Entonces todavía no estás lista.

— Tal vez no.

— No puedo obligarte.

— Lo sé.

— Y no puedo seguir fingiendo que esto no me destruye.

— Lo sé.

— Entonces necesitamos tener cuidado.

— Yo no quiero cuidado.

— ¿Qué quieres?

Doy un paso hacia él.

— Quiero que dejes de tratarme como solo tu amiga.

Jacob se queda inmóvil.

— No sé cómo hacer eso sin esperar algo.

— Entonces espera.

La palabra sale antes de que yo consiga pensar.

Él me mira fijamente.

— Rose.

— No estoy diciendo que lo sepa todo.

— Lo sé.

— No estoy diciendo que pueda prometer que todo va a salir bien.

— Lo sé.

— Estoy diciendo que tal vez yo quiera intentar.

Jacob respira hondo.

— ¿Intentar qué?

La pregunta está delante de mí.

El nombre de la respuesta también.

— A ti.

La palabra cambia el aire.

Jacob no sonríe.

No se acerca.

Solo me observa, como si intentara entender si oyó bien.

— No puedes decir eso solo porque yo dudé de ti.

— No lo estoy diciendo por eso.

— Entonces, ¿por qué?

— Porque la cita con Lucas me mostró que yo no estaba buscando a otra persona.

— ¿Qué estabas buscando?

Lo miro.

— Una excusa para no mirarte a ti.

Jacob se queda en silencio.

La verdad parece demasiado grande para el pasillo.

— No sé si estoy lista — continúo. — Pero sé que no quiero seguir fingiendo que tú eres solo mi mejor amigo.

Él cierra los ojos.

Cuando los abre, hay emoción en su rostro.

— Rose.

— Yo todavía tengo miedo.

— Yo también.

— Pero no quiero que decidas por mí que yo no puedo elegirte a ti.

— Yo no quería decidir.

— Decidiste.

— Perdón.

— No quiero disculpas.

— ¿Qué quieres?

— Quiero ir a casa contigo.

Jacob asiente.

— Está bien.

Caminamos lado a lado hasta la salida.

Ninguno de los dos toca al otro.

Pero la distancia cambió.

Ya no es una pared.

Es solo el espacio que todavía necesitamos atravesar.

CAPÍTULO 14

Lo que ya no puedo esconder

Me arrepiento de la discusión incluso antes de llegar a casa.

No de lo que dije.

De la forma en que lo dije.

Rose salió del edificio de Ingeniería Mecánica a mi lado, pero se quedó en silencio durante casi todo el camino. No intentó agarrarme del brazo, no hizo ninguna broma y no preguntó si yo quería comer algo.

La distancia entre nosotros no era grande.

Aun así, parecía imposible atravesarla.

Cuando llegamos al apartamento, ella fue directo al cuarto.

Yo me quedé en la cocina, parado frente al fregadero, con la mochila todavía sobre el hombro.

Su frase sigue repitiéndose dentro de mi cabeza.

Una excusa para no mirarte.

Rose dijo que tal vez quisiera intentar.

Tal vez.

La palabra debería hacerme feliz.

En vez de eso, siento miedo.

Porque, para Rose, tal vez todavía significa duda.

Y no sé si puedo vivir entre la esperanza y la incertidumbre sin destruirme.

Ella puede despertarse mañana y darse cuenta de que solo estaba asustada.

Puede decidir que la amistad es más importante.

Puede mirarme y descubrir que me desea solo porque yo fui la única persona disponible cuando ella empezó a prestar atención.

No quiero ser un descubrimiento temporal.

No quiero ser una elección hecha en medio de la confusión.

Pero tampoco quiero hacer lo que hice en el pasillo.

No quiero tratar a Rose como si fuera incapaz de saber lo que siente.

No quiero responder a sus dudas con miedo.

Debería haberme quedado callado.

O haber sido más paciente.

O haber dicho que, aunque ella todavía no estuviera segura, yo creía que sus sentimientos eran reales.

En vez de eso, pregunté cómo podría creer.

La hice sentir que necesitaba probar algo.

Y eso no es lo que quiero.

Rose no necesita probar que puede elegirme.

No para mí.

...

Ella no sale del cuarto durante casi una hora.

Preparo comida, pero no tengo hambre.

Abro el portátil para revisar el informe, leo la misma línea varias veces y no retengo nada.

Al final, cierro el ordenador.

Agarro el celular.

Abro la conversación con Rose.

Jacob: ¿Estás bien?

No envió.

Borro.

Escribo:

Jacob: Perdón por la discusión.

Borro también.

Si mando un mensaje, tal vez parezca que estoy presionando.

Si no mando, tal vez ella piense que estoy enojado.

Me quedo mirando la pantalla.

Rose siempre dice que pienso demasiado.

Tal vez tenga razón.

La puerta de su cuarto se abre.

Rose cruza el pasillo sin mirarme y va hasta la cocina.

— ¿Vas a comer? — pregunto.

— No sé.

— Hay comida lista.

— Lo sé.

— Puedes comer después.

— Lo sé.

Ella toma un vaso de agua.

Nos quedamos en silencio.

Quiero decir que lo siento.

Quiero explicar que no dudo de ella, solo tengo miedo de creer.

Pero, cuando Rose me mira, percibo el cansancio en su rostro.

No es el momento.

— Buenas noches — dice ella.

— Buenas noches.

Ella vuelve al cuarto.

La puerta se cierra.

Yo permanezco en la cocina.

Tal vez mañana.

Mañana, voy a pedir perdón.

Mañana, voy a decir que ella no hizo nada malo.

Mañana, voy a intentar ser el hombre que ella necesita, aunque ya no sepa cuál es mi lugar.

...

No busco a Rose a la mañana siguiente.

Esa es la primera decisión consciente que tomo desde la discusión.

No porque quiera castigarla.

Porque quiero darle el espacio que ella no pidió, pero tal vez necesite.

Preparo solo una taza de café.

La mía.

Dejo la máquina apagada y salgo antes de que ella despierte.

En el camino hasta la facultad, mi celular vibra.

Rose: ¿Ya saliste?

Jacob: Sí.

Rose: ¿Sin despertarme?

Jacob: Estabas durmiendo.

Rose: Podías haberme llamado.

Jacob: Pensé que necesitabas descansar.

Rose: Estás haciendo eso otra vez.

Jacob: ¿Qué?

Rose: Decidiendo por mí.

Leo el mensaje.

Ella tiene razón.

Jacob: Perdón.

Rose: ¿Vas a almorzar conmigo?

Jacob: Tengo laboratorio.

Rose: Siempre tienes.

Jacob: Hoy realmente tengo.

Rose: Está bien.

El último "está bien" no parece estar bien.

Guardo el celular.

Alejarme no está protegiendo a nadie.

Solo crea otra forma de lastimar a Rose.

Aun así, paso la mañana evitando el edificio de Ingeniería Civil.

No la espero en el pasillo.

No aparezco en la cafetería.

No envío mensajes durante las clases.

A las diez y media, recibo una foto.

Es una imagen del cuaderno de Rose, con una fórmula garabateada y una frase escrita en la esquina:

"Ingeniería Civil está intentando acabar conmigo."

Normalmente, yo respondería con alguna broma.

Hoy, escribo:

Jacob: Tú puedes.

Rose: ¿Era eso?

Jacob: Pediste apoyo.

Rose: Yo esperaba una respuesta mejor.

Jacob: Tú puedes y estás dramatizando.

Rose: Ahora sí.

Sonríó frente a la pantalla.

Es poco.

Pero, durante algunos segundos, parece que volvemos al lugar conocido.

Después, la conversación termina.

La distancia regresa.

...

Al final de la mañana, veo a Rose del otro lado del patio.

Está con Emily.

La amiga dice algo, y Rose responde, pero sus ojos se encuentran con los míos.

Ella se detiene.

Yo también.

Durante algunos segundos, permanecemos separados por el movimiento de estudiantes.

Rose parece querer venir hacia mí.

Yo podría cruzar.

Debería.

Pero recuerdo la promesa de no presionarla.

Entonces solo levanto la mano.

Ella hace lo mismo.

Después, los dos seguimos en direcciones opuestas.

La sensación de pérdida es inmediata.

El campus nunca pareció tan grande.

...

Paso el almuerzo solo.

No porque Rose no me haya invitado.

Ella no invitó.

Tal vez esté esperando que yo lo haga.

Tal vez esté intentando descubrir si me extraña.

Yo sé que la extraño.

Extraño su voz, las preguntas, los pequeños conflictos e incluso las quejas sobre el café.

Extraño verla sentada a mi lado mientras trabaja.

Extraño compartir la comida.

Extraño ser la persona a la que ella recurre sin pensar.

El apartamento parece vacío incluso cuando Rose está en el cuarto.

Su ausencia se esparce por las habitaciones.

El sofá está ocupado solo por los cojines.

La cocina tiene una taza menos.

Los mensajes de madrugada no llegan.

Yo podría ir hasta su puerta.

Podría tocar.

Podría decir que no consigo pasar un día entero fingiendo que somos dos personas distantes.

Pero tal vez sea exactamente eso lo que Rose necesita experimentar.

Un día sin mí.

Una hora sin mí.

La posibilidad de que la vida continúe incluso cuando no estamos juntos.

Tal vez se dé cuenta de que desea quedarse.

Tal vez se dé cuenta de que puede seguir sin mí.

Ninguna de las dos posibilidades me tranquiliza.

...

Al final de la tarde, recibo un mensaje.

Rose: ¿Estás en el campus?

Jacob: Estoy.

Rose: ¿Puedes encontrarte conmigo?

Jacob: ¿Dónde?

Rose: En el banco cerca de la biblioteca.

Mi corazón se acelera.

Jacob: ¿Ahora?

Rose: Sí.

Jacob: Voy.

Camino hasta la biblioteca.

El banco está en un área más tranquila, rodeada de árboles y lejos de las mesas del patio. Es un lugar que usamos cuando necesitamos hablar sin que otras personas escuchen.

Rose está sentada con los brazos cruzados.

Cuando me acerco, ella levanta la mirada.

— Hola — digo.

— Hola.

No sé si debo sentarme.

Ella se mueve hacia un lado, dejando espacio.

Me siento.

La distancia entre nosotros es pequeña.

Ninguno de los dos habla.

— Quería pedir perdón — digo finalmente.

Rose mira sus propias manos.

— Yo también.

— Tú no hiciste nada malo.

— Hice.

— No.

— Te hice creer que yo podría elegirte y después actué como si no supiera lo que quería.

— Tú nunca prometiste elegirme.

— Pero dije que tal vez quisiera intentar.

— Y yo convertí eso en una promesa.

— Tú no convertiste.

— Convertí.

— Jacob.

— Rose, yo sé lo que dije. Sé lo que siento. Sé cuánto te quiero. Pero eso no significa que tú necesites tomar una decisión solo porque yo por fin dije la verdad.

Ella permanece en silencio.

— Yo no quería disminuir lo que tú sientes — continuó. — Cuando dije que tal vez estabas buscando a alguien solo para no quedarte sola, no estaba diciendo que tus sentimientos no importan.

— Lo pareció.

— Lo sé.

— Me hiciste sentir como si no fuera capaz de elegirte.

— Yo no pienso eso.

— Entonces ¿por qué no me crees?

La pregunta me golpea.

— Porque tengo miedo.

— ¿De mí?

— De creer.

Rose me mira.

— ¿Qué crees que va a pasar si crees?

— Que vas a descubrir que solo estabas confundida. Y yo voy a estar más involucrado que antes.

— Ya estás involucrado.

— Lo sé.

— Entonces la diferencia no es tan grande.

— Para mí, lo es.

— ¿Por qué?

— Porque, si creo que puedes elegirme, voy a empezar a esperar.

— ¿Y no quieres esperar?

— Quiero.

— Entonces ¿cuál es el problema?

— El problema es esperar por alguien que tal vez solo esté intentando no perderme.

Rose cierra los ojos.

— Yo no quiero perderte.

— Lo sé.

— No puedes usar eso como prueba de que yo no te amo.

— No lo estoy usando.

— Lo estás.

— Estoy intentando entender.

— No necesitas entenderlo todo ahora.

— Necesito entender lo suficiente como para no convertir tu duda en una promesa.

Rose me mira fijamente.

— ¿Crees que estoy mintiendo?

— No.

— ¿Crees que no sé lo que siento?

— Creo que sabes una parte.

— ¿Y la otra parte?

— Todavía la estás descubriendo.

— ¿Sabes que eso me da miedo?

— Lo sé.

— Entonces ¿por qué insistes en mantenerte lejos?

— Porque verte salir con otros hombres me duele.

La frase sale antes de que yo pueda suavizarla.

Rose se queda inmóvil.

— Sé que no tengo derecho a impedirte — continúo. — Sé que no me debes exclusividad, explicaciones ni ninguna decisión. Pero no puedo fingir que es fácil. No puedo sentarme a tu lado mientras

intentas descubrir si quieres a alguien diferente y actuar como si mi corazón no estuviera involucrado.

— Yo no quería que sufrieras.

— Lo sé.

— Entonces ¿por qué no me lo dijiste antes?

— Porque tú pediste mi ayuda.

— Yo no te pedí que te lastimaras.

— No tenías cómo saberlo.

— Podrías haber rechazado.

— Yo no puedo rechazarte.

Rose baja la mirada.

— Eso no es justo.

— Lo sé.

— No puedes seguir aceptando todo lo que te pido.

— Lo sé.

— Entonces deja de decir que lo sabes y haz algo.

La frase me hace sonreír levemente.

— ¿Qué quieres que haga?

- No sé.
- Tú también usas mucho esa palabra.
- No bromees.
- Perdón.
- Estoy hablando en serio.
- Yo también.

Rose respira hondo.

- No quiero que finjas que no te importa.
- No puedo.
- Entonces no finjas.
- ¿Y qué hago cuando hablas de Lucas?
- Ya no quiero hablar de él.
- No se trata de Lucas.
- Lo sé.
- Se trata de cualquier hombre que pueda acercarse a ti.
- No quiero a ninguno de ellos.
- Tú no lo sabes.
- Sé que no quiero seguir buscando.

— Eso no significa que quieras quedarte conmigo.

— Lo sé.

— Entonces estamos en el mismo lugar.

— No lo estamos.

— ¿Por qué?

Rose me mira.

— Porque yo nunca quise besar a Lucas.

Mi corazón reacciona.

— Eso no significa que quieras besarme a mí.

— Yo quise besarte a ti.

— Casi.

— Lo sé.

— Y retrocediste.

— Porque tuve miedo.

— Lo sé.

— Pero quise.

No sé qué decir.

Rose parece frustrada.

— ¿Puedes dejar de convertir todo en un análisis? — pregunta.

— Estoy intentando no interpretar mal.

— Podrías creerme.

— Te estoy creyendo.

— No lo parece.

— Creo que quisiste besarme.

— Y no crees en el resto.

— ¿Qué resto?

— Que tal vez yo quiera más.

La palabra tal vez todavía está ahí.

Pero, ahora, no me parece vacía.

Parece lo máximo que Rose puede ofrecer.

— No necesito que digas que quieres más si no estás segura — digo.

— Lo sé.

— No necesito que me prometas nada.

— Lo sé.

— Solo necesito que no te obligues a sentir algo porque sabes que yo siento.

— Yo no me estoy obligando.

— Entonces ¿por qué sigues intentando convencerme?

— Porque tú sigues dudando.

— Yo no dudo de ti.

— Dudas de ti misma.

Rose mira el campus.

— Tal vez.

— Rose.

— No sé cómo estar segura.

— Tal vez no exista certeza antes de intentar.

La frase se me escapa.

Ella vuelve el rostro hacia mí.

— Acabas de decir que no quieres que yo intente sin certeza.

— No quiero que elijas una relación sin saber lo que sientes. Pero tal vez nadie sepa todo antes de dar el primer paso.

— Entonces ¿quieres que yo intente?

— Quiero que hagas lo que realmente deseas.

— ¿Y si lo que deseo eres tú?

La pregunta me deja sin aire.

Rose no aparta la mirada.

— Entonces yo voy a estar aquí.

— ¿Sin preguntarme nada?

— No.

— ¿Sin esperar que yo resuelva todo?

— No.

— ¿Sin huir?

— Voy a intentar.

— No puedes darme una respuesta como “voy a intentar”.

— Es la respuesta más honesta que tengo.

Ella esboza una sonrisa.

— Estás aprendiendo.

— Contigo.

El silencio entre nosotros cambia.

Todavía existe miedo.

Pero también existe una cercanía que no desapareció.

— Quiero hacer una pregunta — dice Rose.

— Puedes hacerla.

— ¿Y si ya no quiero buscar a otra persona?

Mi corazón empieza a latir más fuerte.

La pregunta es exactamente la que temí.

Y, al mismo tiempo, esperé oír.

No sé cómo responder sin revelarlo todo.

Porque la respuesta verdadera sería:

Entonces elígeme a mí.

Quédate conmigo.

Bésame.

Dime que me amas.

Pero no puedo poner esas palabras en sus manos.

No puedo convertir la pregunta en una exigencia.

— ¿Qué quieres que yo diga? — pregunto.

Rose frunce el ceño.

— Quiero saber qué harías tú.

— Yo estaría feliz.

— ¿Solo eso?

— No.

— ¿Qué más?

— Yo tendría miedo.

— ¿De qué?

— De que estés diciendo eso porque te cansaste de buscar. Porque Lucas no funcionó. Porque yo soy la persona más cercana. Porque la idea de perderme parece peor que la idea de quedarte conmigo.

Rose absorbe cada palabra.

— ¿De verdad crees que sería solo eso?

— No sé.

— Tú nunca sabes.

— Porque tú nunca me diste una respuesta definitiva.

— Estoy intentando darla.

— Lo sé.

— Entonces escúchame.

— Estoy escuchando.

— Ya no quiero buscar a otra persona porque me di cuenta de que no estoy buscando a alguien que me trate bien. No estoy buscando a alguien que me haga reír. No estoy buscando a alguien que me conozca.

— Entonces ¿qué estás buscando?

— Yo estaba buscando a una persona que me hiciera sentir como tú me haces sentir.

Mi pecho se aprieta.

— Rose.

— Y no la encontré.

— Puedes encontrarla.

— No quiero.

— No digas eso solo para tranquilizarme.

— No lo estoy diciendo para tranquilizarte.

— Entonces ¿por qué?

— Porque es verdad.

La esperanza surge de nuevo.

Intento contenerla.

— Puedes estar enamorada de la seguridad que yo ofrezco.

— Tal vez.

— Y puedes descubrir que eso no es suficiente.

— Tal vez.

— Entonces no sé qué hacer con esa respuesta.

— Puedes quedarte.

— Yo ya estoy aquí.

— Quédate cerca.

— Rose.

— No quiero que mires mientras yo busco a alguien que no eres tú.

La frase me atraviesa.

— ¿Me estás pidiendo que deje de ayudar?

— Te estoy pidiendo que dejes de empujarme hacia otras personas.

— Yo solo quería que tuvieras opciones.

— Yo las tengo.

— ¿Cuáles?

Ella me mira directamente.

— Tú.

La palabra es baja.

Pero es clara.

Cierro los ojos.

Por un instante, me dejo imaginar.

Rose eligiéndome.

Rose besándome.

Rose diciendo que el miedo no es mayor que el deseo.

Entonces abro los ojos.

— No puedo aceptar eso como una promesa.

— No lo es.

— Ni como una decisión definitiva.

— Lo sé.

— Entonces ¿qué es?

— Una verdad.

La respuesta me deja sin defensa.

Rose toca mi mano.

— No sé si todavía puedo llamar a esto amor — dice. — Pero sé que no es solo amistad.

Miro nuestros dedos.

— Eso ya es algo.

— Lo es.

— Y no necesitas hacer nada más hoy.

- Tú tampoco.
- Necesito controlar lo que siento.
- No quiero que lo controles todo.
- Si no controlo, voy a pedir más de lo que tú puedes dar.
- Entonces dime cuando estés pidiendo demasiado.
- ¿Vas a decir que no?
- Tal vez.
- Estás aprendiendo a irritarme.
- Tú empezaste.

Rose sonríe.

La tensión disminuye.

Nos quedamos sentados en el banco, lo bastante cerca como para que nuestras rodillas se toquen.

No nos besamos.

No asumimos una relación.

Pero, por primera vez, la posibilidad no parece solo mía.

...

Volvemos a casa al anochecer.

En el camino, Rose agarra mi brazo.

El gesto es familiar.

Pero ahora no consigo fingir que no existe un significado diferente.

Ella no habla sobre Lucas.

No pregunta sobre Clara.

No intenta arrancar otra confesión.

Solo camina a mi lado.

Cuando llegamos al apartamento, prepara café para los dos.

La taza azul queda delante de ella.

La negra, delante de mí.

— ¿Vas a dormir temprano hoy? — pregunta.

— Voy a intentar.

— No es una respuesta.

— Voy.

— Mejor.

Nos sentamos a la mesa.

La comida sigue olvidada en la cocina, pero ninguno de los dos parece tener hambre.

— ¿Vas a despertarme mañana? — pregunta Rose.

— ¿Quieres que te despierte?

— Quiero.

— Entonces lo haré.

— ¿Y vas a mandar mensaje durante las clases?

— Voy.

— ¿Y vas a esperarme después?

— Si tú quieres.

— Quiero.

— Entonces voy a esperar.

Rose asiente.

La rutina vuelve poco a poco.

No es la misma de antes.

No puede serlo.

Ahora existe algo entre nosotros que no tiene un nombre definitivo, pero que exige cuidado.

— ¿Jacob?

— ¿Sí?

— ¿Todavía tienes miedo?

— Sí.

— Yo también.

— ¿Eso es bueno o malo?

— No sé.

— ¿Lo estás haciendo a propósito?

— Tal vez.

Sonrío.

Rose también.

Ella extiende la mano sobre la mesa.

Yo la tomo.

No es un beso.

No es una declaración.

Pero es una pequeña elección.

Y, por ahora, basta.

CAPÍTULO 15

El primer beso

Paso el día entero sabiendo que necesito hablar con Jacob.

No porque haya algo urgente que decir.

Sino porque, desde que me dijo que se quedaría, algo dentro de mí dejó de aceptar el término medio.

Todavía no estamos juntos.

Todavía no nos hemos besado.

Todavía no sabemos cómo llamar a lo que existe entre nosotros.

Pero tampoco somos ya solo mejores amigos.

No después de todo lo que dijimos.

No después de que yo haya admitido que no quiero buscar a otra persona.

No después de darme cuenta de que, cuando imagino una relación, pienso en él.

La promesa de los quince años sigue presente.

Durante mucho tiempo, creí que había protegido nuestra amistad.

Ahora empiezo a pensar que también la mantuvo atrapada.

Jacob se quedó callado durante años porque creyó que yo prefería la amistad.

Yo nunca conté que, para mí, la amistad era tan importante justamente porque él era la persona a la que yo más amaba.

Tal vez yo no supiera diferenciar las cosas.

Tal vez tuviera miedo de mirar a Jacob y ver lo que estaba delante de mí.

Aquella mañana, él llama a mi puerta a las siete.

Tres toques rápidos.

Dos después.

El código antiguo.

Abro antes de que vuelva a llamar.

— Buenos días — dice.

— Buenos días.

Él sostiene la taza azul.

Cojo el café.

Nuestros dedos se rozan.

El contacto dura solo un segundo, pero ambos lo notamos.

Jacob retira la mano primero.

— ¿Dormiste? — pregunta.

— Poco.

— ¿Te quedaste pensando?

— Sí.

— ¿En Ingeniería?

— No.

Él asiente lentamente.

— Yo también.

— ¿En qué?

— En ti.

La respuesta me golpea de una manera inesperada.

Jacob no suele decir eso tan directamente.

— ¿Estás intentando asustarme? — pregunto.

— No.

— Porque está funcionando.

Esboza una sonrisa.

— Te vas a acostumbrar.

— No sé si quiero.

— Dijiste que querías que yo fuera yo mismo.

— Lo dije.

— Entonces vas a tener que lidiar con eso.

— Tal vez.

— Estás usando la palabra a propósito.

— Tal vez.

Él sonríe de nuevo.

La sonrisa no borra el nerviosismo, pero hace la mañana más fácil.

Tomamos café en la cocina.

No hablamos sobre la conversación que necesitamos tener.

Todavía no.

Pero hay una conciencia silenciosa entre nosotros.

Como si ambos supiéramos que el día no terminaría sin algún cambio.

...

Después de las clases, Jacob me espera a la salida del edificio de Ingeniería Civil.

No está apoyado en el pilar, como suele hacer.

Está sentado en un banco, con los codos apoyados en las rodillas y las manos unidas.

Cuando me ve, se levanta.

— Hola.

— Hola.

— ¿Quieres ir a casa?

— Quiero caminar.

Él asiente.

Empezamos a cruzar el campus.

El camino es el mismo que recorrimos tantas veces, pero hoy parece nuevo.

Tal vez porque estoy prestando atención a cada detalle.

La sombra de los árboles.

El sonido de los estudiantes.

La manera en que Jacob sostiene la carpeta.

La distancia entre nuestros brazos.

— Estás callada — dice él.

— Estoy intentando organizar lo que quiero decir.

- Puedes hablar sin organizar.
- Contigo, normalmente puedo.
- Entonces hazlo.
- Tengo miedo de decir algo equivocado.
- No necesitas acertar.
- Tú siempre sabes qué decir.
- No cuando se trata de ti.

Lo miro.

- Te pusiste nervioso cuando me lo contaste.
- Me puse.
- ¿Incluso sabiendo que yo era la persona?
- Principalmente por saberlo.
- ¿Pensaste que yo no sentiría nada?
- Pensé que podría sentir. Pero también pensé que tal vez no sintiera lo mismo.
- ¿Y habrías seguido a mi lado?
- Sí.
- ¿Incluso si yo dijera que no quería nada?

— Sí.

— ¿No te habrías ido?

— No.

— ¿Cómo lo conseguirías?

— No lo sé.

— Siempre dices eso cuando la respuesta es difícil.

— Porque es verdad.

Nos detenemos cerca de la plaza.

El banco donde hicimos la promesa sigue vacío.

Lo miro.

— ¿Nos sentamos allí?

Jacob sigue mi mirada.

— Claro.

Caminamos hasta el banco.

Nos sentamos lado a lado.

El espacio entre nosotros es pequeño.

No nos tocamos.

— ¿Te acuerdas del día en que hicimos la promesa? — pregunto.

— Me acuerdo.

— Éramos muy jóvenes.

— Tú eras dramática.

— Tú también.

— Yo estaba intentando seguirte.

— Dijiste que nunca te enamorarías.

— Dije que no quería que una chica destruyera nuestra amistad.

— Y yo dije que el romance estaba sobrevalorado.

— ¿Todavía decías eso cuando ya te gustaba yo?

La pregunta me sorprende.

— Yo no sabía que me gustabas.

— Tal vez no lo supieras conscientemente.

— ¿Tú lo sabías?

— Sí.

— ¿A los quince?

— No. A los quince, solo sabía que quería estar cerca de ti todo el tiempo.

— ¿Cuándo lo descubriste?

— A los diecisiete.

— Ya lo dijiste.

— Pero no conté todo.

— ¿Qué quedó escondido?

Jacob mira la plaza.

— El momento exacto.

— Dijiste que te diste cuenta en la biblioteca.

— Fue cuando lo entendí.

— Pero empezó antes.

— Sí.

— ¿Cuándo?

Respira hondo.

— El día en que te enfermaste.

— Me enfermé muchas veces.

— Aquella vez en que tuviste fiebre y aun así intentaste ir a clase.

Lo recuerdo.

Yo tenía dieciséis años. Mi madre estaba trabajando, y yo no quería faltar a un examen. Jacob apareció en casa con apuntes, medicamentos y una sopa que aprendió a hacer con su madre.

Se quedó sentado en el suelo de mi habitación durante horas.

— Te dormiste en la silla — digo.

— Me dormí.

— Y cuando me desperté, estabas sosteniendo mi mano.

— Estabas asustada.

— Tenía fiebre.

— Aun así.

— ¿Me sostuviste la mano porque tenía fiebre?

— Porque estabas asustada.

El recuerdo me conmueve.

— No me acordaba de eso.

— Yo sí me acordaba.

— ¿Ahí empezó?

— Creo que sí.

— ¿Empezaste a gustar de mí porque me enfermé?

— No.

— Entonces ¿por qué?

— Porque me di cuenta de que no quería estar en ningún otro lugar. Porque, incluso cansado, prefería quedarme en el suelo de tu

habitación a irme a casa. Porque la idea de que tú necesitaras a alguien y yo no estuviera allí parecía imposible.

Se me oprime el pecho.

Jacob me mira.

— En aquella época, yo no sabía llamarlo amor. Solo sabía que tú importabas de una manera diferente.

— ¿Y después?

— Después fuiste quedándote en todo.

— ¿En todo?

— En mis planes. En mis horarios. En las pequeñas cosas. Veía una comida y pensaba si te gustaría. Elegía lugares porque sabía que te sentirías cómoda. Aprendí a preparar tu café. Empecé a guardar tus cosas sin quejarme.

— Todavía te quejas.

— Me quejo para mantener las apariencias.

Sonrío, pero me arden los ojos.

— ¿Por qué nunca me lo contaste?

— Porque tú hablabas de nuestra amistad como si fuera lo más importante del mundo.

— Lo era.

— Lo sé.

— ¿Pensaste que, si lo contabas, yo elegiría la amistad?

— Pensé que ya habías elegido.

La frase me golpea.

— Yo nunca elegí en tu contra.

— Pero elegiste la amistad por encima de cualquier romance.

— Porque tenía miedo.

— ¿De qué?

Miro nuestras manos.

— De perderte.

Jacob se queda callado.

— Yo pensaba que, si empezábamos una relación y terminaba, lo perdería todo — continuo. — No solo al novio. Perdería a la persona que me conoce mejor, la persona que me espera, la persona a la que le mando mensajes cuando tengo miedo. Te perdería a ti.

— Yo nunca quise presionarte.

— Lo sé.

— Yo solo quería que supieras que, para mí, no era algo pasajero.

— Me has amado durante años.

— Sí.

— Y yo no me di cuenta.

— Lo escondí muy bien.

— No tan bien.

— Tú no te diste cuenta.

— Me di cuenta de algunas cosas.

Jacob gira el rostro hacia mí.

— ¿De qué?

— De que siempre te acordabas de mi café. De que sabías cuándo yo estaba cansada. De que te quedabas callado cuando yo hablaba de otro chico.

— Te diste cuenta y no preguntaste.

— Pensé que era amistad.

— Tal vez fuera más fácil creer eso.

— Lo era.

— ¿Y ahora?

La pregunta queda suspendida.

Respiro hondo.

— Ahora ya no puedo.

Jacob me observa.

— ¿Ya no puedes qué?

— Fingir que es solo amistad.

Su expresión cambia.

Siento el corazón latir más rápido.

— ¿Desde cuándo? — pregunta.

— No lo sé.

— Rose.

— No hay un momento exacto.

— ¿Lo descubriste por culpa de Lucas?

— No.

— ¿Por culpa de Clara?

— No.

— Entonces ¿cuándo?

Pienso en la cafetería.

En el banco de la plaza.

En la cocina.

En el sofá.

En todos los momentos en que Jacob estuvo a mi lado sin pedir nada.

— Tal vez empecé a darme cuenta cuando te alejaste.

— Eso es lo que me asusta.

— ¿Por qué?

— Porque tal vez solo entendiste cuánto me necesitas cuando dejé de estar cerca.

— No es solo eso.

— ¿Cómo lo sabes?

— Porque no quiero solo que te quedes cerca.

Jacob permanece inmóvil.

— ¿Qué quieres? — pregunta.

Lo miro.

La respuesta existe desde hace días.

Tal vez desde mucho más tiempo.

— Quiero que me mires como miras cuando crees que yo no estoy viendo.

Él contiene la respiración.

— Rose.

— Quiero saber cómo sería besarte.

El silencio se apodera de la plaza.

Jacob no se mueve.

— ¿Estás segura? — pregunta.

— No del todo.

— Entonces no hace falta.

— Lo sé.

— No quiero que hagas esto porque estamos hablando de la promesa.

— No lo estoy haciendo por la promesa.

— ¿Ni porque tienes miedo de perderme?

— Tal vez tenga miedo de perderte. Pero no es solo eso.

— ¿Cómo puedo saberlo?

— No puedes.

— No quiero aceptar un beso del que puedas arrepentirte.

— Ya me arrepentí de no haberte besado.

Jacob cierra los ojos.

— No digas eso.

— ¿Por qué?

— Porque pasé años imaginándolo.

— Entonces deja de imaginar.

— Rose.

— Estoy intentando hablar.

— Lo sé.

— No sé si voy a poder decirlo otra vez.

— No hace falta.

— Hace falta.

Él me mira.

— Empezaste a verme de otra manera — dice.

— Sí.

— Y ya no puedes ignorar lo que sientes.

— No puedo.

— ¿Incluso sin saber exactamente cómo llamarlo?

— Incluso así.

— Puede que estés confundiendo amistad con deseo.

— Lo sé.

— Puede que estés confundiendo seguridad con amor.

— Lo sé.

— Puede que descubras que no quieres esto.

— Lo sé.

— Entonces ¿por qué estás aquí?

La pregunta es casi una súplica.

— Porque, incluso sabiendo todo eso, todavía quiero besarte.

Jacob no responde.

Extiendo la mano y le tomo la suya.

Esta vez, él no se aparta.

Sus dedos se cierran alrededor de los míos.

— No quiero que pienses que estoy eligiendo por conveniencia — digo. — Tú no eres la opción que quedó después de Lucas. No eres la persona más fácil porque ya estás aquí. Eres la persona con la que comparé a todos los demás y que siguió siendo diferente.

— Rose.

— Intenté hablar con Lucas. Él es bueno. Pero yo no quería tocarlo. No quería saber qué estaba pensando. No quería que me mirara como tú miras.

— ¿Cómo miro yo?

— Como si ya supieras quién soy.

Jacob baja la mirada.

— Todavía puedes cambiar de idea.

— Puedo.

— Necesito que lo sepas.

— Lo sé.

— Y, si cambias, no te voy a culpar.

— No puedes prometer eso.

— Puedo intentarlo.

— Estás usando mi palabra.

— Aprendí de ti.

Sonrío.

— No quiero volver a lo que existía antes.

Jacob se queda inmóvil.

— ¿Estás segura?

— De eso sí.

— ¿De lo que existía antes?

— Sí.

— ¿Por qué?

— Porque ahora sé que me amas. Y sé que hay algo en mí que quiere ser amada por ti de otra manera.

La frase es la más honesta que consigo ofrecer.

Jacob cierra los ojos.

— No sé si puedo besarte sin quererlo todo.

— No te estoy pidiendo que quieras poco.

— ¿Y si quiero demasiado?

— Entonces dímelo.

— ¿Y si te asusto?

— No lo harás.

— Rose.

— Ya me conoces desde hace cinco años.

— Eso no significa que sepas cómo besarme.

— Entonces descúbrelo conmigo.

Su mano aprieta la mía.

Siento el temblor.

Jacob tiene miedo.

Yo también.

Pero, esta vez, no retrocedo.

Me acerco despacio.

Él no se mueve.

Sus ojos bajan a mi boca.

Mi corazón late tan fuerte que parece llenar toda la plaza.

— ¿Puedo? — pregunto.

Jacob traga saliva.

— Sí.

Me inclino.

El primer contacto es suave.

Nuestros labios se rozan por un instante, casi como una pregunta.

Podría apartarme.

No me aparto.

Jacob sostiene mi rostro con una de las manos.

El gesto es cuidadoso, como si yo pudiera romperme.

Le toco el hombro y me acerco más.

El beso se profundiza.

Todo lo que quedó atrapado durante años parece moverse al mismo tiempo.

Su mano se desliza hasta mi nuca.

La mía se cierra en su camiseta.

Jacob besa como habla cuando está cerca de mí: con cuidado, atención y una intensidad que intenta controlar.

Siento el calor de su boca, el movimiento lento, la respiración contenida entre un beso y otro.

No existe Lucas.

No existe Clara.

No existe la promesa.

Solo existe Jacob.

La persona que siempre estuvo a mi lado.

El hombre del que tal vez empecé a enamorarme incluso antes de saber lo que era el amor.

El beso se vuelve más intenso.

Jacob me atrae más cerca, y siento su cuerpo contra el mío.

La familiaridad es extraña.

Conozco ese cuerpo.

Conozco los brazos que me abrazaron cuando lloré, los hombros donde dormí, las manos que sostuvieron mis dedos durante caminatas.

Pero nunca así.

Nunca con deseo.

Nunca con la certeza de que me está besando porque me ama.

Cuando me toca el rostro, se me oprime el corazón.

La promesa que hicimos a los quince años parece deshacerse.

No como algo roto.

Como una pared que por fin deja de existir.

Jacob interrumpe el beso primero.

Su frente se apoya en la mía.

Los dos respiramos con dificultad.

— No sé lo que hicimos — susurra.

— Nos besamos.

— Lo sé.

— ¿Te arrepentiste?

— No.

— Entonces ¿por qué estás asustado?

— Porque ahora ya no hay manera de fingir.

La frase me golpea.

Todavía siento el calor de su boca.

Todavía siento su mano en mi nuca.

Todavía siento las ganas de besarlo otra vez.

— Estoy asustada — confieso.

— Lo sé.

— Pero no quiero volver.

Jacob cierra los ojos.

— Rose.

— No quiero que mañana finjamos que esto no pasó.

— No voy a fingir.

— ¿Ni que fue un error?

— No fue un error.

— Entonces ¿qué fue?

Él me mira.

— Un comienzo.

La palabra me hace sonreír.

— ¿Un comienzo de qué?

— No lo sé.

— Estás haciendo esto a propósito.

— Tal vez.

— Eres insoportable.

— Me besaste aun así.

— Besé.

— Entonces tal vez no sea tan malo.

— No te acostumbres.

— Demasiado tarde.

Sonríó.

Jacob me toca el rostro otra vez.

Esta vez, el gesto parece menos cuidadoso y más íntimo.

— ¿Todavía tienes miedo? — pregunta.

— Tengo.

— ¿De mí?

— De perderte.

— No lo harás.

— ¿Y si no funciona?

— Vamos a hablar.

— ¿Y si termina?

— No lo sé.

— Acabas de decir que no voy a perderte.

— No sé cómo será. Pero no quiero que vuelvas a ser una extraña.

— Yo nunca lo sería.

— ¿Lo prometes?

— Lo prometo.

Él apoya la frente en la mía.

— No quiero que nuestra promesa se convierta en una prisión.

— Yo tampoco.

— Entonces necesitamos elegirnos el uno al otro sin miedo.

— Todavía tengo miedo.

— Yo también.

— ¿Pero puedo elegir aun así?

— Puedes.

— ¿Me elegirías?

Jacob me mira como si la pregunta fuera absurda.

— Te elijo desde los diecisiete.

— No. Ahora.

Él me toma la mano.

— Ahora también.

Me acerco y lo beso otra vez.

Esta vez, no hay vacilación.

El beso es más largo, más caliente y más íntimo.

Jacob me atrae hacia él, y yo me acomodo contra él.

No necesitamos decir nada.

El cuerpo entiende antes que la cabeza.

Su boca se mueve sobre la mía con una familiaridad que no debería existir, pero existe.

Siento el corazón acelerarse, la respiración fallar y el miedo disolverse por unos segundos.

Cuando nos apartamos, permanezco cerca.

— Esto lo cambió todo — digo.

— Lo cambió.

— ¿Te arrepientes?

— No.

— Yo tampoco.

Jacob sonríe.

— ¿De verdad?

— De verdad.

— Todavía no sabes si me amas.

— Sé que no quiero seguir fingiendo que no siento.

— Eso es suficiente por hoy.

— ¿Para ti?

— Para empezar.

La palabra vuelve.

Comienzo.

No sé adónde nos va a llevar.

No sé si seremos buenos en esto.

No sé cómo será compartir el apartamento después de un beso.

No sé si lograremos volver a dormir en el mismo sofá sin pensar en lo que pasó.

Pero sé que no quiero volver a antes.

No quiero mirar a Jacob y ver solo a mi mejor amigo.

No quiero fingir que su contacto no me afecta.

No quiero oír a alguien decir que él está interesado en otra chica y fingir que no siento nada.

No quiero salir con otros hombres solo para demostrar que puedo encontrar a alguien.

Ya encontré.

Tal vez encontré hace mucho tiempo.

...

Volvemos a casa después de que oscurece por completo.

Caminamos lado a lado, pero ahora nuestras manos están unidas.

Es la primera vez que nos tomamos de las manos como algo diferente de amigos.

El gesto es simple.

Aun así, parece enorme.

En la entrada del apartamento, nos detenemos.

Jacob me mira.

— ¿Quieres entrar?

— Quiero.

— ¿Estás segura?

— Estoy.

— No necesitas quedarte conmigo si estás confundida.

— Quiero quedarme.

— Rose.

— ¿Vas a seguir preguntando hasta que responda de una manera que tenga sentido para ti?

— Tal vez.

— Entonces entra.

Él abre la puerta.

El apartamento es el mismo.

La cocina pequeña.

El sofá.

Las tazas.

Los cojines.

Pero todo parece diferente.

Porque nosotros somos diferentes.

Rose deja el bolso sobre la silla.

Me quito la chaqueta.

Jacob permanece cerca de la puerta.

— ¿Quieres ver una película? — pregunta.

— No.

— ¿Quieres comer?

— No.

— ¿Quieres dormir?

— Todavía no.

Él se acerca.

— Entonces ¿qué quieres?

Miro su boca.

— Quiero besarte otra vez.

Jacob sonríe.

— Eso sí lo puedo entender.

Me atrae por la cintura.

El segundo beso dentro del apartamento es diferente del primero.

No existe la misma sorpresa.

Existe conciencia.

Deseo.

La certeza de que ambos estamos eligiendo.

Jacob me besa despacio, luego más intensamente. Yo rodeo su cuello con los brazos. Su boca baja por la comisura de la mía, y todo mi cuerpo reacciona.

Cuando se aparta, mantiene la frente apoyada en la mía.

— ¿Todavía con miedo?

— Sí.

— ¿Y todavía aquí?

— Todavía aquí.

— Entonces tal vez sea suficiente.

Sonrío.

— Tal vez.

— ¿Vas a dejar de usar esa palabra?

— No.

— Está bien.

Me besa otra vez.

Esta vez, no intento pensar en lo que vendrá después.

No intento decidir si ya puedo llamar a eso amor.

No intento encontrar una definición segura.

Solo me quedo.

Porque, por primera vez, quedarme al lado de Jacob no parece una elección entre amistad y romance.

Parece la elección de seguir siendo nosotros dos, pero de una manera más honesta.

El beso termina.

Nos quedamos abrazados en medio de la sala.

— ¿Jacob?

— ¿Hm?

— Todavía eres mi mejor amigo.

— Lo sé.

— Y ahora tal vez sea otra cosa.

— Tal vez.

— Estás haciendo esto a propósito.

— Estoy intentando seguirte.

Río contra su pecho.

Jacob me envuelve con los brazos.

Y, incluso con miedo, comprendo una cosa:

No quiero volver a lo que existía antes.

CAPÍTULO 16

Siempre te elegí a ti

No duermo esa noche.

No porque esté arrepentido.

El problema es exactamente lo contrario.

No consigo dejar de pensar en el beso.

En la manera en que Rose agarró mi camiseta.

En la forma en que se acercó sin que yo se lo pidiera.

En su voz diciendo que quería besarme.

En el segundo beso, dentro del apartamento, cuando ya no existía la excusa de que aquello había ocurrido por impulso.

Rose me besó dos veces.

Y, después, se quedó.

No corrió al cuarto.

No dijo que había sido un error.

No me pidió que fingiera que no había pasado nada.

Aun así, no sé lo que eso significa para ella.

Para mí, significa todo.

Paso la madrugada acostado, mirando al techo e intentando controlar la esperanza.

Rose dijo que no quiere volver a lo que existía antes.

Dijo que existe algo entre nosotros.

Dijo que quiere descubrirlo.

Pero también dijo que todavía tiene miedo.

La palabra se queda conmigo.

Miedo.

Conozco ese sentimiento.

Pasé años con miedo de contarlo.

Ahora, Rose también tiene miedo de quedarse.

Tal vez sea natural.

El beso no transformó todo en certeza.

Solo hizo imposible seguir fingiendo.

Me levanto antes del amanecer y voy hasta la cocina.

La taza azul está donde la dejamos la noche anterior.

La tomo.

Por unos segundos, considero preparar café.

Entonces me detengo.

No sé si la rutina sigue siendo la misma.

Después de lo que pasó, no consigo tratar la taza como algo común.

Preparo el café de todos modos.

Pongo la taza azul delante de la puerta del cuarto de Rose.

No llamo.

Vuelvo a la cocina.

Unos minutos después, escucho la puerta abrirse.

— ¿Jacob?

— Buenos días.

— Dejaste café.

— Dejé.

— No viniste a despertarme.

— Pensé que tal vez quisieras dormir.

— Casi no dormí.

— Yo tampoco.

Rose entra en la cocina.

Está usando una camiseta mía.

Es una de las más antiguas, demasiado grande para ella y con una pequeña mancha cerca del dobladillo. Yo solía usarla para dormir, hasta que Rose la agarró una noche y nunca más la devolvió.

Normalmente, haría algún comentario.

Hoy, solo miro.

Ella se da cuenta.

— ¿Qué?

— Nada.

— Estás mirando la camiseta.

— Es mía.

— Ahora es mía.

— Lo sé.

— ¿La quieres de vuelta?

— No.

— ¿Estás seguro?

— Estoy.

Rose pone la taza sobre la encimera.

— Estás raro.

— Tú también.

— Te besé ayer.

— Lo sé.

— Y estás actuando como si yo solo hubiera usado tu camiseta.

— Estoy intentando no asustarte.

— Tú no me asustas.

— Lo que pasó ayer fue importante.

— Lo sé.

— No quiero actuar como si ya supiéramos lo que somos.

— No lo sabemos.

— Exactamente.

Rose toma la taza.

— Pero tampoco somos lo que éramos.

— Lo sé.

— Entonces no necesitas fingir que nada cambió.

— No estoy fingiendo.

— Estás intentando.

— Tal vez.

Ella sonríe levemente.

— De verdad aprendiste conmigo.

— Por desgracia.

— No me arrepiento.

— ¿De qué?

— Del beso.

Mi pecho se aprieta.

— Yo tampoco.

— ¿Pasaste la noche pensando en eso?

— Sí.

— Yo también.

— ¿Y a qué conclusión llegaste?

Rose bebe un sorbo del café.

— Que no quiero fingir que no pasó.

La respuesta no es una declaración.

Pero es exactamente lo que necesito oír.

— Entonces no vamos a fingir.

— Está bien.

— ¿Quieres que siga llamando a tu puerta?

— Quiero.

— ¿Y preparando tu café?

— Quiero.

— ¿Y esperándote después de las clases?

— Quiero.

— ¿Y besándote?

Rose baja la taza.

Su mirada se encuentra con la mía.

— Quiero.

La palabra atraviesa la cocina.

No puedo evitar la sonrisa.

Rose también sonríe.

— Estás feliz — dice.

— Estoy.

— Eso hace que parezcas menos aterrador.

— ¿Yo te estaba asustando?

— Tal vez.

— Estás abusando de esa palabra.

— Lo sé.

Ella se acerca.

No me besa.

Solo toca mi brazo.

Pero el gesto tiene un significado diferente ahora.

Es un toque que no necesita ser explicado.

— ¿Vamos a la facultad? — pregunta.

— Vamos.

...

El camino hasta el campus parece más corto.

Rose camina a mi lado, lo bastante cerca como para que nuestros brazos se rocen.

Ninguno de los dos intenta disimular.

Antes, cuando nos tocábamos, yo podía fingir que era costumbre.

Ahora, cada contacto parece una elección.

Ella me toma la mano mientras cruzamos la calle.

Lo hace de manera automática.

Después se da cuenta y mira nuestros dedos unidos.

— ¿Quieres soltar? — pregunta.

— No.

— Yo tampoco.

Seguimos caminando.

Es un gesto simple.

Aun así, siento como si el mundo entero pudiera notarlo.

En la entrada del edificio de Ingeniería Civil, Rose se detiene.

— ¿Vas a pasar por aquí después de clase?

— Voy.

— No necesitas venir solo por mi culpa.

— Quiero venir.

Ella sonríe.

— Entonces ven.

— Vengo.

Rose se acerca y besa mi mejilla.

El beso es rápido.

Casi inocente.

Pero me quedo quieto después de que ella entra.

La sensación permanece en la piel.

Daniel aparece a mi lado.

— Estás sonriendo solo.

— No estoy.

— Sí estás.

— Estoy pensando.

— ¿En Ingeniería?

— No.

— ¿Rose?

Lo miro.

— Haces demasiadas preguntas.

— Respondes poco.

— Es una estrategia.

— ¿Está funcionando?

— No.

Él se ríe y sigue hacia el laboratorio.

Yo me quedo observando la puerta por la que Rose desapareció.

Por primera vez, no necesito esconder la sonrisa.

...

Pasamos la mañana intercambiando mensajes.

No muchos.

Solo lo suficiente para mantener la presencia del otro.

Rose: Mi profesor lleva veinte minutos hablando sobre una estructura que no existe.

Jacob: Tal vez la esté construyendo mentalmente.

Rose: Debería construir en silencio.

Jacob: ¿Ya dibujaste un puente para escapar del aula?

Rose: Todavía no.

Jacob: Puedo ayudar.

Rose: Tú no entiendes de puentes.

Jacob: Entiendo de fugas.

Rose: ¿Te escaparías conmigo?

Jacob: Siempre.

Leo la palabra que envié.

Siempre.

Antes, solo llevaba amistad.

Ahora, hay más.

Rose: ¿Estás siendo romántico?

Jacob: Estoy siendo realista.

Rose: ¿Desde cuándo escapar es realista?

Jacob: Desde que tú estés conmigo.

Rose: Necesitas parar.

Jacob: No quiero.

Rose: Yo tampoco.

Guardo el celular.

Es peligroso lo mucho que una conversación simple me hace feliz.

No quiero que Rose diga que me ama solo porque me besó.

No quiero que haga promesas.

Pero me gusta saber que ella no quiere que yo pare.

Tal vez eso sea suficiente por ahora.

...

En el intervalo entre clases, encuentro a Rose en el patio.

Ella viene hacia mí sin dudar.

— Llegas tarde — dice.

— Acabas de mandarme un mensaje hace dos minutos.

— Estaba esperando desde antes.

— Eso lo cambia todo.

— Lo cambia.

Ella me toma la mano.

— ¿Vamos a almorzar?

— Vamos.

Caminamos por el campus.

No hay un destino definido.

Solo seguimos.

Rose pregunta sobre el laboratorio, y yo explico una parte del proyecto. Ella finge entender y hace preguntas tan absurdas que empiezo a reír.

— Te estás riendo de mí — dice.

— Me estoy riendo contigo.

— No parece.

- Porque estás equivocada.
- Yo entiendo de estructuras.
- Acabas de preguntar si un engranaje puede ponerse triste.
- Era una pregunta hipotética.
- Era una pregunta absurda.
- Tú no sabes lo que pasa dentro de un engranaje.
- Ahora estoy preocupado.

Rose sonríe.

Es la misma facilidad de antes.

Pero ahora siento el deseo de besarla cada vez que ella sonríe.

Necesito controlarme.

No quiero transformar cada momento en un intento de sobrepasar límites.

— Me estás mirando — dice ella.

— Sí.

— ¿Por qué?

— Porque estás bonita.

— Ya dijiste eso hoy.

— Puedo repetirlo.

— No me estoy quejando.

— Lo sé.

— ¿Te está gustando poder decirlo?

— Mucho.

Rose aprieta mi mano.

— Entonces sigue.

Mi corazón reacciona.

Ella no necesita decir mucho.

Cada pequeña permisión parece enorme.

...

Paramos en la hamburguesería cerca de la universidad.

Es el mismo lugar donde Rose salió con Lucas, pero ahora estamos solos.

El recuerdo me incomoda.

Ella se da cuenta en cuanto entramos.

— No necesitas quedarte pensando en aquella noche.

— No estoy.

— Sí estás.

— Tal vez un poco.

— Comparé todo contigo.

— Lo sé.

— No necesitas parecer feliz por eso.

— Estoy intentando no parecerlo.

— Estás fallando.

— Qué pena.

Nos sentamos en la mesa cerca de la ventana.

Es la misma mesa donde Lucas se quedó.

No sé si fue elección de Rose.

Tal vez era la única libre.

Aun así, siento la importancia.

— ¿Quieres pedir lo mismo? — pregunto.

— Quiero.

— ¿La hamburguesa con queso y cebolla caramelizada?

— Sí.

— ¿Y una porción grande de papas?

— Sí.

— ¿Para compartir?

— Siempre.

La palabra me golpea.

Siempre.

El pedido llega unos minutos después.

Rose toma una papa de mi plato.

Yo finjo indignación.

— Podrías pedir las tuyas.

— Las pedí.

— Entonces ¿por qué estás comiendo las mías?

— Porque las tuyas parecen mejores.

— Son iguales.

— No lo son.

— Siempre dices eso.

— Y tú siempre lo permites.

— Porque sé que vas a agarrarlas de todos modos.

— Me conoces.

— Te conozco.

Ella sonríe.

La conversación fluye como siempre.

Pero no es exactamente como siempre.

Cuando Rose toca mi mano para llamar mi atención, siento que el cuerpo entero responde.

Cuando ella se inclina para tomar una papa, siento el perfume.

Cuando sus ojos se encuentran con los míos, recuerdo el beso.

La intensidad no desapareció.

Solo encontré espacio dentro de la rutina.

— Estás muy callado — dice Rose.

— Estoy intentando comer.

— Puedes hablar y comer.

— Estoy intentando no besarte cada dos minutos.

Rose se detiene con la papa entre los dedos.

— Podrías haber dicho eso de una manera más discreta.

— Estamos en una mesa en la esquina.

— Aun así.

— Perdón.

— No pidas perdón.

— Estás sonrojándote.

— No estoy.

— Sí estás.

— Jacob.

— Rose.

Ella aparta la mirada.

— Tú también lo estás.

— Yo siempre estoy sonrojado.

— No es verdad.

— Es una característica de mi piel.

— Es una excusa.

— Tal vez.

Ella sonríe.

— Estás imposible después de que me besaste.

— Tú me besaste.

— Tú participaste.

— No me estoy quejando.

— Yo tampoco.

La frase queda entre nosotros.

Extiendo la mano bajo la mesa y toco sus dedos.

Rose entrelaza sus dedos con los míos.

El gesto está escondido.

Íntimo.

— ¿Cómo te estás sintiendo? — pregunto.

— Bien.

— ¿Solo bien?

— Asustada también.

— Lo sé.

— Puedes dejar de decir eso.

— Perdón.

— No pidas perdón.

— Se está volviendo difícil hablar contigo.

— Puedes intentarlo.

— Estoy intentando.

Rose aprieta mi mano.

— No quiero que todo se ponga raro.

— Ya se puso.

— Lo sé.

— Pero no necesariamente de una manera mala.

— No.

— Solo diferente.

— Diferente.

— Tal vez necesitemos aprender una nueva forma de estar juntos.

— Sin abandonar la amistad.

— Nunca.

— ¿Aunque no funcione?

La pregunta me hace detenerme.

— No sé cómo sería.

— Dijiste que no querías volver a ser una extraña.

— No quiero.

— Entonces necesitamos tener cuidado.

— Estás repitiendo eso.

- Porque parece importante.
- Lo es.
- Pero cuidado no significa distancia.
- Lo sé.
- Ni silencio.
- Lo sé.
- Entonces ¿qué significa?

Pienso.

- Significa que vamos a hablar. Que ninguno de los dos va a suponer. Que tú puedes retroceder si no te sientes lista. Y que yo voy a respetarlo.
- ¿Y si yo quiero acercarme?
- Puedes.
- ¿Aunque no sepa lo que eso significa?
- Puedes.
- ¿Y si tú te lastimas?
- Lo diré.
- ¿Lo prometes?
- Lo prometo.

Ella asiente.

— Entonces yo también lo prometo.

...

Después de la hamburguesería, caminamos por el campus.

El sol está más bajo, y el movimiento disminuyó.

Rose se agarra de mi brazo.

No de mi mano.

Del brazo.

Es un gesto más cercano que el de antes.

Caminamos despacio.

— ¿Recuerdas la primera vez que te diste cuenta de que te gustaba?

— pregunta ella.

— Recuerdo.

— ¿Me lo contaste ayer?

— Conté una parte.

— Quiero saberlo todo.

— ¿Todo?

— Todo lo que consigas decir.

Miro el camino.

— Creo que empezó cuando te enfermaste a los dieciséis.

— Tú cuidaste de mí.

— Sí.

— ¿Y después?

— Después, tuve miedo de que te dieras cuenta antes de que yo entendiera.

— ¿Yo me di cuenta de algo?

— Tú te das cuenta de todo. Solo no te diste cuenta de eso.

— Estaba distraída.

— ¿Con qué?

— Contigo.

La frase me hace detenerme.

Rose también se detiene.

— ¿Qué significa eso? — pregunto.

— Que yo te prestaba atención, pero de una manera diferente.

— ¿Cuándo empezó?

— No lo sé.

— Estás usando mi respuesta.

— Tal vez sí aprendí de verdad.

— Entonces dime cuándo te diste cuenta.

Rose mira nuestras manos.

— Cuando vi a Clara tocándote.

Siento una punzada de culpa.

— No quería que sufrieras.

— Lo sé.

— ¿Fue ahí?

— Fue cuando entendí que no soportaba la idea de que otra chica tuviera una intimidad que yo consideraba mía.

— Tú siempre tuviste esa intimidad.

— Lo sé.

— Pero no sabía que deseaba más.

— No.

— ¿Y ahora?

Rose se acerca.

— Ahora sé que te quiero cerca de una manera diferente.

La confesión es baja.

Pero es suficiente para dejarme sin palabras.

— No necesitas decir que me amas — digo.

— Lo sé.

— No quiero que hagas eso porque creas que es lo que necesito oír.

— No lo voy a hacer.

— ¿Aunque ames?

— Cuando sepa cómo decirlo, lo diré porque quiero.

Asiento.

Esa es la respuesta correcta.

No la que me gustaría oír inmediatamente.

La correcta.

— Siempre te elegí a ti — digo.

Rose levanta los ojos.

— ¿Desde cuándo?

— Antes de saber que estaba eligiendo.

— ¿Y ahora?

— Ahora elijo conscientemente.

Ella se acerca.

— ¿Puedo besarte?

— Puedes.

El beso ocurre en medio del camino, bajo la sombra de los árboles.

No es tan intenso como el primero.

Es más calmado.

Más seguro.

Rose sostiene mi rostro.

Yo toco su cintura.

Cuando nos separamos, ella permanece cerca.

— Esto se siente diferente — dice.

— ¿Cómo?

— Antes parecía que estábamos atravesando algo.

— ¿Y ahora?

— Ahora parece que ya atravesamos.

Sonrío.

— ¿Eso es bueno?

— Lo es.

— ¿Estás menos asustada?

— No.

— Entonces ¿cómo es bueno?

— Porque ahora sé que puedo volver si quiero.

La frase me toca.

— Tú siempre puedes.

— Lo sé.

— ¿Y yo también puedo?

— Puedes.

Rose asiente.

— No quiero volver.

— Lo sé.

— Para.

— Perdón.

Ella se ríe.

— Nunca aprendes.

— Estoy aprendiendo despacio.

— ¿Conmigo?

— Siempre contigo.

...

Volvemos a casa al final de la tarde.

La rutina del apartamento parece casi igual.

Rose deja el bolso sobre la silla.

Yo pongo las llaves en la encimera.

Ella va hasta la cocina y abre la nevera.

— ¿Qué tenemos para cenar?

— ¿Quieres cocinar?

— Quiero.

— Sabes que, la última vez, casi quemaste la olla.

— Estaba distraída.

— Te olvidaste del fuego.

— Fue una distracción pequeña.

— El detector de humo no está de acuerdo.

— Estás intentando arruinar nuestro momento.

— Estoy intentando mantener la cocina intacta.

Preparamos pasta juntos.

Rose corta los tomates.

Yo me encargo de la salsa.

Ella toma comida de la olla antes de que esté lista, y yo me quejo.

Discutimos sobre la cantidad de sal.

Ella dice que está perfecto.

Yo digo que está exagerado.

Al final, comemos sentados a la mesa.

Es una noche común.

Y exactamente por eso parece tan importante.

Después de la cena, Rose se sienta en el sofá.

Yo me quedo a su lado.

Esta vez, ella no espera a que yo elija la distancia.

Apoya la cabeza en mi pecho.

Yo rodeo sus hombros.

La televisión está encendida.

Ninguno de los dos presta atención.

— ¿Crees que todavía somos mejores amigos? — pregunta.

— Sí.

- ¿Incluso ahora?
- Principalmente ahora.
- ¿Y si empezamos a salir?
- Todavía lo seremos.
- ¿Y si no funciona?
- Todavía lo seremos.
- Hablas como si estuvieras seguro.
- De nosotros dos como mejores amigos, lo estoy.

Rose levanta el rostro.

- ¿Y de nosotros como pareja?
- Todavía no.
- Eso debería asustarme.
- ¿Te asusta?
- Un poco.
- A mí también.
- Pero quieres intentarlo.
- Quiero.
- ¿Por qué?

— Porque no consigo imaginar elegir a otra persona.

Rose se queda callada.

— Todavía no consigo decir que te amo de la misma manera —
confiesa.

— Lo sé.

— Pero no porque no sienta nada.

— Lo sé.

— Porque siento tantas cosas que no consigo separar.

— No necesitas separar todo ahora.

— ¿No vas a quedarte esperando una declaración?

— Me va a gustar cuando llegue.

— ¿Pero no vas a exigirla?

— Nunca.

Rose toca mi rostro.

— Quiero descubrirlo.

— Entonces descúbrelo conmigo.

— ¿Despacio?

— Despacio.

— ¿Sin abandonar la amistad?

— Sin abandonar.

Ella se acerca y me besa.

Esta vez, no hay miedo suficiente para interrumpir.

El beso crece lentamente.

Siento sus dedos en mi cabello.

Mi mano se desliza por su espalda.

La intimidad todavía es nueva, pero la confianza es antigua.

Cuando nos separamos, Rose permanece cerca.

— Lo estamos haciendo — dice.

— Lo estamos.

— ¿Incluso sin saber exactamente lo que somos?

— Lo estamos descubriendo.

— Juntos.

— Juntos.

Ella apoya la cabeza en mi pecho otra vez.

Yo beso su cabello.

La noche continúa.

La televisión permanece encendida.

La comida se enfría en la cocina.

Y pienso que tal vez este sea el comienzo más verdadero que podríamos tener.

No hay promesa de que nunca vamos a lastimarnos.

No hay garantía de que todo va a funcionar.

Solo existe la elección de no huir.

Rose eligió quedarse.

Todavía no sé si ella me ama.

Pero sé que ya no está intentando encontrar a alguien que no sea yo.

Y, por primera vez, eso es suficiente.

CAPÍTULO 17

La elección

La primera cosa que cambia cuando decidimos intentarlo es que nada parece realmente diferente.

Jacob sigue olvidando el cargador en la sala.

Yo sigo robando las patatas de su plato.

Él sigue quejándose de que dejo mis cuadernos esparcidos por la mesa.

Yo sigo diciendo que el desorden forma parte de mi proceso creativo.

La rutina permanece.

Pero, entre una cosa y otra, hay besos.

Pequeños.

Rápidos.

A veces inesperados.

Jacob me besa antes de salir para el laboratorio.

Yo beso su mejilla cuando él me deja café.

Nos damos un beso largo en la cocina mientras el agua de la pasta hierve.

Después, volvemos a discutir sobre la cena como si nada hubiera pasado.

Solo que todo pasó.

Cada toque ganó una intención.

Cada mirada dura un poco más.

Cuando Jacob entra en una habitación, ya no consigo fingir que no me doy cuenta.

Cuando pasa junto a mí en la cocina, mi cuerpo espera que me toque.

Cuando se sienta a mi lado en el sofá, dejo un espacio menor entre nosotros.

La amistad sigue siendo la base.

Pero ahora hay otra cosa creciendo sobre ella.

Y yo todavía estoy aprendiendo a vivir con eso.

...

La mañana siguiente al beso, me despierto antes del despertador.

No porque esté ansiosa por la clase.

Porque escucho a Jacob moviéndose en la cocina.

Me levanto y voy hasta allí.

Está de espaldas, preparando café.

La taza azul ya está sobre la encimera.

— ¿Estás intentando sustituirme? — pregunto.

Jacob mira por encima del hombro.

— Buenos días para ti también.

— Hiciste el café antes de que yo lo pidiera.

— Me estoy adelantando.

— Eso es una característica nueva.

— Estoy evolucionando.

Me acerco.

Él me entrega la taza.

Antes de que la tome, me inclino y beso su boca.

Es un beso rápido.

Pero Jacob se queda quieto después de que me aparto.

— ¿Eso fue un buenos días? — pregunta.

— Lo fue.

— ¿Vas a hacer eso todas las mañanas?

— Tal vez.

— Tienes que dejar de usar esa palabra.

— No quiero.

Él sonríe.

— Entonces tal vez no pueda quejarme.

— No puedes.

— Puedo quejarme de cualquier cosa.

— Puedes intentarlo.

Lo beso de nuevo.

Esta vez, su mano toca mi cintura.

Me atrae un poco más hacia él, y el beso dura más de lo que planeamos.

Cuando nos separamos, el agua del café empieza a hervir demasiado.

— Te olvidaste de la olla — digo.

— Me distrajiste.

— ¿Yo?

— Me besaste.

- Podrías haber prestado atención.
- No puedo hacer dos cosas al mismo tiempo.
- Siempre dices que puedes.
- Descubrí que no.

Corro hacia la cocina.

Jacob se ríe detrás de mí.

El sonido me hace sonreír.

Así es como debería ser.

Extraño y familiar.

Nuevo y antiguo al mismo tiempo.

...

En la universidad, empezamos a descubrir cómo actuar cuando hay otras personas cerca.

El primer día, caminamos de la mano hasta el edificio de Ingeniería Civil.

Cuando llegamos a la entrada, Rose duda.

- ¿Quieres soltar? — pregunto.
- No.
- Yo tampoco.

- Pero la gente está mirando.
- Siempre miran.
- Ahora pueden entender.
- ¿Entender qué?
- Que algo cambió.
- Cambió.
- Lo sé.
- Entonces, ¿por qué esconderlo?
- No quiero que todo el mundo lo sepa antes de que nosotros dos sepamos exactamente lo que estamos haciendo.

Jacob asiente.

- Podemos quedarnos solo entre nosotros por ahora.
- ¿Te importa?
- No.
- ¿Querías contarlo?
- Quería contar que por fin me besaste.
- No lo cuentes.
- No lo haré.

— Ni a Daniel.

— Daniel ya lo descubrió.

— ¿Cómo?

— Sonrío demasiado.

— Siempre sonrías.

— No de esa manera.

La frase me hace apretar su mano.

— ¿Estás feliz?

— Lo estoy.

— ¿Incluso sin saber qué va a pasar?

— Principalmente porque no lo sé.

— Eso es extraño.

— Nosotros somos extraños.

— Mejores amigos extraños.

— Tal vez algo más que eso.

La palabra me hace sonreír.

— Algo más que eso.

Suelto su mano solo cuando entro en el edificio.

Antes de alejarme, beso su mejilla.

Jacob se queda mirando mientras cruzo el pasillo.

No sé si alguien se da cuenta.

No me importa.

Todavía no estamos listos para hacer un anuncio.

Pero tampoco estamos intentando ocultárnoslo a nosotros mismos.

...

Pasamos la mañana intercambiando mensajes.

Rose: ¿Estás prestando atención?

Jacob: Sí.

Rose: El profesor acaba de preguntar algo y miraste a la pizarra como si estuvieras perdido.

Jacob: Estoy intentando concentrarme.

Rose: ¿No puedes hacer dos cosas al mismo tiempo?

Jacob: No cuando tú sigues mandándome mensajes.

Rose: Puedes ignorar.

Jacob: No quiero.

Rose: Te estás poniendo romántico otra vez.

Jacob: Te gusta.

Rose: Tal vez.

Jacob: Aceptaré eso.

Rose: No te acostumbres.

Jacob: Demasiado tarde.

Guardo el móvil, pero sigo sonriendo.

Emily se da cuenta.

— ¿Estás con alguien? — pregunta.

La pregunta me pone alerta.

— ¿Por qué?

— Porque estás sonriendo al móvil como una persona enamorada.

— Tal vez lo esté.

Emily apoya la barbilla en la mano.

— ¿Es Jacob?

Miro alrededor del aula.

Nadie nos está prestando atención.

— Sí.

Ella sonríe.

— ¿Están juntos?

Pienso en la palabra.

Juntos.

— Lo estamos intentando.

— ¿Eso significa sí o no?

— Significa que lo estamos descubriendo.

— Rose.

— Todavía no se lo hemos contado a nadie.

— Acabas de contármelo a mí.

— Tú ya lo sabías.

— Lo sospechaba.

— Ahora lo sabes.

Emily aprieta mi mano sobre la mesa.

— ¿Estás feliz?

La pregunta es simple.

Esta vez, no necesito pensar.

— Lo estoy.

— ¿Y con miedo?

— Mucho.

— Entonces todo está normal.

Sonríó.

— Lo amo.

Decirlo en voz alta a otra persona se siente diferente.

El nombre de Jacob no está presente, pero existe en la frase.

Emily aprieta mi mano otra vez.

— Sabes que él está completamente enamorado de ti, ¿verdad?

— Lo sé.

— ¿Y aun así tienes miedo?

— Porque él es demasiado importante.

— Eso no es motivo para huir.

— No estoy huyendo.

— Te estás quedando.

— Estoy eligiendo quedarme.

Emily sonríe.

— Entonces tal vez por fin hayas descubierto lo que estabas buscando.

— Yo no estaba buscando a alguien.

— Estabas buscando una excusa para no mirarlo.

— También.

— ¿Y ahora?

Miro el móvil.

Jacob: ¿Te estás riendo de mí?

Rose: Tal vez.

Jacob: Lo sabía.

— Ahora lo estoy mirando.

...

Después de las clases, me encuentro con Jacob cerca de la biblioteca.

Él sostiene dos libros y parece haber salido del laboratorio hace poco.

— Llegas tarde — dice.

— Tú llegaste temprano.

— Eso no cambia el hecho.

— Me echaste de menos.

— Sí.

La respuesta es tan directa que me quedo sin reacción.

— No necesitas decirlo así.

— ¿Por qué?

— Porque yo también.

— Entonces estamos empatados.

Él me besa.

No es un beso rápido como los de la mañana.

Es un beso en medio del campus, cerca de la biblioteca, con estudiantes pasando junto a nosotros.

Su mano toca mi cintura.

La mía se apoya en su pecho.

Cuando nos separamos, siento la cara caliente.

— Eso fue público — digo.

— Lo fue.

— Alguien pudo haber visto.

— Lo sé.

— ¿No te importa?

— No mucho.

— A mí me importa un poco.

— ¿Quieres que me disculpe?

— No.

— Entonces a ti tampoco te importa tanto.

— Tal vez.

— Esa palabra otra vez.

— Te gusta.

— Me gusta.

Él toma mi mano.

— ¿Vamos a estudiar?

— Vamos.

La biblioteca es el lugar en el que siempre trabajamos juntos.

Ahora, sentarnos lado a lado parece una intimidad diferente.

Jacob abre el portátil.

Yo esparzo mis dibujos sobre la mesa.

Durante unos minutos, estudiamos en silencio.

Él toca mi pierna con la rodilla.

Yo no me aparto.

Cuando termina una parte del informe, se inclina y besa mi cabello.

Yo sonrío sin apartar la vista del proyecto.

— ¿Vas a hacer eso cada vez que termines una página? — pregunto.

— Tal vez.

— Te estás aprovechando.

— Estoy celebrando.

— ¿Conmigo?

— Contigo.

Dejo de dibujar.

— ¿Estás feliz porque estamos estudiando?

— Estoy feliz porque estás aquí.

La respuesta me hace bajar el lápiz.

— Yo también.

Jacob me mira.

— ¿Todavía tienes miedo?

— Tengo.

— ¿De qué?

— De hacer algo mal.

- No necesitas ser perfecta.
- No estoy hablando de la universidad.
- Lo sé.
- Tú lo sabes todo.
- No todo.
- Pero sabes lo que quiero decir.
- Lo sé.
- Tengo miedo de no conseguir ser la persona que tú esperas.

Jacob cierra el portátil.

- Yo no espero que seas una persona específica.
- Has estado enamorado de mí durante años.
- Eso no significa que haya creado una versión perfecta de ti.
- Podrías haberla creado.
- Me enamoré de quien eres.
- ¿Y si cambio?
- Vas a cambiar.
- ¿Y si no sé amarte como esperas?
- Yo no espero que me ames como yo amo.

- Eso parece imposible.
- No lo es.
- Tú me amas completamente.
- Sí.
- Yo todavía estoy aprendiendo.
- Lo sé.
- ¿No quieres más?

Jacob me observa.

- Te quiero como tú puedes darme.
- ¿Y si es poco?
- Tú no eres poco.
- Tal vez lo que yo consiga dar sea poco.
- Entonces empecemos con eso.

La respuesta me emociona.

Jacob no está intentando convencerme.

No está exigiendo que yo diga más.

Solo está aceptando lo que consigo ofrecer.

- Quiero dar más — digo.

— No necesitas prometer.

— No es una promesa.

— Entonces, ¿qué es?

— Una intención.

— Eso lo acepto.

Él toma mi mano por encima de la mesa.

Volvemos a estudiar.

Pero, después de eso, los cálculos parecen más fáciles.

...

En los días siguientes, aprendemos pequeñas cosas sobre estar juntos.

Jacob todavía me llama mejor amiga cuando quiere provocarme.

Yo todavía lo llamo insoportable cuando intenta organizar mis papeles.

No cambiamos los nombres en el móvil.

No ponemos fotos juntos en las redes sociales.

No se lo contamos a toda la universidad.

Pero, entre nosotros, ya no hay duda sobre lo que estamos haciendo.

De camino a casa, él me toma la mano.

En la cocina, me besa mientras espera la cena.

En el sofá, nos quedamos más cerca que antes.

A veces, vemos una película entera.

A veces, no pasamos de la primera escena porque un beso se convierte en otro.

La intimidad crece despacio.

Con cuidado.

Sin prisa.

Jacob siempre pregunta si estoy bien.

Yo siempre digo que sí.

A veces, lo estoy.

A veces, solo estoy intentando creer que puedo quedarme.

Una noche, durante un paseo por el campus, él pregunta si quiero conocer a sus amigos.

— Ya me presentaste a Daniel.

— Daniel no cuenta.

— ¿Por qué?

— Él ya sabía de ti antes de conocerte.

- Eso es porque hablas demasiado.
- Tú hablas más.
- Yo doy información necesaria.
- Le contaste que yo olvidé un calcetín en el baño durante tres días.
- Eso es una información importante.
- ¿Para quién?
- Para cualquier persona que viva contigo.
- Él cree que tú eres perfecta.
- Daniel tiene buen juicio.

Jacob sonríe.

- ¿Quieres conocer a mis compañeros?
- Quiero.
- Podemos hacerlo.
- ¿Cuándo?
- Cuando estés lista.
- Lo estoy.
- No necesitas apresurarte para demostrarlo.

— Lo sé.

— Entonces, ¿por qué estás diciendo que estás lista?

— Porque lo estoy.

Jacob deja de caminar.

— No necesitas hacerlo todo de una vez.

— No lo estoy haciendo todo de una vez. Solo quiero que algunas personas lo sepan.

— ¿Por qué?

— Porque no quiero sentir que te estoy escondiendo.

— Acordamos que no haríamos un gran anuncio.

— Lo sé.

— Pero eso no significa que tengamos que fingir que no existe nada.

— Lo sé.

— Rose.

— Puedes dejar de decir que lo sabes.

— Estás repitiendo mis frases.

— Tal vez esté aprendiendo.

Él sonríe.

Me acerco y beso su boca.

— No necesitas tenerme miedo — digo.

— No te tengo miedo.

— Tienes miedo de perderme.

— Tengo.

— Yo también.

— Entonces estamos empatados.

— No quiero perderte.

— No vas a hacerlo.

— No puedes prometerlo.

— Puedo prometer que no voy a desaparecer sin luchar.

La frase me toca.

— Eso es suficiente.

...

Esa misma semana, vamos a una hamburguesería después de las clases.

No es la primera vez que hacemos eso.

Pero es la primera vez que no hay ninguna excusa.

No estamos evaluando a chicos.

No estamos intentando descubrir si alguien encaja conmigo.

Solo estamos juntos.

Nos sentamos en la mesa cerca de la ventana.

Jacob pide la hamburguesa que siempre comparte conmigo.

— ¿Quieres postre? — pregunta.

— Quiero.

— ¿Chocolate?

— Chocolate.

— Estás predecible.

— Te gusta.

— Me gusta.

Él toma una patata de mi plato.

— Estás robando mi comida.

— Estoy compartiendo.

— No lo pediste.

— Tú tampoco lo pediste cuando robaste la mía.

— Yo estaba comprobando la calidad.

— ¿Y ahora?

— Sigue siendo buena.

— Entonces voy a cobrar.

— Ponlo en la cuenta del novio.

La palabra sale de su boca.

Novio.

Me quedo inmóvil.

Jacob se da cuenta.

— Perdón.

— No.

— No quise presionar.

— No estás presionando.

— Te quedaste callada.

— Porque me gustó.

Él me mira fijamente.

— ¿Te gustó?

— Oírte decirlo.

Jacob baja la mirada.

— No sabía si podía.

— Puedes.

— Rose.

— ¿Eres mi novio?

La pregunta parece enorme.

— No lo sé.

— Acabas de llamarme novia.

— Dije “cuenta del novio” porque...

— ¿Porque?

— Porque no sé qué somos oficialmente.

— Nosotros estamos juntos.

— Lo estamos intentando.

— Estamos juntos mientras lo intentamos.

— ¿Eso es una definición?

— Para mí, lo es.

Jacob sonríe.

— Entonces, ¿tú eres mi novia?

Mi corazón se calienta.

— Lo soy.

Él toca mi mano sobre la mesa.

— ¿Y yo soy tu novio?

— Lo eres.

— ¿Aunque todavía tengas miedo?

— Aun así.

Jacob lleva mi mano a los labios y besa mis dedos.

El gesto es simple.

Pero me hace sentir elegida.

No porque él exija.

Porque él pregunta.

— ¿Sabes lo que eso significa? — pregunta él.

— Que vas a seguir robando mis patatas.

— Eso también.

— Que voy a seguir usando tus camisetas.

— Con seguridad.

— Que vamos a estudiar juntos.

— Por desgracia.

— Y que me vas a besar siempre que yo esté equivocada.

— Esa regla es peligrosa.

— Pareces feliz.

— Lo estoy.

Yo también.

...

Esa noche, nos tumbamos en el sofá.

La televisión está encendida.

La cabeza de Rose está en mi pecho.

— Yo nunca tuve miedo de que me gustara alguien — digo.

Rose se queda inmóvil.

— ¿Qué?

— Dijiste que tenías miedo de que te gustara alguien. Yo nunca lo tuve.

— ¿No?

— No. Tuve miedo de que me gustaras tú.

— ¿Cuál es la diferencia?

— Cuando te gusta alguien que puede irse, duele. Cuando te gusta la persona que siempre está a tu lado, parece que cualquier elección

puede destruir el lugar donde vives.

Rose levanta el rostro.

— Yo tuve miedo de lo mismo.

— ¿De que yo te gustara?

— De perderte.

— Pensaste que, si terminábamos, no podrías volver.

— Sí.

— ¿Y ahora?

— Todavía lo pienso.

— ¿Eso no cambió?

— No completamente.

— Entonces, ¿por qué elegiste?

Rose se sienta en el sofá.

— Porque me di cuenta de que estaba intentando proteger una amistad que ya había cambiado.

— ¿Cómo así?

— Yo decía que quería mantener todo igual, pero ya no estaba todo igual. Sentía celos. Quería besarte. Pensaba en ti cuando estaba con otros hombres. Tenía miedo de que otra persona ocupara tu lugar.

— Podrías haber seguido llamando a eso amistad.

— Lo intenté.

— Lo sé.

— Pero no era solo amistad.

— No.

— Y me di cuenta de que no te estaba eligiendo porque no hubiera otras opciones.

Mi corazón se encoge.

— ¿No?

— No.

— Entonces, ¿por qué?

Rose sostiene mi rostro.

— Porque eres tú.

La respuesta es simple.

Tal vez sea lo mejor que he oído en mi vida.

— Te amo — dice ella.

La frase llega sin aviso.

Me quedo completamente inmóvil.

— Rose.

— Te amo.

— ¿Estás segura?

Ella sonr e emocionada.

— Lo estoy.

— No necesitas decirlo porque yo lo dije.

— Lo s .

— Ni porque estamos juntos.

— Lo s .

— Ni porque tienes miedo de perderme.

— Lo s .

— Entonces,  por qu ?

— Porque, cuando pienso en ti, no siento solo miedo. Siento ganas de quedarme. Siento deseo. Siento seguridad. Te echo de menos incluso cuando est s en la otra habitaci n. Siento ganas de compartirlo todo. Y, cuando imagino el futuro, t  est s en  l.

No consigo hablar.

Rose se acerca y me besa.

Esta vez, el beso empieza suave.

Después, me vuelvo incapaz de contener lo que siento.

Sujeto su cintura.

Ella rodea mi cuello.

El beso es intenso, pero aún cuidadoso.

Cuando nos separamos, apoyo la frente en la suya.

— Te amo — digo.

— Lo sé.

— ¿No vas a decir que es insoportable?

— Después.

— Está bien.

— Te amo, Jacob.

La frase parece llenar todos los espacios que quedaron vacíos durante años.

La abrazo.

Rose se acomoda contra mí.

No necesitamos hacer un anuncio.

No necesitamos explicarle a nadie.

Todavía.

Lo que existe entre nosotros es real incluso cuando solo nosotros dos lo sabemos.

— Entonces, ¿estamos juntos de verdad? — pregunto.

— Lo estamos.

— ¿Oficialmente?

— Oficialmente entre nosotros.

— ¿Y para el resto del mundo?

— Después.

— ¿Cuando estés lista?

— Cuando estemos listos.

— Está bien.

— ¿No estás decepcionado?

— No.

— ¿Por qué?

— Porque, por primera vez, no necesito que nadie lo sepa para creerlo.

Rose sonrío.

— ¿Siempre me elegiste a mí?

— Siempre.

— Entonces ahora yo te elijo a ti.

Ella toma mi mano.

— No porque seas mi mejor amigo.

— ¿No?

— Porque eres Jacob.

La frase me desarma por completo.

Beso su frente.

Después su boca.

Y me quedo con ella en el sofá, compartiendo una manta y el silencio, consciente de que nuestra amistad no terminó.

Solo se transformó en algo más grande.

CAPÍTULO 18

Finalmente nosotros

Rose está sentada en la barra de la cocina cuando llego del laboratorio.

Ella lleva una de mis camisetas, tiene los pies descalzos apoyados en la silla y una taza azul entre las manos.

La escena es familiar.

Tan familiar que, por algunos segundos, olvido que ahora ella es mi novia.

Mi novia.

La palabra todavía parece nueva cuando pienso en ella.

No cuando miro a Rose.

Cuando la miro, todo parece inevitable.

Como si siempre hubiera sido así.

Como si todos los años de amistad hubieran sido solo el camino hasta este momento.

— Me estás mirando — dice ella.

— Lo estoy.

— ¿Por qué?

— Porque estás usando mi camiseta.

— Yo siempre uso.

— Ahora es diferente.

Rose inclina la cabeza.

— ¿Por qué?

— Porque ahora eres mi novia.

Ella sonríe.

— ¿Todavía te gusta decir eso?

— Me gusta.

— Entonces puedes seguir.

Me acerco.

Rose pone la taza sobre la barra.

— ¿Tuviste un día cansado?

— Tuve.

— ¿Quieres comer?

— Quiero.

— Hice pasta.

— ¿Cocinaste?

— No sola.

— ¿Quién ayudó?

— Un tutorial.

— Eso no me tranquiliza.

— Lo vas a descubrir.

Ella baja de la silla.

Se queda delante de mí, demasiado cerca para que yo consiga pensar en comida.

— ¿Estás cansado? — pregunta.

— Un poco.

— ¿Quieres descansar?

— Tal vez.

— Tú también estás usando esa palabra.

— Estoy aprendiendo contigo.

Rose sonrío y besa mi boca.

El beso empieza tranquilo.

Solo un toque.

Después, ella agarra mi camiseta y me tira más cerca.

El cansancio desaparece.

Mis manos encuentran su cintura por instinto.

Rose se acerca, y su cuerpo roza el mío.

La boca de ella se mueve sobre la mía con una confianza que no existía hace algunas semanas.

Todavía existe nerviosismo.

Pero ya no existe duda sobre el deseo.

Cuando nos separamos, ella permanece con las manos en mi pecho.

— Quería hablar contigo — dice.

— ¿Sobre qué?

— Sobre nosotros.

La palabra me deja atento.

— ¿Nosotros estamos bien?

— Estamos.

— Entonces ¿por qué parece que me vas a dar una mala noticia?

— Porque eres dramático.

- Yo soy cuidadoso.
- Eres dramático y cuidadoso.
- Es una combinación difícil.
- Lo sé.

Ella toma mi mano y me conduce hasta el sofá.

Nos sentamos lado a lado.

Rose se gira hacia mí, doblando una pierna sobre el tapizado.

- Ya hace algunas semanas que estamos juntos.
- Oficialmente entre nosotros.
- Sí.
- Sin anuncio.
- Sin anuncio.
- ¿Te arrepientes?
- No.
- ¿Ni de ocultarlo?
- No estamos ocultando. Solo no lo contamos.
- ¿Cuál es la diferencia?
- Ocultar sería fingir que no existe. Nosotros sabemos que existe.

— Eso es verdad.

Rose pasa el pulgar sobre mis dedos.

— Quería hablar sobre lo que viene después.

Mi corazón se aprieta.

— ¿Después de qué?

— De nosotros.

— Nosotros ya estamos juntos.

— Lo sé. Pero seguimos tratando todo como si estuviéramos descubriendo.

— Todavía estamos.

— Sí, pero no estamos solo probando lo que sentimos.

La miro.

— ¿No?

— No.

— ¿Cómo lo sabes?

— Porque te amo.

La frase todavía me afecta cada vez que Rose la dice.

Tal vez nunca deje de afectar.

— Y porque no quiero seguir preguntándome si debo quedarme —
continúa ella. — Yo quiero quedarme.

— Yo también quiero que te quedes.

— Entonces estamos juntos de verdad.

— Estamos.

— ¿Aunque nadie lo sepa?

— Aunque así sea.

— ¿Aunque nuestra rutina cambie?

— Ya cambió.

Rose baja la mirada.

— Es sobre eso que quiero hablar.

— ¿Tienes miedo?

— Tengo.

— ¿De qué?

— De que, si seguimos adelante, nada vuelva a ser como antes.

La respuesta me es familiar.

— Nada va a volver a ser como antes.

— Tú dices eso como si fuera bueno.

— Es bueno.

— ¿Y si no lo es?

— Rose.

— Yo sé que tú quieres eso.

— Quiero.

— Yo también.

— Entonces ¿cuál es el problema?

Ella respira hondo.

— La primera vez.

El silencio se instala.

No es un asunto nuevo.

Ya hablamos sobre deseo, sobre límites y sobre la posibilidad de atravesar aquella etapa.

Pero nunca de manera tan directa.

— ¿Quieres? — pregunto.

— Quiero.

— ¿Estás segura?

— Estoy.

— No necesitas decir eso porque estamos juntos.

— No lo estoy diciendo por eso.

— ¿Ni porque crees que es el próximo paso?

— No.

— ¿Ni porque tienes miedo de perderme?

— Jacob.

— Necesito preguntar.

— Lo sé.

Rose sostiene mi rostro.

— Te quiero.

La frase recorre todo mi cuerpo.

— Rose.

— Pienso en eso desde hace algún tiempo.

— ¿Desde hace cuánto tiempo?

— Desde el primer beso, tal vez.

— ¿Tal vez?

— Desde antes.

— No necesitas provocarme ahora.

— No estoy provocando.

Ella se acerca y besa mi boca.

El beso es lento.

Demorado.

La mano de ella recorre mi pecho por encima de la camiseta.

Mi cuerpo reacciona inmediatamente.

Yo agarro su cintura.

No quiero avanzar demasiado rápido.

Pero tampoco quiero fingir que el deseo no existe.

Cuando el beso termina, apoyo la frente en la de ella.

— Te quiero — digo. — Pero quiero que sea lo correcto para ti.

— Lo será.

— Nosotros nunca hicimos eso antes.

— Lo sé.

— Ninguno de los dos.

— Lo sé.

— Entonces podemos parar cuando tú quieras.

— Tú también.

— Yo no voy a querer parar.

— Tú no lo sabes.

— Sé que quiero estar aquí.

— Eso es diferente.

— Entonces pregúntame.

— ¿Qué?

— Pregunta si quiero continuar.

Observo su rostro.

— ¿Quieres continuar?

— Quiero.

— ¿Estás segura?

— Estoy.

— ¿Estás cómoda?

— Estoy.

— ¿Quieres que te bese?

— Quiero.

Me acerco.

El beso crece lentamente.

No hay prisa.

Solo existe la construcción de una intimidad que empezamos a desear mucho antes de admitir.

Rose se acomoda en el sofá, y yo me inclino sobre ella.

Las manos de ella recorren mi espalda.

El toque es tímido al principio.

Después, más firme.

Siento sus dedos encontrar el borde de mi camiseta.

Ella se detiene.

— ¿Puedo? — pregunta.

— Puedes.

Rose tira de la camiseta despacio.

Yo la ayudo a quitármela.

Cuando vuelvo a mirarla, sus ojos están sobre mi pecho.

— ¿Estás nerviosa? — pregunto.

— Mucho.

— ¿Quieres parar?

— No.

— Entonces dime si cambias de idea.

— Tú también.

— Lo prometo.

Beso su frente.

Después sus párpados.

Sus mejillas.

La punta de la nariz.

Rose sonríe.

— ¿Qué estás haciendo?

— Intentando disminuir tu nerviosismo.

— Está funcionando.

— Genial.

— Ahora bésame de verdad.

La orden me hace sonreír.

— Sí, señora.

Vuelvo a su boca.

El beso es más intenso.

Rose pasa los brazos a mi alrededor, tirándome más cerca. Yo siento su respiración cambiar, el cuerpo ajustarse al mío y las manos

volverse menos vacilantes.

No hay nada casual en aquel momento.

El sofá que ya albergó nuestros estudios, nuestras discusiones y nuestras noches de películas ahora guarda algo que nos pertenece solo a nosotros.

Rose toca mi rostro.

— Estás pensando demasiado.

— Estoy intentando no equivocarme.

— No tiene que ser perfecto.

— Quiero que sea bueno para ti.

— Ya lo es.

— Ni siquiera empezamos.

— Tú estás aquí.

La frase me toca.

Yo beso su cuello.

Despacio.

Rose inclina la cabeza hacia un lado, permitiendo que yo continúe.

Mi mano recorre su cuerpo sobre la camiseta.

Cada toque es una pregunta.

Cada reacción, una respuesta.

Cuando ella contiene la respiración, paro.

— ¿Todo bien?

— Sí.

— ¿Quieres que continúe?

— Quiero.

— ¿Estás segura?

— Jacob, si preguntas una vez más, voy a empezar a pensar que no quieres.

— Yo quiero.

— Entonces no pares.

La seguridad en su voz me hace perder un poco del miedo.

Sigo besando su piel.

La boca, el cuello, el hombro.

Rose se estremece bajo mis manos.

El deseo crece, pero no es solo físico.

Es la conciencia de que conozco a esa mujer desde hace cinco años.

Conozco sus miedos.

Sus hábitos.

La manera en que necesita tiempo para confiar.

Ahora ella está confiando en mí con una parte que nunca compartió con nadie.

Y yo no quiero tratar eso como una conquista.

Quiero tratarla como la cosa más importante que ya recibí.

— Puedes mirarme — susurra Rose.

Levanto el rostro.

— Te estoy mirando.

— No como si yo fuera a romperme.

— Tú no vas a romperte.

— Entonces no tengas tanto cuidado.

— No sé hacerlo diferente.

— Puedes aprender.

Me acerco nuevamente.

Rose pasa las manos por mi cabello.

El beso se vuelve más profundo.

Ella se mueve bajo mí, y el deseo se vuelve más difícil de controlar.

— Rose.

— ¿Hm?

— Podemos ir despacio.

— Lo sé.

— No quiero que pienses que necesitas seguir alguna expectativa.

— No estoy pensando en expectativas.

— Entonces ¿en qué?

— En ti.

La respuesta me hace cerrar los ojos.

— Esperé mucho tiempo.

— Lo sé.

— Pero esperaría de nuevo.

— No digas eso ahora.

— ¿Por qué?

— Porque voy a llorar.

— Puedes llorar.

— No quiero.

— Yo voy a cuidar de ti.

Rose me mira.

— Eso es lo que tú siempre haces.

— Voy a seguir haciéndolo.

Ella me besa con más intensidad.

Las manos de ella recorren mi pecho, mis hombros, mi espalda.

El nerviosismo existe, pero empieza a mezclarse con la confianza.

Yo la ayudo a quitarse la camiseta.

Me quedo unos segundos solo mirando.

Rose cruza los brazos instintivamente.

— No mires así.

— ¿Cómo?

— Como si yo fuera demasiado bonita.

— Lo eres.

— Jacob.

— Lo eres.

Ella parece insegura.

Sostengo su mano.

— Estás preciosa.

— No sé qué hacer.

— No necesitas hacer nada.

— Pero quiero que te guste.

— Ya me gusta.

— No estoy hablando solo de eso.

— Lo sé.

Acaricio su rostro.

— No necesitas demostrar nada.

Rose respira hondo.

— Quiero que me desees.

— Te deseo desde hace años.

La confesión hace que sus ojos brillen.

— Dilo otra vez.

— Te deseo desde hace años.

Ella me tira hacia un beso.

La inseguridad disminuye.

La pasión ocupa el espacio.

Nos levantamos del sofá despacio, sin interrumpir completamente el contacto.

Caminamos hasta el dormitorio.

Cada paso parece cargado de significado.

No hay una música sonando.

No hay una noche perfecta planeada.

Está nuestra casa.

El lugar donde compartimos comida, libros, secretos y silencio.

El dormitorio que siempre fue solo mío ahora recibe a Rose de una manera diferente.

Antes de entrar, ella se detiene.

— ¿Estás seguro?

— Estoy.

— No quiero que hagas esto solo porque esperaste tanto.

— Yo lo haría solo porque te quiero.

— ¿Incluso sin los años?

— Incluso si te hubiera conocido hoy.

Rose sonríe.

— Mentiroso.

— Tal vez.

Ella entra.

...

La puerta se cierra.

El resto de la noche sucede despacio.

Empieza con besos demorados, manos temblorosas y preguntas bajas.

Continúa con ropa dejada a un lado, respiraciones entrecortadas y el descubrimiento de cómo tocarnos el uno al otro sin prisa.

Rose se ríe cuando nos ponemos demasiado nerviosos.

Yo me río cuando ella intenta esconder que tampoco sabe exactamente qué hacer.

Nos detenemos algunas veces.

Preguntamos si todo está bien.

Respondemos que sí.

Y, cuando uno de nosotros duda, el otro espera.

No hay urgencia.

No hay vergüenza.

Solo está la confianza construida durante cinco años.

Cuando finalmente cruzamos el límite, Rose me agarra la mano.

Yo beso sus dedos.

— ¿Todo está bien? — pregunto.

Ella asiente, con los ojos cerrados.

— Está.

— ¿Puedo continuar?

— Puedes.

La primera vez no es perfecta.

Es delicada.

Nerviosa.

Llena de pequeños momentos en los que necesitamos parar para respirar, reír o preguntar de nuevo.

Pero es nuestra.

Y eso basta.

Rose se aferra a mí cuando el miedo pasa.

Yo mantengo mis ojos en ella, atento a cada cambio en su expresión.

Cuando ella dice mi nombre, siento como si lo estuviera oyendo por primera vez.

No hay espacio para el pasado.

No hay espacio para Lucas, para la promesa o para el miedo de perder la amistad.

Solo está Rose en mis brazos.

Está el amor que escondí.

Está el deseo que esperé.

Está la certeza de que ella está allí porque quiere.

Después, permanecemos abrazados.

Rose está acostada contra mi pecho, cubierta por la sábana, con la cabeza en mi hombro.

Mi mano recorre lentamente su espalda.

Ella respira despacio.

— ¿Estás bien? — pregunto.

— Estoy.

— ¿De verdad?

— De verdad.

— ¿Quieres agua?

— Quiero.

Intento levantarme, pero Rose agarra mi brazo.

— Quédate.

— Voy a buscar agua.

— Después.

— Tienes sed.

— Un poco.

— Rose.

— Jacob.

Ella sonríe.

— Ahora entiendes cómo es cuando yo no dejo que tú cuides de mí.

— Entiendo.

— Es difícil.

— Mucho.

Me quedo acostado.

Después de algunos segundos, Rose se acerca más.

— ¿Te arrepientes? — pregunta.

— No.

— ¿Ni un poco?

— Ni un poco.

— Yo tampoco.

— ¿Fue como lo imaginaste?

Rose piensa.

— No.

— ¿Eso es malo?

— No.

— Entonces ¿cómo fue?

— Mejor.

— ¿Por qué?

— Porque fue contigo.

La frase me atraviesa.

— Yo siempre quise que fuera.

— Lo sé.

— Pasaste años buscando otra cosa.

— Pasé.

— ¿Qué buscabas?

Rose me mira.

— Alguien que me conociera. Que supiera cuándo yo estaba cansada, que respetara mi espacio, que me hiciera reír, que se quedara cuando yo estuviera confundida.

— ¿Y encontraste?

— Yo ya había encontrado.

— ¿Dónde?

— En el sofá. En la cocina. En la biblioteca. En el campus. En cada mensaje que tú mandaste preguntando si yo había comido.

Sonrío.

— Podrías haberlo notado antes.

— Yo era distraída.

— Mucho.

— Y tú podrías haberlo contado.

— Yo tenía miedo.

— Yo también.

— ¿Todavía tienes?

Rose pasa los dedos por mi pecho.

— Un poco.

— ¿De qué?

— De que, si esto termina, yo te pierda.

— No va a terminar.

— Tú no puedes garantizar.

— No puedo garantizar que nunca vamos a pelear o sentir miedo.
Pero puedo garantizar que no voy a renunciar a nosotros sin hablar.

— Eso es suficiente.

Ella apoya el mentón en mi pecho.

— ¿Realmente esperarías de nuevo?

— Sí.

— ¿Incluso sabiendo que podrían pasar años sin ser elegido?

— Sí.

— ¿Por qué?

— Porque esperar por ti nunca pareció una pérdida. Incluso cuando dolía, todavía eras tú.

Rose cierra los ojos.

— Te amo.

— Te amo.

Ella me besa.

El beso después de la primera vez es diferente.

Más lento.

Más íntimo.

No existe la misma urgencia.

Existe reconocimiento.

Ahora sabemos un poco más del otro.

Sabemos cómo reacciona el cuerpo.

Sabemos dónde hay nerviosismo.

Sabemos que podemos parar.

Sabemos que no necesitamos tener prisa.

Cuando nos separamos, Rose se acomoda nuevamente contra mí.

— ¿Todavía somos mejores amigos? — pregunta.

— Sí.

— ¿Incluso después de esto?

— Principalmente después de esto.

— Entonces la amistad no terminó.

— No.

— Se hizo más grande.

— Se hizo.

— Más peligrosa también.

— Tal vez.

— Te gusta esa palabra.

— Ahora me gusta.

Rose sonríe.

— No quiero que dejes de ser mi mejor amigo.

— Nunca voy a dejar.

— Y no quiero que dejes de ser mi amor.

La frase me hace cerrar los ojos.

— No voy a dejar.

Nos quedamos en silencio.

El dormitorio está oscuro, iluminado solo por la luz tenue que entra por la ventana.

La ciudad sigue despierta.

Pero, dentro de aquel espacio, todo parece tranquilo.

Rose agarra mi mano sobre la sábana.

Nuestros dedos se entrelazan.

El gesto es igual al de la plaza, años atrás.

Solo que ahora no existe una promesa de nunca enamorarnos.

Existe una elección.

La elección de permanecer.

La elección de intentar.

La elección de amar.

— Finalmente nosotros — susurra Rose.

Beso su frente.

— Finalmente nosotros.

Y, por primera vez, no siento miedo de todo lo que puede pasar.

Porque Rose está a mi lado.

Porque seguimos siendo mejores amigos.

Porque la amistad no fue destruida por el amor.

Ella solo encontró una forma más profunda de existir.

EPÍLOGO

La familia que comenzó con una amistad

Tres años después, sigo mirando a Jacob como si todavía estuviera intentando entender cómo llegamos hasta aquí.

La diferencia es que, esta vez, él está esperándome al final de un camino cubierto de pétalos claros, usando un traje oscuro y una expresión que conozco mejor que cualquier otra.

Está nervioso.

Jacob intenta ocultarlo, pero no puede.

La mano derecha se cierra y se abre al lado del cuerpo. Los hombros están tensos. Los ojos recorren el pequeño espacio de la ceremonia como si necesitaran confirmar que todo está exactamente donde debería estar.

El lugar es el mismo banco de la plaza donde hicimos la promesa a los quince años.

No exactamente el banco.

La ceremonia ocurre en el jardín alrededor de la plaza, cerca de los árboles antiguos y del camino de piedras que cruzamos durante toda la adolescencia. La ciudad donde crecimos parece más pequeña

ahora, pero sigue cargando todas las versiones de los dos.

Fue allí donde compartimos patatas por primera vez.

Allí donde discutimos sobre romances.

Allí donde prometimos nunca dejar que una pasión destruyera nuestra amistad.

Allí donde Jacob me contó que me amaba.

Allí donde nos besamos por primera vez.

Y es allí donde voy a casarme con él.

Mi madre está a mi lado, sujetando mi brazo.

Me mira a mí, luego a la pequeña curva bajo la tela del vestido.

— ¿Estás lista? — pregunta.

Pongo la mano sobre el vientre.

Todavía es un vientre discreto. Casi nadie lo notaría si no supiera qué buscar. El vestido fue elegido justamente por eso: delicado, cómodo y ajustado de una manera que realza mi cuerpo sin revelar por completo el secreto que guardo desde hace algunas semanas.

— Lo estoy.

Mi madre sonríe.

— Pareces feliz.

— Lo estoy.

No existe otra respuesta posible.

Unos metros más adelante, Jacob todavía no me ha visto.

La ceremonia es íntima. Solo nuestras familias, algunos amigos cercanos y las personas que han acompañado nuestra historia desde el comienzo.

Emily está sentada en la primera fila. Ella sabe del embarazo.

Fue la primera persona a quien se lo conté.

También sabe que pretendo revelar la sorpresa durante los votos.

Prometió no decir nada.

Cuando nuestras miradas se encuentran, sonrío como si estuviera intentando contener la emoción.

Yo le sonrío de vuelta.

Luego vuelvo a mirar a Jacob.

Él no lo sabe.

Hay una parte de mí que casi se lo contó el día en que lo descubrí.

Casi lo llamé por teléfono inmediatamente.

Casi le mandé una fotografía de la prueba.

Casi aparecí en su sala con las manos temblando y la noticia atrapada en la garganta.

Pero, cuando imaginé el rostro de Jacob, me di cuenta de que quería guardar ese momento para nosotros dos.

Quería contarle cuando menos lo esperara.

Quería ver la sorpresa.

Quería que la primera vez que él supiera que sería padre ocurriera el día en que me convertiría en su esposa.

Durante tres años, Jacob fue mi mejor amigo, mi novio, mi prometido y la persona con quien compartí cada cambio importante.

Aun así, la noticia del embarazo fue algo que guardé durante algunas semanas.

No porque quisiera ocultárselo.

Porque quería ofrecer una sorpresa que fuera solo nuestra.

— Está muy nervioso — susurra mi madre.

— Lo sé.

— ¿Tú también lo estás?

— Un poco.

— ¿Por la ceremonia?

— Por todo.

Ella aprieta mi brazo.

— Conoces a este hombre desde hace ocho años.

— Lo sé.

— Entonces no necesitas tener miedo.

Miro nuevamente a Jacob.

Él levanta la cabeza.

Nuestras miradas se encuentran.

Por un instante, el mundo entero desaparece.

El jardín, las sillas, las flores, las personas.

Todo queda distante.

Jacob me ve.

Su expresión cambia inmediatamente.

La tensión desaparece de los hombros.

La boca se abre levemente.

Los ojos se ponen brillantes.

Ya no parece nervioso.

Parece emocionado.

Yo sonrío.

El camino entre nosotros comienza.

...

Cada paso me hace recordar algo.

Jacob a los quince años, pidiendo un lápiz prestado.

Jacob a los dieciséis, sentado en el suelo de mi habitación mientras yo me recuperaba de una fiebre.

Jacob a los diecisiete, escondiendo un sentimiento que yo no sabía ver.

Jacob a los veinte, preparando mi café e intentando ayudarme a encontrar al chico correcto.

Jacob en el sofá, confesando que estaba enamorado.

Jacob frente a mí, preguntando si yo estaba segura antes de cada beso.

Jacob sosteniendo mi mano durante la primera vez que cruzamos la frontera entre amistad y amor.

Jacob pidiéndome matrimonio hace un año, en el mismo lugar donde hicimos la promesa.

No hizo una propuesta grandiosa.

No había una multitud.

No había música.

Solo nosotros dos caminando por la plaza después de las clases, como tantas veces.

Jacob se detuvo frente al banco.

Dijo que había pasado la vida entera eligiendo quedarse a mi lado.

Luego se arrodilló.

Yo empecé a llorar antes de que terminara la pregunta.

Ahora camino hacia él usando el anillo que puso en mi dedo hace un año.

La mano izquierda descansa sobre el vientre.

La derecha sostiene el ramo.

Cuando llego cerca, Jacob extiende la mano.

Yo la tomo.

Él me mira de arriba abajo.

Luego vuelve los ojos a mi rostro.

— Estás hermosa — dice.

Su voz falla al final.

— Tú también lo estás.

— Pasé la mañana intentando no llorar.

— No está funcionando.

— Me di cuenta.

Sonrío.

El celebrante comienza la ceremonia.

Yo sigo sosteniendo la mano de Jacob.

Sus dedos tiemblan levemente.

Aprieto su mano.

— Estoy aquí — susurro.

— Lo sé.

La respuesta es la misma que él siempre me dio.

Pero ahora lo lleva todo.

...

El celebrante habla sobre elecciones.

Sobre historias que comienzan de manera simple.

Sobre dos personas que crecieron juntas y descubrieron que el amor no necesitaba destruir aquello que ya existía.

Yo miro a Jacob todo el tiempo.

Él escucha, pero sus ojos siguen en mí.

La ciudad a nuestro alrededor parece formar parte de la ceremonia.

Los árboles que nos protegieron del sol cuando éramos adolescentes.

La plaza donde hicimos promesas que no sabíamos cómo cumplir.

El banco que fue testigo de nuestro primer miedo.

Todo permanece.

Nosotros es que cambiamos.

Cuando llega la hora de los votos, Jacob me sostiene las dos manos.

— ¿Quieres empezar? — pregunta.

— Quiero.

Respiro hondo.

No preparé un discurso perfecto.

No quiero que sea perfecto.

Quiero que sea verdadero.

— Jacob, te conocí cuando tenía quince años y no tenía idea de que estaba encontrando a la persona que lo cambiaría todo en mi vida.

Él sonríe, pero sus ojos se humedecen.

— Al principio, eras solo el chico que olvidó el lápiz y decidió que yo debía compartir el mío. Después, te convertiste en la persona que aparecía en mi casa sin avisar, robaba mi comida y sabía cuándo yo estaba mintiendo.

Algunas personas se ríen.

Jacob niega con la cabeza.

— Yo también sabía cuándo tenías hambre, estabas cansada o intentando fingir que no necesitabas ayuda. Te convertiste en mi rutina antes de que yo entendiera cuánto la necesitaba.

Aprieto sus manos.

— Durante años, creí que el amor era una amenaza para nuestra amistad. Tenía miedo de que, si lo intentábamos y no salía bien, te perdería para siempre. Por eso, tardé tanto en ver que lo que teníamos ya era más grande que cualquier promesa hecha a los quince años.

Jacob respira hondo.

Una lágrima se escapa por la comisura de su ojo.

— Siempre estuviste a mi lado. En los días buenos, en los días difíciles, en los trabajos de la universidad, en las noches de estudio, en los cafés malos y en las dudas que parecían demasiado grandes. Me enseñaste que amar a alguien no significa dejar de ser libre. Significa encontrar a alguien con quien aún podemos ser nosotros mismos.

Mi voz falla.

— Te elijo hoy porque te amo. Pero también porque sigo eligiendo a mi mejor amigo. Al hombre que me hace reír, que conoce mis defectos, que respeta mi espacio y que nunca se fue cuando yo tuve miedo.

Jacob aprieta mis manos.

— Prometo seguir eligiéndote, todos los días. Incluso cuando la vida cambie. Incluso cuando nosotros cambiemos. Incluso cuando estemos cansados, perdidos o con miedo. Prometo quedarme, hablar y recordar que nuestra historia comenzó con una amistad, pero nunca necesitó terminar en ella.

Él lleva mis manos a los labios y besa mis dedos.

— Te amo.

— Te amo — respondo.

El jardín está en silencio.

Por un instante, nadie se mueve.

Luego, oigo a Emily sollozar en la primera fila.

Sonrío.

Jacob también.

...

Es su turno.

Jacob se pasa la lengua por los labios, emocionado.

— Ensayé esto muchas veces — empieza.

— ¿Ensayaste?

— Más de lo que debería.

— Vas a olvidarlo todo.

— Ya lo olvidé.

La gente se ríe bajo.

Él vuelve los ojos hacia mí.

— Rose, fuiste la primera persona que elegí sin saber que estaba eligiendo. A los quince años, yo solo sabía que quería estar cerca de

ti. A los diecisiete, descubrí que ese deseo se había transformado en algo más grande. A los veinte, acepté que prefería amarte en silencio a correr el riesgo de perder tu amistad.

Siento que me arden los ojos.

— Pasé años creyendo que necesitaba esconder lo que sentía para proteger lo que teníamos. Pero tú me enseñaste que la amistad no era una prisión. Era el lugar donde nuestro amor aprendió a existir.

Él pasa el pulgar sobre mi mano.

— Fuiste mi primer pensamiento cuando me despertaba y la última persona que buscaba antes de dormir. Fuiste la persona a quien yo quería contárselo todo, incluso las cosas más insignificantes. Y, cuando finalmente descubrí que podía besarte, entendí que no estaba perdiendo a mi mejor amiga.

Jacob sonríe.

— Estaba encontrando a la mujer que siempre estuvo a mi lado.

Una lágrima le corre por el rostro.

— Prometo nunca olvidar que, antes de ser mi esposa, eres mi mejor amiga. Prometo escucharte, respetar tus miedos y nunca hacer que te sientas obligada a elegir nada por mi culpa.

Mi mano aprieta la suya.

— Pero prometo también seguir eligiéndote. Como elegí a los diecisiete. Como elegí cuando pediste ayuda para encontrar a otra persona. Como elegí cuando pensé que tal vez nunca sería elegido de vuelta.

Él mira mi vientre por un instante.

Luego vuelve a mi rostro.

Mi corazón se acelera.

Todavía no.

— Te amo, Rose.

— Te amo.

El celebrante sonríe.

— Con los anillos, pueden sellar estos votos.

Jacob toma el anillo.

Su mano tiembla menos cuando sostiene mis dedos.

Él coloca el anillo en mi mano izquierda, al lado del de compromiso.

Yo hago lo mismo.

El anillo parece pequeño.

Pero lo lleva todo.

La promesa.

El miedo.

La espera.

La elección.

El amor.

— Por la autoridad que me fue concedida, los declaro casados.

La sonrisa de Jacob aparece incluso antes de que el celebrante termine.

— Pueden besarse.

Jacob sostiene mi rostro.

El beso empieza delicado.

Luego se profundiza, cargado de todas las veces en que nos besamos a escondidas en la cocina, en el sofá, en el campus y durante las noches en que aprendíamos a ser más que amigos.

La gente aplaude.

Yo sonrío contra su boca.

Cuando nos separamos, Jacob apoya la frente en la mía.

— Mi esposa — susurra.

— Mi marido.

Él me besa de nuevo.

Esta vez, más rápido.

Más feliz.

...

Después de la ceremonia, recibimos abrazos.

Nuestras familias se acercan.

Emily me abraza con cuidado y susurra:

— Por fin.

— Por fin.

Jacob habla con algunas personas, pero sigue sosteniendo mi mano.

No parece querer alejarse.

Yo tampoco.

La pequeña celebración sigue en el mismo jardín.

Hay comida, bebidas, música baja y mesas decoradas con flores claras.

Nada es exagerado.

Todo es íntimo.

Exactamente como queríamos.

Jacob y yo nos sentamos por algunos minutos en dos sillas cerca del banco antiguo.

Él pone la mano sobre mi muslo.

— ¿Estás cansada?

— Un poco.

— ¿Quieres irte?

— Todavía no.

— ¿Tienes hambre?

— No mucho.

— Rose.

— Estoy bien.

— ¿Estás diciendo eso porque no quieres que me preocupe?

— Tal vez.

— No puedes usar esa palabra el día de nuestra boda.

— Puedo hacer lo que quiera. Soy tu esposa.

Jacob sonríe.

— ¿Eso es una amenaza?

— Una promesa.

Él besa mi mano.

El anillo brilla bajo la luz del final de la tarde.

Observo su rostro.

Conozco cada línea.

Cada expresión.

Cada forma de sonreír.

Pero hay una cosa que él todavía no conoce.

— ¿Jacob?

— ¿Sí?

— Necesito contar algo.

Su mano se queda inmóvil sobre mi muslo.

— ¿Pasó algo?

— No.

— ¿Te sientes mal?

— No.

— ¿Te duele?

— Jacob.

— Perdón.

Él intenta controlarse.

Yo tomo su mano.

— Estoy embarazada.

Jacob no reacciona inmediatamente.

Sus ojos permanecen en los míos, como si estuviera esperando que yo explique.

— ¿Qué?

— Estoy embarazada.

Su boca se abre.

— Tú...

— Estoy embarazada.

Él mira mi vientre.

Luego me mira a mí.

— ¿Estás segura?

— Estoy segura.

— ¿Desde cuándo lo sabes?

— Algunas semanas.

— ¿Algunas semanas?

— Lo descubrí poco después de que empezáramos los preparativos finales.

— ¿Y no me lo contaste?

La pregunta no lleva rabia.

Solo sorpresa.

— Quería hacer una sorpresa.

Jacob se pasa la mano por el rostro.

— Estás embarazada.

— Lo estoy.

— Vamos a tener un bebé.

— Vamos.

Él mira de nuevo mi vientre.

Su expresión se transforma.

La sorpresa da lugar a la emoción.

Los ojos se le humedecen.

— ¿Por qué no me lo contaste?

— Porque quería contarlo hoy.

— ¿En nuestra boda?

— En nuestra boda.

— Rose.

— ¿Pareces feliz?

Jacob suelta una risa temblorosa.

— No sé cómo parecer otra cosa.

Él se arrodilla delante de mí.

Pone las dos manos sobre mi vientre con cuidado, como si el bebé pudiera oírlo.

— Hola — susurra.

Una lágrima le corre por el rostro.

— Jacob.

— Voy a ser padre.

— Vas.

Él me mira.

— Voy a ser padre.

— Vas.

Jacob se levanta y me abraza.

El abrazo es apretado, pero cuidadoso.

Yo escondo el rostro en su cuello.

Él me sostiene como me sostuvo tantas veces.

Solo que ahora hay una vida empezando entre nosotros.

— Te amo — dice contra mi cabello. — Te amo tanto.

— Yo también te amo.

— Gracias por contármelo.

— ¿Te gustó la sorpresa?

— Casi me desmayé.

— ¿Eso es un sí?

— Es un sí muy grande.

Me aparto un poco.

— Pero hay una cosa más.

Jacob abre mucho los ojos.

— ¿Más?

— Descubrí el sexo la semana pasada.

— ¿Tampoco me contaste eso?

— Quería hacerlo todo de una vez.

— Rose, estás destruyendo mi corazón.

— ¿Aún quieres saberlo?

— Quiero.

Sonrío.

— Es una niña.

Jacob se queda completamente inmóvil.

— ¿Una niña?

— Una niña.

Él abre mucho los ojos.

— ¿Estás segura?

— Estoy segura.

— ¿Cómo lo sabes?

— Lo descubrí la semana pasada.

— ¿Y guardaste eso durante una semana?

— Lo guardé.

— Eres imposible.

— Aprendí de ti.

Jacob pone la mano sobre el pequeño vientre.

Esta vez, el toque es más firme.

Más emocionado.

— Nuestra hija.

Su voz falla.

— Nuestra hija — repito.

— Va a tener tus ojos.

Siento que las lágrimas me corren.

— ¿Crees?

— Estoy seguro.

— ¿Y si tiene los tuyos?

— Entonces será perfecta de cualquier manera.

— Vas a ser un buen padre.

— ¿Crees?

— Lo sé.

Jacob sonríe entre lágrimas.

— Estás usando mi palabra.

— Puedo.

Él se inclina y besa mi vientre por encima de la tela del vestido.

Luego besa mi mano.

Luego mi boca.

El beso es interrumpido por los aplausos de los invitados.

Emily está llorando.

Mi madre se sostiene el rostro con las dos manos.

La familia de Jacob celebra.

Pero, por unos segundos, solo puedo mirarlo a él.

Al hombre que conocí a los quince años.

Al chico que se enamoró de mí cuando todavía tenía miedo de decirlo.

Mi mejor amigo.

Mi marido.

El padre de nuestra hija.

...

Más tarde, cuando el cielo empieza a oscurecer, Jacob y yo volvemos al banco donde todo comenzó.

La celebración continúa detrás de nosotros.

La gente conversa.

La música suena.

Pero necesitamos unos minutos a solas.

Nos sentamos lado a lado.

Jacob sostiene mi mano izquierda.

El anillo de matrimonio está al lado del anillo de compromiso.

— ¿Recuerdas la promesa? — pregunto.

— La recuerdo.

— Prometimos nunca dejar que el romance destruyera la amistad.

— Y casi creímos que amar significaba romper aquello que teníamos.

— Pero no se rompió.

— No.

— Todavía eres mi mejor amigo.

— Y tú eres mi mejor amiga.

— Ahora estamos casados.

— Y vamos a tener una hija.

— Una niña con mis ojos.

— Espero que tenga también tu manera de contradecirme.

— Ella va a aprender conmigo.

— Lo sé.

— ¿Estás listo?

Jacob mira el jardín, a la gente, a nuestra ciudad y luego me mira a mí.

— No.

— ¿No?

— No estoy listo para todo.

— Yo tampoco.

— Pero estoy listo para empezar.

— ¿Conmigo?

— Siempre contigo.

Él pone la mano sobre mi vientre.

— No veo la hora de empezar a construir una familia hermosa contigo. Con nuestra hija. Con la niña que va a tener tus ojos y probablemente va a convencerme de hacer todo lo que quiera.

Sonrío.

— Ella ya te está convenciendo.

— Todavía ni ha nacido.

— Y tú ya estás completamente enamorado.

— No tengo elección.

— Sí la tienes.

— Entonces elijo esto.

Él besa mi frente.

Yo apoyo la cabeza en su hombro.

La ciudad donde crecimos permanece a nuestro alrededor.

El mismo lugar donde hicimos una promesa infantil.

El mismo lugar donde aprendimos a amar.

Ahora, empezamos una familia allí.

No porque todo haya sido fácil.

No porque nunca hayamos tenido miedo.

Sino porque seguimos eligiendo quedarnos.

Jacob sostiene mi mano.

Yo entrelazo mis dedos con los suyos.

— Por fin nosotros — digo.

— Por fin nosotros.

Miro el pequeño vientre.

Luego al hombre a mi lado.

Nuestra hija tendrá sus ojos o los míos.

Tal vez tenga la risa de Jacob.

Tal vez mi temperamento.

Tal vez un poco de los dos.

Pero, antes de ser una familia, fuimos mejores amigos.

Y tal vez esa sea la parte más bonita de todo.

El amor no apareció para destruir nuestra historia.

Nació dentro de ella.

Creció entre cafés, mensajes, caminatas, estudios, miedos, besos y promesas.

Y, tres años después, está sentado a mi lado, usando un anillo, sosteniendo mi mano e imaginando el futuro de nuestra hija.

Jacob Miller fue mi mejor amigo antes de convertirse en mi gran amor.

Ahora es mi marido.

Y la persona con quien voy a construir todos los días que aún vendrán.

Fin

AGRADECIMIENTOS

*A ti que has llegado hasta aquí, mi
más sincero gracias.*

Gracias por elegir esta historia, por acompañar a Rose y a Jacob en cada descubrimiento, cada miedo, cada beso y cada elección. Espero que, de alguna forma, la amistad de los dos te haya recordado que los sentimientos más bonitos pueden nacer en los lugares más inesperados — incluso al lado de alguien que siempre ha estado presente.

Escribir esta historia fue acompañar a dos personas aprendiendo que amar no significa perder aquello que construyeron, sino permitir que ese vínculo crezca y se transforme. Rose y Jacob me enseñaron que algunas historias de amor comienzan mucho antes del primer beso, en los pequeños gestos, en las conversaciones de madrugada, en la confianza y en la certeza de que existe alguien dispuesto a quedarse.

Agradezco a todos los que apoyan mi trabajo, que leen mis libros, comparten sus opiniones y continúan creyendo en las historias que escribo. Cada mensaje, cada reseña y cada demostración de cariño significa más de lo que ustedes imaginan.

Gracias por darle una oportunidad a este libro y por permitir que Jacob y Rose encuentren un espacio en tu corazón.

Con cariño,

Penélope Aldaya

COPYRIGHT

DERECHOS DE AUTOR

© 2026 Penélope Aldaya

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida, distribuida o transmitida por cualquier medio, electrónico o físico, sin la autorización previa y expresa de la autora, excepto en breves citas con fines de reseña o divulgación.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, acontecimientos y lugares fueron creados por la autora. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o fallecidas, o con acontecimientos reales, es mera coincidencia.
